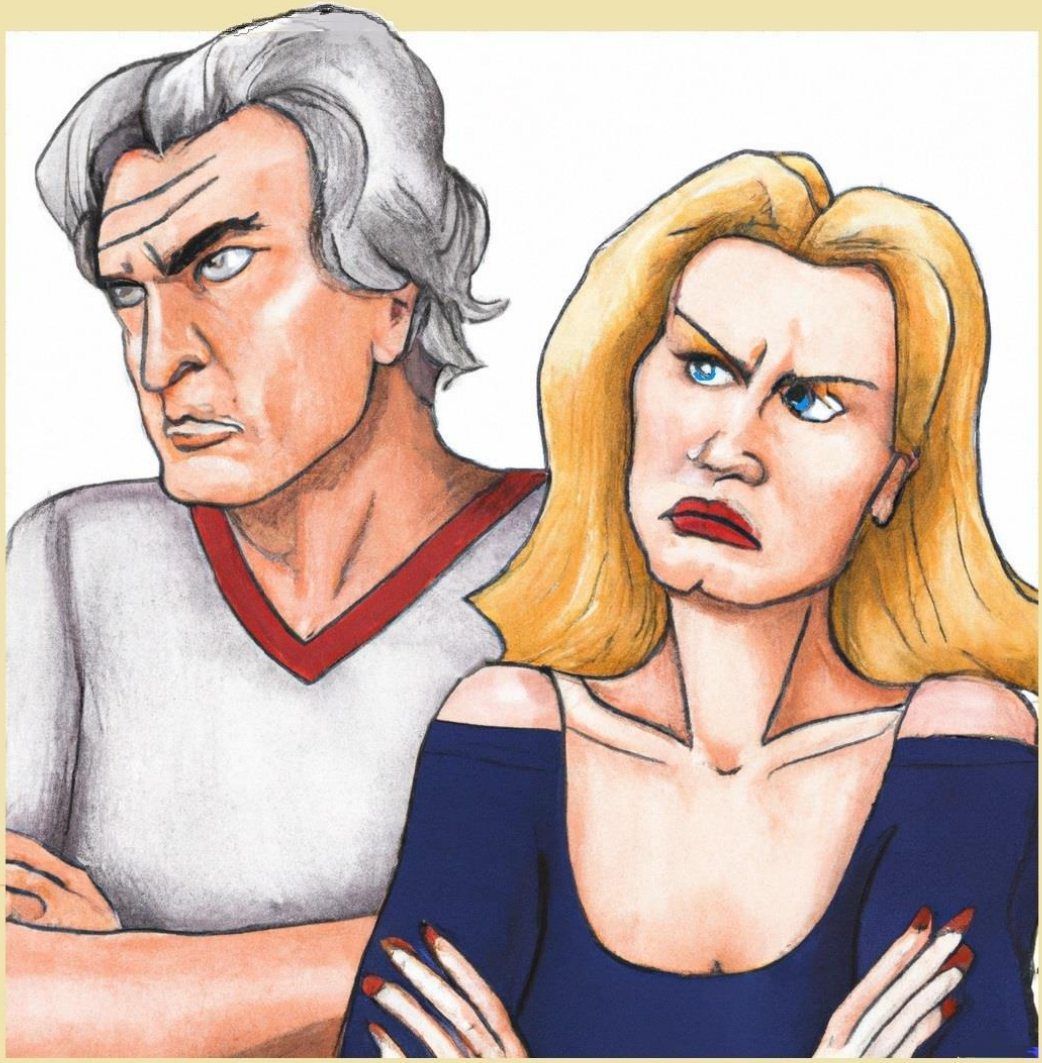
Las mujeres:
ni con ellas, ni sin ellas



JG Millán

Las mujeres: ni con ellas, ni sin ellas

Prefacio

Es la historia de dos fracasados que se lamen sus heridas después de haber roto sus respectivos matrimonios. Una mezcla loca de circunstancias reales como la vida misma, una tragicomedia irreverente, políticamente incorrecta, donde el feminismo salta por los aires a través de una serie de situaciones no exentas de sarcasmo e ironía.

El libro profundiza en las siempre difíciles relaciones entre los hombres y las mujeres. Unas relaciones que a veces son apacibles, a veces violentas, y siempre intensas. El amor y el odio se mezclan en un baile sin fin que se desarrolla desde que el mundo es mundo, en un universo en el que unos y otras no pueden coexistir sin relacionarse, sin complementarse, sin comprenderse.

Todo comienza cuando uno de los matrimonios inicia el difícil y tortuoso proceso de la venta de una casa. Los desacuerdos entre la pareja sobre la forma de abordar el asunto acabarán en una situación límite que los llevará a una deriva de consecuencias totalmente inesperadas. Desde el divorcio, incluso al asesinato, hasta todo lo que sucede cuando uno de los protagonistas se enamora de una prostituta que está presa de una red de trata de mujeres.

Esta novela es como la vida misma: una película dramática no exenta de acción y aventuras, con situaciones límite, donde a pesar de todo no falta la comedia, en la que las cosas nunca son lo que parecen, y donde la realidad siempre supera a la ficción.

Índice

PRIMERA PARTE – Se vende piso
SEGUNDA PARTE – Nancy

PRIMERA PARTE

—Se vende piso—

Esposas, respetad la autoridad de vuestros maridos; tal es vuestro deber como cristianas. Maridos, amad a vuestras mujeres y nunca las tratéis con aspereza. (Colosenses 3:18)

Anuncio

SE VENDE PISO EN ALTAVISTA, EN LA URBANIZACIÓN «LAS PEDROÑERAS».

Se trata de una segunda planta en el centro de la localidad, junto a todos los servicios. La vivienda está situada en una urbanización privada con piscina, zonas ajardinadas y pistas de tenis. Consta de tres dormitorios, dos cuartos de baño, dos amplias terrazas, un tendedero acristalado y un cuarto trastero de 12 metros. Las habitaciones y una de las terrazas tienen orientación Este, mientras que el salón y la otra terraza están orientados al Oeste.

Cuenta con calefacción de gas natural con caldera de condensación de alta eficiencia energética, cocina vitrocerámica de inducción, suelos de tarima flotante de madera, carpintería exterior de aluminio con ventanas dobles de acristalamiento tipo *climalit*, y salón con chimenea.

El piso está situado a escasos 2 km del Hospital General de la Sierra, a 3 minutos de la parada del autobús que comunica con Madrid en menos de una hora y que pasa cada 10 minutos en hora punta, y a 1 km de la estación de tren de cercanías.

Altavista es una localidad serrana a tan solo 45 kilómetros de Madrid, en un entorno privilegiado y en plena naturaleza, aunque no por ello carece de los servicios y comodidades de la propia capital.

Ven con tu familia a disfrutar de un piso de ensueño, y olvídate para siempre del ruido, de la contaminación y de los atascos, al igual que están haciendo cada vez más madrileños.

Y todo por un precio inigualable: 179.000 €. No lo pienses más y, ¡aprovecha esta oportunidad!

Las alertas

—¡Joder! ¡Te dije que teníamos que ponerlo más caro! Es increíble…

Paco estaba fuera de sí. Era un hombre alto que pasaba de los 50 años, de complexión fuerte y pelo gris. Se acababa de levantar de la silla y se había marchado junto a la ventana, donde contemplaba con el puño cerrado los escasos coches que pasaban a esas horas por la calle. El reloj de pared acababa de dar las once de la noche de aquel sábado, y todavía no habían cenado. Aunque, con la llamada que acababan de recibir, se les había quitado el apetito.

Su mujer acababa de colgar el teléfono tras contestar a la primera solicitud de un posible comprador, tan solo cinco minutos después de haber publicado el anuncio en Perfectista, la web inmobiliaria líder en el país. Ella era algo más joven que él, delgada y con el pelo largo y rubio.

—Deberías alegrarte, Paco. Eso significa que el anuncio es bueno y el precio competitivo.

—¿Qué me alegre? Venga, por favor… ¡Estamos perdiendo dinero! Ya estás metiéndote otra vez en el anuncio y lo subes de precio. ¿Me oyes? Lo cambias a… 195.000 euros. Lo mismo que tienen los demás.

—A ver, Paco, esto ya lo hemos hablado. Es cierto que hay pisos por ese dinero, pero también hay otros por 160.000. Pisos que, por cierto, no están tan mal en comparación con el nuestro. Elegimos 179.000 precisamente por ser un precio medio, ni muy caro ni muy barato, para así poder tener más oportunidades de…

—¿Pero es que no te das cuenta, Sandra? —interrumpió—. ¡Nos han llamado enseguida! ¡Eso significa que es un chollo! ¡Joder!

—Yo creo que no. Es simplemente que…

—¡Que lo cambies! ¡Métete en el anuncio y lo subes de precio! Verás como en nada recibes otra llamada. Y así vamos a estar toda la noche.

—Pero, ¿y qué va a pasar con Mónica?

—¿Quién es Mónica?

—La chica que acaba de llamar. Se llama Mónica, y hemos quedado mañana a las 12 para enseñarle el piso.

—Pues nada. Con esa ya lo tenemos perdido. Pero le daremos largas —calculó—. En cuanto lo subamos de precio, esperaremos a que alguien nos dé más. La dejaremos en la recámara, por si acaso.

—Vale, pero, ¿qué va a pensar si ahora mismo ve que ha subido el precio? ¿No crees que deberíamos esperar a mañana para subirlo? Por lo menos hasta que lo vea…

Paco se quedó parado mirando alternativamente a Sandra y a la pantalla del ordenador, fijándose en la cifra que habían puesto: 179.000 €. Una cifra meditada y calculada según las necesidades de la familia, que pensaban podría ser un precio de venta realista. Un precio que ahora se le antojaba barato. De hecho, él ya protestó por dejarlo en ese precio, y no en 180.000 que era su idea inicial. Aceptó rebajar los 1.000 euros cuando su mujer le convenció del efecto de tener una decena menos en

la cifra. «Es como los precios que ponen 99,99 en lugar de 100,00. Es lo mismo, pero parece menos, y atrae más», le dijo.

—A ver, yo creo que estáis vendiendo la piel del oso antes de cazarlo —intervino Miguel, el hijo del matrimonio. A sus veintitrés años observaba a sus padres con una mezcla de ironía y sarcasmo, presenciando otra típica escenita familiar—. Lo primero, estáis asumiendo que esa chica, Mónica, os lo va a querer comprar, cuando Solo ha pedido venir a verlo.

—¡Pues claro que lo va a comprar! Con este precio de risa… —argumentó el padre.

—Y lo segundo —siguió—, yo creo que simplemente le ha saltado una alarma, o mejor dicho, una alerta, creo que se llama, de que se acaba de publicar un nuevo anuncio.

—¿Una alerta?

—Sí, claro, ¿es que no lo has visto? Cuando os disteis de alta en Perfectista, en el menú de arriba había un botón que ponía «Mis Alertas». Yo creo que es precisamente para eso, para que la web notifique estas cosas. Vamos, a vosotros y a todos los usuarios, claro.

—Eso es, Paco. Es Solo una alerta —replicó Sandra—. Lo leí de pasada en las instrucciones, cuando nos dimos de alta. El piso se corresponde con sus preferencias de búsqueda. Creo recordar que también saltan avisos cuando alguno de los pisos que se ponen como «favoritos», baja o sube de precio, o tiene alguna modificación.

— Vale, es solo una alerta. Pero no me negarás que el piso le interesa. Solo le ha dado tiempo a verlo un momento, y ya está llamando. Y está claro que es por el precio, joder, pues pisos como el nuestro hay muchos en Perfectista. Lo que no hay son pisos en una urbanización como la nuestra, y con ese importe.

—Sí que los hay, Paco. En las Cercas hemos visto dos. Uno por 190.000 y otro por 160.000.

—Ese último está para tirarlo de arriba abajo, Sandra. ¿Es que no te acuerdas? Por las fotos, no lo han reformado desde que se lo entregó la constructora, hace más de cuarenta años. Y el de 190.000, ese está como el nuestro, y ya ves lo que piden por él. Lo que tendríamos que pedir nosotros. Venga —exigió—, sube el precio.

—No lo veo claro, Paco —musitó la mujer, sin dejar de mirar a la pantalla—. Si te parece —continuó, tras unos momentos—, podemos ponerlo por… algo más… en Fotopisos. Me doy de alta ahora mismo y…

—Eso no se puede hacer —intervino el chico—. No es coherente. No podéis tener un precio en un sitio y otro precio en otro lado.

—¿Por qué no?

—Pues porque no, papá. ¿Es que no te das cuenta?

—Miguel tiene razón. Eso no lo podemos hacer.

—¡Pues ya me dirás qué hacemos! ¡Estamos perdiendo dinero!

—Perder, perder… Mejor dicho dejar de ganar.

—Llámalo como quieras, Sandra, pero te aseguro que me voy a enfadar muchísimo, ¿me oyes? ¡Muchísimo! Como nos pase otra vez lo que nos pasó con el piso de Madrid.

—No eres justo conmigo, Paco. Con aquella casa hicimos lo mejor que pudimos hacer, y sacamos un buen dinero.

—¿Un buen dinero dices? Vamos, por favor… lo vendimos por 150.000 cuando podríamos haber sacado 180.000, Solo si hubiéramos esperado un poco más. Pero claro, te entró *el agobio*, y claro, pues lo malvendimos.

—Es que es muy difícil saber el momento exacto, Paco. Ese piso lo compramos muy barato, y lo vendimos por un precio muy superior. Fue una ganancia, no una pérdida como tú siempre dices. Además, si hubiéramos esperado un poco más, nos hubiera pillado la crisis, el estallido de la burbuja de 2008, y entonces no hubiéramos podido venderlo ni por 60.000. ¿Es que no te acuerdas de lo que le dieron a Fausta por el suyo en 2013?

El hombre se volvió otra vez hacia la ventana y masculló algunas palabras ininteligibles mientras pensaba en lo que su mujer había dicho. En el fondo sabía que tenía razón, aunque algo en su fuero interno se negaba a admitirlo.

El piso de Madrid lo compraron en el año 1992, por un precio bastante rebajado con respecto a lo que valían en esa época. Pero es que aquella pareja no tenía más dinero en aquel momento, y adquirieron una vivienda que necesitaba una reforma integral. Algo que fueron haciendo poco a poco, hasta que, en 2005, con la subida tan espectacular de los precios de los pisos en esa época, lo vendieron, obteniendo una ganancia neta bastante significativa.

En ese momento, la familia llevaba ya un tiempo viviendo en Altavista, en un piso que habían comprado como segunda residencia en un principio, pero que se terminó convirtiendo en la primera con el paso del tiempo. Al no haber tenido que pedir hipoteca para su primer piso, consiguieron ahorrar lo suficiente para adquirir otra vivienda en la sierra de Madrid, justo antes de que subieran los precios en 1998.

Pero con la inflación, el dinero resultante de la venta del piso de Madrid estaba durmiendo el sueño de los justos en el banco, y cada vez valía menos.

Fue entonces cuando decidieron invertir todo lo que tenían en comprar un chalet. Así las cosas, con los 150.000 € que tenían de la venta de aquel piso y con otro tanto que pidieron prestado, se compraron una vivienda unifamiliar justo detrás de la Urbanización Las Pedroñeras, donde estaba el piso que ahora vendían. La idea era ahora vender esa vivienda, y con el dinero obtenido pagar el préstamo y hacer alguna reforma en el chalet.

Pero a Paco todo le parecía barato, y siempre pensó que tenían que haber esperado un poco más para vender aquel piso por más dinero.

—Si Fausta hubiera esperado un poco —respondió el hombre—, en cinco años le hubieran dado 100.000. Justo lo que valen ahora.

—Vale, pero nosotros no podemos esperar. Estamos pagando el préstamo que hemos pedido, con el propio préstamo, y si no vendemos pronto, esta situación puede hacerse insostenible.

—Ya lo sé Sandra, ya sé que no podemos esperar. ¡Ya lo sé! Pero creo que hemos puesto un precio demasiado bajo. ¿Por qué sino, hay pisos que se venden por casi 200.000 €? Y un piso como el nuestro… ¡Con dos terrazas! Ya no se hacen pisos con terrazas, y el nuestro es un tesoro en ese sentido. ¿No te das cuenta?

—¡Claro que me doy cuenta, Paco! Pero no es el único piso con terrazas que se vende en Altavista, ¿sabes? Y si los demás son más baratos, pues los compradores comprarán esos en lugar del nuestro.

—Pero es que los demás no son más baratos, querida. Ya has visto que los otros valen…

—Mira, no me hables de los pisos caros. Ya sé que hay pisos por los que piden más que por el nuestro. Pero también hay otros por los que piden menos. Mucho menos.

—Pero esos pisos…

—Esos pisos no están tan mal como tú dices.

—¿Qué no están tan mal?

—Vale, alguno está sin reformar, pero el nuestro tampoco tiene una reforma espectacular como estamos diciendo. Los baños no tienen alicatado de *gresite* como parece, sino que tienen un papel pintado encima de los azulejos. Unos azulejos que son los que ya venían con el piso, de hace cuarenta años. Y los sanitarios y la bañera, pues lo mismo.

—Sí, pero tenemos las tuberías cambiadas, las ventanas, los suelos…

—Los suelos, salvo la cocina y los baños, son de tarima. Y la tarima vale cuatro perras, Paco. Y las ventanas, pues Solo hemos puesto una contraventana de *climalit*, pero seguimos teniendo la ventana original de aluminio en el interior. Los pisos que están reformados de verdad han cambiado las ventanas por entero y han puesto otras con triple acristalamiento, con rotura de puente térmico, con persianas modernas… Y nosotros conservamos las de plástico originales. No, querido. Nuestro piso no está reformado. Está semi-reformado, si acaso, y por eso no podemos poner un precio alto. No nos lo comprarían.

—Pero por probar… Ya ves lo que ha tardado esa Mónica en llamar.

—¿Sí? Pues desde entonces no ha vuelto a llamar nadie.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo.

—No voy a subir el precio, Paco. Como dice Miguel, esa chica solo quiere ver el piso. Y te digo una cosa: como sea ella quien nos lo compre, pues yo estaré encantada por haber acabado tan pronto. Con ese dinero tendremos lo suficiente para pagar el préstamo y hacer una pequeña reforma en el chalet. Yo con eso me conformo.

—Pues yo no.

Araceli

—¿Cómo van las visitas, cariño?

A la mañana siguiente, Paco ya estaba más suave y se colocaba detrás de su mujer, que estaba frente al ordenador controlando los anuncios. Se habían anunciado, además de en Perfectista, en Fotopisos y en otros dos portales inmobiliarios de los de más renombre.

—Tenemos 89 visitas a nuestro anuncio en Perfectista, y dieciocho personas nos han etiquetado como favoritos. En Fotopisos, algo menos.

—Debe de ser porque nos apuntamos casi al filo de medianoche. No les ha dado tiempo a verlo.

—Puede ser. Pero, ¿te das cuenta de que no es tanto el *chollo*? No nos ha vuelto a llamar nadie desde que lo hizo esa chica.

—Ya llamarán. Son solo las diez de la mañana. No les ha dado tiempo a ver el anuncio, a los que les han saltado las alertas. Todavía están durmiendo, al ser domingo.

—Es posible… —contestó Sandra, pero se interrumpió. Un número desconocido llamaba a su teléfono, y se apresuró a contestar:

—¿Dígame?

—Buenos días. Mi nombre es Araceli. Llamaba por el anuncio que tienen puesto en Perfectista.

—Buenos días. Sí, es un piso en la sierra. ¿Está usted interesada?

—Pues la verdad es que a mi marido y a mí nos gustaría verlo, si es posible.

—Sí, claro que es posible.

—¿Podría ser hoy?

—¿Hoy?

—Sí, si es posible. Estamos de camino hacia la sierra, y nos gustaría aprovechar el viaje.

—Pues… la verdad es que ya tenemos una visita programada para hoy… a las doce. Tendría que ser después.

—¿Podría ser a la una?

Sandra miró a su marido, que estaba oyendo la conversación. Paco asintió y ella se apresuró a contestar:

—Sí, a la una estaría bien. Supongo que ya habremos terminado con la visita anterior.

—En cualquier caso, si no hubieran terminado, pues nos llaman y llegamos más tarde.

—Sí, claro, su número de teléfono…

—Supongo que se le quedará grabado.

—Claro. Su nombre, me dijo…

—Araceli.

—De acuerdo, Araceli. Pues en cuanto termine la visita, le llamo, y si pueden venir antes…

—Pues mejor.

—Pues mejor, eso es. Mi nombre es Sandra.

—De acuerdo, Sandra, pues estamos en contacto. Hasta luego.

—Hasta Luego, Araceli. Yo le llamo en cuanto terminemos.

Paco se quedó contemplando a su mujer mientras esta incorporaba el número de teléfono que acaba de llamar a la agenda del aparato, y dijo, mientras lo hacía:

—Bueno, ya van dos. Sigo diciendo que lo estamos vendiendo barato. Todavía estamos a tiempo de subirlo.

—Mira, no estamos vendiendo todavía nada. Solo van a venir a verlo. No quiero que nos precipitemos.

—¿Qué te apuestas a que en lo que queda de día nos llama mucha más gente? Si no todos los favoritos, al menos la mitad querrán venir a verlo.

—Eso tú no lo sabes.

—Ni tú tampoco.

—Pues como no lo sabemos ninguno de los dos, vamos a ver qué tal se nos da con este precio. Insisto. Que vengan a verlo no quiere decir que quieran comprarlo.

—¿Por qué no? Nosotros compramos el chalet casi sin verlo. Y no miramos nada más. Lo teníamos casi decidido antes de visitarlo.

—Porque era un chollo, Paco. Un chalet independiente por 300.000 euros, en el centro del pueblo…

—Bueno, un chollo… está sin reformar.

—Un chollo, Paco. Ningún chalet de ese tipo vale menos de 350.000, y además no están céntricos. Están apartados y lejos de todo. Un chollo. Pero nuestro piso no es un chollo, por mucho que tú te empeñes. Tiene un precio medio, ya lo sabes.

—No estoy tan seguro de eso.

—Pues yo sí. En cuanto has recibido dos llamadas te has venido arriba. Pero yo quiero ser prudente. Los pisos no se venden, así como así. Todo el mundo dice que se tardan meses.

—Ya, pero ahora la sierra se está poniendo de moda. Y un piso con dos terrazas…

—Bueno, ya veremos. Lo que yo no quiero de ninguna de las maneras es que nos estanquemos con un piso que está «fuera de precio». No podemos esperar mucho tiempo, pues tenemos que quitarnos el préstamo ya. Y ya sabes que la avaricia…

—Rompe el saco.

—Pues eso. Venga, échame una mano para terminar de recoger. En poco más de una hora va a venir esa chica y tenemos que ordenarlo todo. ¡Miguel! —gritó, avisando al chico—. ¡Ya te puedes poner a limpiar tu habitación y a tenerlo todo decente! ¿Me has oído?

La pazguata

Miguel había terminado de hacer su cama y de recoger su habitación solo unos minutos antes de las doce. Casi a medio vestir, se había puesto el abrigo y había bajado las escaleras de forma apresurada, mientras temía encontrarse a la tal Mónica en el portal. La idea era que no estuviera el chico en el piso, para que no pareciera «un hogar». Habían visto en algún foro que la gente se retrae cuando está «demasiado habitado», es decir, temen invadir lo ajeno y prefieren encontrar un apartamento «estilo hotel».

Al salir, el muchacho se dio cuenta del frío, y pensó en subir a por más ropa. Aquel mes de diciembre estaba siendo un mes relativamente cálido, pero era invierno, al fin y al cabo. Sin embargo, se lo pensó y prefirió no regresar. Su madre podría echarle una buena bronca, y «no estaba el horno para bollos».

E hizo bien. Con precisión suiza, incluso antes de la hora, Mónica se presentó en el piso de sus padres.

—Buenos días. Soy Mónica —dijo una muchacha, de no más de treinta años, que se presentaba sobre el felpudo a la entrada de su puerta.

—¡Hola Mónica! —contestó Paco—. Mi nombre es Paco, y ella es Sandra.

—Hola —respondió de forma escueta, mientras intentaba mirar por encima de sus interlocutores, en un esfuerzo por comenzar a ver el piso.

—Pero, pasa, pasa, Mónica… ¡siéntete como en tu casa!

La muchacha miró hacia atrás, y entonces se dieron cuenta de que subía otra mujer. Una señora ya mayor, que se desplazaba pesadamente por las escaleras.

—Estoy esperando a mi madre. Ya sube —comentó, sin dejar de mirar al interior de la casa. Por fin, cuando la señora llegó a su altura, claramente sofocada, procedieron a entrar las dos mujeres.

—Pues verás, este es el salón —intervino Sandra. Habían quedado en que los dos enseñarían el piso, siendo ella quien llevaría la voz cantante en caso de que la visita fuera una mujer, y él en el caso de que fuera un hombre. —Como ven, es un salón muy luminoso, pues tiene una gran puerta que da acceso a la terraza, que ahora veremos.

Al decir eso, Sandra miró hacia la lámpara de pie que habían encendido y dispuesto discretamente detrás de una cortina, y que tenía una luz de 6000 kelvin, o «luz de día». En realidad, a pesar de que la puerta que daba hacia la terraza era grande, la luminosidad del salón, ahora que no le entraba el sol, no era mucha.

—A la izquierda tenemos la chimenea —comentó Paco, viendo que su mujer se disponía a pasar directamente a las visitantes hacia la terraza.

—¿Tiene buen tiro? —preguntó la madre.

—¡Oh, sí! —replicó él—. Aquí arde lo que le echen, sin entrar humo hacia la casa. Aunque en realidad nosotros no la usamos mucho. La calefacción que tenemos es muy eficiente.

—Su uso principal es para hacer barbacoas —añadió Sandra.

—¿Barbacoas?

—Sí. Aquí asamos chuletas y chorizos, panceta… de vez en cuando. Como dice mi marido, con la calefacción no nos hace falta usarla.

—¿De qué es la calefacción? —preguntó Mónica.

—Es de gas natural. Y muy eficiente. La caldera está en el tendedero, que ahora veremos. Nos costó muy cara, casi tres mil euros, pero mereció la pena. La hemos amortizado de sobra, en cada factura.

—¿La pusieron hace muchos años? Quiero decir, ¿está en buen estado?

—Oh, sí, desde luego. Está revisada anualmente, a pesar de que ya tiene casi trece años. Desde que hicimos la reforma.

—¿La reforma?

—Sí, ahí cambiamos las tuberías, pusimos la doble ventana, los suelos, y también la calefacción.

—¿Por qué cambiaron las tuberías?

—Bueno, el piso ya tiene unos años. Son viviendas que se construyeron en los años ochenta, y las tuberías eran de hierro.

—¿De hierro? ¿No son de plomo?

—De plomo son las salientes. Esas no se han cambiado, pues van al desagüe. Las que cambiamos son las entrantes, que eran de hierro, como digo, y lo malo es que, como el piso siempre se usó como segunda residencia, no había agua «corriendo» con la frecuencia necesaria, y eso hacía que se acumulase en ciertos puntos produciéndose oxidaciones.

—Nos salía el agua con óxido —apuntó Sandra—. Recuerdo una vez que sobre el lavabo se acumularon puntitos de color ocre, y entonces decidimos cambiarlas.

Mónica hizo un gesto de desagrado, que Paco notó, y se apresuró a añadir:

—Por eso las cambiamos. Ahora eso ya no pasa, lógicamente.

—Ahora las tuberías son de cobre, como en todas partes —añadió Sandra. —Bueno, vamos a pasar a la terraza —continuó—. ¡Os va a sorprender lo grande que es! Bueno, perdón… ¿Os puedo tutear? Es que no me sale de otra manera…

Mónica se encogió de hombros con indiferencia y su madre simplemente sonrió.

—Bueno, pues esta es la terraza. ¿A qué es grande?

—Sí, sí que lo es —contestó la madre— Y el jardín está muy bien cuidado, parece.

—Tenemos un buen jardinero.

—Los jardines son de la comunidad, ¿verdad? —preguntó, cautelosa, la chica.

—Sí, claro, igual que la piscina.

—¿Cuánto se paga de comunidad?

—112 Euros.

—¿Al mes?

—Sí, al mes. No es caro —contestó Paco—. Teniendo en cuenta de que en ese precio entra el agua.

—¿Entra el agua?

—Sí, no hay contadores en las viviendas. Solo hay uno para toda la urbanización, y se paga igual que se paga la luz de la escalera, o la limpieza. En nuestra familia ahora somos tres, pero hemos sido cuatro. Cuando vivíamos en Madrid no pagábamos menos de cuarenta euros al mes por el agua. Ducharse cuatro personas a diario, lavadoras, lavavajillas… Si le descuentas a los 112 euros el precio del agua, se queda una buena cuota para el resto de servicios que ofrece la urbanización.

—Y, ¿cuáles son esos servicios?

—Pues la piscina en verano, principalmente. Son tres meses en los que hay que pagar los mantenimientos, el socorrista… Además del jardinero, y la persona que limpia la escalera. Insisto: no es caro. En otras urbanizaciones se paga más por lo mismo.

—Esta terraza es muy fresquita en verano —continuó Sandra—. Solo da el sol por la tarde, y cuando está ya bajo. Es la terraza que da al Oeste. Luego veremos otra, la que da al Este.

A partir de ahí, Mónica se quedó callada, y solo su madre mostró alguna expresión, normalmente favorable. Terminaron de enseñar la casa y las zonas comunes de la urbanización, y cuando ya se iban a despedir se mostró algo más expresiva:

—Entonces, ¿qué? ¿Te ha gustado el piso? —preguntó Sandra.

—Sí, me ha gustado —contestó, con la misma cara de circunstancia—. Pero, claro, no tiene parking y…

—Bueno, el problema del parking no es tal —interrumpió Paco—. Altavista no es como Madrid, donde no se puede aparcar fácilmente. Aquí hay muchos espacios en esta calle, y si no, en las calles adyacentes.

—Yo no vivo en Madrid, sino en Villablanca.

—Bueno, en Villablanca, dependiendo de las zonas, es como Madrid.

—Como dice mi marido, realmente aquí no hay problema. Además, justo enfrente de la urbanización hay un parking muy barato. Por 40 euros al mes puedes alquilar una plaza.

—Es tan barato porque aquí casi nadie lo necesita —aclaró el dueño.

—Ya, pero…

—No deberías dejar de comprar el piso solo por eso. Como ves, es un sitio muy agradable. ¿Tú tienes niños?

—No, estoy soltera.

—Bueno, es igual. Si algún día los tienes, aquí van a disfrutar mucho. Está la piscina, los jardines, el descampado donde pueden jugar, el parque infantil…

—No, si el piso me ha gustado, pero, a ver qué dice mi padre.

—¡Uy! Su padre… —comentó la otra señora—. Ese va a ser el más duro de pelar.

—Pues que venga un día y lo vea. Sin verlo, es difícil opinar —aclaró Paco.

—Desde luego.

—Bueno, pues aquí estamos, para lo que necesites, Mónica. Ya sabes nuestro teléfono, y nos llamas. Si quieres venir otro día, o con alguien más, no hay ningún problema. Es lo bueno de no ir por agencia. Estamos disponibles sin limitación de horario. Y, además, vivimos aquí todavía, con lo que no tenemos que desplazarnos.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo la candidata a propietaria, de forma lacónica, para a continuación darse la vuelta junto a su madre y salir por una de las puertas del amplio jardín del que disponía la urbanización.

Los dueños se quedaron mirando cómo se marchaba, y él comentó:

—¿Qué te ha parecido?

—Un poco pazguata.

—Ya. ¿Tú crees que le ha gustado?

—Seguro. Pero lo del parking…

—Oye, no tenías por qué haber dicho lo del agua con óxido, ni que las tuberías son de cobre.

—¿Por qué?

—Pues porque a la gente no le gusta que le digan eso.

—Pero, si le hemos dicho que ya están cambiadas…

—Ya, pero es mejor no mencionarlo. Solo se dice que están cambiadas, y punto. Igual que lo de que son de cobre. No tienen por qué saberlo. Tampoco tendrías que haber dicho que da poco el sol en la terraza grande. A la gente le gustan los sitios luminosos.

—Pues mira, la próxima vez lo dices tú todo, y así lo haces a tu gusto.

—No te pongas así, Sandra. Salvo en eso, lo has hecho muy bien. A ver qué tal se nos da la visita de la una. Podríamos llamarles para que vengan ya. Hemos acabado antes de lo que esperamos.

—Mejor no. Va a parecer que estamos ansiosos.

La rata

Araceli llegó a la hora acordada, acompañada de su marido. Ella tendría entre 50 y 60 años, mientras que Pedro, su esposo, era algo mayor, con pinta de estar jubilado recientemente. Los dos matrimonios confraternizaron muy bien desde el primer momento, y se tutearon sin problemas. Sandra comenzó a hacer el mismo recorrido por la vivienda que habían hecho con Mónica, y cuando llegaron a una de las habitaciones, precisamente la más pequeña, él preguntó:

—Oye, Paco, ¿tienes un metro?

—¿Un metro?

—Sí, es para medir la habitación. Verás, nosotros estamos buscando una segunda residencia —vivimos en Madrid—, y este podría ser el cuarto de mi hija, con su marido. ¿Aquí podría caber una cama de matrimonio?

—Desde luego —se apresuró a contestar, mientras traía el instrumento de medida— Esta era la habitación de mi hija, pero sin ir más lejos, nuestra vecina de arriba tiene aquí justo encima a su hijo, que duerme con la novia en una cama de matrimonio. Creo que mide 2,50 más o menos —informó, mientras Pedro le sujetaba la punta del metro y él lo extendía hacia la pared contigua—. Justo: 245 cm. Creo que por el otro lado es similar.

El hombre volvió a mirar la habitación, que en ese momento Solo contaba con una cama individual, y pareció hacer un gesto afirmativo, mientras pasaban a la habitación que les quedaba por visitar, y que daba a la terraza de Levante. Al llegar allí, el matrimonio hizo un gesto de admiración.

—Desde luego, vaya vistas tan buenas que tenéis.

—Esta es la terraza que da al Este, la de Levante. Y la montaña que se ve al fondo es la Sierra del Hoyo. Detrás está el pueblo de Hoyo de Manzanares. Si queréis, ahora bajamos y os enseñamos el trastero y las zonas comunes.

—Sí, claro.

Salieron de la vivienda y se dirigieron al trastero, mientras Sandra y Paco comentaban las ventajas de Altavista como pueblo serrano tranquilo, ideal para una segunda residencia.

—Lo bueno que tiene esta zona es que está en el centro.

—Sí, pero no por eso es una zona bulliciosa —aclaró Paco—. Altavista es un pueblo pequeño, y solo es algo más grande por las urbanizaciones que lo rodean. La nuestra es la que está más cerca. A tres minutos andando está la iglesia, el Ayuntamiento, a trescientos metros está el supermercado…

—Sí, no es como otras, que tienes que tomar el coche para ir a cualquier sitio, incluso para comprar el pan —aclaró Sandra, mientras abría la puerta del trastero—. Me vais a perdonar, pero este trastero… pues está lleno de trastos.

—Claro, eso es lo que es un trastero —respondió Pedro—. Se usa para guardar trastos… oye, pues sí que es grande…

—Son doce metros cuadrados, y casi tres de alto. Treinta y seis metros cúbicos, vaya. Nos estamos mudando a un chalet que hemos comprado, y aún tenemos aquí muchas cosas —dijo Paco.

—O sea que estáis ahora de mudanza… —comentó Araceli.

—Pues sí. Aunque en realidad, estábamos ya viviendo en el chalet, y nos hemos tenido que volver al piso.

—¿Y eso?

—Pues porque tenemos que reformarlo. Con el frío y el viento que hizo el mes pasado, estábamos pagando de calefacción una barbaridad.

—Casi diez euros al día —añadió Sandra.

—¡Ah! Entiendo. Habéis vuelto al piso porque aquí se paga menos.

—Sí, eso es. Mientras hacemos la reforma, y mientras lo vendemos. Es lo que os dije cuando hablamos de la caldera. Sé lo que se paga aquí, porque lo comparé con lo que estábamos consumiendo en el chalet. Solo 700 euros de gas al año, es muy poco, teniendo en cuenta que hemos sido cuatro personas, y con duchas diarias, el agua caliente y todo eso… Y la casa no ha estado nunca fría, pues la hemos mantenido a 21 grados.

—Sí que es poco, para estar en la sierra —corroboró Pedro.

—Además, ten en cuenta que nuestro piso está entre dos bloques, haciendo esquina. Está resguardado y no está tan expuesto al norte, como otros en la urbanización.

—Bueno, pues ahora vamos a ver la piscina.

—¡Ah! Pero… ¿está abierta, en diciembre?

—¡No!, claro que no. Pero al menos la veremos desde la verja. No se verá mucho, pero os podréis hacer una idea.

Los cuatro se dirigieron allí, y tras contemplar algo de la zona ajardinada —lo único que se podía ver—, se dirigieron al descampado, una zona de césped natural que se extendía tras el *club social*.

—Este es el club social. Son doscientos metros cuadrados, donde se pueden hacer celebraciones. Nosotros mismamente vinimos aquí a celebrar la comunión de mi hijo. Simplemente lo reservas solicitándolo al presidente, y lo tienes a tu disposición.

—Dentro hay cámaras frigoríficas, pues en su día hubo un bar abierto al público —añadió Paco—. Si el tiempo es bueno, luego pueden jugar los niños en el descampado.

—Lo mantienen como descampado, aunque en su día se habló de hacer un parking.

—Desde luego, el terreno es grande —dijo Araceli.

—Y tanto. Se pueden hacer plazas de aparcamiento para los ochenta vecinos de la urbanización.

—Oye, y, ¿por qué no lo hicieron?

—Pues ya sabes cómo son las juntas de vecinos. La gente no quiere soltar el dinero, y más teniendo como tenemos sitio para aparcar en los alrededores. Pero no te preocupes por eso. Cada vez son más los propietarios que quieren darle una vuelta de tuerca a ese asunto.

—Sí, yo creo que con el tiempo lo terminarán haciendo —completó Sandra.

—Oye, pues me ha encantado la urbanización —comentó Pedro—. Y de dinero…

—179.000 —confirmó Paco.

—¿Sin rebaja?

—No. Acabamos de poner el anuncio, y la verdad, creo que todavía no ha llegado el momento de rebajarlo.

Aquello pareció contrariar al matrimonio, y lo que ocurrió a continuación lo acabó de rematar. Pedro se quedó pensativo, pensando en aquella respuesta, cuando, fijando su vista en una parte del césped que estaba junto al parque infantil, dijo:

—¿Qué es aquello que se mueve allí? ¿Es una rata?

Araceli puso un gesto de absoluto desagrado, mientras Sandra y Paco se miraban. Este último se apresuró a contestar:

—Será una liebre, o un conejo. La dehesa está aquí cerca, y quizás se haya escapado alguno.

—No, es una rata, estoy seguro —confirmó Pedro.

Las agencias

Aquella noche Sandra no durmió bien. Desde el día seis de septiembre, que fue cuando se decidieron comprar el chalet, había vivido en vilo todo ese tiempo. Habían pasado más de tres meses desde entonces, pero la situación le estaba empezando a superar.

Ya habían hablado de vender el piso, desde luego, pues no les quedaba otra opción para librarse de las deudas. Pero ahora que estaban manos a la obra, sentía un vértigo que le ahogaba. Desprenderse del que había sido su piso durante tantos años, y en el que habían crecido sus hijos no era algo que llevara bien, y de poco consolaba el hecho de que había que pensar más con la cabeza que con el corazón.

Desde luego, nada hacía presagiar que de aquellas dos visitas del domingo surgiera algo. La primera, Mónica, no parecía muy convencida, a pesar de que había llamado a los cinco minutos de poner el anuncio. Y de la segunda, mejor no hablar. La dichosa rata lo había complicado todo, y de poco sirvieron los comentarios de Paco en el sentido de que ese animal no era habitual por allí. Además, cometió la torpeza de informar al marido, a Pedro, de que el jardinero tenía dispuestas trampas por la urbanización para intentar atraparlas. «Con eso le has confirmado que son habituales. Si no, no se pondrían trampas». «Ya, pero de esa manera ven que aquí nos preocupamos por el asunto, y que hacemos lo posible para tenerlas bajo control».

Cierto era que las ratas no eran un problema en aquella urbanización y en aquel pueblo. Pero que el dichoso animal apareciera justo en ese preciso momento… ¡Vaya mala pata!

En cualquier caso, la odisea de vender un piso no había hecho nada más que comenzar, pues al día siguiente, el lunes, comenzaron a llamar las agencias. Primero fueron las de Villablanca, la ciudad más cercana, y luego también las de Altavista. Todas querían llevar la venta directamente, excepto una, que les sugirió una alternativa intermedia:

—¿Dígame?

—Buenos días. ¿Es usted, Sandra?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Mire, mi nombre es José, y le llamo de la inmobiliaria Vida Hogareña. He visto su anuncio en Perfectista, y verá, quisiera saber si está usted interesada en que le lleve algunas visitas.

—¿Algunas visitas?

—Sí, tenemos varios posibles compradores que están buscando un piso como el que usted vende. En concreto tenemos dos. Uno busca una vivienda en una urbanización céntrica, como la suya, y otro la necesita para una hija que se quiere independizar. Y este último, paga… al contado.

—Quiere decir, que no tiene que pedir hipoteca. ¿No es así?

—Así es. Los padres le compran el piso a la hija, y no necesitan pasar por el tedioso trámite de la tasación, involucrar a los bancos, en fin, todo eso.

—Ya veo.

—La idea es que usted nos deje a nosotros promocionar la venta de su vivienda.

—Pues verá, el caso es que… nosotros no queremos ir por agencia. Comprendo que una agencia inmobiliaria puede ser necesaria para una persona que no sepa publicitar su piso en un portal inmobiliario, o que no sepa redactar un contrato de arras, o que no pueda enseñar su piso por vivir en otro lugar…. Pero ninguna de esas cosas nos afecta a nosotros.

—Ya, claro, pero, verá, como le digo, tengo dos clientes que podrían interesarle. Independientemente de que nos deje a nosotros promover su piso, usted no pierde nada por permitirnos presentarle a esos posibles compradores.

—¿Sin necesidad de firmar un contrato con ustedes?

—Sin necesidad de ello. Nosotros simplemente le llevamos los compradores, y si alguno de ellos se decide a comprar su piso, entonces sí, claro, tendríamos que firmar un contrato para esa compraventa. Pero solo para esa. No tendríamos exclusividad ni nada por el estilo.

—Y… ¿la comisión?

—Pues como todas las agencias de la sierra, un tres por ciento.

—Un 3%... Eso sería…

—Pues si usted lo vende por 179.000, pues sería… 5.370 euros —dijo, tras hacer la operación.

—Más el IVA, naturalmente. ¿No es así?

—Sí, claro, más el IVA.

—Que sería…

—El 21%. Unos mil euros más.

—Ya, casi 6.500 euros —afirmó Sandra. Su cabeza no paraba de pensar rápidamente, si su marido aceptaría rebajar el precio para quedarse Solo con 172.500, si aceptaba semejante oferta. No —se dijo—. No podía ser. Entonces se le ocurrió una cosa.

—En todo caso, tendríamos que ofrecer el piso por un importe superior, para poder llevarnos nosotros lo 179.000 euros que estamos pidiendo.

—Sí, claro. Pueden ustedes hacerlo. Pero lógicamente, no pueden conservar el valor que ponen en los portales inmobiliarios. Tendrían que subirlo igualmente, pues estaríamos en desventaja con nuestro cliente.

—Claro, entiendo.

—Y por el mismo precio, él preferirá quedarse con nosotros, pues le llevamos la gestión.

—Ya, pero —continuó ella, pensando rápidamente—. También le digo que la comisión no podría ser la misma que cobran ustedes a un propietario que les pida sus servicios. Nosotros ya tenemos puesto el anuncio, y estamos haciendo la promoción… su comisión se tendría que quedar en… 5.000 euros IVA incluido.

Sandra tragó saliva. Su primera intención era no querer saber nada de agencias, pero era muy tentador lo que aquel hombre le proponía. No podía negarse a enseñar su

piso a dos personas que parecían tan interesadas, y una de ellas que pagaba al contado.

—Sí, no hay problema —contestó el agente—. Es razonable. Entonces, ¿Cuándo podría llevarle a estos dos clientes?

—Pues cuando usted quiera. Nosotros vivimos todavía aquí, así que…

La raspa

—¡Cinco mil euros! ¡Teníamos que haber hablado antes!

El hombre estaba furioso. Entró en cólera cuando su mujer le contó que pensaba rebajar esa cifra a los compradores que le trajera José.

—Vamos a ver, Paco, ese hombre dice que nos va a traer dos clientes, y además muy interesados. Lógicamente tendrá que ganarse algo, y…

—Cada vez rebajamos más, Sandra. Y lo que me fastidia es que hay pisos por ahí que se venden por 190.000. ¡Pisos como el nuestro!

—Bueno, esos pisos también van por agencia, como la mayoría. Con lo cual, al final no se quedan con tanto. Descuenta a eso el tres por ciento más IVA, y verás. Al final se quedan como el nuestro.

—¡De eso nada! Pero, ¿cómo puedes decir eso? Ahora que nos vamos a quedar solo con 174.000…

—No, Paco, no me has entendido. La agencia se queda con cinco mil, pero yo he subido el piso a 184.000 euros.

—¡Ah! Eso es otra cosa… —el hombre suspiró aliviado— ¡Haber empezado por ahí!

—Empecé por ahí, pero estabas obcecado.

—Entonces, los que vengan por nuestra cuenta, ¿también verán ese precio?

—Naturalmente. Pero ahora llamarán menos. De hecho, desde Mónica y Araceli, ya no ha llamado nadie más.

—Y, ¿cómo van las estadísticas de la web?

—Subiendo. Cada vez hay más visitas y más favoritos.

—Esos estarán al caer. Quiero decir, al llamar.

—Por cierto, me han llamado más agencias. Todas las del pueblo, y alguna de Villablanca.

—Y, ¿qué les has dicho?

—Lo mismo que a José. Que no nos ponemos en manos de nadie, pero que, si nos lo compra alguien que nos traigan, les damos 5.000 €.

—Pues a ver si lo vendemos antes por nuestra cuenta. Todos esos favoritos…

—Esos son agencias, Paco. Acabo de caer en la cuenta. Las agencias acaban de ver el piso y lo han puesto en su radar. Así están pendientes de las bajadas de precio y lo tienen presente y en seguimiento.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Si no, no se explica que no llame nadie. Me refiero a particulares.

—Bueno, solo ha pasado una mañana.

—Es lo que te digo. Las agencias tienen avisos y alertas. En cuanto sale un nuevo piso les salta una, y si es un particular quien lo vende —y no alguien de la competencia—, llaman para intentar cazarlo. Como han hecho conmigo toda la mañana.

—Para intentar que fiche por ellos.

—Exactamente. Si te fijas, por eso hay tan pocos particulares vendiendo pisos en Perfectista. O en Fotopisos. Esta mañana he estado mirando por curiosidad, y al menos el 90% son agencias. De hecho, los que son particulares, en la mayoría de los casos ponen bien claro: *abstenerse agencias*. Es más, muchos lo ponen antes de describir el piso, en lugar de ponerlo al final.

—Se ve que muchos llaman sin leer el anuncio.

—O sin leerlo del todo. No quieren esperar a que se les adelante la competencia.

—Bueno, vamos a ver qué pasa con estos dos de José. ¿Te ha dicho cuando vienen?

—Una viene esta tarde. Me dirá la hora… ya. Mira, está llamando —confirmó, al mirar el número que se mostraba en el teléfono móvil—. Sandra intercambió unas palabras y colgó, diciendo: en media hora están aquí.

—Pero… es ya casi de noche… Ahora anochece muy pronto. ¿No podrías haberle dicho que vinieran de día? Así lo verían mejor.

—Mira, Paco, eso ya lo sabrá José, y de sobra. Si vienen ahora, es porque no pueden en otro momento. La gente trabaja, no como tú.

—Oye, oye, yo también trabajo. Trabajo en casa, pero trabajo.

—Sí, claro. No me hagas reír, por favor. Venga, ayúdame a recogerlo todo, antes de que vengan.

Se apresuraron a dejar las cosas en perfecto estado de revista, y a la hora prometida sonó de nuevo el timbre. Para su sorpresa, el tal José llegó con los dos clientes, a la vez.

—Venimos muchos, Sandra. Tienes que disculparme por no haberte avisado antes.

—No hay problema. Así matamos dos pájaros de un tiro —contestó al agente inmobiliario, en bajito—. Pero el caso es que fue cambiando la cara, según iba entrando la gente. En total fueron cuatro adultos y tres o cuatro niños de diversas edades, más el propio José, que fue quien tomó la iniciativa, como si Sandra y Paco no existieran o no estuvieron allí. Los propietarios intentaron contribuir a las explicaciones —parcas y apresuradas, según les parecieron—, pero se encontraron con cierta indiferencia. Pareciera que aquellos visitantes habían venido… como forzados.

—Bueno, nosotros nos vamos —dijo uno de los adultos, que resultó ser el padre de los chicos. Unos muchachos que no pararon de deambular por toda la casa, sin ningún control.

—¿Ya? Pero, no habéis visto el trastero…

—Bueno, será como todos.

—No, ¡qué va! Es un trastero enorme. ¡Son doce metros!

—¡Ah! Pues sí que es grande. Bueno, nos tenemos que ir —dijo la mujer—. ¡Vamos chicos! ¡Nos vamos!

Los niños estaban jugando al escondite y tardaron en salir todos, pues el pequeño se había escondido dentro de un armario, y sus hermanos no lo encontraban. Cuando salieron se quedó solo José con el otro matrimonio. Una vez terminada la visita —esta vez trastero incluido—, la pareja no quiso ver los jardines, pues ya los conocían.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó Sandra.

—Bueno, no está mal. En las fotos parecía más grande.

—Claro, es porque las fotografías son panorámicas —explicó José—. Se toman en perspectiva, y las estancias parecen enormes.

—Eso es engañar…

—En parte sí. Pero todos lo hacen, Charo —se dirigió a la compradora—. Si todos lo hacen y nosotros no lo hacemos, pensarás que nuestro piso es más pequeño que el de los demás.

—No creo que todo el mundo sepa tomar fotos panorámicas…

—Con los teléfonos móviles que hay ahora, es muy sencillo —intervino Paco—. Y, ¿por lo demás?

—Bien, bien, pero las ventanas son de corredera.

—Ya, pero es un doble acristalamiento, sobre todo el exterior —aclaró José.

—Ya, pero es corredera. El aislamiento es deficiente —la mujer tenía un rictus serio—. Y los baños están sin reformar.

—Bueno, hemos cambiado el suelo, y las paredes…

—Las paredes tienen papel imitando *gresite*.

«¿Cómo se habrá dado cuenta?», pensó Sandra mirando a su marido, quien puso la misma mirada de complicidad. Aquel papel estaba tan bien puesto, que era prácticamente indetectable a no ser que se tocara.

—El piso no está mal, Charo —sentenció José—. Es lo que ya habíamos hablado.

—Sí, sí, no está mal. Ya lo dije —se rebajó—. Pero como es para mi hija, supongo que lo tendrá que decidir ella. Aunque no sé qué le parecerá. Es un segundo, y no tiene ascensor… y eso es un problema.

—Bueno, es más bien un primero… y medio. Si entras por la puerta que da al jardín de delante, te ahorras un tramo de escalera —intentó justificar José.

—¿Por qué no ha venido su hija? —preguntó Paco.

—Gastroenteritis. En fin… —terminó—. Le diré que sí me ha gustado, y otro día vendrá ella a verlo.

A continuación, la mujer y su pareja se marcharon, seguidos por el agente inmobiliario, quien se despidió igualmente:

—Estamos en contacto, Sandra. Encantado de conocerte, Paco.

—Igualmente. Hasta luego.

—Vaya *raspa*, la tía esta —comentó él, tras cerrar la puerta—. De esta no vamos a sacar nada.

—¿Tú crees que vendrá la hija?

—Ni de broma. Está claro que ha venido ella para dar su visto bueno. Y eso, si no lo quiere para sí misma, y no para la hija.

—Sí, puede ser una excusa. Y, ¿la otra familia?

—Esos, menos. No han querido ver ni el trastero.

—¿No será una visita fantasma?

—¿A qué te refieres?

—Recuerdo, en tiempos de la crisis de 2008, que muchas agencias de colocación ponían anuncios falsos en los portales de empleo. Los ponían ellas mismas, para que sus jefes vieran que tenían trabajo y así no cerrar la agencia. Pero era todo mentira.

—No entiendo —objetó Paco—. ¿Que hayan puesto un anuncio falso?

—Sí, eso puede ser también, pero no ahora. Me refiero… mirando en un foro leí que hay agencias que hacen «visitas fantasma», es decir, los compradores son familiares o amigos de la agencia, para que el cliente vea que se preocupan y que hay movimiento.

—¡Ah!, ya te entiendo. Para que les renueven el contrato o la exclusividad antes de que acabe el plazo. ¿No es así? —su mujer asintió—. Pero eso no puede ser, Sandra. Nosotros no hemos firmado nada con ellos.

—Vale, pero, en el caso de la familia esta con los niños… Está claro que han venido… como forzados. ¿No te parece?

Los dos se quedaron pensando por unos instantes y luego él añadió:

—Ya sé lo que puede ser. Estos tipos han venido antes a ver otro piso que están promocionando en la agencia de José. Pero no les gustó. Y ahora les repescan, porque el nuestro se parece al que ya vieron antes.

—No es que se parezca, es que está dentro del perfil que buscan.

—Eso es. Pero este piso ya le han debido de ver en Perfectista, pues lleva ya dos días publicado y seguro que tienen alerta.

—O no lo han visto todavía. Quiero decir, hasta ahora.

—Lo dudo. Esas alertas saltan en el teléfono móvil, y con un *clic* lo puedes ver en ese momento. De haberles interesado, nos habrían llamado.

—Desde luego. Si les interesa de verdad, claro, antes de que otros se les adelanten.

—Pues eso. Han venido por cumplir.

—O por darse una vuelta y cotillear.

—Vamos, que no hay nada que hacer, ni con estos ni con los otros.

—Ni con los de ayer. Cuatro visitas, y cero interés.

—Bueno, Araceli…

—Olvídate de Araceli. Ahí quien manda es ella —como en todos los matrimonios—, y ya se espantó bastante con la rata. Y de la pazguata…

—Mejor no hablar.

—Pues eso. No tiene sentido que una chica soltera se compre un piso con tres habitaciones, piscina comunitaria y zonas ajardinadas.

—A no ser que quiera casarse.

—Pero si nos dijo que no tenía novio…

—Pues por eso. Mejor no hablar.

Beatriz

—Hola, Paco, me he enterado de que vendes el piso.

—¿Ah sí? ¿Quién te lo ha dicho?

El aludido y su mujer salían del portal de su casa en dirección al supermercado, cuando se encontraron a Nacho, el vecino del piso de arriba. Había pasado ya más de una semana desde que pusieron el anuncio y habían recibido alguna visita física y la llamada de más agencias. Alguna incluso había ido a visitar el piso, asegurando, como siempre, que tenían compradores interesados.

—Las noticias vuelan, ¡eh! Que estabais vendiendo me lo dijo un amigo. Al parecer, su hija estuvo hablando contigo para intentar cerrar un trato.

En ese momento Sandra miró a su marido con cara de asombro. Él no le había dicho nada.

—Sí, la chica está interesada... Pero no puede pagarlo. Le dan una hipoteca muy baja, y claro, estamos fuera de su alcance.

—Caray, Paco, qué pena. El hijo de Montalvo, el del primero, firmó hace dos semanas un contrato de arras, para un piso lejos de aquí. Si hubiera sabido que tú vendías el tuyo...

—Ya me lo dijo su madre, se nos escapó, por unos días.

—Bueno, y, ¿dónde te vas?

—Hemos comprado un chalet, aquí al lado.

—¿Ah sí? ¿Dónde?

—Aquí al lado.

Nacho se quedó mirando, esperando que concretará más. Cosa que no hizo.

—Y, ¿cuánto os ha costado? ¿Ha sido muy caro?

—Sí, muy caro.

—Pero, ¿cuánto?

—Muy caro.

Viendo que no iba a sacar más información, el vecino se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

—Bueno, pues os voy a echar de menos. ¡A ver si tenéis suerte, y os dan lo que pedís! Son 184.000, ¿verdad?

—Sí —replicó Paco, parcamente—. Bueno, adiós.

Cuando el vecino ya se había retirado un poco, Sandra dijo: —este viejo cotilla, le habrá faltado tiempo para meterse en Fotopisos y ver el anuncio.

—Desde luego.

—Bueno, cuéntame. ¿Quién es esa chica a quien no le dan una hipoteca?

—Llamó ayer, mientras tú estabas en la ducha. No te lo dije, porque no merecía la pena.

—Ya, pero, ¿cuánto ofrecía?

—172.000. Es todo lo que le puede conceder su banco.

—Esto no se hace, Paco.

—¿El qué no se hace?

—No contarme las cosas. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Es muy poco dinero. ¿Es que no lo entiendes?

—Y, ¿le dijiste que no? ¿Así, por las buenas, y sin que viera el piso?

—El piso lo había visto en la web, y conoce la urbanización y el piso de Nacho.

—Espera, espera, porque no termino de asimilarlo. ¿Me estás diciendo que ha llamado una persona haciendo una oferta? ¿Estaba dispuesta a comprarlo… por ese precio, y sin ver el piso?

—Ya te he dicho que sí —miró para otro lado.

—Pues la voy a llamar ahora mismo.

—¿Para qué?

—Pero, ¿es que no lo entiendes? —repitió, con ironía—. Llevamos casi dos semanas y es la única oferta en firme que hemos recibido. Tú que decías que nos lo iban a quitar de las manos... ¿Ves como no es así?

—¡Es muy poco dinero, Sandra!

Pero la mujer se desentendió, y ya estaba buscando en el teléfono la llamada en cuestión. Localizó la comunicación entrante del día anterior en el momento en que estaba en la ducha, y pulsó el botón de llamada, sin hacer caso a las recriminaciones de su marido.

—¿Sí?

—Hola, soy Sandra, la dueña del piso en venta en las Pedroñeras. Creo que hablaste ayer con mi marido.

—Hola, sí, hablé ayer con un hombre...

—Paco, mi marido. Bueno, te llamo por si quisieras venir a ver el piso.

—Pues mira, Sandra, no quiero ir a verlo —afirmó, con rotundidad.

—¿Por qué? Estoy segura de que te iba a encantar…

—Pues por eso no voy.

—Pero... no entiendo… ¿Te llamas?

—Beatriz.

—¿Por qué no quieres venir a verlo, Beatriz?

—Me dijo tu marido que el precio era demasiado bajo.

—Bueno, eso lo podríamos negociar —miró a Paco, quien parecía echar fuego por los ojos—. ¿No puedes pagar algo más? El piso lo vendemos por 184.000, pero como te digo, es negociable.

—¿Me lo podríais dejar por 172.000?

—¿De verdad que no puedes pagar nada más?

—No. Es el máximo que me da el banco —se hizo un silencio—. Mira, Sandra, cuando vi el piso en la web me encantó, porque precisamente esa urbanización es una de nuestras preferidas. Mi pareja y yo nos casamos, y ahora mismo estoy embarazada. Conocemos a Nacho y a su mujer, y nos han hablado muy bien de ella. La vivienda me encantó, y por eso llamé, con la esperanza de que podríais dejárnosla por ese dinero. Todo el mundo sabe que los precios suelen estar inflados para poder negociar, y por eso me animé. Pero tu marido me lo dejó bien claro.

—Ya hablaré yo con él, Beatriz. ¿Podrías venir a ver el piso… esta tarde?

—No, Sandra. No quiero hacerme ilusiones. No quiero verlo de verdad, y comenzar a imaginarme dónde poner la cuna de mi niño… que la pondría en la habitación esa que es azul y comenzar a…

—¿Tienes un bebé?

—No. Estoy embarazada —afirmó. Su interlocutora parecía no haberlo oído—. Lo que te digo, no quiero empezar a soñar y luego… nada.

Sandra miró a su marido, esta vez siendo ella quien asesinaba con la mirada.

—Ya… Lo comprendo. Lo comprendo perfectamente.

—Ya me ha pasado una vez, hace dos meses, y no quiero volver a eso.

—El qué…

—Habíamos apalabrado un piso, un piso maravilloso…, y comenzamos a gestionar la hipoteca con el banco. Pero claro, es tanta la burocracia… Se tardan semanas entre la tasación, la concesión y la firma ante el notario. Entremedias vino un comprador que pagaba en mano… y se lo llevó —por la línea se pareció oír que a la chica se le quebraba la voz.

—Bueno, Beatriz, lo siento mucho. Entiendo que no tienes más dinero ahorrado, o no lo puedes conseguir por otros medios.

—Sí que lo tengo, pero eso lo necesito para los gastos. Y para mi bebé. De verdad que los 172.000 es lo máximo que os puedo dar.

Sandra se resignó, viendo que Paco se había marchado de su lado totalmente ofuscado. Era inútil seguir insistiendo, si su marido no estaba dispuesto a rebajar tanto. Finalmente se despidió de la chica, y se volvió a casa, mientras él entraba en el supermercado.

Suplantación

—¡12.000 euros, Sandra! ¿De verdad que doce mil euros no es nada? ¿En serio lo dices?

—Son siete mil, Paco. El piso se vende por 179.000, ¿recuerdas? Los otros cinco mil los subimos para los que vengan por agencia.

—Su precio ahora es 184.000. Es lo que pone en todos los portales. Si quieres podemos usar esos cinco mil como margen de negociación, pues fue el precio que acordamos inicialmente. Que me sigue pareciendo poco, ya lo sabes. Pero bueno.

—Pues ya está: siete mil.

—No. ¡Doce mil! ¡Es lo que le pensabas rebajar a esa chica!

—Ya, pero…

—¿Tú sabes todo lo que podemos hacer con doce mil euros? ¡Podemos pagar una parte de la reforma de chalet!

—Vale, lo que tú quieras —se resignó—. Espero que no nos arrepintamos de esta decisión.

—¿De qué decisión?

—De no habérselo vendido a Beatriz. Las visitas y las llamadas están disminuyendo, ya lo sabes.

—Es porque ya estamos casi en Navidades. La gente ya lo deja… para después de Reyes.

Paco terminó de colocar la compra en el frigorífico, y volvió junto a su mujer, que seguía repasando las estadísticas de los anuncios.

—He colocado el piso en más webs —apuntó Sandra.

—¿Ah sí?

—Sí. Esta mañana me llamó otra agencia. Me ofreció lo de siempre, ya sabes.

—¿A cambio de…?

—Cinco mil euros, lo que hemos hablado. Pero me dijo que iban a poner el anuncio en treinta portales.

—¿Tantos hay?

—Si contamos los internacionales, hay incluso más.

—Los internacionales…

—Sí. Me dijo que hay inversores extranjeros que…

—Tonterías.

—Sí, desde luego. Nadie va a venir de Alemania a comprarse un piso en Altavista. A no ser que sea lo que ellos llaman «una villa».

—Pues este piso no es eso, desde luego.

—No, no es eso, ni hay tantos portales con que merezcan la pena. Pero aparte de Perfectista y Fotopisos hay al menos cuatro o cinco más con posibilidades reales.

—Y ahí los has puesto, claro.

—Claro.

—Pero en Multitenants —uno de los que se mueve mucho—, mira lo que me he encontrado.

Sandra cambió de pestaña en el navegador y le mostró el anuncio a su marido. La foto era una retrospectiva de su propio jardín de entrada, con el acceso al portal.

—Eso… ¿lo has puesto tú?

—No. ¿Acaso no ves quién es la inmobiliaria que está detrás?

El hombre echó una mirada, y luego dijo:

—¡Casapoint! ¡No fastidies! Pero ese piso…

—Se refiere a nosotros, Paco, sin duda. En esta urbanización no se vende otro que no sea este.

—Esa cerda de Mayte… Ahora mismo voy a la agencia y le digo que lo quite. Inmediatamente.

La tal Mayte fue una mujer, agente inmobiliaria, que les visitó el día anterior con el objeto de firmar un contrato para llevar su venta. Todo fueron amabilidades hasta que el matrimonio le dijo que no firmarían nada, sino que, como habían dicho a todas los demás, solo lo harían cuando consiguieran un comprador. En ese momento se marchó, casi sin despedirse, quedando meridianamente clara su contrariedad. Sin embargo, parecía que había puesto el anuncio, a pesar de todo.

—Espera, Paco, espera —le detuvo. El hombre parecía de verdad dispuesto a ir a esa agencia.

—¿A qué quieres que espere?

—¿Qué conseguirás con ir?

—Cantarle las cuarenta a esa impostora. Habernos boicoteado de esta manera…

—Lo negará todo. Dirá que ese piso no es el nuestro, que es de otro cliente.

—¡Ja! ¿De quién iba a ser?

—Puede ser de cualquier otro vecino, Paco. No conocemos a todos los que viven aquí.

—Tú sabes que no lo es. ¿Por qué, si no, no ha puesto fotos? ¡Por qué es el nuestro!

—Sí, ya lo sé, pero es lo que dirá si vas allí, y le «cantas las cuarenta».

—¡Solo ha puesto fotos de la entrada del portal! Vamos, lo que se ve desde la calle. Como no le dejamos hacerlas… Pues no las pone, pero aun así nos publicita.

—Recuerdo la cara que puso cuando le dijiste que no le dabas permiso para hacer ninguna foto —dijo Sandra.

—Sí, yo también me fijé. Es que las únicas fotos que puede haber en Internet son las nuestras. Solo faltaría que tuviéramos dos anuncios para el mismo piso.

—No sería el primero que las tiene.

—Sí, ya lo sé. Pero es que entonces todos los compradores les llamarían a ella, pues seguro que sale más arriba en las búsquedas. Y nosotros, a pagarle la dichosa comisión… sí o sí.

—Lo cual me demuestra que la supuesta "cartera" de clientes interesados no existe. Que todo lo que captan es a través de Internet.

—Eso es. Lo que nos traen son "rebotes", es decir, gente a la que ya le han enseñado un piso y que no les ha gustado. «Oye, pues si quieres tengo otro que encaja con lo que estáis buscando», les deben decir.

—Y les traen a ver un piso —el nuestro—, que ya han visto en la web. Y si a nosotros no nos han llamado, es que no les interesa.

—Claro. Por eso te digo que no esperes nada de las agencias. Y respecto a la de Mayte, ya te digo que no pienso atender a nadie que venga de su parte.

—Y, ¿si nos paga esos 175.000 que pide… en mano?

—Aun así. Solo por lo que nos ha hecho. ¿Por qué no quiso aceptar nuestras condiciones?

—Nadie hace eso, Paco. O llevas la venta por una agencia, o la llevas por tu cuenta. Nadie tiene este «modelo mixto», que nosotros tenemos.

—Sí que lo tienen. ¿A qué crees que se refieren cuando dicen que no exigen exclusividad?

—Bueno, eso lo dicen por si a ti te sale un comprador… un familiar, un conocido, o algo así. En ese caso no tendría que pasar por la agencia. Lo que yo digo es que nadie juega con dos barajas.

—Sí, puede ser. Pero no me negarás que no es mala idea. Además, Mayte no tiene nada que perder, como han aceptado todas las demás.

—Seguro que teme que le quitemos el cliente.

—¡Qué estupidez! Cuando viene José con posibles compradores le firmamos un documento en el que nos comprometemos a no vendérselo a tal persona si no es a través de él. ¿Por qué Mayte no hace lo mismo?

—No lo sé. Ten en cuenta que solo hacen eso José y Elena —las dos agencias que, de momento, les habían traído compradores de carne y hueso.

—Es que las demás no nos han traído a nadie todavía.

—Porque pasan de nosotros. Nos quieren dentro de su esquema, el esquema general, o no nos quieren.

—Y Mayte ha intentado agarrarnos, como sea.

—Pues sí. Somos una «perita en dulce». Para las agencias, hacerse con un piso es un chollo. Solo tienen que enseñarlo de vez en cuando, y cuando alguien pica, un tres por ciento de comisión.

—Y eso, en la sierra. En Madrid creo que se llevan un cinco, como mínimo.

—Pues eso. Poco trabajo, y mucha ganancia.

—Y no se necesita mucho saber, Sandra. Con conocer cómo se hace un contrato de arras y poco más, ya puedes ser un agente inmobiliario. Vamos, yo mismo podría hacerlo.

—Pues podrías dedicarte a ello, Paco. Así haces algo de provecho.

—¿Ya empezamos otra vez con las recriminaciones?

Los dos se aguantaron la mirada durante un rato, y luego ella añadió:

—Es posible que al subirlo a 184 estemos fuera de precio.

—De eso nada, *monada.* El piso no está fuera de precio; O sí lo está, pero por abajo. Teníamos que dejarlo en ese importe, pero pasar de las agencias.

—Está fuera de precio, Paco. En Perfectista hay unos filtros, como sabes, para afinar las búsquedas.

—Sí, ya lo sé.

—Uno de ellos es el precio, y va por baremos. Mira —le mostró la web a través del teléfono móvil—. Si te fijas, el comprador puede filtrar según lo que va buscando, y en nuestro caso, hay un intervalo que va de 160 a 180. Si no quiere o no puede gastarse más, nuestro piso no aparecerá.

—Vale, ¿y qué?

—Pues que tendremos menos visitas. ¿Es que no lo entiendes? Si en realidad nos vamos a llevar 179, deberíamos dejarlo en ese precio y tendríamos más compradores.

—No te creas. *Si te fijas* —reiteró, con ironía—, también hay un campo donde se puede poner el límite, a mano. Si el segundo intervalo es entre 180 y 200, pero el cliente no se quiere gastar más de 190, puede indicarlo *a mano*.

—Eso no lo hace nadie, Paco. La gente filtra por el baremo que ya existe y eso no lo ve.

—¿Cómo no lo va a ver, si está ahí al lado?

—Lo verán algunos, y otros no. La gente es muy torpe.

—Vale, pues lo dejamos en 180 y pasamos de las agencias.

—Ciento setenta y nueve.

—¿Por qué? El límite son 180.

—¿Ya estamos otra vez con lo de los 1000 euros? Por favor, estoy ya un poco harta de tus racanerías…

—Está bien. 179. Pero insisto: lo rebajamos y mandamos a todas las agencias a la mierda.

—Eso es cerrarnos puertas, Paco. No quiero hacer eso, al menos de momento.

—Pues no hay quien te entienda, chica.

—Lo que yo no entiendo es qué hará Mayte cuando un cliente quiera ver ese piso.

—¿Quién? ¿La de la agencia que ha puesto el anuncio falso?

—¡Claro, Mayte! ¿De quién estamos hablando, si no de ella? —Sandra se exasperaba.

—¡Un primero! ¿Por qué habrá puesto que es un primero?

—Claro. Porque si pone que es un segundo, sería demasiado descarado. Así no podrá decir que es el nuestro, si la ponemos contra las cuerdas.

—Se cree muy lista, pero no ha colado. Claro, como esa es la altura ideal en los bloques que no tienen ascensor… Pues le dirá a ese posible comprador que ese piso de 175.000, ya no está venta, pero que tiene otro que, por un poco más, está mucho mejor.

—El nuestro.

—Eso es. Y así atrae compradores. Luego nos llamará para decirnos que hay un cliente interesado, y ya está.

—Vamos, como lo que hacen los demás, pero ella jugando sucio.

—Sí, muy lista.

—Muy lista, pero nosotros muy tontos si le dejamos seguir adelante.

—¿Por qué? El caso es conseguir venderlo.

—Pues no, Sandra, ¿es que no lo entiendes? Teniendo ese piso anunciado por ese dinero, el nuestro parecerá caro. Está en la misma urbanización y el falso es un primero. Son nueve mil euros más, y los compradores usarán ese argumento para, o no llamar, o bien, llamar y exigir una fuerte rebaja. ¡Joder! —se dio la vuelta y miró hacia un lado.

—Bueno, pues, hacemos nosotros lo mismo. Ponemos un anuncio «fake» por… 195.000, y así ponemos nuestro piso «en precio».

—Pues no, Sandra, ¡pues no! ¡Ay! ¡No eres más tonta porque no te entrenas!

—Oye, sin faltar, ¡eh!

—¡Es que es verdad! A ver, bonita, ¿no te das cuenta de que si hay muchos pisos en venta en esta urbanización, la gente pensará que aquí hay algún problema? Que hay algún vecino molesto, o algo así, y por eso todo el mundo se quiere ir.

—Pero, ¿por qué siempre eres tan negativo?

—Solo me pongo en lo peor, querida.

—No creo que por un piso más en venta, la gente piense cosas raras.

—¿Qué no? Mira en la urbanización Bellas Vistas. Es la mejor del pueblo, y yo todavía no he visto un solo anuncio de venta.

—Será casualidad.

—No. Lo que ocurre es que no se va nadie de allí, y quien lo hace, lo vende enseguida. Antes siquiera de poner el anuncio.

—No creo que sea por eso. No nos vendría mal poner un anuncio falso, también nosotros. Más caro, y así el nuestro estaría «en precio».

—Eso se llama especular, Sandra. Está todo inventado.

—Pues no me extrañaría nada que muchos de los anuncios que hay por ahí que no tienen fotos… pues que sean falsos. Sobre todo, esos a los que tú te agarras. Esos que piden 195.000. Esos son los que están en precio, según tú, ¿no?

—Venga, pues llamamos. Llamamos y vamos a verlos. ¿Qué te parece?

—Sí, estoy yo como para ver otros pisos ahora…

Un pianista y las repescas

—Deberíamos dejar de decir que vendemos esto porque nos vamos a un chalet.

—¿Por qué? Es la verdad. Lo decimos para que los compradores no piensen que hay algún vecino molesto, o algún defecto, o alguna avería grave, deudas con la comunidad…

—Ya sé que lo decimos por eso, Paco. Pero la gente puede pensar que se lo estamos restregando.

—¿Cómo restregando?

—Sí, que lo decimos como con superioridad, como con un cierto aire de… no sé si me entiendes.

—Sí, te entiendo, pero creo que es mejor despejar dudas, y así no crear suspicacias.

Ya habían pasado las navidades y las visitas habían disminuido considerablemente. Durante otras tres semanas apenas habían recibido a dos personas en su casa, y eso sí, más agencias. Algunos incluso les habían dado plantón, después de tener la casa perfectamente preparada y en estado de revista.

Sandra había conseguido convencer a Paco para no «cantarle las cuarenta» a Mayte, la agente que puso el anuncio «fake», al menos de momento. «*No hay que cerrarse ninguna puerta»,* le había aconsejado, y él obedeció a regañadientes.

A mediados de enero habían concertado una visita con un matrimonio que vio su anuncio en Perfectista, y la visita del piso y la urbanización había transcurrido a las mil maravillas. La pareja parecía muy interesada y una vez que hubieron terminado, ya casi despidiéndose, el hombre, que al parecer era pianista, les preguntó:

—Una curiosidad. ¿Por qué no lleváis la venta a través de una agencia? La verdad es que nos extrañó ver que lo vendía un particular.

—Bueno —contestó Paco—, yo entiendo que, para quien no tiene unos mínimos conocimientos, no maneja Internet, no sabe poner un anuncio en los portales… pues claro, las agencias desempeñan un papel importante.

—O no viven aquí —añadió Sandra—. O no tienen tiempo de enseñar el piso…

—Claro. Nosotros vivimos aquí mismo, y, además, tenemos plena disponibilidad para enseñarlo. Si lo dejas a través de una agencia, dependiendo del caso, no trabajan los fines de semana, y, en la sierra, pues es cuando se concentran las visitas.

—Bueno, también hay algunos agentes «freelance» que sí lo hacen —dijo el hombre—. Nosotros llevamos ya un tiempo viendo pisos y ese no ha sido un problema.

—Ya. Pero lo cierto es que la agencia no pone el mismo empeño. Si llaman mientras está en otra visita no atienden el teléfono, ni el agente sabe tanto de la casa como el propio dueño.

—Eso es cierto.

—En cualquier caso, nosotros sí que tenemos el piso en algunas agencias.

—¿Ah sí? —preguntó la mujer—. ¿En cuál? En media hora nos van a enseñar otro por aquí, a través de una agencia.

—Bueno, hemos llegado a acuerdos con algunas. Lo que sí os digo es que, antes de firmar nada, me refiero, antes de firmar el parte de visitas que os mostrarán, os aseguréis de que no vais a ver otra vez este piso.

—¿Cómo? No entiendo…

—Sí, vamos a ver… cuando una agencia te muestra un piso, es necesario que firmes lo que ellos llaman un "parte de visitas". Es básicamente un documento en el que te comprometes, si es que te decides a comprarlo, a que sea a través de ellos.

—¡Ah! Ya entiendo —dijo la mujer—. Eso lo hacen para que luego no hables con el propietario por tu cuenta y os saltéis a la agencia…

—Eso es. De esa manera se garantizan su comisión.

—Entonces —volvió el pianista—, ¿por qué dices que tengamos cuidado de no ver otra vez este piso?

—Pues… —comenzó a explicar Paco—, porque nosotros os lo venderíamos por 179.000. Si lo hacéis a través de una agencia, entonces el precio serían 184.000. Tened cuidado y no firméis nada, pues si al final os decidís, tendrías que pagar de más.

El hombre y la mujer se miraron, extrañados, y se despidieron. Cuando ya se habían marchado, Sandra dijo:

—Hemos perdido una venta.

—¿Por qué? Yo creo que, todo lo contrario. Desde los de la rata, no he visto a nadie más interesado.

—No, Paco. Algo me dice que estos han visto algo raro y no se quieren meter en líos.

—Qué… ¿Algo raro?

—Sí, me pareció ver en la mirada de ella una expresión de negación.

—Pero…

—Al decirles eso, han debido de pensar que intentamos puentearlos.

—¿Puentearlos?

—Que tenemos un acuerdo con las agencias, pero que aun así nos lo queremos saltar para no pagar la comisión.

—¡Qué tontería! Si precisamente lo damos más barato… ¡Vamos a ganar lo mismo!

—Ya, pero ellos no lo saben. No saben cuánto es el importe de la comisión, y desconfían. Acuérdate que les extrañó mucho que no fuéramos por agencia.

—Vale, puede ser —admitió—, pero no creo que por eso dejen de comprarlo. Les ha gustado mucho.

—Yo creo que está perdido, Paco, ya te lo digo —se detuvo un momento—. Por cierto, hablando de los de la rata, podríamos llamar a Araceli. Creo que así se llamaba ella, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Les podríamos llamar y preguntar.

—Si no nos han llamado ya, es que no les interesa.

—Ya, pero no perdemos nada. El “no” ya lo tenemos. ¿Por qué no llamar?

—Vale, llama si quieres.

Sandra buscó el número de teléfono y marcó. A continuación, se puso Araceli.

—¿Dígame?

—Hola, ¿Eres Araceli?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Mira, soy Sandra. Estuviste en diciembre, viendo nuestro piso. En la urbanización «Las Pedroñeras», en Altavista.

—Sí, ya me acuerdo —respondió, tras unos instantes.

—Verás, solo quería decirte que subimos el precio al poco tiempo de vosotros venir a verlo, pero como lo visteis antes, pues os lo dejamos en lo que dijimos, es decir, en 179.000 euros. Llamaba para avisaros. Quizás os tenía que haber avisado, pero…

—Sí, lo vimos y nos extrañó. Entonces lo descartamos, pues no estábamos muy seguros de comprarlo, incluso antes de la subida del precio.

—Ya, entiendo. Pero, ¿habéis comprado otro ya, o…?

—No nos interesa, Sandra. De todas formas, gracias por tu interés.

—De acuerdo. Gracias a ti, por el tuyo — se despidió, y a continuación, colgó.

—Fue por la rata, te lo digo yo.

—Sí, seguro. Oye, podríamos llamar a la pazguata.

—¿A Mónica?

—Sí, ya van dos veces que se cruza con nosotros. Al menos podríamos hacerle una oferta.

El interés de Sandra por la primera persona que vio el piso, venía a raíz de un plantón. Ya les habían dado varios, y eso enfurecía mucho a la pareja. Después de tener todo preparado, las cosas colocadas, el hijo había adecentado su habitación… o bien no se presentaban, o bien la agencia cancelaba la visita a Solo diez minutos de la hora de la cita. En el caso de Mónica fue lo que ocurrió, la segunda vez que intentó verlo. Una agencia había concertado una visita con un posible comprador, y justo antes del momento en que habían quedado, les llamó y les dijo que no iba a acudir. Al parecer el posible comprador era ella, Mónica, que simplemente dijo: «ese piso ya lo he visto, y no me interesa».

—¿Hacer una oferta a la Pazguata? ¿De qué estás hablando? ¿De rebajar?

—Mira, Paco, nuestra casa está, como suelen decir, «fuera de precio». Es más que obvio.

—No. Lo que pasa es que es invierno, y la gente busca pisos en la sierra en primavera. Lo buscan en esa época, para irse a vivir en verano, o como segunda residencia.

—Hombre, una decisión así no se toma a la ligera…

—No, pero si se plantean alquilar algo para el verano, pues ya de paso se lo compran.

—Claro, como si fuera alquilar o comprar una motosierra.

—No, pero algo de eso hay.

—No digas tonterías, Paco. Acuérdate de lo que nos dijo Mayte. Que los pisos se venden durante todo el año, sin haber una estación especial.

—No me fio nada de lo que diga esa. Además, ¿no te parece que es mejor venir a ver pisos aquí, en la época de más luz, de clima menos frío? Y no ahora, precisamente…

—Puede ser. Pero el tiempo corre en nuestra contra. En los portales aparece la fecha en que se puso el anuncio. Y la gente desconfía de los que llevan mucho tiempo.

—Ya, porque dicen: «algún problema tiene, si no lo compran». Pero eso es fácil de arreglar. Se da de baja el anuncio y se pone otro. Así estará el contador a cero.

—No es cuestión de eso. Yo creo que el problema es el precio.

—¿Otra vez con eso? No pienso rebajar nada, Sandra. Lo máximo que admito es volver a ponerlo en 179.000. Eso sí, nos olvidamos de todas las agencias. ¿Qué me dices?

—No sé, Paco. Tenemos algunos compradores que nos han traído, y están pendientes de decisión.

—No están pendientes de nada. La decisión ya la tienen tomada, pues si no, alguno nos lo hubiera comprado. No pueden estar eternamente pensando, pues se arriesgan a que otro se lo quite.

—Puede ser. Bueno, en definitiva, no pierdo nada con llamar a Mónica.

Se dispuso a hacerlo, y esta contestó enseguida:

—Hola Sandra.

—¿Me reconoces?

—Sí, te tengo grabada —dijo, con la misma voz insulsa de siempre.

—Verás, es que como el otro día ibas a venir otra vez a ver el piso… Ya sé que dijiste que no. Pero si el problema es el precio… —Sandra miró a Paco, quien puso cara de circunstancia—. U otra razón que podamos solucionar… Es que nos extrañó que la chica de la agencia nos dijera que se lo iba a ofrecer a una amiga y…

—¿A una amiga? Yo no soy amiga de esa… La verdad, es alucinante, la de veces que me quieren mostrar pisos, incluso aquellos que ya he rechazado.

—Ya. Entiendo. Las agencias están un poco desesperadas por vender, claro.

—Eso debe ser.

—Bueno, Mónica, pues que sepas que todavía no lo hemos vendido, y si te decides…

—Vale, gracias —expresó, de forma lacónica, y la comunicación se cortó.

—Esta tía no sabe lo que quiere —dijo Paco—. Yo creo que ni siquiera sabe si quiere comprar un piso o no comprarlo.

—Ya. Y mientras tanto, nosotros en ascuas. Aquí esperando a que alguien se decida.

—Alguien nos lo comprará. Eso, no lo dudes.

—Ya, pero ¿quién? ¿Cuándo? ¿Por cuánto? De verdad, Paco, todo esto es un estrés que ni te imaginas.

—Sí, sí me imagino.

—Deberíamos pagar en los portales para que nuestro anuncio salga en las primeras páginas, o como “destacado”. Así lo venderíamos antes.

—Eso me parece una tontería. Quien busca un piso, ya ha mirado en todas las páginas.

—Ya, pero…

—Además, en Altavista no hay tantos pisos. Si pones los filtros adecuados, como mucho salen tres páginas.

—Ya, pero si buscan en la sierra en general, no salimos ni en la tercera. Salimos mucho más atrás, y la gente ya se ha quedado con los que salen antes.

—Tonterías. Nadie está dispuesto a gastarse tanto dinero sin escudriñar a fondo todo lo que hay.

Sandra miró a su marido dudando de lo que decía. Si fuera por ella hubiera comprado todos los lotes de “posicionamiento y subidas”, “destacados” y demás promociones que ofrecían los portales, al menos en Perfectista y en Fotopisos. De esa manera se aseguraría de que su piso estuviera siempre en las primeras páginas, y así vender más rápido. Pero como siempre, se encontró con la absoluta negativa de su marido a gastar dinero.

Lucía

Habían pasado ya tres meses desde que pusieron el anuncio, y las cosas no iban bien. El fantasma de la crisis económica amenazaba en el horizonte, y Paco ya había asumido que tendrían que bajar el precio.

Desde el mes de enero, solo habían recibido dos visitas con visos de prosperar. La primera, una mujer de mediana edad con tres hijos, que pareció muy interesada. Paula, que así se llamaba, era profesora y tenía una amiga que vivía en la misma urbanización; la verdad es que le gustó mucho el piso. Sin embargo, no acababa de llamar para dar una respuesta.

La otra persona se llamaba Lucía, una madre soltera a la que, eso sí, tenían pendiente de conceder una hipoteca.

Paco era muy dado a poner motes a los posibles compradores, pues era más fácil acordarse de ellos que de los nombres reales. Así, estaban "la pazguata", "la rata", "la raspa", "el pianista", "la monja", y a Lucía la llamaban "la hippy", en alusión a cierta vestimenta holgada y de colorines que llevaba el día que vino a ver el piso. Una chica que, a pesar de tener ya cierta edad, no la aparentaba, y era todo candor y dulzura.

Respecto a esta, "la hippy", al principio recelaron mucho, pues no lo veían nada claro. Comprometerse con una persona a la que quizás no le dieran el préstamo, significaba dejar de vender el piso en los que, en teoría, eran los mejores meses para venderlo, es decir, en la primavera.

Mientras tanto, seguían a la expectativa, hasta que por fin tuvieron la llamada que esperaban.

—Hola, soy Daniel, el asesor de Lucía —contestó un hombre que llamó a Sandra.

—¿Un asesor? No sabía que…

—Sí, ella tiene un caso difícil, y por eso acudió a mí. Soy asesor financiero. Un bróker de hipotecas, vaya.

—No entiendo…

—A ver, su perfil es de riesgo, no cabe duda. Está en el límite de la edad para que se le conceda un préstamo a largo plazo, y además está sola para pagar el piso. Es decir, estará solo a su nombre. Por si fuera poco, no tiene mucho dinero ahorrado, y en estos tiempos eso es esencial para que un banco se anime a conceder una hipoteca.

—Sí, entiendo, ya pasaron los tiempos de la burbuja inmobiliaria, cuando se concedía el cien por cien del precio.

—En efecto. Ahora los bancos han escarmentado, y no se fían.

—Ya, comprendo. Pero entonces, Daniel… ese era tu nombre, ¿verdad? —sí—, respondió—. Entonces, tú me llamas para…

—Pues para ver si podemos llegar a un acuerdo. A Lucía le interesa vuestro piso, como seguramente ya os comentó.

—Sí, lo que pasa es que nos dijo que no podía pagar tanto como nosotros pedimos. Que tiene un límite… personal, creo nos dijo,

—A ver, hay tres límites. El personal es el límite que le ponen a una persona los bancos, por sus características personales. Es decir, por su edad, su nivel de ingresos, su capacidad teórica para devolver el préstamo… esas cosas. Ahí se definiría la cantidad máxima de dinero que una entidad está dispuesta a conceder.

—Claro.

—Luego está el límite hipotecario, que es la cuota en la que se le quedaría el préstamo. Esta no puede bajar de cierta cuantía, ni ser superior a un porcentaje de sus ingresos, ni superar cierto número de años.

—Y eso tiene que ver también con la edad de la persona, ¿no?

—Sí, claro, tiene que ver con el límite personal, pues un jubilado normalmente no paga letras…

—Porque no le llega con la pensión.

—Exactamente. Y hay un tercer límite, que es el límite inmobiliario. Una persona puede cumplir los dos límites anteriores, pero el banco puede no concederle la hipoteca porque el piso que quiere comprar no vale lo que piden por él.

—Ya entiendo —dijo Sandra—. Una persona puede tener un límite personal de… medio millón de euros, por decir algo, pero si el piso que quiere comprar no vale más de cien mil, no le concederían el préstamo si pide 500.000.

—Eso es. No se lo concederían, porque, en caso de no pagar, el banco no podría resarcirse si se quedara con la casa.

—Ya entiendo. Y en el caso de Lucía…

—La hipoteca es factible, y cumple los tres límites. A falta de la tasación, claro está.

—¿La tasación?

—Sí, claro, los bancos no conceden nada hasta que vaya un tasador al piso y "lo tase". Es decir, que estime un valor para el inmueble, y que sea más o menos lo que pide el vendedor. Vamos, para que no se queden *con el culo al aire*, para que me entiendas.

—Ya, pero eso puede ser un problema, Daniel. ¿Tú eres de la zona?

—No. Soy de Madrid.

—Vale, pues te explico. En Altavista hay muchos pisos construidos hace menos tiempo que el nuestro, pero que valen menos. Si toman esos precios como referencia, nuestra vivienda es cara.

—¿Pisos más modernos que valen menos? ¿Con los mismos metros?

—Sí, porque después de los años ochenta, se dejaron de construir terrazas y las cambiaron por simples "miradores". Tampoco se construyeron los pisos en urbanizaciones, y por tanto no tienen jardines, ni piscina, ni pistas de tenis…

—Ya entiendo. Tienen menos prestaciones.

—Exactamente.

—Bueno, si el tasador es lo suficientemente profesional, lo debería tener en cuenta.

—De acuerdo. Entonces, en el caso de Lucía, ¿le darían la hipoteca?

—Bueno, está un poco justa, y su hipoteca es de riesgo. Pero he conseguido que uno de los bancos con los que trabajo acepte concederle el préstamo. Lo que ocurre es que no podemos superar el límite personal, que es de 170.000 euros.

—Ese sería el máximo que el banco le concedería, entiendo.

—Bueno, le concedería un poco más, pues hay que pagar los gastos relativos a la compraventa. Ya sabes, los gastos notariales, los de registro… y por supuesto, el impuesto de transmisiones patrimoniales, que como sabes, lo paga el comprador.

—Y tus honorarios, entiendo, ¿no?

—Sí, claro.

—Pero, si un banco le concede la hipoteca… entonces tú…

—¿Por qué acudió a mí? ¿Ibas a preguntarme eso?

—Bueno, yo… —intentó disculparse la mujer.

—No, si es lógico. Podría haberse ahorrado mi comisión y vosotros cobrar más. ¿No es así?

Sandra suspiró y no dijo nada. Daniel siguió:

—La razón es que yo, como mayorista de hipotecas, consigo mejores condiciones que si una persona va sola a un banco.

—Tenéis condiciones especiales, pues…

—Eso es. A ella le costará una comisión, lógicamente —es de lo que vivo—, pero lo compensará sobradamente con el tipo de interés que se le concederá. Además, estoy seguro de que, en su caso, no hubiera llegado muy lejos. Tiene un perfil de riesgo y probablemente la hubieran rechazado. Pero a mí —y a los brokers como yo—, nos miran con otros ojos. Puede que algunos préstamos fallen y tengan que ejecutar la hipoteca, pero lo compensan sobradamente con las otras casas, con el volumen que nosotros les proporcionamos.

—Vale, ya entiendo —asintió Sandra—. Entonces va en serio. ¿No?

—Sí, va en serio, pero el precio tiene que ser 170.000. Si no, no hay trato.

El contrato de arras

Sandra volvió a tener una mala noche, y ya iban unas cuantas desde que pusieron a la venta el piso. Bien decían los que opinaban sobre ello, que era una de las experiencias más estresantes por las que se puede pasar.

Su marido y ella llevaban ya tres meses de discusiones continuas, y él solo consiguió aceptar el hecho de que tenían que rebajar el precio inicial, muy a regañadientes. La fuerza de los hechos lo llevó por fin a reconocer que el piso estaba fuera de precio desde el principio, y que los importes que aparecían en los portales inmobiliarios no eran sino puntos de partida que solían quedarse muy lejos de los precios finales.

Pero lo que más le dolió a su mujer fue lo que le dijo Nacho, el vecino, quien le comentó que la pobre Beatriz, la chica que no quiso ver el piso para no ilusionarse, finalmente compró otro en una urbanización peor, y, además, su hijo había tenido problemas al nacer.

Si se lo hubieran vendido a ella, a esas alturas ya estaría incluso cobrado, pues, aunque la chica también tenía que pedir hipoteca, ya había pasado tiempo más que suficiente para haber terminado todo el proceso. Al vendérselo a "la hippy", no solo habían perdido tres meses, sino que, además, lo vendían por menos precio —dos mil euros menos de lo que ofreció Beatriz en su día, algo que ya descartó Paco por ser demasiado barato—.

Aunque el dinero ya era lo de menos, después del calvario que estaban pasando. Sandra tenía ganas de acabar de una vez, pues el estrés y la falta de sueño le estaban llevando incluso a rendir menos en el trabajo, y eso sí que no se lo podía permitir. Aquel era el único sueldo del que disponía la familia.

Así las cosas, Daniel, el *financiero* de Lucía, les pasó un borrador del contrato de arras, que los vendedores aceptaron. Ya solo faltaba que se concretara un día en el que quedar con ella y firmarlo. Pero Paco no estaba satisfecho en absoluto.

—Seis mil euros de señal, Sandra. De verdad, no sé cómo pudiste decirle que sí a esa miseria.

—¿Qué querías que hiciera? Daniel me ofreció tres mil…

—Vaya cara —objetó el marido.

—Pues sí, por eso le pedí el doble.

—Es que seis mil tampoco es nada. ¡Lo normal es dar el 10%, querida!

—Ya, pero si esa chica anda tan ajustada, no creo que tenga 17.000 euros para dar así, por las buenas.

—Por las buenas no, que nos está comprando un piso que vale 170.000. Bueno, en realidad vale más, pero es lo que paga. ¡Joder! —apretó los dientes y torció la boca.

—No tendrá dinero hasta que le den la hipoteca.

—Es que por tu culpa nos hemos tenido que arrastrar de esta manera.

—¿Por mi culpa?

—¡Sí, por tu culpa, guapa! No será por la mía…

—Mira Paco, me duele muchísimo la cabeza. Tú estuviste de acuerdo en vendérselo a ella. ¿Ahora te echas atrás?

—Tendríamos que llamar a ese Daniel y decirle que no lo aceptamos.

—¿El qué no aceptamos?

—La señal de seis mil. Diez mil euros, o nada. Y todavía es poco.

—Da un poco igual seis mil que diez mil.

—No, no da igual Sandra. ¿No te acuerdas lo que nos dijo ella cuando estuvo aquí el sábado? Cuando se trajo al marido para…

—No era su marido.

—Bueno, su pareja, su chorbo, o lo que sea.

—¿El qué nos dijo?

—Pues que le habían quitado el piso que era su primera opción. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—¡Que se lo habían quitado de las manos, Sandra! Que habían quedado un día a las 12:00 para firmar el contrato de arras, y a las nueve de la mañana la llamaron para decirle que no fuera.

—Ya, porque alguien pagaba al contado.

—No, porque alguien pagaba más.

—No, no era por eso.

—Bueno, me da igual. El caso es que no me extraña que se lo quitaran, con la señal tan irrisoria que debió ofrecer.

—Vale, ¿y qué?

—Pues que a nosotros nos va a hacer lo mismo. Nos va a tener aquí esperando a que le den la hipoteca, y si entremedias le sale un piso «mejor», que le guste más, que sea más barato, o lo que sea, pues no le va a importar perder los seis mil euros, si aun así gana dinero. ¿Es que no te das cuenta?

—Ya, y pagando 10.000 euros, se lo pensará dos veces.

—Exactamente. Muy barato tiene que ser para que le compense perder ese dinero.

—Vale, y, ¿qué podemos hacer?

—Subir la señal.

—No me parece correcto, Paco. Ya hemos acordado con Daniel ese precio, y llamarle ahora para eso…

—Pues entonces, ¡ya me dirás qué hacemos! Pueden tardar varias semanas hasta que le den la hipoteca, y mientas tanto, ¿qué? Si nos sale alguien que nos da lo que pedimos, lo que está en la web, ¿le decimos que no? Te recuerdo que, si nos retractamos, le tendremos que dar a Lucía el doble, es decir, 12.000 euros.

—Ya lo sé.

—Además, ¿y si luego el tasador decide que nuestro piso vale menos y no supera el límite inmobiliario?

—Daniel me dijo que si el tasador es profesional…

—Si es profesional… ¿y si no lo es? ¿Y si se limita a ver los precios de los otros pisos que se anuncian, los que no tienen ni terrazas, ni jardines, ni piscina… y como miden lo mismo que el nuestro y además son más nuevos, decide que el nuestro está sobrevalorado? Además, esos pisos tienen todos garaje, y…

—Mira, Paco, tendremos que correr ese riesgo.

—No creo que ese tasador de Madrid venga a ver esos pisos y se dé cuenta de todo eso. Lo hará viendo los precios que se pagan por las inscripciones del Registro de la Propiedad, donde nunca se habla de las zonas comunes.

—Solo tiene que meterse en Perfectista y ver cómo son en realidad los pisos, y lo que tienen. Entonces se dará cuenta.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si nos tiene aquí esperando, pillados con un contrato, sin podérselo vender a nadie más, hasta que le concedan el préstamo?

—Eso te pasaría con cualquier comprador que tenga que pedir una hipoteca.

—Sí, pero si me dan 184.000, merecerá la pena, joder, pero pasar por todo eso, ¿para unos míseros 170.000 euros? Por favor…

—¡Ay Paco! ¡Vale ya!

En ese momento sonó el teléfono de Sandra. Era Daniel.

—Mira, hablando del rey de Roma… por la puerta asoma.

—¿Sí? —contestó.

—Hola, Sandra.

—Hola Daniel. ¿Has quedado ya con Lucía para firmar el contrato?

—No, todavía no me ha dicho cuándo puede.

—Pues vaya, ¡ni que fuera ministra! Entre diario trabaja y cuando llega a casa tiene cosas que hacer. Los fines de semana tiene que atender a los niños. La verdad, no sé a qué espera…

—Ya, yo tampoco lo sé. Yo te llamo por otra cosa. Verás, como te dije, hay dos bancos que aceptaron concederle la hipoteca. Ella ha elegido el banco de Cantabria, por ser el más ventajoso. Pero hay un problema.

—¿Cuál?

—El estado registral de vuestro piso. Según el Registro de la Propiedad, el edificio está todavía “en construcción”.

—Lo sé. Eso es muy común aquí, en Altavista. De hecho, cuando nosotros compramos el chalet, nos pasó lo mismo. En el Registro figura “en construcción”, porque el constructor no quiso depositar la escritura de fin de obra. Es un trámite necesario, pero tiene un coste —una tasa—, y en su día prefirieron poner en venta los pisos sin esperar a tener ese trámite terminado. Lleva un tiempo inscribirse, y los agobios financieros de los constructores hacen que no puedan esperar.

—Y eso lo sabes… porque ya os pasó con el chalet, ¿no?

—Exactamente. Quién nos lo vendió «iba por agencia», y ellos nos lo explicaron.

—Entiendo.

—Pero el edificio está terminado. Es Solo un trámite burocrático, que falta.

—Pues ese es el problema.

—Ya, pero se soluciona en el mismo acto notarial de la compraventa. Nosotros lo hicimos así. Llevamos un certificado del Ayuntamiento atestiguando que el edificio está terminado, y el notario añade un párrafo en la escritura para que el registrador cambie ese "estado", a la vez que inscribe al nuevo propietario.

—¿Tenéis vosotros ese certificado? Me refiero, el de vuestro piso, no el del chalet.

—No, pero puedo ir al Ayuntamiento y pedirlo. Te lo dan en el día, o como mucho al día siguiente.

—OK. Déjame que hable con mi contacto en el Cantábrico. Te llamo enseguida.

Sandra se lo contó a Paco y este volvió a refunfuñar:

—Dichosa *hippy…* encima de que le estamos regalando el piso, nos viene con problemas.

—Ella no. Es su banco, que es un poco "especial". Pero no te preocupes. Seguro que lo comprenden y se hace como hicimos nosotros con el chalet.

Solo unos minutos después volvió a sonar el teléfono. Era Daniel:

—Que no. Que tiene que estar resuelto antes de firmar.

—No fastidies… —la mujer torció el gesto.

—No hay mayor problema, Sandra. Consigues el certificado, pides cita con un notario y ya está. Como mucho serían una o dos semanas y luego…

—¿Aceptarían la copia simple de la escritura, o tiene que estar inscrito en el Registro?

—Es lo que te iba a decir. Tiene que estar en el Registro.

Sandra suspiró, y su marido hizo lo propio. En el silencio de la habitación se podía oír perfectamente a Daniel.

—Pues es un problema, Daniel. El registro de Altavista es un desastre. Una agencia vino a visitarnos hace poco y nos dijo que ese mismo trámite tardó en hacerse cuatro meses con un cliente suyo.

—Mujer, no creo que tarde tanto.

—Eso me dijeron.

—Yo tengo algún contacto en los registros, y podría mover algunos hilos para acelerarlo.

—¿En el Registro de Altavista?

—Ahí concretamente no, pero, algo podría hacer.

—Ya, y… ¿todos los bancos son así de exigentes? No puedo creerlo.

—Todos no. De hecho, creo que el otro que también ha aceptado conceder la hipoteca, no lo exige. Al menos antes de firmarla. Lo sé a ciencia cierta, pues ahora me ha

venido a la cabeza un caso que tuve el año pasado, donde también pasaba eso, y no hubo problema.

—Y, ¿no puede pedir Lucía la hipoteca ahí?

—Me temo que no. Los intereses son más altos y, lógicamente, ella prefiere el Cantábrico.

—Pues no sé qué decirte, Daniel.

—Yo no veo que sea mayor problema. No pueden tardar cuatro meses en inscribir un acto tan sencillo como ese. Yo les puedo presionar, y no creo que tardemos más de un mes. Mientras tanto podemos ir moviendo la tasación del piso. Como mucho, en mes y medio… máximo dos meses estamos firmando en el notario. Son solo dos semanas más de lo que se tarda en tramitar todo, sin ese requisito.

Sandra suspiró de nuevo, y luego dijo:

—Está bien. Supongo que no nos queda otro remedio. Mientras tanto, por favor, a ver si consigues quedar con Lucía para firmar el contrato de arras.

—Descuida. En cuando me lo diga, os aviso.

Sandra pulsó el botón rojo de colgar, mientras miraba a su marido de reojo. Su cara era todo un poema.

—Y, ¿ahora qué hacemos? —preguntó él, con los brazos en jarra.

—Tendremos que hacer lo que él dice, me temo.

—¿Por qué? ¡Otro problema más! Antes de que llamara este tío estábamos pensando en mandarle a la mierda. A él y a su clienta, la dichosa "hippy". Ahora tenemos más motivos para hacerlo.

—De todas maneras, ese trámite hay que hacerlo, Paco. Nos costará algo pagar a un notario para eso, pero yo creo que no está de más.

—Podríamos evitarlo si conseguimos alguien que nos lo compre "al contado", o con una hipoteca con otro banco.

—Ya, pero el Cantábrico es el favorito ahora mismo en cuestión de tipos de interés. De hecho, eso que nos dijeron los de esa agencia. Esos 4 meses que tardaron, seguro que fue porque lo hicieron con ellos.

—Que hicieron, ¿el qué?

—Pedir la hipoteca con ese banco, ¿qué iba a ser? No creo que el notario nos cueste más de… trescientos euros.

—Que nos podríamos ahorrar.

—No está de más, ya te lo he dicho.

—Lo que me fastidia es que tengamos que hacerlo por culpa de esta tía. Mucha sonrisita, mucha carita de niña buena que no ha roto un plato en su vida, mucha paz y amor… pero bien que nos la clava.

—Ella no tiene la culpa de esto, Paco.

—Ni yo tengo necesidad de vendérselo a ella.

—Aún no le has vendido nada. Todavía no hemos firmado nada. Quizás este fin de semana nos llame alguien, y le pase una segunda vez.

—¿Qué le pase una segunda vez? ¿El qué?

—Que se lo quiten antes de firmar las arras.

—Ojalá.

—Pero mientras tanto, deberíamos arreglar este asunto de la construcción. Te lo digo por tercera vez. No está de más.

La escritura de fin de obra

Fueron casi diez días los que tardó en darles cita el notario. El documento del Ayuntamiento no fue tan fácil de obtener como habían previsto, pero llegó a tiempo para entregárselo al fedatario público.

—El banco del Cantábrico es así, señores. Ofrecen un buen tipo de interés, y por eso mucha gente se casa con ellos. Ya me entienden… pedir una hipoteca hoy en día es casarse con un banco durante décadas.

—Claro —respondió Sandra. La pareja se hallaba en la oficina del notario, un señor bastante comprensivo.

—El problema es que son muy exigentes con la documentación y no quieren que se quede ningún cabo suelto —añadió el hombre.

—Que el edificio figure en el Registro como "en construcción", no significa que haya algún cabo suelto —objetó Paco.

—Desde luego que no. Pero subsanar ese defecto es algo que hacemos aquí con relativa frecuencia. Basta con incluir una cláusula para el registrador en la escritura de compraventa, y asunto resuelto.

—Sí, eso es. Lo mismo hicimos nosotros hace poco. Tramitamos con usted la escritura de la compra de un chalet, y pasaba lo mismo… No sé si se acuerda…

—Tramito tantas escrituras al cabo del día…

—Claro. Pero lo que no entiendo es cómo ese banco es tan *pijotero* con esa tontería.

—Es política de la empresa. No le den más vueltas.

—Pero, ¿hacer este trámite nos puede perjudicar de alguna manera? —insistió Sandra.

—No veo la forma en la que pueda perjudicarles. Hacerlo ahora o hacerlo en el momento de la formalización de la venta, es indiferente.

—Salvo para el Cantábrico.

—Pues sí. Y créanme que son muy tercos con ese asunto. Recuerdo hace… yo creo que fue a finales del año pasado. Una pareja de jóvenes había encontrado el piso de sus sueños, y los vendedores habían encontrado por fin un comprador, después de muchos meses y desvelos.

—Y desvelos, dice usted bien —intervino Sandra.

—Bueno, pues el caso es que el empleado que tramitó todo el proceso no se dio cuenta de que el piso "no estaba terminado", y fue el gerente de la entidad quien vio la dichosa coletilla en el boceto de la escritura que les presentamos para su revisión el día de la firma.

—Y, ¿se lo echaron atrás en ese momento?

—En ese momento, sí. Imagínese. Ya estaban preparados los cheques para el pago, con la comisión que cuestan cuando son por esos importes. Todo el trámite terminado… y se cayó la venta.

—¡Vaya faena! —dijo Paco.

—Y tanto. Fue todo un drama. Mi secretaria tuvo que acudir a por pañuelos de papel de lo que lloraban los jóvenes… y también los dueños.

—No hay derecho.

—Es lo que hay, señor. Por eso hacen ustedes bien en solventar esto. No es necesario hacerlo, pero no está de más.

—No está de más —subrayó Sandra, dando un codazo a su marido.

—En fin, como les digo, es un trámite sencillo, y en unos días estará en el Registro.

—¿Registrado?

—Entregado. Lo que tarden los señores registradores, ya no es cosa nuestra.

—Y, ¿cuánto puede ser eso?

—En Madrid, entre dos semanas y un mes. Fuera de Madrid… ya no lo sé. Pero deberían ser plazos parecidos.

—Nos han dicho que pueden ser cuatro meses —apuntó Paco.

—Podría ser. Aunque no deberían tardar tanto. Es un trámite sencillo.

—Está bien. ¿Cuánto sería la provisión de fondos?

—Unos seiscientos euros.

—¿Seiscientos euros? —los ojos de Paco se abrieron como platos.

—Quizá sea menos. Lo que sobre, se lo devolveremos con un cheque.

Paula

Ya habían pasado dos semanas desde que hablaron con Daniel, el financiero de Lucía —"la hippy" —. Aunque el contrato de arras ya estaba redactado, la mujer no parecía tener prisa por firmarlo.

—No sé qué ocurre, Sandra —le dijo el hombre—. Ayer mismamente le envié un mensaje pare recordarle que tenemos esto pendiente; para que me diga cuándo podemos reunirnos para firmarlo, pero no me contestó. Sinceramente, no sé qué decirte.

—Gracias, Daniel. Cualquier novedad, ya me dices.

—Desde luego.

—Adiós, un saludo —y pulsó el botón de colgar.

—Esta tía está buscando otro piso, Sandra. No me cabe ninguna duda. Y estamos perdiendo el tiempo esperándola. No nos quiere decir que no, por si al final no encuentra nada y se tiene que quedar con nosotros.

—Puede ser. Y mientras tanto, seguimos teniendo el piso en 184.000. Y no podemos bajarlo, pues entonces se creerá que ya no se lo queremos vender.

—Es que es la verdad. Yo no se lo quiero vender a ella.

—Ya, pero yo no. En tres meses es el único comprador serio que nos ha salido.

—Bueno, eso de serio… ya ves cómo se ríe de nosotros. Muy seria no es, si no quiere firmar. Estos hippies… no son de fiar.

—Es que no es "hippy", Paco. Eso te lo has inventado tú.

—Hippy o no hippy, esa tía no es de fiar.

—Podríamos recuperar a Paula. La profesora. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, claro. Era profesora de religión en un colegio, ¿no?

—Era profesora, pero no sé de qué.

—De religión. Apuesto a que sí. Tiene cara de monja.

—¡Pero si tiene tres hijos! ¿No recuerdas que nos lo dijo?

—Bueno, fue monja y luego se salió del convento porque descubrió los placeres de la carne.

—Paco, por favor...

—Si no ha sido monja, te aseguro que al menos estudió en un colegio de monjas. Tiene toda la pinta. Además, esta debió ser de las formalitas.

—¿Qué formalitas?

—Sí, ya sabes que las que van a una escuela de esas, o se vuelven muy santas, o se vuelven muy putas. Y esta debió ser de las primeras... Seguro que dejó de ser virgen ya muy mayor.

—De verdad, Paco, eres incorregible. Siempre estás pensando en lo mismo…

—Y tú siempre estás pensando en cualquier cosa menos en eso —replicó, resentido, clavando sus ojos castaños en los azules de ella. Sandra los desvió, y zanjó el asunto:

—Bueno, vale ya. Vamos a dejar el tema. Yo creo que la deberíamos llamar.

El hombre sostuvo un tiempo más la mirada, y luego dijo:

—Sí, podríamos rescatarla. ¿Cuánto hace que estuvo por aquí? Por lo menos mes y medio, ¿no?

—Más o menos. Recuerdo que le encantó el piso; además, tiene una amiga que también vive en la urbanización.

—No debió gustarle tanto, si al final no nos ha llamado.

—Es por el precio, Paco, no te quepa la menor duda. Si tanto le gustó y no nos llama, ten por seguro que es por eso.

—Puede ser. Pero no sé qué espera comprar por menos dinero. Una birria de piso, claro.

—Esta... pagaba al contado, ¿no?

—Creo que sí. Recuerdo que nos dijo que había vendido su anterior casa… y tiene dinero en el banco, esperando a comprar algo. Que, si tenía que pedir préstamo, sería por poco.

—Podríamos llamarla. A lo mejor todavía no ha comprado nada. Esta no vino por ninguna agencia, y le dijimos 179.000.

—Sí, pero le parece caro.

—Se lo podríamos dejar en 170.

—¿Estás loca?

—Vamos, hombre, es el mismo precio por el que se lo vendemos a Lucía. Con la diferencia de que el dinero es en mano, y no hay que esperar a nada. Ni a que le den hipoteca, ni tenemos que contener la respiración cuando venga el tasador, ni tampoco tenemos que esperar a que esté inscrito en el Registro el fin de la obra.

—Vale —comprendió él—. Pero dile que se lo dejamos en 176.

—¿Solo tres mil euros? Por favor, con eso estamos en las mismas. Si le parece caro 179, ciento setenta y seis se lo seguirá pareciendo.

—Bueno, pues 174.

—Eso no es una rebaja como para que se anime a comprarlo, si es que no ha comprado ya otro, claro.

—Son cinco mil euros de rebaja, Sandra. ¡Es mucho dinero!

—No es mucho dinero.

—¿Que no es mucho dinero?

—Vamos a ver, Paco, si te quieres comprar un coche de… 15.000 euros, rebajar cinco mil es casi una tercera parte. Pero en cuestión de pisos, 5.000 no llega ni… —se detuvo a calcular y dijo—: no llega ni al 3 por ciento…

—¡Vaya! Y, ¿cuánto sería rebajar 9.000, que es lo que tú pretendes?

Sandra miró hacia arriba y pensó durante unos instantes.

—Más o menos el cinco por ciento. Tampoco es una rebaja muy agresiva.

—Vamos a ver, guapa, cinco mil euros es lo que nos rebajaron en el chalet, y costó casi el doble. ¿No te acuerdas?

—Era una ganga, Paco, y con esa rebaja nos arriesgamos a que no nos lo hubieran vendido.

—Ya, pero no lo perdimos.

—Se lo podían haber vendido a alguien que no regatease. Y lo sabes.

—Ya, pero nos lo vendieron a nosotros.

—Tuvimos suerte.

—No lo creo. Venga, llama a la monja esta y le dices que se lo ofrecemos por 174, a ver cómo respira. Y si te pone pegas, o lo duda, entonces echas el resto. ¿Te parece?

—No estoy de acuerdo.

—¿Quieres que llame yo?

—No.

—Pues entonces, haz lo que te digo.

Sandra se fue hacia la ventana, y miró el jardín a través de la terraza de Poniente. Su cuerpo grácil permanecía inmóvil mientras flexionaba ligeramente su rodilla derecha. Su marido estaba a un metro escaso y permanecía en silencio. Finalmente, se fue hacia la habitación de matrimonio.

—¿Dónde vas?

—En nuestro cuarto me concentraré mejor. Miguel está en el suyo haciendo ruido, y necesito oírla bien.

Se fue hacia allí y Paco se marchó detrás. Cuando llegó se sentó sobre la cama mientras él permanecía de pie.

—Hola, ¿eres Paula?

—¿Sandra?

—Sí, veo que me tienes grabada. Te llamaba por si has tomado alguna decisión respecto a mi piso. Ya sabes, en la urbanización *Las Pedroñeras*.

Durante un par de segundos no se oyó nada a través de la línea.

—O… ¿has comprado ya otro?

—No, todavía estoy buscando.

Otro silencio más, y Sandra iba a comenzar a hablar cuando Paula se adelantó:

—Tu casa me encantó, sinceramente. Lo que pasa es que tengo tres hijos, y vosotros solo tenéis tres habitaciones.

—Comprendo.

—A ver, yo ya tengo asumido que, sí o sí, alguno de mis hijos va a tener que compartir habitación, pues los pisos con cuatro escasean y además son muy caros. Lo que ocurre es que tendría que hacer alguna reforma, para redistribuir el espacio.

—Claro, y entonces se te va de precio.

La mujer no contestó, y entonces Sandra "echó el resto":

—Pues mira, he estado hablando con mi marido, y la verdad es que estaríamos dispuestos a dejártelo en 170.000. ¿Qué me dices? Tú no pedirías hipoteca, ¿no es así?

En ese momento, Paco se dio la vuelta totalmente ofuscado. Abrió con fuerza la puerta del dormitorio y salió del mismo, dando un portazo.

—¿Sandra?

—Sí, aquí estoy.

—¡Ah, vale! He oído un golpe y pensé que se había cortado.

—No, sigo aquí. ¿Qué me dices?

—Pues que sí, Sandra, ¡Que sí! ¡Ay! ¡Qué alegría me has dado! Lo que pasa es que…

—Sí, dime.

—Pues… como tú dices, ando un poco justa de dinero. Tengo que hacer números para la reforma, como te he dicho, y… la verdad es que… yo no puedo pagar más de 168.000.

—Ya…

—Supongo que eso no será un problema, ¿verdad? Yo pagaría al contado, y…

—¿No tendrías que pedir hipoteca?

—No. Dejándomelo en ese precio me llega justo… En realidad, no lo tengo todo, pero algunos familiares me prestarían lo que me falta. De hecho, ya lo hemos hablado y están de acuerdo. El pago sería inmediato, sin necesidad de trámites.

Aquellas palabras le sonaron a Sandra a música celestial. Estuvo a punto de decirle que sí, que por supuesto que se lo dejaba en 168.000. Pero en el último momento se contuvo:

—Bueno, lo tendría que hablar con mi marido. Nosotros también hemos hecho números, y… 170.000 era el tope que nos habíamos marcado. También tenemos que pagar un préstamo por el chalet, y tenemos que hacer allí una reforma.

—A ver, Sandra, yo creo que los dos mil euros los podría sacar de alguna parte… podría pedir prestado a mis padres, o a mis hermanos… Pero sería difícil, pues ellos ya me van a dejar lo que me falta, para no pedir hipoteca... y también van muy justos. Si me pudieras hacer el favor…

—Bueno, lo que te digo. Lo hablaré con Paco y te diré algo. Hoy es jueves… entre mañana y pasado te lo decimos.

Una llamada inesperada

La bronca fue monumental, ya que, según Paco, Sandra había "echado el resto" sin hacer el amago previo de ir rebajando poco a poco. Y él no estaba dispuesto, de ninguna manera, a rebajar otros dos mil euros.

Era ya el sábado por la tarde, y tenían que decirle algo a Paula, ya. Pero estaban posponiendo la llamada por ese desacuerdo.

Entonces sonó el móvil de Sandra, y le dio un vuelco el corazón. Era "la hippy", que por fin daba señales de vida.

—Hola, soy Lucía. ¿Te pillo en mal momento?

—Bueno, estoy en el coche.

—¿Estás conduciendo?

—No, conduce mi marido.

—¡Ah, vale! Bueno, solo llamaba para decirte si puedo ir moviendo lo de la tasación. ¿Le digo ya a Daniel que quede con el tasador para ir a ver tu casa?

A Sandra le dio un golpe de calor. «¡A buenas horas llama esta!», se dijo.

—Pues verás… el caso es que…

Paco lo estaba oyendo todo, y le dijo a su mujer, en bajito: «deshazte de esa tía». A lo que ella respondió, tapando el micrófono: «Paco, ¡todavía no hemos vendido nada!». Él replicó con un golpe en el volante y se concentró en la conducción con un gesto despectivo.

—A ver, Lucía, no sé cómo decírtelo, pero el caso es que… como no llamabas para concretar la fecha de la firma, pues… tenemos otra persona que nos compra el piso.

—Bueno, es que no he podido…

—Todavía no hemos firmado nada, y por tanto, el piso sigue en venta, claro. Pero… es que esta persona nos lo da en mano y…

—Ya —contestó, de forma lacónica—. Lo mismo que me pasó la otra vez.

—No, a ver… Lucía, todavía no lo hemos vendido, ni hemos firmado nada, ya te lo he dicho. Tú sigues siendo la primera de nuestra lista, pero tienes que comprenderme a mí también. Te estábamos esperando para firmar el contrato de arras y no dabas señales de vida. ¿Qué esperabas que hiciéramos?

—A mi madre le han detectado un linfoma. Por eso no llamé —sentenció. Una frase que cayó como una bomba, y su interlocutora no sabía qué responder.

—Vaya… lo siento.

Se produjo un silencio en la línea, y Sandra solo pudo decir:

—El piso no está vendido, Lucía. Déjame que concretemos o no concretemos con esta persona, y yo te digo algo… en breve. ¿Te parece?

Pero a Lucía no le parecía nada, y no contestó. Finalmente, su interlocutora dijo.

—Yo te llamo, Lucía. Adiós.

—¡Qué fuerte lo de esta tía, Sandra! ¡Qué fuerte! ¿Es que ha estado tan impactada con lo de su madre, que no ha podido llamar ni siquiera para decir que esperásemos un poco? —cuestionó Paco.

—Ya… —la cara de su mujer era todo un poema, y sus cabellos rubios parecían erizarse ligeramente.

—O es una excusa, claro. Ha estado buscando otros pisos, y como no hay nada más barato, al final ha tenido que agarrarse a lo único que tiene.

—No, Paco. Nadie bromea con esas cosas.

—No te lo creas. La gente miente más que habla. Lo que no me ha gustado es que no hayas terminado con ella de una vez. Es más, en cuanto aceptó «la monja» tenías que haberla llamado. O a Daniel, y decirle que se fueran a la mierda los dos. ¡Joder! Que se lo estábamos regalando…

—A Paula le estamos cobrando lo mismo que a Lucía.

—Ya, querida, pero ¡no compares! Una paga al contado, y otra… dentro de cuatro meses. Porque no creo que el Registro tarde menos en lo de la escritura esa.

—Yo tampoco lo creo. Si a esa otra gente les tardaron eso, ¿por qué iba a tardar menos con nosotros?

—Pues eso. A «la monja» le estamos haciendo un descuento “por pronto pago”. A ver si es verdad y luego no se raja, como esta.

—Eso sí que no, Paco. El otro día estuve hablando con Cristina, la que vive en el portal cuatro.

—¿La que dice que es su amiga?

—Sí. Me dijo que Paula es una chica muy seria, y que no se va a echar atrás. Está entusiasmada con la idea de venirse a vivir cerca de ella, y espera nuestra llamada. Está muy ilusionada…

Una visita inesperada

Aquella no fue la única sorpresa que les deparó aquel día. Estaban yendo a un restaurante donde habían quedado para comer con unos amigos. Sandra necesitaba distraerse, pues los acontecimientos de los últimos días le estaban desbordando. En su compañía habían pasado una tarde agradable, y estaban dando un paseo por las inmediaciones cuando le entró otra llamada:

—Hola, mi nombre es Fernando. He visto el anuncio de un piso que se vende en Altavista.

Otra llamada más… Habían contado las llamadas y visitas en todos esos meses, y estas últimas les salían cerca de treinta, sin contar las agencias. Lo último que le apetecía a Sandra en ese momento era abrir otro frente. Total, para que probablemente no lo compraran.

—Hola… yo soy Sandra. Pues la verdad es que… el piso ya lo tenemos comprometido.

—¿Ya está vendido?

—No exactamente, pero estamos a punto de cerrar un trato y…

—Nosotros pagamos al contado.

—¿Los 184.000?

—Sí, claro. ¿No es ese su precio?

—Sí, ese es su precio.

—¿Podríamos ver el piso ahora?

—¿Ahora?

—Sí, estamos en el coche mi familia y yo. Vamos para la sierra.

—Pero…

—Sí, es un poco extraño, pero es que llevamos un tiempo dándole vueltas a comprarnos un piso. Ahora mismo mi hija ha visto vuestro anuncio en Perfectista, y la verdad es que nos ha encantado. Es justo lo que estábamos buscando. Podríamos quedar otro día, pero es que… ahora mismo vamos para allá. Yo creo que en una hora estaríamos allí. Sobre las siete.

Aquello era lo último que Sandra esperaba oír aquella tarde. Tantos meses sin aparecer ningún comprador medianamente serio, y de repente se agolpaban todos. No le quedó más remedio que decir:

—De acuerdo; sobre las siete. Allí estaremos.

Esta vez Paco no había oído la conversación. Estaban en la calle y se había quedado algo atrasado hablando con el amigo. Cuando colgó, Sandra se volvió, y le dijo:

—No te lo vas a creer. Esta gente quiere ver el piso y es muy probable que lo compren, creo yo.

—¿Quién?

—Me acaban de llamar. Quieren verlo ahora y pagan los 184.000. ¡Y al contado!

—Alguien quiere ver ahora el piso… ¿y paga al contado? —Paco estaba perplejo.

—Deben tener muchas ganas. Les he dicho que ya está comprometido, y me ha dicho lo del "contado".

—Sí deben de quererlo, sí —constató el amigo.

—Bueno, pues vamos a hacer una cosa —dijo Paco, mirando a la pareja con la que marchaban—. Os llevamos a Altavista y os quedáis mientras tanto en el chalet, mientras les enseñamos la casa a esta gente. Cuando se vayan, os invitamos a cenar.

—Nos vamos ya, no queremos entorpeceros —la amiga no quería ser un obstáculo para esa visita tan prometedora.

—¡De ninguna manera! Esto hay que celebrarlo, y con quien mejor que con vosotros.

—Bueno, pues me alegro. ¡Se ve que os hemos traído suerte!

—¡Ya lo creo! —contestó, mientras tomaba la delantera para ir hacia el coche. Cuando llegó, condujo a toda velocidad hacia su casa, mejor dicho, su antigua casa, pues ya hacía un mes que se habían mudado al chalet. Todavía faltaba la reforma, sobre todo para acondicionarlo de cara al frío, pero ya había pasado lo peor del invierno y se habían decidido a mudarse. De esa manera ya no tendrían que lidiar con el dichoso zafarrancho para acondicionar el piso en cada visita, sino que estaba ya en perfecto estado de revista sin necesidad de hacer nada más.

Cuando llegaron, dejaron a los invitados a cargo de su hijo Miguel, y se apresuraron hacia Las Pedroñeras donde esperaron impacientes a sus compradores.

Y estos no tardaron en llegar. Al llamar al timbre se presentó un matrimonio de algo menos de su edad —unos cuarenta y tantos años— con una hija de unos dieciséis y un chico algo menor.

—Hola, soy Fernando, y esta es Miriam. Los chicos son Daniela y Javier.

—Encantado. Yo soy Paco y ella es Sandra. Pasad, por favor.

—Oye, ¡qué urbanización más chula! Solo hemos visto el jardín de la entrada, pero nos parece…

—Un lugar idílico —apuntó Daniela, la hija.

—Ella es la culpable, Paco —respondió Fernando—. Se ha enamorado de este piso, nada más verlo.

—Y ella es su ojito derecho —constató la madre—. Siempre se hace lo que ella quiere. Y que conste que a mí también me gusta.

—Pues si os ha gustado el jardín de Poniente, se os va a caer la baba cuando veáis el de Levante —dijo Paco.

—¿Poniente… Levante?

—Claro, como la casa tiene dos fachadas, lo llamamos así. La terraza que da al Este, y la que da al Oeste.

—¡Dos terrazas! ¡Qué guay! —exclamó el niño.

—Bueno, en realidad son tres. El tendedero es tan grande, que es como una terraza, solo que está acristalado. Pasad y lo veréis.

—Pero antes tenemos que ver la cocina. Esta es. ¿Qué os parece? —presentó Sandra.

—Muy espaciosa —replicó Miriam—. El suelo ajedrezado, los muebles alternando blancos y azules… ¿Y la placa vitrocerámica?

—Es de inducción, por supuesto. Las convencionales son peligrosas.

—Desde luego. Y el tendedero… está a continuación, ¿verdad?

—En efecto. Es este —presentó esta vez Paco—. En teoría es para tender la ropa, aunque nosotros a veces lo hacemos en la terraza de Levante, pues da mucho el sol.

—¡Ah! Y, ¿os dejan?

—Sí, claro. No hay normas en la comunidad que prohíban tender en donde quieras.

—Mejor así —dijo Fernando—. Hablando de comunidad, ¿Cuánto es la cuota?

—Son 112 euros al mes.

—Un poco caro.

—Sí, pero incluye el agua —siguió Paco. Había acaparado la casi totalidad de la presentación.

—¿El agua?

—Sí, no hay contadores individuales. Porque vosotros… ¿usaríais este piso como hogar, o como segunda residencia?

—Como vivienda principal. Estamos en un proceso de venta de nuestro piso en Madrid, y la idea es venirnos a la sierra.

—Pues entonces estáis de enhorabuena. Aquí hay mitad y mitad. Quiero decir, la mitad de los propietarios viven, y la otra mitad solo lo hacen en verano. Y eso es bueno para el tema del agua, pues los que no están pagan lo mismo que los que están, aunque no consuman.

—Ah, ya entiendo. Protestarán, supongo, ¿no?

Paco se encogió de hombros: —supongo. Pero a nosotros nos viene muy bien.

—De acuerdo. Y… ¿tenéis alguna derrama?

—Sí, ahora mismo hay una vigente.

—¿De cuánto?

—Cincuenta euros más al mes, aparte de la cuota fija, durante tres años.

—Casi dos mil euros os quedan por pagar, entonces —apuntó Miriam, la mujer.

—Sí, más o menos. Pero si llegamos a un acuerdo, no me gustaría que eso fuera un obstáculo. Yo estoy dispuesto a rebajaros su importe del precio final.

—¡Qué detalle! —dijo la hija, y Paco sonrió displicente.

Siguieron enseñando la casa, y sus dos terrazas maravillaron a sus visitantes.

—Aquí da el sol todo el año, Fernando. Por la mañana lo tienes en la terraza de Levante, y por la tarde en la de Poniente. Por eso este piso no es frío. Además, como está entre dos bloques, está aislado del viento y gastamos poco en calefacción.

—Y en verano no es caluroso —apuntó Sandra—. El sol en la terraza de Poniente solo da durante dos horas, y está tapado con los árboles. Además, tenemos el toldo. Si te fijas, en estos pisos nadie tiene aire acondicionado.

—Claro, estamos en la sierra. Esto es otro nivel…

—Desde luego —confirmó.

Después pasaron a ver las habitaciones, y los dos chicos comenzaron a rifarse cuál sería la suya:

—¿A ti cuál te gusta más? —preguntó Sandra a la joven.

—A mí la azul. Mi hermano se quedará con la naranja. ¿Estás de acuerdo, Javi?

—Bueno, si no hay otro remedio… —se quejó.

—Tu hermano tiene razón —apuntó la madre—. Tú eres zurdo, y en la habitación naranja la ventana está a la izquierda. Así no te harás sombra con la mano. Y por lo mismo, a Daniela le conviene más la azul por la misma razón, al ser diestra.

Paco y Sandra estaban encantados. No se creían lo que estaban viviendo. La casa estaba ya prácticamente vendida… y además por su precio más alto.

—Estos edificios son antiguos, ¿no, Paco? —preguntó el padre.

—Sí, tienen ya cuarenta años. Pero van a durar toda la vida. La estructura está hecha de hormigón.

—¡Ah! ¡Qué bien! Pero, habéis hecho reforma, ¿verdad?

—Sí, la hicimos hace unos años. Cambiamos toda la fontanería, pusimos el doble acristalamiento, la calefacción, la tarima flotante, los suelos de la cocina, los baños…

—Y, ¿cuánto pagáis de calefacción?

—Unos quinientos euros al año. Vamos, incluyendo el agua caliente, claro. Me refiero, es lo que nos cuesta el gas.

—Pues sí que es poco, estando en la sierra. Nosotros en Madrid pagamos casi eso…

—Es por lo resguardado que está el piso. Y también por la caldera. Nos costó cerca de tres mil euros, pero mereció la pena.

—¿Tiene los años de la reforma?

—Sí. Pero está revisada anualmente. La empresa de mantenimiento viene todos los años y le cambia las piezas que tocan, según un calendario fijo. Vamos, como si fuera un coche. Está como nueva…

—¿Os cobra mucho esa empresa?

—¡Nada! Solo nueve euros al mes… ¡Una ganga!

—Jajá, pues me tendrás que subrogar el contrato con ellos.

—Descuida —replicó Paco, con una sonrisa de oreja a oreja.

Después bajaron a ver el trastero, los jardines de la urbanización, la piscina, las pistas de tenis… Los compradores estaban encantados, y sus niños también.

Por fin llegó la hora de despedirse y Fernando les dijo:

—Bueno, Paco, Sandra. Os tenemos que reconocer que nos ha encantado el piso y el entorno. No ha defraudado nuestras expectativas, según vimos las fotos.

—Además, habéis sido los dos muy amables —añadió Miriam.

—Ahora nos vamos, pero os llamaremos para confirmaros que lo queremos. Lo más seguro es que os digamos que sí, pero tenemos que hablarlo antes los cuatro.

—Claro, lógicamente. Esperamos vuestra llamada.

—Es el teléfono al que hemos llamado, ¿verdad?

—No. Mejor os doy el mío —dijo Paco—. Sandra suele estar más ocupada que yo, pues trabaja fuera. Yo estoy más disponible.

—¿Trabajas desde casa?

—Bueno, actualmente, no.

—¿A qué te dedicas?

—Soy antropólogo… en paro.

—¡Ah, vaya! Bueno, yo soy abogado. Los dos hemos estudiado carreras de letras, al parecer. Aunque la tuya desde luego es más interesante.

—¡Y la tuya más útil!

—Más útil es la de Miriam, que es enfermera.

—¿Ah sí? —intervino Sandra—. Mi hija también lo es.

—¡Anda! ¡Qué coincidencia! ¿En qué hospital trabaja? —preguntó la mujer.

—Bueno, ella vive en Canadá.

—Pues sí que se ha ido lejos…

—Conoció a un canadiense, y allí que se fue.

—Se deben pagar buenos sueldos. Seguro que mejor que aquí.

—Desde luego. Nada que ver. Yo no es que cobre mal, pero allí es mejor.

—¿Y tú, a qué te dedicas?

—Yo soy administrativa. Coincido con Fernando, pues. Trabajamos en oficinas.

Las dos familias se despidieron y los anfitriones los acompañaron al coche, que estaba aparcado en las inmediaciones. Ambas parejas charlaron sin dejar de alabar el piso y lo bien que iban a disfrutarlo cuando se mudaran desde Madrid.

Cuando se hubieron ido y los perdieron de vista, Sandra y Paco se abrazaron y se besaron.

—¡Todo ha salido a pedir de boca, Sandra!

—¡Y el perro del vecino de arriba no ha ladrado! Con la de visitas que nos ha chafado el dichoso animal…

—Ni el de Nacho, ni el de enfrente, el de la terraza de Levante. Otro chucho asqueroso. ¿Recuerdas cuando vino aquel matrimonio que nos envió José? El dichoso perro no paró de ladrar en toda la visita, y claro, esa gente se dijo para qué querían una terraza tan buena, si no podían salir a ella…

—Ya, no coló cuando les dijimos que era porque no les conocían.

—¡Pero ahora no ha pasado nada de eso, amor mío! —la mujer se extrañó al oír aquellas palabras en boca de su marido, mientras este la levantaba por los aires—. Venga, vamos a celebrarlo con nuestros amigos, que estarán en casa esperando. ¡Hoy invito yo a cenar!

—¿Tú? Querrás decir que invito yo. Tú no tienes dinero…

—Bueno, «yo», «tú» … ¡Qué más da! Por cierto, tienes que llamar a «la monja» y decirle que de lo suyo, nada.

—¿A Paula?

—Sí. ¿No habíamos quedado en llamarla hoy para decirle que sí o que no? ¡Que se meta sus 168.000 por donde le quepan!

—A ver, Paco, yo creo que estás vendiendo la piel del oso antes de cazarlo.

—Sandra, ¡esta gente nos lo compra seguro!

—Bueno, bueno, eso está por ver…

—¡Ja! Ahora, ¿quién es el negativo? ¿Eres tú, o lo soy yo?

—Mira, la voy a llamar, sí, pero Solo para decirle lo que nos ha pasado. La verdad es que es todo tan raro…

—Nada de raro. ¡Ya era hora de que nos salieran bien las cosas! ¿No te parece?

—No sé si me parece, o no me parece. De momento voy a hablar con ella —porque quedamos en hacerlo hoy—, y le voy a decir que nos ha salido un comprador que nos da todo el dinero… y que se espere a ver qué pasa. Con lo ilusionada que estaba…

—Si te va a resultar un mal trago… lo hago yo.

—No, no, yo soy quien ha hablado siempre con ella… tendré que ser yo quien le dé la mala noticia.

Los trasteros

Como suponían, los compradores les dijeron que sí a la mañana siguiente. Pero Fernando, el padre de la familia, le pidió a Paco que le enviara una serie de documentación bastante exhaustiva. Desde las últimas actas de la junta de vecinos hasta las notas del Registro de la Propiedad en las que constara que el piso era de ellos, el certificado de estar al corriente de las deudas, la escritura de titularidad de la vivienda, el certificado con la inscripción catastral…

Paco se dispuso a enviarlo todo, y el propio lunes por la mañana le mandó un correo electrónico con toda la documentación adjunta. Al día siguiente le llamó Fernando.

—Oye, Paco, de todo lo que me has enviado… me he dado cuenta de que el trastero no está en la escritura. No me cuadra que el piso tenga cien metros cuadrados, pues en el Catastro Solo pone ochenta y ocho.

Paco no dijo nada por unos instantes, y el otro siguió.

—Porque en el anuncio habéis puesto que el piso mide cien metros…

—Claro, son 88 de vivienda y 12 de trastero.

—Ya, pero el trastero…

—Sí, no está escriturado.

—Entonces…

—Pertenece a la comunidad de vecinos. Pero no tienes que preocuparte por eso, Fernando. En nuestro portal somos doce vecinos, y hay doce trasteros. Con lo cual…

—Sí, con lo cual, en la práctica, es vuestro.

—Exactamente.

—Pero… ¿no tenéis algún documento… algo que identifique al trastero que me has enseñado, como que es el vuestro? Un acta de adjudicación o algo así.

—Pues… es que no existe tal cosa. Los trasteros se construyeron años después de hacerse los pisos, y… yo creo que, por dejadez, pues no se inscribieron en el Registro.

—Supongo que sería para ahorrarse el impuesto municipal.

—Sí, seguramente. Nosotros todavía no vivíamos aquí, pero está claro que lo hicieron por esa razón.

—Ya, pero… si viniera una inspección municipal y aflorara… Nos pondrían una buena multa… o quizás incluso nos obligarían a derribarlos.

—A ver… —Paco estaba comenzando a ponerse nervioso—. No entiendo mucho de leyes, ahí me lo tendrás que confirmar tú, pero… ¿no caducan los impuestos al cabo de unos años?

—Sí, así es. No es que caduquen, es que prescriben. Pero en este caso tendríamos que demostrar que esos trasteros se construyeron hace más de… treinta años, creo. ¿Es el caso, Paco?

—Desde luego. Nosotros llegamos aquí a finales de los noventa, y estoy seguro, por lo que alguna vez me han comentado los vecinos, que los trasteros se hicieron al

poco tiempo de entregarse las viviendas. Y estas son del 78… Prescrito más que de sobra.

—Vale, pero ¿tienes algún documento que pruebe eso?

—¿El qué?

—Que se hicieron en esa época. El ayuntamiento podría argumentar lo contrario, es decir, que se han hecho recientemente, e intentar cobrar un buen dinero.

—No creo que hicieran eso.

—Los ayuntamientos siempre están faltos de recursos, Paco. No te imaginas lo que pueden llegar a hacer. Si tuvierais alguna prueba…

—Puedo intentar buscar las actas de las juntas de vecinos de los años ochenta. Ahí tuvieron que decidir hacer la obra.

—¿Tienes tú esas actas?

—No, pero se las podría pedir al administrador.

—Consíguelas, Paco. Consíguelas y me las envías, por favor.

Entrada en el Registro pendiente de inscripción

—Hola Fernando, ¿Tuviste ocasión de mirar lo que te envié? Como habrás visto, hemos tenido suerte y el administrador consiguió enviarme el acta de algunas juntas. Creo que estuvo el hombre toda la mañana buscando en los libros de actas.

Habían pasado dos días y el otro no respondía. Tampoco le enviaba a Paco el borrador del contrato de arras que se comprometió a enviar.

—Sí, sí lo he visto.

—Si te fijas, en una de las actas se menciona que el alcalde de la época hace una visita a la urbanización. Vamos, que no puso ninguna pega al tema de los trasteros. Incluso estaba acompañado del concejal de urbanismo, que tendría que haberse dado cuenta.

—Sí, no es lo ideal que el trastero no esté escriturado, pero bueno, supongo que podremos vivir con ello.

—Vale. Lo que sí te pido es que me envíes el borrador del contrato de arras cuanto antes. Así podremos dejar zanjada la operación. Puede aparecer otro comprador y…

—Lo que me he dado cuenta —interrumpió—, es que en la nota simple hay una mención a un documento pendiente de inscribir. Concretamente una escritura de fin de obra. ¿Qué es esto, Paco?

Al dueño le dio un vuelco el corazón, y un ataque de rabia se apoderó de él. La dichosa escritura… ¡No tenían que haberla hecho!

—Pues verás… —suspiró—. Resulta que… era habitual en la época, y en esta zona…

—¿El qué?

—…de hecho, el chalet que hemos comprado estaba en la misma situación —a Paco comenzó a temblarle la voz

—No sé qué quieres decir.

—Pues que era habitual que los constructores no realizaran la escritura de fin de obra. Ya sabes, el documento que certifica que el edificio está terminado. Es simplemente una formalidad, que supongo no lo harían para acabar cuanto antes…

—Y vender rápidamente los pisos.

—Exactamente.

—Pero… ¿Se ha hecho ahora? ¿Cómo…?

El hombre no sabía cómo explicarlo. Al final optó por decir la verdad.

—Mira, te voy a ser sincero. Hace poco tuvimos una compradora que iba a pedir una hipoteca, y su banco —solo su banco, pues otros no lo piden—, dijo que no movían nada a no ser que estuviera cumplido ese requisito. Por eso nos pusimos manos a la obra, pedimos el certificado correspondiente en el Ayuntamiento, y nos fuimos al notario para hacer ese trámite.

—Ya veo.

—Es una mera formalidad, Fernando, que no tiene por qué hacerse por separado. De hecho, nosotros, cuando compramos el chalet, el propio notario en la escritura de compraventa le pidió al Registro que quitara la etiqueta de "en construcción" que figuraba cuando lo compramos. Y así se hizo. Ahora ya está todo «OK», y lo mismo ocurrirá con nuestro piso cuando el registrador lo inscriba. Lo único que nosotros hemos hecho ahora es adelantarnos. Nada más.

—Ya, Paco, pero es que esto cambia mucho las cosas.

—¿Por qué? Te digo que es una mera formalidad, y además su trámite está ya en marcha. ¿Por qué cambia mucho las cosas?

—Claro, porque… imagínate que hay alguna pega en esa escritura. Si el Registro se la devuelve al notario para subsanación, podría no inscribirse.

—Bueno, pues se subsana, y punto. Además, ¿por qué el notario iba a hacerlo mal? Y si lo hiciera, sería solo algún aspecto "formal". Lo importante aquí es el certificado del Ayuntamiento diciendo que el edificio está terminado. Y eso lo tenemos. Con que lo corrija, ya estaría arreglado. ¿No?

—Ya, pero…

—Si quieres te envío copia de la escritura y del certificado. Para que estés tranquilo, vaya.

—No es cuestión de eso, Paco. Lo que yo quiero evitar es que haya problemas, y me gustaría que todo se arreglara cuando la casa todavía es tuya.

—Ya, pero la inscripción en el Registro puede tardar bastante tiempo. No creo que sea conveniente esperar tanto.

—¿Conveniente? —se ofuscó—. Lo que a mí no me parece conveniente es que tú me vendas un piso que tiene trámites pendientes.

—Este trámite es una tontería, Fernando —intentó apaciguarlo.

—Ya lo sé. Pero no quiero problemas. No quiero que haya una trifulca entre el Registro y el notario, por lo que sea, y yo en medio sin poder actuar por qué no soy quien solicitó el trámite.

—¿Una trifulca? ¿Por qué iba a haberla? ¡Qué tontería! —ahora fue Paco quien no pudo evitar subir el tono.

—No es ninguna tontería.

—Bueno, pues si eso es lo que te preocupa, hacemos un contrato… o una cláusula dentro del contrato de arras donde yo me comprometa a involucrarme, si eso ocurre. Que por cierto, no me has enviado el borrador, como quedaste en hacer.

El hombre no contestó de inmediato. Al cabo de unos segundos lo hizo, sin parecer haber escuchado el comentario anterior:

—No sé, Paco. Tengo que darlo una vuelta. Déjame que lo hable con Miriam, y os llamamos.

Culpabilidad

—¡Ya está bien, Paco! ¡Ya está bien! Te recuerdo que tú también estabas conforme.

La discusión que había tenido con Sandra había sido monumental. La llamada de Fernando se produjo por la mañana, cuando ella estaba en el trabajo. Tras colgar, inmediatamente la llamó y le empezó a gritarla tanto, que la pobre mujer tuvo que colgarle a su vez a él ante la mirada extrañada de sus compañeros. *«Ya me lo contarás en casa. Ahora no puedo hablar»*, le dijo.

Esperaba que, para entonces, su marido se habría calmado un poco, pero no fue el caso. Nada más llegar, siguió con la bronca. Le echó en cara una y otra vez el haber encargado la dichosa escritura de fin de obra, que ahora parecía enfriar aquella venta.

—¡Fuiste tú! ¡Fuiste tú! ¡Tú eres la culpable!

—Mira, ¡ya está bien! ¿Quién iba a saber esto? ¿Quién iba a suponer que este tío era un *pijotero* y un impertinente?

—Ciento ochenta y cuatro mil euros… ¡Que se pueden ir por el garete, Sandra! ¡Y por tu culpa!

—Venga. Vamos a serenarnos todos —intervino Miguel, el hijo de la pareja—. ¿De acuerdo?

Los dos se callaron. Miguel siguió:

—No se van a perder los 184.000 euros. En todo caso, poniéndonos en lo peor, todavía tendríamos a Paula. ¿No?

—¿A la monja? ¡Ja! Eso será si no se ha buscado ya otra cosa, o se ha decidido por su segunda opción, si es que la tiene.

—Pues a Lucía…

—De "la hippy" olvídate —siguió Paco—. Esa pamplinera nos ha hecho una buena faena con la dichosa escritura.

—Pues se lo vendemos a Paula —intervino Sandra—. Ya está. Le dije que nos esperara una semana. Todavía estamos a tiempo.

—¿Y perder catorce mil euros? Ni de broma —Paco seguía enfurecido.

—Doce mil. Te recuerdo que les rebajaste dos mil por el tema de la derrama pendiente. Que también se dio cuenta. Y se lo rebajaste sin el otro pedirlo.

—¡Qué más da!

—¡Ah! ¿Ahora 2.000 euros no son nada? Y para Paula sí lo eran, ¿verdad? No querías rebajarle los 2.000 que pedía la chica y dejárselo en 168.000…

—No compares, por favor. En las actas de la junta de vecinos lo mencionaba. La cuota de la comunidad se le hizo muy alta, y fue un… "detalle", para amarrar la venta.

—Ya, ya…

—Mira, Sandra. Son 14.000 lo que perdemos, si le acabas rebajando a la otra eso. Que sé que lo harías.

—Bueno, vale, dejad de discutir. Sea a esos o sea a la otra, el piso está ya vendido, ¿no?

—No, Miguel, ¡Aún no hemos vendido nada! —afirmó el padre—. No hemos vendido nada ni hemos firmado el contrato de arras. Este tío… tanto pedir y tanto pedir… Le he mandado todo lo que ha pedido y él todavía no me ha mandado el borrador del contrato.

—Por una señal bastante baja, ¿no?

—Se habló de ocho mil euros, sí. Pero a final de mes nos daría todo el dinero restante.

—¿El resto del precio?

—Sí. Al parecer es para entonces cuando él tiene la cita para la venta de la casa donde vive, y una vez que cobre, nos lo paga.

—¿Habéis pedido cita ya para el notario? No te dan de un día para otro, ¿no?

—Una semana como mínimo. Por eso quiero que me envíe el contrato de arras. Para que lo firmemos cuanto antes. Y yo incluiré una cláusula en la que le obligaré a dar la pasta a principios de abril. ¡Pero el cabrón ese no me lo manda…! ¡Joder!

La propuesta de Fernando

Fernando, el comprador, no llamó hasta el sábado, y lo hizo al teléfono de Sandra. Era el que tenía como referencia del anuncio, y fue el primero que encontró en la agenda: "Altavista - piso"

—Hola. ¿Paco?

—No, soy Sandra.

—¡Ah! Hola Sandra. Mira, soy Fernando.

—Hola Fernando. ¿Habéis pensado ya algo?

—Sí, hemos estado hablando Miriam y yo, y os queríamos comentar lo siguiente. Verás, lo que tenemos claro es que no queremos comprar hasta que no esté resuelto el asunto de la escritura de fin de obra.

—Pero, es que nos han dicho que puede tardar hasta 4 meses...

—No tiene por qué. Los registradores tienen obligación de inscribir los actos públicos en 15 días. Ponle que sea el doble, estaríamos hablando de final de mes.

—Ya, pero...

—Bueno, el caso es que, lo que os queríamos proponer es esperar hasta entonces, que por esa fecha ya habremos vendido nuestro piso, y entonces hacemos un contrato de arras por el 10 por ciento. O incluso, si ya está lo del Registro, nos citamos en el notario y lo hacemos todo de golpe.

—Vale, ¿y si no está?

—Pues entonces hacemos el contrato y fijamos la fecha de la entrega del importe restante para cuando lo esté.

Sandra suspiró. Eso podría suponer no terminar con el asunto hasta finales de junio, y sus nervios no iban a aguantar tanto tiempo sin que le diera un síncope.

—El registro de Altavista funciona muy mal, Fernando. No sé si es por falta de personal, o por qué, pero la gente que lo lleva son unos incompetentes. No creo que esté eso listo hasta dentro de… al menos tres meses. Me fio más de cuatro, que es lo que han tardado para lo mismo en un caso del que nos habló una inmobiliaria, hace poco.

—Ya, Sandra, pero sobre eso no pensamos negociar. Podemos discutir otras cosas, pero eso no.

—¿Como qué? ¿Podríamos subir la cifra del contrato de arras, por ejemplo? Para que no os echéis atrás, dentro de cuatro meses, me refiero.

—Bueno, podríamos dejarlo en 20.000 euros.

—¿Y podríamos hacerlo ahora? Quiero decir, la semana que viene.

—No. Hasta fin de mes, que no cobremos la venta de nuestra casa, no es posible. Solo quedan algo más de dos semanas, si todo va bien.

—¿Si todo va bien?

—Sí, es la fecha que tenemos para la cita del notario con nuestra compradora; una fecha aproximada.

Sandra sufrió un golpe de calor. No podía esperar tanto tiempo si no quería que Paula se le escapara definitivamente. Era la única compradora que tenía en firme y que le daba el dinero ya. La única esperanza de acabar con todo aquello de una vez por todas. Así que, no se lo pensó, y le dijo:

—No, Fernando. No me parece bien. Yo te propongo otra cosa.

—¿El qué?

—Pues hacer un contrato de arras, ya. Si quieres lo hacemos por menos dinero, pero con la entrega del restante tan pronto vendáis vuestro piso, a principios de abril. No podemos esperar a que nos lo deis en junio.

—¿Por qué? Además, no sería en junio. Probablemente sería antes.

—¿Lo haríais antes de que esté inscrito ese trámite?

—No.

—Pues entonces, es lo que te he dicho. Dais una señal ya, y el resto, en abril.

Sandra contuvo la respiración, mientras el otro se lo pensaba. Desde luego, era echar por tierra lo que él pretendía, es decir, no hacer nada hasta no estar resuelto el trámite. Tras unos segundos de agonía, por fin dijo:

—No estoy conforme. Pero no voy a tomar la decisión yo solo. Déjame hablarlo con Miriam, y ahora te llamo.

—Está bien. Pero llámame pronto, porque tengo que hacer otra llamada. Como te dije la primera vez que hablamos, tengo otra compradora que está esperando.

—Sí, sí, serán solo unos minutos.

Sandra colgó y rezó para que le dijera que no. Entonces llamaría a Paula y todo terminaría. Pero aún le quedaba vencer otro obstáculo, no menor, pues tenía al enemigo en casa. Paco acababa de llegar.

Bombones en la entrada

—Acaba de llamar Fernando.

—¡Por fin! Pero… ¿por qué no me llamó a mí?

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho?

—Está pidiendo demasiado.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora? Primero los trasteros, luego la escritura, ¿ahora que quiere?

—No pagará hasta que no esté arreglado lo del fin de la obra.

—Pero… no pagará, ¿el qué? ¿El contrato de arras?

—Eso no lo firmaremos hasta que no venda su piso, a finales de mes. Digo, que no pagará el resto.

—Bueno, pues vale, y… ¿el borrador del contrato? ¿Te ha dicho cuándo lo va a mandar?

—No va a mandar nada.

—¿Cómo qué…?

—Paco, este tío es un impertinente, y yo no me fio de él. Ya estoy harta de tener que aceptar todo lo que diga. Si tanto le gustó el piso, que se atenga a nuestras condiciones, y deje de exigir. Le he dicho… —tragó saliva—, que tiene que dar la señal la semana que viene, y firmar y pagar a principios de abril.

—Pero… ¿te ha dicho que sí?

—Me ha dicho que va a hablarlo con su mujer, pero que seguramente la respuesta será que no. Me va a llamar enseguida.

—Bueno, por lo menos lo hemos intentado. Si no quiere, haremos lo que él diga.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—¿De qué?

—De hacer lo que él diga. No estoy dispuesta a esperar hasta junio.

—Bueno, si nos da la señal, ¿qué problema hay?

—Pues que tampoco nos da la señal ahora. ¿Es que no lo entiendes? Es lo que te he dicho antes. No nos dará nada hasta que no venda primero su piso.

—A fin de mes. ¿No?

—Esa es la fecha aproximada, sí.

Paco se calló y pareció sopesar lo que acababa de conocer. Su mujer siguió:

—Mira, yo no quiero esperar tanto. A Paula le tengo que dar una respuesta ya.

—¿Y perder 14.000 euros? Ni de broma.

—No se trata de perder. Se trata de no ganar tanto, y sobre todo, de acabar con todo esto de una vez.

—Vamos a ver, Sandra. Un piso como este, el centro del pueblo, y con dos terrazas no vale 170.000. Ya no se hacen pisos con estas terrazas.

—Ya, pero no tiene parking, ni ascensor, y la comunidad es cara. Una cosa por la otra.

—No estoy de acuerdo.

—Paco, no podemos esperar cuatro meses. Este tío no es de fiar. Ya me pareció todo demasiado raro. Demasiado bonito, para ser verdad. La crisis puede hacer que los pisos bajen como en 2008. Una crisis que ya está comenzando, por cierto.

—Eso nunca se sabe. Los pisos también pueden subir. La bolsa no es una opción y los depósitos en los bancos no rentan nada. El sector inmobiliario siempre ha sido un valor refugio, y los capitales se refugiarán en el ladrillo en espera de tiempos mejores.

—O la crisis es tan gorda que la gente necesitará liquidez y se pondrán todos a vender las segundas residencias como locos. Lo que hará que bajen los pisos, claro. Vamos, como en 2008.

—Eso nunca se sabe. También pude suceder lo que yo digo.

—Pues por eso, como no se sabe, mejor no arriesgarse. Con 170 pagamos el préstamo del chalet en su totalidad. ¿Para qué quieres más dinero?

—Porque nuestro piso lo vale. Me sentiría como un idiota si luego suben, habiendo perdido ese dinero.

—Querrás decir dejar de ganar.

—Es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

—¡Son 14.000 euros, Sandra!

—Más vale pájaro en mano que ciento volando. Llevo más de 3 meses con esta agonía y lo que quiero es terminar ya de una vez. Ni puedo ni quiero esperar otros cuatro meses.

—De agonía para ti.

—Sí, para mí. Estoy harta de enseñar el piso, de que me den plantones, de la incertidumbre, de tener que tomar decisiones, y también de luchar contigo.

—¿Conmigo?

—¡Sí contigo! No solo las dificultades que ya de por sí tiene esto, sino que tú, en lugar de ayudar, eres un problema más. Mira, este tío me va a decir que no. Ha quedado en llamarme en unos minutos, y ya debe estar al hacerlo.

—¿Por qué iba a decir que no?

—Porque me ha dicho que lo del Registro es innegociable. Él no pagará hasta que eso esté arreglado, y yo le he dicho que no acepto esa condición.

—Que le has dicho… ¿tú le has dicho eso, sin hablar conmigo?

—Sí —le miró a los ojos, desafiante, y él hizo lo propio. Los ojos de Sandra se clavaron en los de Paco, mientras este decidía lo que iba a hacer. Al final se decidió por lo más fácil:

—Bueno, pues cuando llame, si su respuesta es que no, le dices que nos quedamos con su oferta. Le pides una mayor señal, y punto. Es más, dame el teléfono. Hablaré yo con él.

—No te voy a dar mi teléfono.

—¡Dame tu teléfono! —intentó quitárselo de la mano.

—¡No te lo doy!

—Está bien. Le llamaré con el mío —se lo sacó del bolsillo.

—¿Ah sí? ¿Y qué le vas a decir? ¿Qué no puedes esperar a que llame y que te mueres por vendérselo a él cómo sea?

—Pues sí —contestó, indiferente, mientras buscaba en la agenda.

—¿Te vas a arrastrar tanto, Paco?

—Solo le voy a decir que acepto sus condiciones, pero que me dé una señal mayor —detuvo la marcación y la miró.

—Mira, eso no va a funcionar. No quiere pagar más de 20.000, y tiene que ser cuando venda su piso. Antes no.

—Bueno, no se atreverá a perder ese dinero. En cuatro meses nos dará el resto —continuó buscando.

—Ya, pero es que yo no estoy dispuesta a esperar hasta abril para que nos dé esos veinte mil. ¿Es que no lo entiendes? Ni hasta abril, ni luego hasta junio. ¡Quiero acabar ya!

—Tú lo que quieres es venderle el piso a «la monja». ¿A que sí? ¿Eh? —la volvió a mirar—. Venga, dime la verdad.

—No es monja. Ni siquiera da clases de religión. Es profesora de matemáticas.

—¡Tú qué sabrás!

—¡Sí que lo sé! —se enfureció—. Me lo ha dicho su amiga, nuestra vecina.

—Bueno, me da igual. La misma cara de *estrecha* tienen tanto las unas como las otras.

—Eres asqueroso, Paco, de verdad. ¡Asqueroso! Y sí, se lo quiero vender a Paula. Esa es la verdad. Porque me da el dinero en mano, y sobre todo, porque me lo da, ya.

De nuevo se miraron. La determinación de ella seguía siendo firme, y él sabía que no iba a conseguir hacerla cambiar de opinión. Las cosas entre los dos no funcionaban bien desde hacía tiempo, y todo el asunto de la venta del piso no había hecho sino deteriorar más la situación. Y fue en ese momento, cuando sonó el teléfono de ella.

—¿Sí?

—Hola, Sandra. Bueno, es lo que te decía. He hablado con Miriam, y piensa como yo. No nos movemos de las condiciones que te hemos dicho. Si las tuyas también son innegociables…

—Sí, lo son.

—Está bien, pues entonces, buscaremos otro piso. El vuestro nos interesaba, ya lo sabes. Pero no es la única casa que se vende en la sierra. Que tengáis suerte.

—Gracias, Fernando. Lo mismo te deseo.

La mujer colgó, y se quedó unos instantes mirando al aparato. No se atrevía a mirar a su marido, y de hecho, había temido que durante la conversación le arrebatara el teléfono para desdecir todo lo que ella estaba relatando. Cuando por fin levantó la vista, descubrió un rostro pétreo lleno de odio.

—Está bien —se resignó él, con un gesto de desprecio—. Ya te has salido con la tuya. Pero a «la monja» le dices que no bajamos de 170.

—Hombre, yo creo que no. Después de habérselo quitado cuando ya lo tenía casi seguro... después de haber sido yo quien la llamé para rescatarla… Lo menos que puedo hacer ahora es aceptar esa rebaja. Como una deferencia por haberle hecho esto y…

—¡Qué deferencia! —se exasperó. ¡Le estamos regalando el piso, joder! ¡Se lo estamos regalando, coño!

—A mí no me grites, Paco. ¡No me grites! ¿Me oyes?

—¡No me grites tú tampoco!

Sandra dejó escapar un grito sordo, contenido, un grito de desesperación. Después dijo:

—Mira, estoy a punto de echarme a llorar, y es por tu culpa. ¡Todo por tu culpa! Estoy a punto de llorar de rabia, y de agotamiento.

Su cara era todo un poema. El azul de sus ojos apenas se distinguía entre las venas rojizas que ramificaban su córnea. Ella siguió:

—Voy a hacer ahora mismo dos llamadas, Paco. Las voy a hacer, aunque me cueste la vida. Una a Paula, y espero que haya respetado lo que le dije y haya aguantado una semana sin buscarse otro piso. Y otra a Lucía, también para decirle adiós.

Los dos se miraron fijamente y sin decirse nada. Ella, desafiante. Él, con un gesto de odio que no pudo ni quiso disimular. Se aguantaron la mirada los dos en un ambiente tan denso, que se podía cortar con un cuchillo. Finalmente, fue Paco quien suspiró, y dijo:

—A Paula le dices que 170. Que no aceptamos sus 168.

—¡Le diré lo que me dé la gana! —las lágrimas ya brotaban de sus ojos—. Y si no lo quieres oír, te marchas de aquí.

—¿Pero no comprendes que te los dará sin rechistar?

—Después de haberle hecho esperar una semana, es lo menos que puedo hacer.

—Mira, he claudicado con lo de Fernando, pero no pienso claudicar con esto. Es algo de… orgullo personal.

—Pues te metes tu orgullo por donde te quepa. Le voy a decir que 168.

—¡No!

—¡Sí! ¡Sí, Paco! ¡Sí!

—¿Qué está pasando aquí?

Miguel, el hijo de la pareja, acababa de llegar. Venía de entrenar en el polideportivo, con la intención de ducharse y salir esa noche—. ¿Qué son esos gritos?

—Tu madre, que quiere regalar el piso.

—¿Cómo que quiere…?

—¡Sí, lo quiere regalar! ¡Lo quiere regalar!

El chico miró a la madre, quien no perdía de vista a su marido. Sandra, incapaz de hablar, solo movía la cabeza a los lados, mientras cerraba los ojos.

—¡Se lo quiere vender por una miseria, hijo!

—Pero, ¿a quién? ¿Al abogado?

—¡No! ¡A la monja!

—¿A Paula?

—¡Sí, a esa! La muy zorra le ha ido a tu madre con el cuento de que no tiene más, de que tiene que pedir prestado, de que… *¡Ay! Rebájamelo, Sandrita* —puso voz de mujer— *Ay, rebájamelo, anda porfi, que no tengo dinero…* ¿Es que no te das cuenta de que miente? —miró a su mujer—. Con esa cara de monja estrecha, con esa cara de plañidera frígida… ¡Te la está metiendo doblada, imbécil!

—A mí no me insultes, ¡eh! ¡No vuelvas a insultarme!

—Bueno, ¡Vale ya! —el hijo se puso en medio de los dos y miró al padre. Era un muchacho alto, un gigantón de casi dos metros, a quien tampoco le gustó aquella palabra, ni el tono que estaba empleando.

—¡Está regateando, Sandra! ¿Es que no te das cuenta? ¡Está intentando sacarte el dinero, joder! Desde luego… serás …. —se detuvo, ante la mirada severa de los dos.

—Pues muy bien —se dio la vuelta—. Si se lo quieres regalar, ¡hazlo! ¡Hazlo! ¡Regálaselo! Véndeselo por 150, como hubieras hecho con la vieja aquella que lo quería para alquilar.

—Yo no se lo hubiera vendido a esa.

—¡Sí! —se volvió—. ¡Claro que se lo hubieras vendido! ¡Hubieras aceptado su oferta! Si no te llego yo a parar los pies…

—Paco, sabes de sobra que yo no hubiera…

—¡Se lo hubieras vendido si yo te llego a animar! ¡Joder! ¡Que parece que no te importa el dinero, coño!

—El dinero sí que me importa. Lo que ocurre es que…

—¿Ah sí? Pues dile a la monja que 170.000. ¡Demuéstrame que te importa el dinero! ¡Venga! ¡Demuéstramelo!

—No pienso decirle eso.

—¿Ves? Lo que te decía —miró hacia Miguel—. Pues nada. ¡Regálaselo! Regálaselo y se lo envuelves en una cajita con un lacito rojo, y cuando venga a tomar posesión

le dejas una cesta de bombones en la entrada. ¡Qué menos! ¿No? La pobre… esperando una semana… —ironizó—. ¡Qué menos! ¿No?

—Pues mira, no es mala idea —Sandra se creció, al verse arropada por Miguel.

Los ojos de Paco se incendiaron en sangre, apretó los dientes y, hubiera hecho una barbaridad, si no hubiera estado su hijo allí también, delante de Sandra, contemplándolo con la misma cara de resquemor que tenía ella. El semblante grave de la madre y del hijo le llevó a tomar la única decisión que podía tomar:

—Está bien. Llámala y regálaselo. Pero no lo harás en mi presencia. ¡No lo harás delante de mí! —gritó.

En ese momento, Paco entró en su habitación y se puso una chaqueta. A continuación, sin mirar a ninguno de los dos, salió de la casa con el semblante totalmente demudado, y cerró, dando un fuerte portazo.

Lágrimas

Eran las diez de la noche, y Sandra había hecho ya sus dos llamadas.

La bronca con su marido no fue la única causa por la que lloró aquel día. También lo hizo durante la llamada a Lucía, y así mismo, en parte, durante la de Paula.

Miguel acababa de salir de su habitación tras darse la ducha y se disponía a salir. Se la encontró allí, recostada en el sofá, secándose las lágrimas con un pañuelo.

—¿Sabes qué, hijo? —comenzó a decir—. Fue un error no haber dejado que alguna agencia se ocupara de todo.

—¿Por qué?

—Merece la pena pagar una comisión, aunque solo sea para ahorrarte el trauma emocional y el desgaste que esto supone. Ellos simplemente te llaman cuando tienen un comprador, y son los que se encargan de decir que no a los que se quedan fuera.

—¿Te refieres a Lucía? La que papá llama "la hippy" …

Ella asintió, y luego dijo:

—¿Tú sabes cómo se ha puesto a llorar? De verdad que me daban ganas de vendérselo a ella, si no hubiera sido porque ya había llamado a Paula. Otra que también ha llorado, por cierto.

—¿Ella también?

—Sí. Había dado por perdido el piso, y cuando la llamé se echó a llorar. Y yo la acompañé en el llanto, claro.

—Le rebajaste los dos mil euros, ¿no?

—Lógicamente. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué hubieras hecho tú?

El chico se encogió de hombros, y se solidarizó con la madre:

—Hubiera hecho lo mismo, mamá. Es más, yo lo hubiera dejado todo en manos de una agencia.

—Eso es. Ojos que no ven, corazón que no siente. Era lo que yo quería hacer, pero papá se opuso.

—Ya. Es un tacaño. No tenías que haberle hecho caso.

—Desde luego. «Que si esto es caro, que si aquello es poco, que si lo otro es barato…». Siempre está igual.

—Es que eso de los precios es muy relativo. Yo creo que quien vende siempre piensa que lo ha dado barato, y quien compra siempre cree que lo ha hecho caro.

—Pues sí —confirmó—. Y para colmo, tuve que llevar yo todo el proceso. Yo puse el anuncio, yo recibí las llamadas, yo lidié con la gente… mientras él no hacía nada.

—Vamos, lo de siempre. Un tacaño y un comodón.

Sandra suspiró. Se recostó otra vez sobre el sofá y se puso las dos manos sobre la cara.

—Al menos ya hemos terminado. La semana que viene firmaremos las arras, que serán 15.000 euros. Y la siguiente semana, la escritura con el notario, y el resto del pago.

—Te has quitado un buen peso de encima, mamá.

—Ya lo creo —suspiró—. Después pagaremos el préstamo del chalet… y se acabaron las deudas para siempre —se detuvo un instante, y luego siguió:

—Aunque aún tengo otra deuda pendiente y bien gorda, por cierto. De esa deuda no me voy a poder librar tan fácilmente, me temo. Una deuda que ya se me está haciendo demasiado pesada.

—Te refieres a… ¿papá?

Sandra asintió y se secó de nuevo las lágrimas. El muchacho preguntó:

—¿Dónde se ha ido?

—No lo sé. Ni lo sé, ni me importa.

Desenlace

Sandra y Paco no se hablaban. El piso ya se había vendido, y aun así seguían sin dirigirse la palabra. El hombre había acudido al notario a regañadientes para formalizar la venta, y porque no tenía más remedio. La casa estaba a nombre de los dos, y su firma era necesaria.

Cuando salió a la calle aquella noche, tras la discusión, tomó el camino a Villablanca y deambuló sin rumbo por la ciudad. Pasó por delante de los locales de moda, por los garitos de peores barrios donde los borrachos se peleaban, por la puerta de alguno de los prostíbulos… Vagó de forma errática y al final se presentó en su casa ya de día, y se acostó. Se metió en la cama y no le volvió a dirigir la palabra a su mujer.

Al principio ella intentaba hacerle comprender que la decisión que habían tomado era la más conveniente. Que, ante la incertidumbre, era mejor acogerse a lo seguro, y más si el dinero que pagaba Paula era más que suficiente para cubrir las deudas y hacer alguna reforma en su nueva casa. Pero nada de eso convenció a Paco, quien insistía en que habían desperdiciado una oportunidad de ganar más dinero.

En definitiva, él solo le dirigía recriminaciones, cuando no se quedaba mudo ante los intentos de Sandra por hacerle comprender.

Todos esos intentos caían en saco roto, y solo servían para discutir más. Al final, ella misma se sumó al mutismo, e incluso temió que su marido no acudiera al notario el día de la firma. De hecho, había amenazado varias veces con no ir.

Es más, ese día él salió por la mañana y no le contestó al teléfono todas las veces que le llamó. Sandra esperaba que se presentase a las 12:00 en la notaría, aunque no las tenía todas consigo. Finalmente acudió, aunque con retraso, para llenar de nervios a su mujer e impacientar a la compradora.

Pero allí no había pronunciado ni palabra. Tan solo hizo un gesto despectivo cuando se mencionó la cifra de la venta, es decir, 168.000 euros. Un importe que le pareció muy poco comparado con los 184.000 que podrían haber obtenido de haber seguido adelante con el último comprador.

Paco tenía un resquemor por dentro que no le dejaba vivir, y desde ese día se abstuvo de entrar en los portales inmobiliarios para ver nada, no sea que descubriera un piso que se vendiera más caro que el suyo, siendo similar.

Pero un mes después de la venta, tuvo la mala fortuna de encontrase con Nacho, el vecino de arriba. Mejor dicho, su ex vecino. Con ese hombre apenas se hablaba, siendo Sandra quien tenía algo más de confianza con su mujer. Pero ese día coincidieron en la cola para sacar dinero del cajero automático, y no tuvo más remedio que conversar con él.

—Supongo que te lo habrá contado Sandra. Sabes lo nuestro, ¿no?

—¿El qué? —preguntó Paco.

—Que nos vamos.

Él se quedó mirando como esperando que siguiera, o que se callara, pues le era indiferente. Pero no tuvo suerte y Nacho siguió hablando.

—Que hemos vendido el piso, vaya.

—¿Que lo habéis vendido?

—Sí —sonrió triunfante el del tercero—. Chico, ¡que nos habéis dado envidia! Cuando empezasteis a vender el vuestro nos lo planteamos, y al final lo pusimos en venta.

—Pero, ¿lo habéis vendido ya?

—¡Claro! ¡Nos lo han quitado de las manos! Ni una semana ha durado el anuncio.

La cara de Paco era todo un poema.

—Bueno, el anuncio sigue, porque solo hemos firmado el contrato de arras, y nunca se sabe… Pero no se pueden echar atrás. Nos han pagado el diez por ciento, y dieciocho mil euros no los pierde cualquiera.

—Dieciocho mil euros… —Paco estaba calculando el montante de la operación.

—La agencia ha puesto "reservado" en el anuncio. Ya sabes, un rótulo. Pero, ¿no sería mejor quitarlo? El anuncio, me refiero. Quitarlo de Perfectista y de los otros sitios donde lo han puesto. Vosotros también lo quitasteis cuando firmasteis las arras, ¿no?

Paco no contestó y el otro siguió:

—Sí, yo creo que es lo mejor. Queda feo, si se meten los compradores, que vean que el piso siga ahí en Internet, a la venta… Porque, dime una cosa… vosotros que habéis estado más tiempo y habéis pasado por más cosas, cuándo se pone *"reservado"* en un anuncio, ¿es cuando se han firmado las arras o…?

—"Reservado" es que alguien ha dado un dinero a la agencia para que no lo enseñe más, mientras se prepara el contrato. Dos o tres mil euros suele ser lo habitual. ¿Es tu caso?

—No. Ha sido todo tan rápido, que hemos firmado arras directamente. Yo creo que el comprador tenía miedo que se lo quitaran, y se ha dado prisa. Ahora se están vendiendo los pisos… ¡como churros!

—¿En serio?

—Como lo oyes. Bueno —siguió—, seguramente la agencia quitará el anuncio a lo largo del día.

Paco seguía con el rictus serio, comenzando a darse cuenta de lo que acababa de conocer. Un sudor frío comenzaba a invadirle, y el otro se adelantó para acercarse al cajero al ver que la persona que tenía delante ya terminaba. Pero aquel se entretuvo un poco más y Nacho lo terminó de rematar:

—Al final vamos a ser vecinos, Paco. Nos hemos comprado un chalet en vuestra misma urbanización. El número 6. El vuestro es el 4, ¿verdad?

El aludido apretó los dientes. Encima eso… ¿Cómo se habría enterado ese idiota de dónde vivían? ¿Se lo habría dicho Sandra…? Total, ya daba igual.

—Sí, el cuatro —afirmó casualmente, mirando para otro lado, mientras la rabia lo devoraba. *«¿De dónde habrá sacado el dinero este imbécil?»*, se preguntó. Pero no esperó mucho tiempo para obtener la respuesta. Como si le estuviera leyendo el pensamiento, se acercó y le dijo al oído:

—Es por la herencia de mi suegra, vecino —eso último lo recalcó—. Entre eso, y con lo que me van a dar por el piso, pienso reformar el chalet de arriba a abajo.

Nacho se dio la vuelta y se apresuró al cajero, pues ya se había marchado la persona que lo precedía. Paco por su parte, no perdió el tiempo. No se creía que lo hubiera vendido tan caro. Un tercero sin ascensor, sin apenas reformar… ¡Lo había vendido más caro que el suyo! ¡Por 180.000 euros!

Sacó el teléfono móvil del bolsillo, con las manos temblorosas. Tanto, que estuvo a punto de caérsele al suelo. Se metió en Perfectista, buscó pisos de tres habitaciones en Altavista, y allí lo vio. Estaba en la primera página, con lo cual estaba claro que, a diferencia de Paco, habían pagado el modo "Premium" de la aplicación. Y efectivamente, en el anuncio había una marca que especificaba "RESERVADO", y el precio, 180.000.

El corazón le latía a toda velocidad, y solo reaccionó cuando Nacho salió del banco y se despidió.

—Espera, espera… —lo detuvo—. ¿Cómo habéis podido venderlo en una semana?

—Bueno, es lo que nos han dicho en la agencia. Ahora con la crisis, se está volviendo a invertir en vivienda, pues los bancos apenas dan dinero por los depósitos. Y de la bolsa, mejor olvidarse; es muy arriesgado.

—Ya, pero…

—También es por la época. Mayo o junio son los mejores meses para vender, pues la gente quiere comprar casas de cara al verano. Vosotros —siguió—, hicisteis muy mal en ponerlo a la venta en invierno.

A Paco se le cayó el alma a los pies. Su vecino se marchó, y él se quedó paralizado, como si fuera una estatua. Tanto, que la persona que tenía detrás le apremió para entrar en el banco. Pero él ya no veía ni oía nada. Permanecía allí parado, viendo de nuevo el anuncio de aquel piso que se había vendido tan caro, y en solo una semana.

Y entonces, algo se cortocircuitó en su cerebro. Se le secó la boca, se le incendiaron los ojos en sangre, y, lejos de entrar en el banco, se apresuró hacia su casa.

Casi corriendo, volaba sobre el asfalto, mientras su mente era un batiburrillo de ideas, a cuál más loca.

Cuando llegó a su casa, empujó la verja con fuerza e introdujo las llaves en la cerradura, casi sin atinar. Abrió por fin, y sus cerca de cien kilos de peso, de hombre grande, entraron en tromba por el corredor mientras la puerta se estampaba furiosamente contra la pared, y un cuadro del pasillo se descolgaba.

—¡Sandraaaaaaaaaaa!

SEGUNDA PARTE

—Nancy—

No es bueno que el hombre esté solo (Génesis 2, 18)

Divorciados

Juanjo comenzaba a impacientarse. Era la tercera vez que pulsaba el botón del portero automático, y su mujer seguía sin abrirle la puerta del portal. Sabía positivamente que ella y los chicos estaban en casa, pues había visto a su hija asomarse fugazmente por el balcón.

«Al final tendré que gritar», se dijo, y era algo que no quería hacer, pues eso enfurecería todavía más a la que había sido su esposa hasta hacía poco.

—¡Toñiiiiii! —chilló por fin, después de un rato, y tras llamar por cuarta vez—. ¡Sé que estás en casa!

En ese momento se oyó la chicharra que indicaba que se abría la puerta, y el hombre la empujó, entrando en el portal. Cuando subió al segundo piso, la mujer le estaba esperando con la puerta semiabierta.

—¿Qué coño quieres? ¿A qué puñetas has venido? —le espetó, nada más verlo.

—Vengo a mi casa, a ver a mis hijos. Qué pensabas, ¿que venía a verte a ti?

Ella le asesinó con la mirada y tras unos instantes dijo:

—Esta ya no es tu casa y tus hijos no están. Márchate por donde has venido.

—Vamos, Toñi, que he visto a Nora asomarse por el balcón…

—Se ha marchado.

—¿Ah sí? ¿A dónde? Esta finca no tiene otra salida, y no me la he cruzado al subir.

—¡Te digo que no está!

—Toñi, quiero ver a mis hijos. Estoy en mi derecho.

—Ya, pero tus hijos no quieren verte a ti.

—¿Marquitos tampoco quiere verme? ¿Se los has preguntado?

De nuevo, cara de circunstancia de la mujer, que no dijo nada, mientras un pequeño de unos tres años aparecía por debajo de la madre. Un niño rubio, como fue el padre antes de quedarse calvo, y con el pelo rizado.

—¡Marquitos, hijo! —exclamó él.

—Hola, Juanjo —saludó el chico, de forma casual.

—No me llames Juanjo, mi vida. Soy papá —corrigió, agachándose.

—Mamá dice que tú no eres papá. Que papá es el otro.

El padre miró a la madre con resentimiento, pero se abstuvo de discutir. Había venido con ánimo conciliador.

—¿Puedo pasar, o me tengo que conformar con verlo desde aquí?

En ese momento, se oyó claramente que la vecina del rellano se asomaba a la mirilla, y Toñi le abrió la puerta, diciendo:

—Te aprovechas de que no está Carlos, y por eso vienes ahora.

—Vengo cuando puedo —cerró la puerta—. Y que sepas que a mí tu *chorbo* no me da ningún miedo.

—Mamá, ¿qué es un chorbo?

—Calla, Marquitos. No te metas en las conversaciones de los mayores.

—¿Dónde está Héctor? —preguntó Juanjo.

—Y, a ti, ¿qué te importa?

—Es mi hijo, y me importa.

—¿Ahora te importa? ¿Desde cuándo?

—Siempre me ha importado. Y más que a ti.

—Claro, por eso le has hecho lo que le has hecho.

—Mamá, ¿qué le ha hecho Juanjo al *chache*?

—Cállate, Marquitos —repitió Toñi.

—Yo no le he hecho nada, hijo. Siempre he procurado su bienestar.

—No le quieres —dijo la madre.

—Tú sí que no le quieres —el hombre intentó no exasperarse demasiado—. ¿No está en casa?

—No —respondió ella, de forma seca.

—Ya, igual que Nora, ¿verdad? No te creas que no sé que la has mandado donde la vecina.

La mujer se quedó mirándole fijamente sin decir nada, y con los brazos en jarra.

—Juanjo, ¿qué me has traído? —intervino el niño.

—Un camión precioso, hijo. ¡Mira! —el hombre sacó el juguete de una bolsa y se lo entregó al pequeño, que se fue hacia dentro de la casa para jugar con él. El padre intentó seguirle, pero la madre se le interpuso en el camino.

—Toñi, ¿por qué me haces esto? ¿Qué tienes contra mí? Yo no te he hecho nada... —la miró, con ojos lastimeros—. ¿Qué tiene ese hombre que no tenga yo?

La mujer hizo un gesto de desprecio y sonrió con sarcasmo. A continuación, le espetó:

—En primer lugar, treinta centímetros más de altura. Aunque eso es lo de menos, porque yo tampoco soy muy alta, que digamos. Pero lo importante es que quiere a Héctor más de lo que tú le has querido en toda tu puñetera vida. Con eso ya te ha superado ampliamente.

—Toñi… —se acercó.

—Y además tiene otros "extras", que en su caso vienen de serie, y que tú jamás has tenido —se alejó a su vez.

—¿Ah sí? ¿Como cuáles?

—Pues aparte de que quiere un montón a los niños —más que su verdadero padre— es un hombre alegre, atento, divertido, que me hace reír, que me saca a bailar, que

está pendiente de mí, que tiene detalles conmigo, que no es un muermo ni un aburrido como lo eres tú...

—Vaya, vaya… ¿algo más?

La mujer lo miró con total desafección, con una mezcla de odio y de sarcasmo.

—Pues mira, ya que quieres saberlo, resulta que me trabaja el coño mejor de lo que tú lo has hecho en toda tu puñetera vida. Porque yo para ti no he sido más que un trozo de carne que además hace la comida. ¡Asqueroso! —estuvo a punto de escupirle.

El hombre se quedó mudo, sin saber qué responder. Ella añadió:

—Ahora vete, que le tengo que dar de mamar.

—¡Qué casualidad! ¿Precisamente ahora? —se irritó.

—Mamá, ¡teta! ¡Teta, teta! —el chiquillo acababa de volver y se entusiasmó al oír que llegaba la hora de la lactancia.

—¿Lo ves? Márchate ya.

—Toñi, esto que haces es un montaje. Ya hace tiempo que el niño no necesita el pecho y…

—¡Márchate ya! ¡Cabrón! —gritó—. ¿Quieres que se enteren los vecinos de lo que me estás haciendo? —miró hacia las paredes.

—Pero... ¿qué te estoy haciendo, Toñi? —preguntó, con toda la serenidad que pudo.

—¡Márchate! —señaló hacia la puerta. El niño se asustó con los gritos y miraba al padre fijamente, abrazado a la pierna de la madre.

—Qué pena, Toñi. De verdad, ¡qué pena! Si no fuera por los niños, te aseguro que... —No fue capaz de completar la frase. Se volvió y se dispuso a marcharse, lamentando profundamente haberse pasado por allí.

Por el camino se encontró al *chorbo*, que acababa de salir del ascensor. Era un hombre más alto y más joven que él, «más guapo», pensó. Los dos se miraron con indiferencia, antes de que "papá" introdujera las llaves en la cerradura y abriera la puerta de la casa, la casa del otro.

Nancy

—Aquí te dejo esto, Nancy.

El hombre había terminado de vestirse, y dejaba sobre la mesilla de noche un par de billetes de 50 euros.

—Tienes que pagar abajo, mi amor. Ya sabes, a Sheila.

—Allí ya pagué, mi vida. Esto es solo para ti.

La mujer puso una cara triste y tras unos instantes de duda, dijo:

—No puede ser, mi amor.

—¿Por qué no? ¿Qué les debes a estos? Si tú quisieras...

—Ya lo hemos hablado muchas veces, cielito lindo —respondió, mirando para otro lado, y con la cara igual de triste—. Registran las habitaciones casi todos los días.

Él se desplazó hacia la ventana y miró hacia la calle, con las manos en los bolsillos. La noche se había echado encima dos horas atrás en aquel día invernal, y no debía tardar mucho más en irse, pues se acercaba la franja de tiempo en la que los servicios de Nancy eran mucho más caros.

Los coches circulaban a gran velocidad por la autopista, y sus luces traseras dejaban un resplandor rojizo que magnificaban las gotículas de la incipiente lluvia que comenzaba a caer. No se había traído gabardina, y debería tener cuidado para que el agua no estropease aquel exclusivo traje de Armani de la mejor calidad.

—Vete ya, mi amor —la chica salió de la cama y le abrazó por detrás, intentando abarcar con sus brazos el cuerpo de aquel hombre tan grande—. Gabriel te va a cobrar una hora que no has disfrutado, y a precio de oro.

—Oye, ¿y si te lo ingreso en una cuenta corriente?

—Yo no tengo cuentas, mi vida. No puedo ir al banco.

—No hace falta salir, mi cielo. Yo puedo abrir una cuenta a tu nombre. Se envía una copia del carnet o del pasaporte por Internet, y ya está. Puedo hacerlo ahora mismo.

—Mi pasaporte... Lo tiene Gabriel.

—Vaya... Es igual. Voy a crear la cuenta a mi nombre, y te voy a poner a ti de segundo titular. Cuando un día salgas de aquí, solo tendrás que firmar y entonces el dinero será tuyo.

—¡Qué bueno eres, mi amor! ¡Cómo me gustaría ser solo para ti!

Vicálvaro

Regresaba de su paseo matinal, y ese día prefirió hacerlo por el camino largo. Subió hacia su casa por la avenida de Daroca, una vía que ahora es de dos sentidos, cuando en su infancia era de dirección única. La calle flanqueaba los muros de un cuartel de artillería que ahora es una universidad, y un descampado que ahora es un parque. Después bajó por la calle de Calahorra hasta el final de Vicálvaro, un lugar en el que ahora no existe ningún campo de secano en su límite oeste, sino el populoso barrio de Valdebernardo. Donde antes había tierra, ahora se levantan modernos bloques de viviendas y carreteras de asfalto construidas en el *boom* inmobiliario de los años 2000. Igual había ocurrido con lo que él y sus amigos llamaban «el campo». Lo que en su día era un descampado con terraplenes de escombros donde aquellos chiquillos fumaban a escondidas algún cigarrillo que alguno de ellos le había robado a un padre o a un abuelo, ahora es la amplia autopista denominada «M-40».

Volvió sobre sus pasos a su barrio, donde él nació y creció, y contempló quienes eran ahora los habitantes de aquel suburbio de Madrid. Inmigrantes. En su mayoría gentes provenientes del otro lado del Atlántico, del norte de África, del este de Europa o del extremo oriente. Los pocos autóctonos que divisaba eran principalmente ancianos que habían vivido allí toda su vida, y con los que él probablemente se habría cruzado de pequeño, cuando vivía allí. Solo que ahora no reconocía a ninguno. «Sí —se dijo—. En más de treinta años las personas cambian mucho».

Ese era el caso, realmente. Lo que fue un barrio de las afueras, una «ciudad dormitorio», uno de tantos suburbios obreros donde se alojaron los millones de personas que acudieron a Madrid buscando una vida mejor, y que venían de las más profundas zonas rurales de España, ahora era exactamente lo mismo, es decir, un barrio obrero, solo que sus actuales habitantes provenían de mucho más lejos.

Efectivamente, cincuenta años después de aquella primera oleada migratoria, coexistían de nuevo los autóctonos con los foráneos en una explosiva mezcolanza de razas no exenta de conflictos.

Deambuló por la plaza de Munilla, un gran espacio entre bloques de viviendas donde él jugaba al futbol, a las chapas, a las canicas, a cambiarse cromos, al pilla-pilla, al escondite, al potro… Ahora era otro parque de insulsos arbustos con parterres de flores mal cuidadas. Y donde antes había una peluquería, una confitería, una panadería, una tienda de ultramarinos, una ferretería… donde antes hervía la vida y el bullicio de las amas de casa que entraban y salían… ahora era un compendio de locales vacíos donde se intercalaba un bazar chino, una tienda de alimentos colombianos, un pequeño bar, o en aquellos locales algo más grandes, una tetería magrebí donde se podía fumar en cachimba. Hasta el estanco había desaparecido, fruto sin duda de la cruzada anti-tabaco. Quedaban, eso sí, las tiendas que nunca sufren las crisis: la farmacia, y la tienda de apuestas, donde su padre acudía regularmente para «echar la quiniela».

«¡Cómo ha cambiado todo —se dijo—, y para peor!».

Ya cerca de su casa, aprovechó para recoger la comida mientras escrutaba a los transeúntes, en un intento baldío de reconocer a alguna de las personas que él había conocido en su juventud. Sin embargo, fue uno de ellos quien lo reconoció a él.

—Oye, tú eres Paco, ¿no?

—Sí… —el aludido se quedó mirando a su interlocutor por unos instantes y luego exclamó:

—¡Juanjo!

No cabía la menor duda. Aquel era Juan José, el hermano de Pilar, una chica del barrio que llegó a hacerle tilín al antropólogo muchos años atrás. Aquel chico estaba ahora calvo, pero sus ojos azules saltones confirmaban que era él. Los dos se dieron un fuerte abrazo.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó Paco.

—Bueno, este es mi barrio, igual que el tuyo, ¿no? ¡Oye! Estás igual… bueno, algo de canas —lo contempló—, pero al menos no has perdido el pelo.

—No lo he perdido todavía, pero está al caer.

—¡Nunca mejor dicho!

Los dos se rieron y se volvieron a abrazar.

—Pero, ¿tú no te habías ido a vivir a Cuenca?

—No, a Cuenca se fue a vivir mi hermana. ¿Y tú? ¿No vivías en San Blas? —preguntó Juanjo.

—Hace años que vendí el piso. Luego me fui a vivir a la sierra.

—Ah, ya veo. ¿Has venido a ver a tus padres?

—No, mi padre murió hace años, y mi madre lo hizo hace poco.

—Vaya, lo siento.

—¿Y los tuyos? ¿Qué tal están?

—Muy mayores. Vendieron el piso y se fueron al pueblo, a Burgos.

—Y, ¿qué tal les va por allí?

—Pues, regular. Cuando se jubiló mi padre, es lo que quería, volver al pueblo. Pero claro, allí ya no queda nadie, y los quedan, como ellos, se van muriendo poco a poco.

—Es la vida, Juanjo. Una vida que da muchas vueltas, y les ha pasado como a mí, que he vuelto a mis orígenes, a la casa de mis padres.

—¿Ah sí? ¿Ahora vives aquí, otra vez?

—Me separé de mi mujer, y me vine a cuidar a mi madre. Ella vivía con una asistente, pero la despedí y desde entonces me encargué de ella, hasta que murió el año pasado —hizo una pausa—. ¿Y tú? ¿Vives aquí? En tu portal apenas queda gente de nuestra época...

—Bueno, no vivo aquí… quiero decir, no tengo casa, pero estoy por la zona. Y es lo que tú dices, la mitad son ahora inmigrantes. Mi piso se vendió a unos ecuatorianos, precisamente.

—Es una pena. Ya no queda nadie de nuestra pandilla —lamentó—. Hace poco vi a Manolo, ¿te acuerdas de él?

—Sí, claro.

—Había venido a lo mismo, a unos trámites con la herencia. Creo que me dijo que vivía en Chamberí.

—De aquí se fue todo el mundo, Paco. Es lo normal, la gente busca algo mejor, prospera….

—Yo prosperé, pero he vuelto al barrio.

—Pues como yo. Vivía en un buen piso en Móstoles, y ahora estoy por aquí.

—Pero, ¿dónde? No te había visto hasta hoy… ¿trabajas cerca?

Juanjo suspiró y luego dijo:

—Sí, más o menos. Es una larga historia —suspiró—. Ahora tengo que ir a trabajar y tengo algo de prisa. Pero si quieres quedamos un día, nos tomamos unas cervezas y te lo cuento.

El bar «La Perla»

Se llevó una alegría al ver a aquel hombre. En el barrio ya no quedaba ninguno de sus amigos, y la verdad es que estaba comenzando a estar harto de estar siempre solo.

Juanjo no era exactamente su amigo, pues se llevaban muchos años. Pero sí lo era su hermana Pilar, que era de la edad de Paco, y el chico andaba por allí cuando este la rondaba. Encontrarse con él fue toda una alegría.

Habían quedado unos días después en el bar «La Perla», local que seguía conservando su nombre original, pero que ahora era regentado por unos peruanos. Estaba solo a unos metros de su casa, en los bajos de otro bloque de viviendas idéntico al suyo. Un bloque de cinco alturas con cuatro pisos por planta y dos locales comerciales en los bajos. Uno de ellos era el bar en el que se encontraban y otro estaba cerrado, aunque había sido una mercería muchos años atrás.

—Oye, y, ¿qué fue de tu hermana?

—Se casó con un militar y lo destinaron a Cuenca. Ahora vive allí, como te dije.

—Con un militar…

—Sí, cuando estaba todavía el cuartel de artillería en Vicálvaro. No es mal tipo. Anda… que podías haber sido tú mi cuñado.

—Jajá —se rio—. Pues de eso tuviste en parte tú la culpa, majete. Me refiero, de no haberlo sido.

—¿Yo?

—Siempre estabas en casa cuando se iban tus padres, y yo poco podía hacer con ella, delante de ti.

—Jajá, ya me acuerdo. *«Con el niño delante no se atreverán a hacer nada».*

—Eso es.

—Aunque a mí me daba un poco igual, ya me contarás…

—Sí, pero a tu hermana no.

—¿Por eso la dejaste?

—Bueno, no la dejé, porque no llegamos casi ni a empezar. Pero no te negaré que era un poco «estrecha».

—A ti te gustan las rubias con ojos azules, eh.

—Siempre fueron mi debilidad, no te lo voy a negar.

—A mí me gustan más las morenas. Me casé con una andaluza que conocí en un bar del centro. Había venido a buscarse la vida a Madrid, y me cazó.

— ¿Te cazó, o le cazaste tú a ella?

—La tía estaba buenísima, Paco. Era bajita —bueno, era y lo sigue siendo—, pero tenía unas tetas de impresión. Lástima que ahora sean de otro.

—¿Te separaste de ella?

—Sí, me divorcié.

—¿Tienes hijos?

—Tres. Un chico de catorce, una chica de once, y otro de tres años. ¿Y tú?

—Yo dos. Una hija mayor. Se casó y se fue a vivir a Canadá hace años. Y un chaval. Está terminando la universidad.

—Joder, Paco. ¡Qué mayores! Comparados con los míos… Y eso que tú y yo no nos llevamos tanto.

—Claro, yo los tuve de joven…

—Y yo tardé en hacerlo.

—Eso es. Me casé con una chica que me presentaron unos amigos de la facultad. Sandra tenía prisa en tenerlos, y a mí no me importó.

—Sandra, eh, déjame adivinarlo. Rubia, bonita, con los ojos azules…

—¡Qué tío! ¡Cómo me conoces!

—Pues sí —corroboró—. Oye, ¿y tu curro? Estabas estudiando arqueología o algo así, ¿verdad?

—Antropología.

—¿No es lo mismo?

—No, no es lo mismo. El antropólogo comparte muchos conocimientos con el sociólogo, o incluso con el psicólogo. Aparte de otras cosas, claro, que son únicas.

—Vale, pero, ¿hay trabajo de eso?

—Poco. Yo tuve suerte. Me *enchufaron* al terminar la carrera, y trabajé en desarrollo social, para una fundación.

—Y, ¿eso qué es?

—Bueno, me dedicaba a dar cursos sobre el comportamiento humano. Gané mucho dinero, y por eso pude comprarme un piso en la sierra, además del que teníamos en San Blas.

—Vaya, ¡qué suerte! Dos pisos… y yo todavía no he terminado de pagar el mío…

—Dos pisos que ya no tengo, pues los dos se vendieron para comprar un chalet.

—Un chalet en el que ya no vives, ¿verdad? Se lo quedó tu mujer, entiendo.

—Entiendes bien. Por eso volví a casa de mis padres. ¿Y tú?

—Yo… fatal, Paco. Tú al menos tienes una casa donde vivir. Yo, ni eso. Me desplumaron del todo, *tronco*.

El otro se lo quedó mirando, esperando que siguiera, y eso fue lo que hizo:

—Cuando me casé eran los buenos tiempos, los tiempos en los que había curro. Yo trabajaba con un camión, de transportista.

—Transportabas ladrillos, supongo.

—Ladrillos, cemento, arena, materiales de construcción… de todo. Hasta que se dejaron de hacer pisos, y me vi en la calle.

—Tú y otros tantos millones.

—Pues eso. Pero después me coloqué de conductor en la línea que une Arganda con Madrid.

—¿La que llega a Conde de Casal?

—Exactamente, "La Pereira". Y ahí comenzó a joderse todo, Paco.

—¿Y eso?

—Eran… bueno, y son, unos hijos de puta. Al principio más o menos bien, mientras fluía el dinero del plan "E". Pero luego, con la crisis de los bancos, se quedaron sin pasta y no les renovaron algunas concesiones, con lo que les sobraban conductores.

—Y tuvieron que echar a gente.

—Tuvieron que echar a gente, pero los muy *ratas* no querían gastarse un duro en indemnizaciones. Nos forzaron a que hiciéramos bajas *voluntarias.*

—Ya, os hicieron acoso laboral.

—Nos hicieron *mobbing,* y a mí uno de los que más.

—¿Qué te hacían?

—Pues a mí me obligaban a prestar el primer servicio, el que sale de Arganda a las cinco de la mañana. Y claro, yo vivo en Móstoles, quiero decir, vivía, a más de cincuenta kilómetros, y tenía que levantarme muy temprano. Y luego los desgraciados me dejaban en Conde de Casal todo el puñetero día, pues en realidad mi turno era de tarde, y empezaba a las cuatro.

—Y, ¿no podías irte a tu casa, hasta que empezara tu turno?

—No, no podía. En los buenos tiempos mi mujer trabajaba en un almacén de materiales, pero con la crisis perdió el trabajo. Y entonces, con mi sueldo, con mi único sueldo —recalcó lo de "único"—, teníamos que vivir los cinco. Teníamos que vivir todos, y pagar la hipoteca, lógicamente, que se llevaba gran parte del salario.

—Pero… de conductor de autobuses no se gana mucho.

—Se gana lo justo para subsistir, y con el otro sueldo se paga la hipoteca, naturalmente. Pero como solo teníamos uno, pues con eso teníamos que mantener a una familia y pagarle al banco. Nos quitamos de todo lo superfluo y comíamos mierda. Menos los niños, claro.

—Ahora entiendo que no te pudieras ir a tu casa entre los turnos. No podías permitírtelo.

—No tenía dinero para pagarme la gasolina o el transporte hacia mi casa y luego volver, todos los días. Me tenía que quedar allí, en Conde de Casal, desde las seis de la mañana que dejaba el autobús hasta las cuatro que comenzaba mi servicio, hasta las doce de la noche que terminaba. Vamos, que llegaba a mi casa a la una, y me tenía que despertar a las cuatro para estar al día siguiente en Arganda.

—¡Qué hijos de puta!

—Ya te digo. Querían echarnos, pero *con una mano delante y otra detrás*. Los muy cerdos…

—O sea, que dormías…

—Tres horas. Así me pasaba algunas veces, que iba dando cabezadas en el bus.

—Joder, Juanjo. Si yo soy un pasajero y te veo hacer eso…

—Te acojonas, naturalmente. Ya tuve algún susto, no te creas.

—Claro, porque en la estación por la mañana estabas…

—Diez horas. Diez horas allí, sin hacer nada.

—¿Sin hacer nada?

—Nada de nada. Me quedaba en el autobús y dormía, si no lo llevaba otro compañero, o en el vestíbulo de la estación aburriéndome como una ostra y maldiciendo a estos hijos de puta. Pero no podía hacer otra cosa, Paco. No podía ni siquiera protestar, si no quería entrar en el *escogido* grupo de que los que se iban a la calle. Tenía que tragar con todo, por el bien de mi familia. ¡Joder! —exclamó—, y luego dice mi mujer que no he hecho nada por ella ni por mis hijos…

—Pero, ¿ya estás mejor? ¿O sigues igual?

—Algo mejor. Los compañeros que no aguantaron se fueron y nos quedamos *los espartanos*, como yo digo. Ahora, al menos no tengo el turno de mañana ese que me mataba, pero tampoco tengo turnos fijos. A veces incluso tengo el turno de noche, seguido de uno de mañana, sin descansar los dos días reglamentarios.

—Cómo se aprovechan…

—Tú lo has dicho. No los mando a la mierda por mis hijos, Paco. Porque si no… Aunque para lo que los veo…

—¿No tienes custodia compartida?

—¡Ja! —se quejó—. ¡Claro que la tengo! Bueno, entre semana siempre los tiene ella. Pero en teoría tienen que estar conmigo un fin de semana sí, y otro no. Entre diario viven con su madre por el tema del colegio, pero los fines de semana me los tiene que entregar.

—Y, ¿no lo hace?

—No.

—Eso es denunciable.

—A ver… el mayor, Héctor, no quiere estar conmigo. La madre lo emponzoñó todo lo que pudo, y ahora me odia. La mediana, Nora, al principio sí conseguía llevármela, pero ya está también emponzoñada y la he perdido. Y el pequeño, el que tiene tres años, está con la lactancia, y de eso se vale esa zorra para no entregármelo.

—¿La lactancia? ¿Con tres años?

—Casi cuatro, Paco. Pero ahí sigue, dándole la teta. Lo hace por joderme, porque ya me contarás… o para que *el chorbo* que se ha echado no la preñe… ¡la muy puta!

—¿Cómo es eso?

—Sí, parece ser que una mujer no se puede quedar embarazada mientras está dando de mamar. Hay que joderse, tronco —se ofuscó—. Yo toda la vida usando condones, y ahora viene este desgraciado y se corre dentro. De verdad, que... Y yo pagándoles la fiesta, que es lo que más me jode.

—Te refieres a la pensión.

—¡Claro! Yo tengo que pasar casi todo el sueldo que me queda tras lo que se lleva el banco para pagarles la pensión. Y ese hijo de puta vive en mi casa, con mi mujer, con mis hijos… y eso que trabaja, tronco. Trabaja y no sé lo que ganará, pero con su sueldo y el mío… ¡Viven a cuerpo de rey! Viven como reyes, joder, y yo durmiendo en el coche…

—¿En el coche?

—¡En el coche, Paco! ¡En el coche! ¡Vivo y duermo en el coche!

El Vesubio

Habían terminado de hacer el amor y seguían juntos en la cama, abrazados como dos tortolitos. Se había encaprichado de ella totalmente.

—Vete ya, amor mío, o Gabriel te va a hacer pagar las horas extras.

—Me da igual. Ese cabrón *me la suda*.

—No sabes cómo se las gasta, mi cielo. El otro día un hombre se propasó con una compañera, y entre Alfredo y él le dieron una buena paliza.

—¿Alfredo? ¿El portero? Pues que vengan aquí y me saquen, si tienen huevos.

—Amor mío… yo no quiero que te pase nada… —la chica se incorporó, y él lo hizo ligeramente.

El hombre suspiró, tras mirarla a los ojos. Unos ojos que rebosaban amor, ternura, afecto, cariño, comprensión… unos grandes ojos negros que destacaban sobre una tez del color del chocolate y un pelo alisado y brillante, como el azabache, que reflejaba la tenue luz de los focos irradiándola en mil matices. Hasta que por fin se levantó pesadamente, dispuesto a marcharse.

Su relación con Nancy había comenzado aquella infausta noche, cuando Sandra decidió venderle el piso a Paula en contra de su voluntad. La gota que colmó el vaso fue la pretensión de su mujer de rebajarle los dos mil euros "para congraciarse con ella".

Aquella noche, en su deambular errático por Villablanca, pasó por la puerta del club "el Vesubio", y allí estaba Nancy, en la calle, buscando clientes. La persecución a los *puteros* era cada vez mayor y los clientes escaseaban. El partido de las feministas había conseguido una cuota de poder en el Gobierno y se había legislado para penalizar a los consumidores del sexo de pago. Una ley muy ambigua, que dejaba al arbitrio de los jueces el dictaminar si había explotación o no.

Pero el caso es que las chicas estaban forzadas a tener que salir a buscar clientes a la calle ante la bajada de la demanda de sus servicios por el miedo de aquellos a acabar detenidos.

Teóricamente, el Vesubio era simplemente un hotel. Solo que sus huéspedes, además de sábanas, toallas, jabón, y otros accesorios de hostelería, se encontraban también en sus habitaciones con una chica en la cama.

La policía lo sabía, lógicamente, pero ellas siempre declaraban que estaban allí por su propia voluntad; que nadie las obligaba, y que se acostaban con quienes querían. Su relación con el local era simplemente de pura conveniencia, y funcionaba como lugar de "cortas estancias".

El establecimiento era solo uno más de los muchos que se distribuían a lo largo de la carretera que unía Villablanca con Madrid, pero era uno de los más conocidos. Las chicas eran profesionales, y por tanto expertas en identificar a un hombre "necesitado de cariño". Y Paco, aquella noche de la discusión con Sandra, era un hombre muy necesitado:

—Hola guapo, ¿te apetece un rato de compañía? —le preguntó.

Quien se dirigía a él era una joven mulata con los pechos casi al descubierto, cintura de avispa, caderas marcadas, labios carnosos… Entonces se dijo: *«¿por qué no?».*

Desde entonces, ya había pasado bastante tiempo, y el hombre era un cliente asiduo de "El Vesubio", aunque solo usaba los servicios de Nancy.

Aquella tarde, tras la insistencia de la chica, se levantó a regañadientes de la cama y comenzó a vestirse despacio, como para hacer un desprecio a Gabriel, el proxeneta que regentaba el local. De poco sirvieron los ruegos de la muchacha para que se apresurara. Finalmente se oyeron golpes en la puerta de la habitación, y Paco abrió de malos modos.

—Perdón, caballero —se disculpó Sheila, la chica encargada de cobrar, y quien también controlaba los tiempos que duración de "los servicios". No solía haber mucho problema si no existía demanda, y si el cliente era fijo, como lo era él. Pero se ve que en esa ocasión Nancy tenía a otro cliente esperando.

—Ya me iba —sonrió irónicamente, mientras se terminaba de poner la chaqueta.

Un domicilio «móvil»

Juanjo y Paco no tenían a nadie. Estaban solos. En su barrio no quedaban amigos y se veían a menudo. Habían vuelto a quedar en el bar «La Perla».

—Las cocheras están en el polígono industrial de Vicálvaro. Un poco más allá de donde antes estaba la fábrica de cemento.

—¿Por eso estás por aquí?

—Claro. No puedo gastar gasolina, y puesto que mi domicilio es «móvil», pues lo ubico cerca del curro.

—Y, ¿cómo te apañas? ¿No tienes frío por la noche?

—No. Uso un saco de dormir.

—¿Y con eso basta?

—Ya lo creo. Cuando hice *la mili* hacíamos maniobras en el Palancar. Sabes dónde está, ¿no?

—Sí, en la sierra.

—Pues eso. El capitán se empeñaba en ir allí, y allí pasábamos semanas enteras. Estábamos a bajo cero, pero dentro del saco se está bien. Con un buen saco no pasas frío.

—Pero tener que dormir ahí, encogido... ¿cabes en el coche?

—He quitado los asientos de atrás y quepo estirado, ocupando parte del maletero.

—¿En serio que cabes ahí?

—Justito, pero sí. Tengo la cabeza rozando el freno de mano y los pies en el portón trasero; pero entro bien. Menos mal que soy pequeño. Tú no cabrías *ni de coña*. Al menos en mi coche. ¿Cuánto mides?

—No sé, metro noventa, o algo así.

—Y además, con tu peso…

—Yo no estoy gordo.

—Ya, pero estás fuerte, eres un tío grande… Mi coche es un utilitario sencillo, y no te podrías ni revolver.

—Puede ser. Y, oye, ¿cómo te apañas para asearte, para ir al baño…?

—Me ducho en las cocheras, cuando entro a trabajar. En los vestuarios donde nos ponemos el uniforme, hay algunas duchas que casi nadie utiliza. Y también hay servicios. Salvo por la noche, el tránsito de buses es continuo y lo hago allí. Lo malo es que a las doce se cierra, y me tengo que marchar.

—Pero, si por la noche… te entra un apretón… ¿qué haces?

—Pues cagar en la calle, tronco. No veas lo mal que me sienta salir del saco y bajarme los pantalones… sobre todo algunas veces, cuando estamos a bajo cero.

—Ya lo creo, pero ¿por qué no te vienes a dormir a mi casa? No tengo calefacción, pero tampoco la tienes en el coche, ¿no? A no ser que estés con el motor encendido todo el tiempo…

—Algo que no me puedo permitir.

—Por eso lo digo.

—Pero, ¿a tu casa?

—Sí. ¿No echas de menos una cama?

—Pues sí, pero, ¿por qué no tienes calefacción?

—No puedo pagármela. Me pasa lo que a ti.

—¿Por qué? ¿No tienes trabajo?

—Llevo muchos años sin trabajar, Juanjo —miró para otro lado.

—¿Cómo es eso? ¿No trabajabas en una fundación?

—No. Se terminó el proyecto y me echaron.

—Y, ¿no buscaste otro empleo?

—¿Para qué? Ya trabajaba Sandra.

—Pero… así tendríais más dinero…

Paco se encogió de hombros y volvió a mirar hacia su derecha. Su amigo siguió:

—Entonces, ¿de qué vives?

—Mientras vivía mi madre, de su pensión. Cuando falleció… bueno, ahora me dan el subsidio de 500 euros al mes para mayores de 55 años en situación de desempleo. De eso vivo.

—¿Y tu mujer y tus hijos?

—¿Qué?

—¿No les tienes que pasar pensión?

—¿Pasar yo pensión, con ese sueldo?

—No, claro, pero… ¿de qué viven?

—Mi mujer trabaja, y mi hijo Miguel, el que está en la universidad, vive con ella. Como no hay hipoteca que pagar, con el sueldo de Sandra viven bien. Y Ana, mi hija mayor, ya te dije que vive en Canadá. Está casada y es feliz. Además, ahora va a tener un bebé, así que no puede pedir más. El que está jodido soy yo.

—No me extraña, Paco, 500 euros… ¿Y eso te da para vivir?

—Pues no. Con decirte que me han cortado la luz… Tengo que pedir en Cáritas. Ellos me dan una bolsa diaria con algunos envases de comida. Eso es lo que como. Lo que donan los benefactores, lo que se saca de los bancos de alimentos, las sobras de los restaurantes… Ellos lo centralizan todo y lo reparten entre los necesitados. Necesitados como yo.

—Ya, ya… Entonces, ¿vives a oscuras? Me refiero, por la noche.

—La luz de las farolas de la calle entra por la terraza, iluminando el salón.

—Joder, ¿y en el resto de las habitaciones?

—Bueno… en realidad… —suspiró—, tomo la luz de la escalera, del interruptor que hay en el rellano.

—¿Del interruptor de la escalera?

—Sí. La pared linda con el pasillo de mi casa. Hice un agujero en mi lado y llegué a los cables. Desde allí saqué una derivación, y esa es la electricidad que tengo. Lo malo es que no tiene mucha potencia. No puedo enchufar nada que consuma más de 200 o 300 vatios. Salta el diferencial. Me caliento con una estufa de infrarrojos que en realidad gasta más, pero la pongo al mínimo.

—Joder, tronco… —Juanjo estaba alucinando—. Y, ¿el agua?

—El agua entra dentro de la cuota de la comunidad, que pago religiosamente. Menos mal que son solo 50 euros al mes de cuota. No la pagué durante un tiempo, pero me denunciaron y me amenazaron con llevarme a juicio… al final lo ingresé para no tener problemas.

—Oye, y ¿el agua caliente?

—¡Ja! Ese es un lujo que no me puedo permitir.

—¿Te duchas con agua fría?

—A ver, ¡qué remedio! Tengo un pequeño termo eléctrico, pero tarda una barbaridad en calentarse; lo tengo que poner al mínimo para que no salte el diferencial. Y claro, mientras tanto, pues no tengo calefacción. Vamos, que tengo que elegir entre pasar un mal rato con el agua fría, o muchas horas sin calefacción.

—Y, ¿no lo pasas mal? Cuando te duchas, digo.

—En verano no hay problema. En invierno… lo peor es al principio. El primer minuto o así. Luego te acostumbras… de alguna manera. Pero es duro, no te lo voy a negar. De hecho, solo lo hago una vez a la semana, cuando voy a ver a Nancy.

—Y ahí te pones tus mejores galas.

—Bueno, uno de los trajes que usaba en la oficina, en la Fundación. Ya vendí tres y solo me queda ese.

Juanjo se rascó la cabeza, y tras unos instantes, le preguntó:

—Pero entonces, no entiendo… Si la comida te la dan; no tienes calefacción ni electricidad; y solo tienes como gasto los cincuenta euros de la comunidad de vecinos, que además incluye el agua, entonces, ¿en qué te gastas el sueldo? ¿En qué te gastas todo lo demás?

Paco suspiró y miró a su amigo de forma condescendiente.

—Me lo gasto en Nancy, joder, que todo te lo tienen que explicar.

Llamada desde Canadá

—Hola, pequeña, ¿qué tal estás hoy?

—¡Hola papi! ¿Te pillo en mal momento? No estarás dando una clase…

—No, Anita. Para ti nunca hay mal momento. Estoy en la oficina, preparando materiales.

—¡Ay! No podía esperar a que me llamaras tú esta tarde. Bueno, esta noche, para ti. Tengo que darte una buenísima noticia. ¿Sabes qué?

—¿Estas embarazada?

—¡Sííííííí!

—¡Qué alegría, mi niña!

—¡Vas a ser abuelo, papi!

—¡Cuánto me alegro! ¿Lo sabe mamá?

—No. La he intentado llamar, pero no responde al teléfono. Tú eres el primero en saberlo. Bueno, después de Trevor, naturalmente.

—Naturalmente.

—¡Ay! ¡Qué contenta estoy, papi! Tengo unas ganas de hablar con mamá…

—Bueno, estará en una reunión. Seguro que, en cuanto vea tu llamada, te la devolverá.

—Sí, seguro. Oye, tenéis que venir a ver al bebe. Cuando nazca, me refiero.

—Claro, dalo por hecho.

—Y al bautizo. Ahí no podréis venir por separado…

—Normal. ¡No vas a hacer dos bautizos! —los dos se rieron—. Y, entonces, ¿trabajarás hasta el final del embarazo? Al estar en un hospital...

—No. Aquí en Canadá te suelen dar la baja mucho antes. Y más al trabajar como enfermera. Si pudieras venir conmigo en esa época... Así me harías compañía.

—Ah…, no sé, pequeña, no quiero estropear tu relación con Trevor.

—¡Qué tontería!

—Además, no sé si me darán vacaciones para esa época. Es en verano, ¿no?

—Sí, más o menos. Saldría de cuentas en septiembre.

—Claro, pero es que por entonces es cuando hay más trabajo. Tengo que impartir los cursos de verano, y todo eso. Ya sabes, los cooperantes se marchan a África y necesitan saber cómo es la condición humana.

—Ya, ya —murmuró.

—Pero no te preocupes. Algún día me escaparé... si puedo.

—Estás muy solo, papi. ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? Nuestra casa es grande, y aquí encontrarías un buen trabajo. Mejor que el que tienes allí, seguro.

—Sí, eso seguro. Pero ya sabes cómo soy. En el fondo soy un solitario. Aunque ahora me he echado un amigo.

—¿Un amigo? ¿Tú?

—Sí, un chaval de mi barrio.

—¿Un chaval? —se rio.

—Bueno, ya está *talludito.* Lo conozco de toda la vida. Vivía dos bloques más arriba, y su hermana era de mi pandilla. Ha vuelto al barrio, igual que hice yo en su día.

—¿Por un divorcio?

—Sí, le echaron de su casa. También es que tiene el curro cerca de aquí.

—Y, ¿le ves mucho?

—Sí, casi todos los días. Conduce los autobuses de Arganda, y no tiene a nadie. Vamos, como yo.

—Tú me tienes a mí. Si te vinieras...

—Ah, no empecemos, pequeña.

—Oye… ¿qué es ese ruido? ¿El viento?

—Eh… sí, es la ventana que se ha abierto.

—Sí, claro… Bueno, papi. Te voy a tener que dejar, porque voy a entrar en el metro. Luego hablamos. ¿Vale?

—De acuerdo, mi niña. Anda, y luego llama a mamá y cuéntaselo. Y díselo también a Miguel.

—¡Descuida! —colgó.

Paco sonrió. Por fin el cantamañanas de su yerno había hecho algo útil. Entonces se levantó y se dispuso a marcharse. Aquel parque en el que se encontraba no tenía donde guarecerse de la lluvia, pues el viento había comenzado a soplar y los nubarrones que había visto al salir de su casa comenzaban a descargar agua. Lo que empezó siendo un día muy soleado se transformó en uno gris y desapacible, y no le apetecía estar en la calle. Al menos le habían dado una buena noticia, al fin y al cabo.

Los lunes al sol

En realidad, no quedaron muchas más veces en el bar "La Perla". Como ninguno de los dos tenía dinero, se veían en la calle cuando hacía sol, o si no, en casa de Paco.

Esa era el caso aquella mañana. Juanjo tendría el turno de tarde, y como el tiempo era bueno, se fueron al parque a charlar. Siempre se estaba mejor al sol, que en la fría casa del antropólogo.

—Una pena que en la biblioteca no se pueda hablar, Juanjo. Voy allí a menudo.

—Ya. Te pasas el día en ese sitio.

—Hombre, tampoco es eso; los asientos son algo incómodos. Los sábados y los domingos no me queda más remedio que estar en casa, tirando de calefacción.

—¿Te da la potencia para calentar lo necesario?

—Escasamente. Pero si pongo la estufa en la habitación pequeña, hay menos metros que calentar y se está más o menos cómodo. Y si no, cuando me harto, me meto en la cama.

—Joder, tronco, ¡qué vida más triste…!

—¡Ah! ¡Cómo echo de menos la chimenea que tenía en mi antigua casa! Si la tuviera aquí, no pasaría frío.

—¿La casa de la sierra?

—Sí. Tanto en el piso como luego en el chalet, teníamos chimenea. Y lo triste es que yo apenas la usaba.

—Claro, entonces no la necesitabas. Pero, ¿y la leña? ¿De dónde la sacarías?

—Eso es lo de menos. La sacaría de cualquier parte. La basura está llena de maderas. Sillas y muebles viejos, sofás... ¿Tú sabes la cantidad de madera que tiene un sofá? Y si no, pallets de materiales de construcción. Ya sabes, los soportes donde cargan los ladrillos y todo eso. En las obras les haces un favor si te los llevas.

—¿En serio que irías por ahí con un carrito recolectando todo eso?

—Sí. ¿Por qué no?

—Joder Paco… Si ya recelan de ti los vecinos, si te vieran con un carro de supermercado lleno de cachivaches...

—A mí *me la suda*, tronco. Si no les gusta, que no miren.

—En fin… —Juanjo hizo un gesto con la cabeza—. Y, ¿no te aburres? Tanto tiempo solo en casa… ¿No ves la televisión?

—Cuando enchufo el radiador no puedo poner otra cosa. Esos cables del interruptor se quemarían. O una cosa o la otra.

—¿Y la cocina, la nevera, la lavadora…?

—Lavo a mano, y caliento la comida en un pequeño infiernillo; puesto al mínimo hasta 200 vatios. La comida tarda en calentarse, pero ya ves, tengo todo el tiempo del mundo. De verdad, Juanjo, mi casa no es un palacio, pero siempre es mejor vivir ahí que en el coche.

El hombre pensó en el "palacio", y lo dudó. Ya se había quedado allí una noche, y no lo pasó del todo bien. La casa estaba sucia, helada, olía mal, y su anfitrión roncaba como un camión. Aun así, Paco tenía razón.

—Sí. El mes que viene quizás te haga caso. Ahora no, porque me van a dar el turno de tarde, y los autobuses salen desde Arganda. Tendré que dormir allí, si no quiero gastar en gasolina.

—Y más ahora, con lo cara que está.

—Pues eso.

—Oye, y, ¿dónde tienes tus cosas? No las tendrás en el coche…

—Mi coche no es grande, ya lo sabes. Tendría que tener una furgoneta, o algo así.

—¿Entonces?

—En los vestuarios de las cocheras tengo una taquilla. No cabe gran cosa, pero allí guardo lo imprescindible. El resto lo guarda un compañero en su casa, en su trastero. Siempre queda gente buena en el mundo, tronco.

—Y, ¿no te puede hacer un hueco…?

—¿En su casa? Sí, ya me hizo el favor. Nada más divorciarme me alojé con él. Pero también es un piso pequeño, y tuvo que meter a sus dos niños juntos en la misma habitación para dejarme a mí una aparte. Y yo no tengo la cara de acoplarme allí indefinidamente. Además, su mujer no me miraba con buenos ojos… en fin, que le conté que me había salido otra cosa, y me fui.

—Y claro, no tienes a nadie de tu familia cerca…

—Pues no. Mis padres viven en Burgos y mi hermana en Cuenca. Ya me contarás…

—¿No puedes buscarte trabajo por allí? Así tendrías donde alojarte.

—¿En dónde? ¿En Burgos o Cuenca? Joder, si no hay trabajo casi en Madrid, como para encontrarlo allí.

—Ya, claro.

—Es la puta crisis, tronco. Y encima, con los *rojos* en el poder, no hay empresario que se atreva a crear empleo.

—Claro. Se arriesgan a que se lo quiten todo.

—Pues sí. Mejor invertir su dinero en donde esté seguro. De verdad, Paco, —siguió— se me revuelve la sangre de tener que vivir así. Si no fuera por la puta de mi mujer…

—¿Por qué os divorciasteis?

—Según ella, se *desenamoró.* Aunque yo creo que ya la rondaba el chorbo ese.

—¿No la hiciste nada? ¿Simplemente se fue con otro? Pero entonces, ¿a qué viene esa inquina que tiene hacia ti?

—Un divorcio es un suceso muy traumático, Paco. Nos dijimos de todo, y yo el que más. Como comprenderás, no me iba a dejar desplumar, así por las buenas. Nos dijimos de todo y delante de los niños, y ella no me lo perdona. Como le han dado la custodia a ella —que es lo habitual—, pues se ha quedado con la casa. Vaya desproporción, tronco. Y luego dicen que las leyes son machistas. ¡Ja!

—Y todo por culpa de ese tío…

—No, si ese hombre no tiene la culpa. Fue Toñi quien *se abrió de patas*. Cualquiera se resiste, con lo buena que está. Yo hubiera hecho lo mismo. ¿Y tú?

—Hombre, yo...

—No me negarás que mi mujer está buena, ¿verdad? Ya viste las fotos…

—Sí, está muy bien.

—Mira qué tetas tiene… —sacó de nuevo el teléfono móvil.

—Sí, sí…

—Y esta foto no es de las mejores. Con esta camiseta no se le notan mucho, pero tengo otras… que no te voy a enseñar, lógicamente.

—Lógicamente.

—Para haber pasado de los cuarenta, está más rica que muchas de veinte. ¿No te parece? ¿A ti no te gusta?

—A mí es que no me gustan las morenas, ya lo sabes.

—Joder, ¿y Nancy? Ella no es precisamente rubia…

—Bueno, ella es diferente.

—¡Y tanto!

—Pero, sí, te admito que para la edad que tiene, tu mujer no está mal.

—No está nada mal, Paco. Y encima ese cabrón se la está beneficiando. Está durmiendo en mi cama, y disfrutando de mis hijos. Y yo pagándoles la fiesta y durmiendo en el coche. ¡Joder! —exclamó—. Es que esto no tiene nombre, Paco. Y todo por su puta culpa. Luego dicen que se las cargan, tronco. ¡Es que es para cargárselas, joder! Algún día se me van a cruzar a los cables y me la voy a cargar yo también.

—Hombre, no…

—No me faltan motivos, colega. No me lo negarás... Por mucho menos se han cargado a otras. ¡A muchas! Y yo llevo ya un montón de tiempo aguantando. Es que no hay derecho...

—Tienes que olvidarte de ella, Juanjo. Si no, te vas a volver loco.

—Es que hay que joderse, tronco —siguió, ignorando el comentario anterior—. Toda la puta vida trabajando como un esclavo para mantenerla a ella y a mis hijos; aguantando de todo sin rechistar en este puto curro, y luego dice que no he hecho nada por ella. No hay justicia en este mundo, Paco.

—Es cierto que ahora las tías exigen demasiado. Antes se conformaban con un marido trabajador, y que no las pegara. Me refiero a la generación de nuestros padres. Eso era lo principal, y que no todas tenían, por cierto.

—Ya te digo. Con esos dos requisitos ya daban palmas con las orejas. Y si además el marido no era un putero, daban gracias a Dios todos los días. Vamos, que ponían una velita diaria a San Antonio en agradecimiento por tantos favores. Es que hay que joderse, tronco... Requisitos que yo he cumplido siempre y cabalmente, Paco. Y así me lo paga, joder, quitándomelo todo. Otro en mi lugar... —se calló.

—Otro en tu lugar, ¿qué?

—Nada. Se me pasan unas ideas por la cabeza… que ya te puedes imaginar.

—Sí me imagino. Pero lo que tienes que hacer es olvidarla. Estás obsesionado con ella, colega. Olvídala y búscate a otra.

—Sí, claro, y hago una cenita romántica en el maletero de mi coche. No te jode…

—No, joder, la llevas a un hotel.

—Ya, claro, a un hotel… ¿Tú sabes lo que cuesta eso, Paco? ¿Te crees que pudo pagármelo?

El antropólogo giró la cabeza hacia los lados y el otro siguió:

—Puedo hacer una excepción, si me quito de comer, por ejemplo. Es lo que hacía cuando Nora se venía conmigo, antes de que esa puta la emponzoñara. Los fines de semana me la llevaba a Burgos, con mis padres. Eran cincuenta euros de gasolina, pero ellos me echaban una mano para el regreso.

—¿No te pueden ayudar más?

—Están *pelados*, Paco. Las pensiones en este país son una mierda, y a ellos apenas les llega.

—A mí me pasa lo mismo. Nadie tiene consideración con la gente *vulnerable*, como yo.

Juanjo le miró con algo de desdén y siguió:

—De todas formas, solo fueron unas cuantas veces. La cría no quería ir allí y se quejaba. Que si me aburro, que si hace frío, que si las mantas de la abuela pican... Al final dejó de venir.

—¿Solo por eso?

—Tampoco quería verme demasiado. La madre la puso en contra mía.

—Pero, ¿por qué? ¿Cuál es la razón de fondo? Del divorcio, me refiero.

—Si te digo la verdad, no lo sé. Un poco por todo, supongo. Porque se *desenamoró*, porque apareció el chorbo… y por los críos, claro.

—¿Por los críos?

—Sí. Según ella, yo no los quería lo suficiente.

Paco calló, esperando que siguiera. Juanjo continuó:

—Supongo que lo decía porque no les he mimado tanto. Porque no he estado encima de ellos, cada vez que abrían la boca.

—Creo que te entiendo. Ahora lo que está de moda es el niño-emperador. El niño al que no se le puede contrariar de ninguna manera, porque si no, “se traumatiza”.

—Eso es. Pero es que esa actitud es precisamente la que hay que evitar, Paco. Hay que enseñarles que la vida es dura, y curtirles, porque si no, cuando salgan ahí afuera será cuando se traumaticen, porque se enfrentarán a un mundo cruel, que les devorará sin piedad.

—Totalmente de acuerdo.

—Pues eso que es tan fácil de entender, ella no lo entendía de ninguna de las maneras. Según Toñi, yo no los quería, porque me desentendía de ellos. Y, ¿sabes qué? Era en parte verdad.

—¿El qué?

—Pues que no estaba encima constantemente —se detuvo un momento, y luego siguió—. A ver, en primer lugar, con los turnos que me ponían en la empresa, apenas estaba en casa. Y cuando lo hacía, venía muerto, y lo que me apetecía era descansar y desconectar. Pero eso no quiere decir que no les quisiera, joder. Cuando libraba, ¡claro que jugaba con ellos! ¡Claro que me los llevaba al parque! Pero para ella, eso no era suficiente.

—Seguía insistiendo en que te desentendías.

—Eso es. Pero no era verdad.

—Es que, aunque lo fuera. A ver, los hijos son una sociedad al 50 por ciento. Si tu socio se desentiende y eso te fastidia, pues desentiéndete tú.

—Claro, pero es que ella dice que no puede desentenderse.

—Pues entonces el problema lo tiene ella.

—Decía que, como les quiere, no puede evitar estar encima cada vez que abren la boca.

—No es cuestión de querer o no querer. Es el instinto maternal, que es diferente al que tiene el padre.

—Pero que sea diferente no quiere decir que el padre no les quiera.

—Por supuesto. La madre quiere más con el corazón, y el padre más con la cabeza.

—Pero no solo. Yo también les quiero con el corazón, joder.

—Sin duda. Pero como no les consientes todos los caprichos, pues eres malo. ¿No es así?

—Así es.

—De todas maneras, eso es común en todos los matrimonios, Juanjo. Todas las madres se quejan de lo mismo, y no por eso se divorcian.

—Ya lo sé. En mi caso… supongo que también lo de Héctor tuvo mucho que ver.

—Tu hijo mayor…

—Sí —hizo una pausa—. Él es… gay. Solo tiene catorce años, pero ya está confirmado.

—Creo que ya sé por dónde vas. Discutisteis por culpa de eso. ¿Verdad?

—Pues sí. Desde pequeño ya apuntaba maneras, y yo intentaba corregirle lo que podía.

—¡Uf! Eso ahora… está muy mal visto, Juanjo. Vamos, que podrían meterte en la cárcel solo por eso.

—Ya lo sé… es alucinante, tronco. Yo solo quería su bien, su bienestar, que no sufriera… y encima me acusaron de homófobo.

—¿Quién te acusó?

—Pues ella, sus hermanas, sus amigas, la jueza que nos llevó el divorcio… incluso algunos «amigos». Pocos, pero algunos también me lo dijeron —suspiró—. Mi mujer se cree que yo le odio por ser gay, pero, ¿cómo va a odiar un padre a un hijo, le haga lo que le haga? Vamos, que a mí no me ha hecho nada, eh. A mí me tiene sin cuidado si lo que le gusta es precisamente que le metan un rabo, o si por el contrario prefiere metérselo él a una tía. A ver si me entiendes…

—Ya, pero a ti te hubiera gustado que él hubiera salido "normal", ¿no?

—Joder, ¡y a quién no! Mira, Paco, yo no sé si el marica «nace» o «se hace». Lo que sí sé es que esos niños pasan un infierno en el colegio y en el instituto, que les marca para toda la vida. Quedan traumatizados para siempre, y a mí no me apetece que mi hijo pase por eso. Yo no deseo esa vida para Héctor, ¿sabes? —giró la cabeza—. Pero si le ves indeciso, joder, si ves indeciso a tu hijo, a lo mejor es que simplemente está aclarándose si es de un lado o del otro, y entonces, tu obligación como padre es empujarle al lado "normal", ¿no te parece? Si le quieres de verdad, lo que menos deseas para él es que sufra, ¿no? Otra cosa es que lo veas claramente, pero si lo ves dudoso…

—Sí, te entiendo. Y en eso te doy la razón. No todos se traumatizan, desde luego, pero yo conozco tres casos cercanos, de gente de mi edad, me refiero, y los tres están fatal. Uno tiene enfermedad de Crohn; ya sabes, colon irritable; otro está con depresiones casi constantes, y otra, una chica, con somatizaciones de todo tipo.

—¿Los conoces?

—Vamos, los conocía. Eran amigos o compañeros de Sandra.

—Pues sí. Yo no soy homófobo, tronco. Los niños —recalcó—, son los homófobos. Y ya sabes lo que dicen los psiquiatras: que los traumas infantiles no se quitan nunca.

—Así es. Y no solo son los niños los que insultan, los que discriminan. En la sociedad subsiste un estigma, incluso entre la gente mayor. Por mucho que hayan avanzado los tiempos, está ahí. Es sutil, pero sigue ahí, y no desaparecerá nunca.

—Es una sociedad hipócrita, me parece a mí.

—Vaya que sí. Solo tienes que ver las palabras. Decir a alguien "marica" es despectivo. El término científico es "homosexual", aunque ese también está en entredicho.

—Es que ya no sabes cómo llamarlos para que no se ofendan.

—Yo diría que *gay*. Por lo menos hasta que lo desgasten —Paco estaba disfrutando de lo lindo, y ese era uno de los motivos por los que le gustaba estar con Juanjo. Se sentía joven otra vez, cuando daba clases de antropología.

—Pero fíjate —siguió—. Si tenemos que llamar a las cosas por su nombre científico, entonces, en lugar de decir "mi chica" o "mi pareja", como dicen ahora, ¿por qué no decir "mi concubina"?

El otro se rio y dijo:

—¡O mi manceba!

—Exactamente. Lo podrá llamar como quieran, pero esa es la definición de la Real Academia.

—"Marica" también viene en el diccionario, ¿no?

—Sí, pero con el adjetivo “despectivo”. Concubina, por el contrario, no. Pero claro, nadie dice: «estoy viviendo un concubinato con Mari Carmen». O bien, «estoy amancebada con Paco».

Juanjo echó una carcajada y se distendió algo. Pero enseguida volvió “a lo suyo”:

—Pues eso es lo que pasa con mi mujer. Es una adúltera, y él también, que está acostándose con ella sin estar casados.

—Él es un fornicario. Eso es lo que es, técnicamente.

—Claro, pero si yo voy con esos insultos a Toñi, se ríe de mí en mi cara. La muy puta… Y el fornicario ese, el chorbo, se la está beneficiando a mi costa.

—Estás obsesionado con tu mujer, tronco. Deja de pensar en ella: ya es de otro. Asúmelo.

—No, si a mí no me importa que se haya ido con otro. Bueno, me importa hasta cierto punto. Lo que me jode es que me haya dejado en la puta calle. Que por su puta culpa me haya quedado sin mi casa, sin mi dinero, y sin mis hijos. Sobre todo, eso es lo que más me duele: sin mis hijos. Ella no me duele en absoluto. Por mí, como si se la folla un burro. O el Carlos ese. Me da exactamente igual.

—¿Te da igual?

—Sí, me da igual. Lo que me jode es que me lo ha quitado todo... ¡Joder! Y que las leyes amparen esto... ¡No hay justicia en este mundo, Paco!

—Hombre, las leyes no te han quitado a tus hijos.

—Sí que lo han hecho. Le han dado a ella todo el poder. Ella tiene la sartén por el mango. Si la niña le da la brasa con que no quiere estar conmigo, ella puede perfectamente decir que estoy abusando de la cría, y me ponen una orden de alejamiento. Eso de entrada. Y encima, si luego no se demuestra nada, ella sale *de rositas*.

—Es para prevenir todos los casos de abusos, ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé, pero yo no la he hecho nada. Ni a ella ni a Nora. Ella sí que me ha hecho, que me lo ha quitado todo. Eso es lo más triste, Paco; aquí la víctima soy yo, y no lo que parecen pensar los jueces. Las juezas, mejor dicho, porque todas las que llevan los juzgados de estas cosas, son tías. En cuanto que a tu mujer se le escapa una lagrimita, prepárate para lo peor.

—Eso es verdad. Las mujeres hoy en día tienen un poder como nunca lo han tenido. Quizás antes fuera al revés, yo no lo discuto, pero ahora su palabra es creída sin pestañear, y pueden arruinar la vida a un hombre muy fácilmente.

—Ya te digo. En la empresa de la mujer de Pepe, el colega que me guarda las cosas en su trastero, pues resulta que una tía se encaprichó de un compañero, pero este pasó de ella. Vamos, que ni la miró. Bueno, pues, ¡no veas cómo se lo tomó! Pura maldad, tronco. La tía, por despecho, lo denunció a los de Recursos Humanos y *el menda* acabó despedido por acoso sexual. ¡Solo con la palabra de la otra!

—Bueno, al menos no lo denunció a la Policía.

—Es que eso también lo hizo. Le arruinaron la vida, colega.

—No hay derecho, Juanjo.

—¡Claro que no! No hay derecho a que se carguen la presunción de inocencia, así por las buenas. Es un derecho constitucional de los más sagrados, joder.

—Pagan justos por pecadores, tronco.

—Claro, pero eso choca con el resto de las normas que tenemos en esta sociedad. Las leyes, vaya. Ya sabes, la norma esa que dice que, sin pruebas, no se puede condenar a nadie. Así reza el dicho, ¿no? Que más vale tener cien culpables sueltos, que un solo inocente en la cárcel.

—Ya, pero eso no se cumple en el asunto del que estamos hablando.

—¡Claro que no! Ahí los tíos tenemos todas las de perder, y aun sin pruebas, te joden vivo.

—Pues sí.

—Joder —siguió Juanjo—, yo no digo que esto sea como en el siglo XX, que estaba prohibido el divorcio, que las pegaban y no podían ni piar. Pero es que esto tampoco es normal, tronco. Que una tía diga simplemente "es que me he desenamorado", y entonces arruina la vida a la otra persona. ¡Y sin haberle hecho yo nada! Si no hay un motivo grave, no debería permitirse el divorcio.

—¡Ja! Si solo fuera por motivos graves, se los inventarían.

—Ya, las tías se los inventarían con tal de salirse con la suya.

—Y los hombres. No te pienses lo contrario. Aunque creo que, hoy por hoy, quienes más inician procesos de divorcio son las mujeres. Al principio era al revés, pero ahora no.

—Ya te lo confirmo yo. Y como siempre las creen a ellas, pues estamos jodidos. Antes se hacía poco, pero es que ahora se hace demasiado. Y cada vez irá a peor. A peor para nosotros, digo. Las *feminazis* nos quieren a todos castrados, Paco. ¿No querían prohibir la prostitución?

—Eso dicen que quieren hacer. De hecho, ya lo hacen. No multan a las mujeres, pero sí a los hombres.

—Sí, pero ya me dirás lo que es *Tinder*. Ya sabes, la aplicación esa que es para follar. ¡Es para eso, Paco! Prostitución gratuita. ¿O no?

—Desde luego. Esa aplicación y otras que hay parecidas. Pero mucho ojo con eso, Juanjo. Hoy por hoy es peligrosísimo quedar con una tía que no conozcas de nada. Te puede luego acusar de haberla violado, o lo que sea, y estás jodido. Como siempre las van a creer a ellas antes que a ti... O te sacan los cuartos, o vas al *trullo*.

—Es que es acojonante, tronco. Las tías tienen presunción de inocencia, y los tíos tenemos presunción de culpabilidad. Si castigaran duramente las denuncias falsas, ya se cuidarían de no joderle la vida a la gente. Las del *Tinder*, y las que acusan a los maridos de algo que no ha hecho.

—Pues el otro día oí que las denuncias falsas son solo un dos por ciento… o algo así.

—Ya, claro, las que se prueban que son falsas. Pero muy tonta tiene que ser una tía para dejar pruebas de que ha engañado a la Justicia. La mayoría de los casos en los que los que se libran es simplemente por falta de pruebas.

—Ya, entiendo —comprendió—. Pero, aun así, estoy seguro de que a esas “torpes” no les caerá una condena, ni parecida.

—No te quepa duda, Paco.

—En definitiva, que estamos jodidos hagamos lo que hagamos, y no se puede ni ligar. Y los que consiguen casarse… pues también es malo. Mira lo que nos ha pasado a los dos. Nos lo han quitado todo.

—Ya —confirmó—. ¿Entonces, qué?

—Pues no nos queda otra opción que las putas, tronco.

—Joder, pero eso también tiene sus riesgos…

—Lo sé, pero no debería tenerlos. No sé qué problema encuentran en que dos personas se pongan de acuerdo y una a otra le preste un servicio a cambio de dinero.

—Claro, como los masajistas, los fisioterapeutas…

—Pues sí.

—Pero, aun así, no puedes comparar a una masajista con una prostituta.

—Vale, pero sí puedes compararlas con las actrices porno, ¿no? Es que no sé qué diferencia hay entre unas y otras: las dos cobran por follar. No entiendo que fijación tienen con prohibir una cosa y la otra no.

—Ya —sopesó—. En realidad, la única diferencia es que en un caso están grabando y en el otro no.

—Exactamente. Otra cosa es que las obliguen, y todo eso. Si es contra su voluntad, entonces no, claro. Eso debería estar prohibido.

—De hecho, lo está.

—Lógicamente.

—Lo que pasa es que es muy difícil saber si lo hacen como un trabajo, o que lo hacen como esclavas. Nunca delatarán al “chulo”.

—Bueno, pues eso es cuestión de la policía, ¿no? A ellos les corresponde averiguarlo. Lo que no puede ser es que paguen justos por pecadores.

—Querrás decir, por pecadoras.

—Eso.

—Y respecto al Vesubio… Nancy es de las unas, ¿o de las otras?

—De las “unas”, joder, ¿qué si no? El cabrón que dirige el club es un *hijoputa*, eso desde luego, pero ella se puede ir cuando quiera.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho Nancy. Ha firmado un contrato, creo, un contrato de exclusividad, para tener sitio donde hacerlo y todo eso. Un contrato donde renuncia a casi todo… incluso a sus derechos más fundamentales. Pero es lo que hay. Al ser algo alegal, no está sometido a la jurisdicción ordinaria, y hay muchos abusos. Pero bueno, allí las chicas están protegidas de cualquier mamarracho que las pegue o les haga cualquier barbaridad.

—Ha firmado un contrato… Pero si es ilegal, el contrato no es válido…

—La prostitución no es ilegal. Es “alegal”, es decir, hay un vacío legal, y por tanto no está regulada. Además, el contrato no es por tiempo indefinido, lógicamente.

—Y, ¿cuándo vence?

—No lo sé. Tampoco sé si lo ha firmado o es verbal.

—Será verbal.

—Probablemente —consideró—. Pero, en cualquier caso, yo creo que ya le queda poco. Después, intentaré que se venga conmigo, a ver si tengo suerte.

—¿En serio?

—En serio, ¿qué?

—Que la traerás contigo, a tu casa.

—Si ella quisiera… Me habla de irse a otro sitio, donde trabaja una amiga, y allí el jefe no es tan cabrón. Pero ya veremos.

—Joder, pero si se viene aquí… ¿de qué vais a vivir? No pensarás hacerte tú su “chulo” ...

—Tronco, me ofendes al decir eso —Paco le prodigó una mirada recriminatoria.

—Ya, colega, pero si tú no tienes curro, y ella tampoco…

—Pues, ya veremos. Donde come uno, pueden comer dos.

—Si tú lo dices…

—Es que, si la prostitución se legalizase, ella podría tener derecho al paro, y vivir de eso cuando no trabajase. Podría cotizar, tener una jubilación… es lo que procedería hacer. Igual que se hace con las actrices porno, que son legales, y las prostitutas no. Y yo no veo la diferencia, sinceramente. Las dos prestan servicios sexuales. ¿O no?

—Bueno, las otras pueden alegar que son actrices.

—Ya, y las putas, que son consoladoras sentimentales, no te jode…. Vamos, como los psicólogos.

—Juanjo se rio y dijo: —visto así…—. Luego siguió—: de todas maneras… a mí es que las putas… pues no me van, la verdad.

—Es que para gente como tú o como yo, no queda otra cosa. Quiero decir, que merezca la pena.

—¿Porqué?

—Joder, tronco, pues está bien claro. Tú y yo, como mucho, podemos aspirar a otra tía de nuestra edad, es decir, algo pocha ya, y con la menopausia en todo su esplendor. Porque tú no has llegado a vivirlo, pero ya te digo yo que, si una tía antes de esa edad lo hacía poco, a partir de los 50, ya nada de nada. No les apetece ni lo más mínimo.

—Claro, y con las putas no tienes ese problema. ¿Verdad?

—Pues no. Y además salen más baratas que el matrimonio, porque pagas por uso, joder, no como con tu mujer, que pagas, lo hagas o no lo hagas.

—Más baratas, desde luego. Mi sueldo… nada más cobrarlo se lo entregaba a ella, y era Toñi quien luego me daba "para mis gastos". Es que hay que joderse… —se lamentó.

—Claro. Es lo que tiene el matrimonio. Ellas siempre son las que mandan.

—Entonces, tú eres un firme partidario de la prostitución. ¿Verdad?

—No, no lo soy.

—¿No?

—Pues no. Yo no hubiera acudido a Nancy si mi mujer hubiese estado a la altura.

—O tú a la suya.

—Bueno, llámalo "x".

Juanjo sonrió de forma irónica. Luego le dijo:

—Porque, tú, como cliente del Vesubio, ¿has estado con otras chicas?

—No.

—¿Solo has estado con Nancy?

—Yo sí. Me satisface en todos los sentidos. Con ella tengo más que suficiente. Además, yo soy hombre de una sola mujer; ya sea puta, o...

—O de las otras.

—Eso es, de las civiles.

—Pero, ¿en serio que solo has estado con Nancy? ¿Siempre está disponible para ti?

—Y si no lo está, me espero.

—¿En serio?

—En serio. No le voy a poner los cuernos con otra, tronco.

—Joder, pues ella sí que te los pone a ti…

—Bueno, es su trabajo. Si tu novia fuera actriz porno, tú no dirías que te los pone con otros actores, ¿no?

—Ya, ya, pero… ¿tú no eres un cliente más?

—No. No lo soy —respondió, con acritud.

—La quieres mucho, ¡eh!

El otro asintió.

—Y, ¿no te fastidia que lo haga con otros?

—Pues sí, no te lo voy a negar. Pero es lo que te digo; es su trabajo. Además, todas las mujeres tienen alguna pega, y la suya es esa.

—Ahí te doy la razón. Todas las tías tienen alguna pega. No hay ninguna que sea perfecta.

—Ya, pero es que las pegas que tienen las mujeres de hoy en día no son concebibles, tronco. Por ejemplo, antes le decías un piropo a una tía desde una obra, y se ponía

tan contenta. Sobre todo, si era fea. Pero ahora te puede denunciar por agresión sexual. Es alucinante…

—Ya te digo. El otro día me decía un compañero que, en no sé qué empresa, han conseguido sancionar a quien realice "miradas impúdicas". ¿Qué te parece? Te pueden meter un paquete solo por mirar.

—¿En serio?

—Sí, lo hacen por el tema del acoso sexual en los trabajos.

—Joder, pero una cosa es acosar, y otra es mirar.

—Ya, pero es así. Es acojonante, tronco. Los curas se estarán frotando las manos. Ni en sus mejores sueños hubieran imaginado que los *rojos* condenaran los pecados de la carne, que multaran por las miradas lascivas.

—Sí, es lo que tú dices, no cuadra para nada eso, con que ahora las tías se acuestan con alguien en la primera noche. Es un contrasentido.

—El mundo está loco, Paco. Si lo de prohibir mirar lo propusiera la Iglesia, ¡imagínate lo que dirían! Pero lo curioso es que lo promueven las tías más rojas de la izquierda.

—Ha vuelto la censura, Juanjo. Ahora me estoy acordando de una cosa. El otro día echaron por la tele Amadeus, ya sabes, la película esa sobre Mozart. Y, ¿sabes qué? Han cortado la escena en la que la mujer de Mozart se desnuda ante Salieri para intentar que contrate a su marido.

—No me extraña… Es que es alucinante, tronco. En los años 70 y 80 había desnudos a cualquier hora en la televisión, como signo de libertad. ¡Fuera la represión! Se decía. Las tías se despelotaban y no pasaba nada. Pero ahora, la represión ha vuelto.

—Vamos para atrás como los cangrejos, colega.

—Pues sí. Yo creo que dentro de poco estaremos tan jodidos, que se recordará el final del siglo XX como la época más feliz de la humanidad.

—Algunos dirán que no. Sobre todo, los *gais*. Yo creo que ellos viven mejor ahora.

—Depende. Quizás muchos de los que lo son no lo hubieran sido de haber nacido antes.

—Porque los hubieran molido a palos.

—No, joder, porque estaban indecisos, y sus padres los recondujeron.

—Como intentaste hacer tú.

—¡Pues claro! A Héctor yo le regalaba juguetes de niños: un balón, una pistola de plástico, un camión… Vaya, lo que me regalaban a mí de pequeño, y bien que me gustaban. Y la muy asquerosa de su madre me decía que lo hacía para machacarle. ¿Tú te crees? Como si yo disfrutara torturando a mi hijo. ¡Joder! Ahora el fornicario ese le regala muñecas, y Toñi tan contenta.

—¿Con 14 años le regala muñecas?

—Pues sí. Y sets de maquillaje. Yo puedo ser muy antiguo, Paco, pero no me veo haciendo eso con un hijo. Quiero decir, regalando juguetes de niña.

—Eres un «*homo tradicionalis*», tronco. Y ya sabes lo que dijo Darwin: no sobrevive el más fuerte, sino el que mejor se adapta al medio. Los tiempos te han superado, y estás obsoleto.

—Pues anda, que tú…

—Yo me he adaptado. Hay un subsidio que me permite vivir sin trabajar, y ya ves lo feliz que soy. Y además tengo una mujer. Estoy seguro de que lo hago más veces que tú con la tuya. Quiero decir, cuando te llevabas bien.

—Pues seguro que sí. Porque con Toñi, más bien poco. Ni en los buenos tiempos era más de una vez a la semana… como mucho.

—Eso es lo normal. Ninguna tía se comporta como debe en ese sentido. Por lo general, todas son frías. De las que yo he conocido… —consideró, y luego dijo—: salvo Nancy, claro.

—Bueno, es una profesional, ¿no?

Paco le miró con suspicacia y después añadió, con rotundidad:

—No es solo por eso.

Juanjo miró hacia otro lado y siguió con el tema.

—Pues me alegro por ti. Porque yo, desde luego, salvo al principio, nada o casi nada. Y ya cuando surgió el asunto del chico, cuando salió del armario, pues ni te cuento.

—Por eso te dejó…

—No solo por eso, ya te lo dije. Pero según ella, resulta que yo no había hecho “nada bueno”, y que no he sido "atento". La muy asquerosa... Si no es hacer nada deslomarse como un burro trabajando de sol a sol para mantenerla, para dar un hogar a mis hijos, para que disfruten de comodidades… durante catorce años. Mientras que ese hijo de puta no ha hecho nada. Ese sí que no ha hecho nada, tronco. Ese cabrón ha llegado y se lo ha encontrado todo hecho: una casa, una mujer, unos hijos, un sueldo. ¡Mi sueldo!

—Pero, él trabaja, ¿no?

—¡Claro que trabaja! Mi sueldo no les hace falta para nada. Debería prohibirse, coño. Si un tío se lleva a la piba de otro, joder, que se haga cargo de su manutención y la de la prole. Y si no, que no lo haga. Porque aquí sigo yo siendo el *paganini,* sin recibir nada a cambio.

—Eso ocurre en algunos países de Asia, creo. Quiero decir, que el nuevo marido se hace cargo de todo. Pero claro, hay que casarse. El chorbo ese no se ha casado con tu mujer, ¿no?

—¡Pues claro que no! Es que eso que dices es lo justo, tronco. Mira, ¿sabes lo que me pasó hace poco? Pues resulta que estuve ahorrando como un cabrón, quitándome de comer, ya te dije, para poder ir con Nora a Disneylandia. Siempre quiso ir allí, y a mí me apetecía llevarla. Al mayor también, pero claro, a ese ya lo tengo perdido: no se vendría conmigo ni al Paraíso. Pero bueno, la cría todavía no había sido emponzoñada del todo, y ya me había dicho que sí, que se venía.

—Y al final se echó atrás.

—No. Al final se me jodió el coche, tronco. El carburador, precisamente.

—Pero, ¿ibais a ir en coche, a París?

—No, joder. Pero me tuve que gastar los cuartos en arreglarlo, coño. Estuve por no hacerlo, ¿sabes? Total, el coche me sirve principalmente de alojamiento. Pero por entonces, los cabrones de mis jefes me hacían dejar el bus en Vicálvaro y a la mañana siguiente tenía que ir a Arganda para el primer servicio. ¡Qué hijos de puta...!

—Ya. Y tuviste que arreglarlo.

—A ver, no me quedó más remedio. Me tuve que gastar todos los ahorros en la avería… ¡joder! La cría se quedó con las ganas, y al final se fue con ellos. El chorbo se llevó todo el mérito.

—¿Lo pagó él?

—Lo pagaron con mi sueldo, tronco, con el dinero que yo les paso, porque con el sueldo de Carlos viven de sobra.

—¿En qué trabaja?

—Trabaja en una oficina. Con aire acondicionado en verano y calefacción en invierno. Mientras yo tengo que soportar el frío de las mañanas en el bus, el sol de la tarde por la ventana, los horarios de noche, los madrugones… mientras ellos están durmiendo. ¡Durmiendo en mi cama, joder! Y encima me dice que no tengo detalles, y que no estoy pendiente de ella… No hay justicia en este mundo, Paco. Ese tío me lo ha quitado todo. Está follándose a mi mujer en mi cama, y yo me tengo que conformar con dormir en el coche… mientras les sigo pagando la hipoteca y los viajes a Disneylandia. ¡Joder! —dio un puntapié al banco en el que estaban.

—Bueno, Juanjo —le miró compasivo, poniendo una mano sobre su hombro—. Si te consuela, tú y yo estamos en las mismas. A los dos se nos llevan el sueldo las mujeres.

La fianza

—¿Qué te ha pasado en la cara, Nancy?

Paco acababa de llegar al burdel y nada más verla se lo preguntó. La joven exhibía un hematoma en el carrillo, en la zona donde se inserta con el cuello, y tenía cara de haber llorado.

—Nada. Recién me tropecé y me golpeé con la cómoda.

—¿En esa zona? No me lo creo. Dime quién te ha hecho eso.

Ella no respondió, y puso un gesto de dolor; comenzaron a asomar algunas lágrimas.

—Dime quién te ha hecho eso, ¡que me lo cargo! —exclamó— ¡Dímelo! Dime quién ha sido y yo lo buscaré por todo Madrid, o por toda España, hasta encontrarlo y darle su merecido.

Nancy permanecía sentada en la cama, y entonces alcanzó un pañuelo de papel para secarse las lágrimas.

—Anda, venga, que se te va a pasar la hora. Olvídalo.

—¿Ha sido Gabriel? ¿Eh? ¡Dímelo!

La chica cerró los ojos y comenzó a llorar de una forma más profunda, y entonces él supo que había sido el dueño del Vesubio. En ese momento se dirigió hacia la puerta, y ella tuvo que afanarse para impedirle salir.

—No, amor mío. No lo hagas.

—Voy a darle una lección a ese hijo de puta. ¡Suéltame!

—¡No, mi vida! ¡No!

—¿Por qué no?

—Está armado, te matará…

—No tendrá huevos. Antes de que lo haga, le mataré yo a él. No voy a consentir que ese cabrón te vuelva a poner una mano encima.

Ella bloqueaba con su cuerpo la puerta, y no se movió.

—¡Déjame que vaya, Nancy! Solo voy a hablar con él.

—Será peor para mí, Paco. Déjalo estar —le agarró del brazo, intentando llevarle hacia la cama.

—¿Por qué será peor para ti?

—Mi pobre Reynaldo lo pagará, mi vida.

—¿Tu hijo? ¿Qué tiene que ver el chico con ellos?

—Ya sabes que él vive con mi madre en Santo Domingo. Lo buscarán y lo matarán. Esa es nuestra fianza, Paco. La mía y la de mis compañeras. Cuando no es un hijo, es un padre, una madre, un hermano… Por eso tenemos que hacer lo ellos quieran.

—¿Y el padre de Reynaldo? ¿No puede hacer nada?

La chica se encogió de hombros, suspiró y miró al suelo.

—No he vuelto a saber de él. Voló…

Paco se abstuvo de salir y se marchó hacia la ventana, cruzándose de brazos. En el fondo siempre sospechó que esa era la situación real de Nancy, aunque en la práctica hizo por no querer saberlo. Eso sí, ahora se dio de bruces con la realidad.

Estuvo unos minutos pensando, mientras ella terminaba de llorar. Tras secarse las lágrimas, la chica se acercó a él otra vez y le dijo:

—Anda, vamos a la cama. El tiempo corre…

—¿Saben ellos dónde viven Reynaldo y tu madre?

—Sí lo saben. Sheila fue a mi casa y me captó, ofreciéndome un trabajo para planchar en España. Pero era mentira. Ahora tengo que trabajar para pagarme la deuda.

—¿Qué deuda?

—Los gastos del viaje, la manutención… pero yo trabajo duro y ya me queda poco.

—¿Cuánto te queda?

—No lo sé. Ninguna chica lo sabe. Pero yo no soy como las demás. Soy sumisa, no protesto, y por eso no tengo multas. Las multas hacen que tengas que pagar más, y entonces no saldría nunca de aquí.

—Nancy, esto no puede seguir así. Yo tengo que hacer algo…

—La única forma de solucionarlo es pagando la deuda —le miró.

—¡No! ¡No estoy dispuesto a consentirlo! —bramó. Estaba comenzando a sentir un odio profundo que le podía llevar a hacer cualquier cosa. Apretó los puños, torció la boca… intentó ir hacia la puerta para descargar su odio sobre Gabriel, sobre Alfredo, sobre Sheila… pero Nancy adivinó sus intenciones y lo detuvo.

—Amor mío, no serviría de nada… ellos saben dónde viven… Aunque los mates, tienen gente en Dominicana que terminaría con mi familia.

—¡Joder! —dio una patada en un mueble, y se marchó otra vez a la ventana. Tras unos instantes, se volvió y le dijo:

—Escúchame, Nancy. ¿No tienes otros familiares en alguna otra parte? ¿Algún otro sitio que ellos no conozcan?

—Sí, en Santiago. Allí tengo parientes. Y también en Nagua, en el norte.

—¿Eso lo saben?

—No, no lo creo.

—Nagua es un pueblo pequeño, ¿verdad?

—Sí, más o menos.

—Pues llévalos allí.

—No puedo comunicarme con nadie.

—Llamarás desde mi teléfono. O bien, escribe una carta y yo se la haré llegar.

—Pero, amor mío, los encontrarán… Además, mi madre tiene su trabajo en Santo Domingo. Vende fruta… ¿De qué iba a vivir en Nagua?

—De tus parientes.

—¿Ellos? Son pobres. No tienen nada. Casi no pueden mantenerse... ¿Cómo iban a dar de comer a dos personas más?

—No lo sé… ya se nos ocurrirá algo. ¡Eso es lo de menos!

—No, Paco, no es lo de menos. Y, aunque lo fuera, ¿qué iba a hacer yo? ¿Dónde iba a conseguir un empleo, si dejo esto? Si me voy sin pagar la deuda…

—Tú te vienes conmigo, a mi casa. Estando junto a mí, no te pasará nada. Eso, te lo garantizo.

La fuga

Todo salió a pedir de boca. Había ido por la mañana —no era la primera vez que lo hacía, entre otras cosas porque era la franja de tiempo más barata—, y había pedido estar con Nancy. A esas horas Alfredo y Gabriel estarían durmiendo, y la infatigable Sheila sería la única persona que estaría regentando el "hotel".

La mujer dominicana protestó, pues ella también estaba acostada cuando sonó el timbre, apercibiéndole de que no viniera más a esas horas. «Es que me voy de viaje —argumentó—. Voy a estar fuera una temporada y no quisiera irme sin despedirme de ella».

Subieron los dos juntos hacia la planta donde estaba su habitación, y Sheila llamó a la puerta. Llamó dos veces, pero no contestó nadie. «Estará en la lavandería —le informó—. Espérala aquí, que no tardará en llegar». Como habían supuesto, la vaga de la patrona no tuvo ganas de ir a buscarla, y le dejó a él —persona ya de confianza— dentro de la habitación.

Lo que no sabía es que Nancy había aprovechado esos momentos en los que la recepción estaba vacía para fugarse. Mientras Sheila y Paco subían por la escalera principal, ella bajó por la de servicio, atravesó el corredor que enlazaba con Recepción y salió a la calle, quedándose en las inmediaciones esperando a Paco. Este permaneció veinte minutos dentro de la estancia, y luego se marchó, despidiéndose alegremente de la mujer. «Hasta mi regreso, Sheila. Nos veremos el mes que viene». La patrona esbozó una media sonrisa con indiferencia, y sopesó si continuar con la rutina, o bien volverse a acostar. Al final optó por esto último.

Cuando se juntaron, los dos se besaron y se abrazaron, y Paco le dijo:

—¡Ya verás, amor mío! Este va a ser el primer día de nuestra nueva vida. ¡Vamos a ser muy felices!

En el silencio de la noche

Nancy contemplaba la hora en aquel viejo reloj de pared en la habitación de Paco. Las manecillas doradas brillaban con desgana iluminadas por la tenue luz que entraba por la ventana, y que provenían de las farolas que alumbraban una carretera cercana.

Eran las cuatro de la madrugada, y ya había despertado a «su novio» hacía algo menos de una hora. Entonces, él la abrazó e hicieron el amor por segunda vez en aquella noche. El hombre parecía un *quinceño*, estando como estaba entusiasmado con su nueva mujer. Ahora él dormía plácidamente, roncando a pierna suelta a su derecha, en aquella cama "de matrimonio". Una cama pequeña, de metro veinte de ancho, gran parte de la cual estaba ocupada por Paco.

Ella estaba de lado, llenando el escaso espacio que él le dejaba, y arropada hasta las orejas para evitar el frío.

El reloj era de cuerda, concretamente de péndulo, y su agudo tic-tac contrastaba con la gravedad de los sonidos guturales que emitía el dueño. «¿Por qué está aquí?», le preguntó ella nada más verlo, al entrar en la habitación. «Siempre ha estado en esa pared, desde que yo era niño. A mis padres les gustaba ver la hora cuando se despertaban de noche, y la verdad es que a mí también. Es un viejo recuerdo de familia».

Ella se encogió de hombros, y esperó que su sonido no le despertara al dormir. Pero no tuvo suerte. Se le había metido en la cabeza y no podía conciliar el sueño. Ni esa noche, ni la anterior lo consiguió.

Porque aquel era el segundo día en casa de Paco… y ya tenía claro que no se iba a quedar allí. Que lo iba a abandonar, vaya.

Se había hecho ilusiones con aquel hombre. Su traje, su porte, su estatura, su forma de hablar… parecía que iba a poder pagarle la deuda contraída con la organización. Pero nada más lejos de la realidad. Ya lo sospechó el día de la fuga, cuando se fueron a casa en el tren. Ella esperaba un buen coche, o como mínimo un utilitario nuevo. Pero no fue el caso. El tren tardó una hora en llegar a Vicálvaro, y desde allí tuvieron que caminar otra media hasta el piso donde estaban.

Un piso pequeño, en un barrio modesto… Paco se había afanado en hacer una limpieza a fondo, pero aun así no pudo evitar el mal olor, incrustado en las paredes desde hacía tiempo, que intentó disimular con ambientadores. Para colmo, apenas tenía electrodomésticos que funcionaran bien, la iluminación era deficiente, y la casa estaba helada.

Se preguntó si le quería, y no supo responderse. Le había tomado cariño, eso sí, y por eso se debatía en la forma en que se lo iba a comunicar, pues le parecía frío —nunca mejor dicho— largarse así por las buenas, sin decirle nada. Pero la decisión estaba ya tomada. Se marcharía a Alicante, con su amiga Carlota, y allí intentaría comenzar una nueva vida. Lo más difícil ya lo había hecho, que era marcharse de allí, con lo cual, en teoría, se había deshecho de Gabriel.

Seguiría en la prostitución, eso sí, pero al menos el burdel de su amiga no lo regentaba un sátiro. Podría marcharse de allí cuando quisiera, y lo haría sin dudarlo en cuanto le saliera un trabajo.

Y eso era algo que veía factible, pues Carlota seguía en "el negocio" por puro interés. «Podría haberme ido hace tiempo —le había dicho—, pero aquí gano más dinero que limpiando culos de viejas decrépitas».

A Nancy no le importaba limpiar culos ni atender a ancianos, y estaba segura de que podría colocarse como interna en una casa de aquella ciudad.

No paraba de darle vueltas al asunto, imaginándose cómo sería su nueva vida. Tenía el sueño cambiado, pues por su profesión, trabajaba mayoritariamente de noche, y no podía conciliarlo. Aparte del dichoso tic-tac, que no paraba de resonar incluso con eco, en aquella habitación.

Hasta que Paco también se despertó, y se levantó hacia la cocina mientras Nancy se hacía la dormida: era improbable que el hombre quisiera hacer el amor una tercera vez, pero por si acaso. Tanta insistencia le recordaba a sus noches en el burdel, y ya había tenido bastante sexo aquella noche.

El antropólogo se levantó pesadamente y abrió la puerta de la habitación con cuidado para no despertarla. Atravesó el minúsculo pasillo y entonces fue cuando lo vio. Al pasar por delante del salón, Paco observó que alguien intentaba entrar en su casa a través de la terraza.

No había ninguna luz aparente, pero los ruidos que procedían del exterior delataban una presencia. En la quietud de la noche, pudo escuchar claramente los pasos, pudo oír como alguien se deslizaba sigilosamente y comenzaba a subir la persiana con mucho cuidado. Después consiguió abrir la ventana sin hacer ruido, y se dispuso a entrar en la vivienda.

Por un momento pensó en gritar y ahuyentar al intruso, pero no lo hizo. Quizás porque Nancy estaba en el dormitorio, quizás porque temió que el hombre pudiera volver, si simplemente lo asustaba… el caso es que se quedó inmóvil y se colocó al lado de la puerta de la terraza, pegado al final de la cortina.

Allí en aquella pared estaba la espada con la que cortó la tarta el día de su boda. Se la había hecho llegar Sandra, junto con sus cosas, cuando se separó de él, y la había colocado en aquel lugar. Colgaba majestuosamente de un gancho plateado, y entonces la agarró y la levantó por encima de su cabeza. No tenía mucho filo, aunque algo tenía. Era básicamente un utensilio decorativo que se usaba en los banquetes, y su finalidad era cortar el primer trozo de la tarta mientras los novios se inmortalizaban en una fotografía. Pero a pesar de no cortar mucho, el objeto pesaba sus dos o tres kilos de acero en canal.

El intruso entró. Era un hombre sudamericano de unos treinta años, o al menos eso le pareció en el claroscuro de la noche, a través de la luz que provenía de las farolas de la calle.

El ladrón, como buen profesional, lo primero que hizo fue mirar hacia los lados, y entonces vio al dueño de la casa. Por un momento se miraron ambos a los ojos, antes de que el acero se descargara desde lo alto e impactara sobre su cabeza, partiéndole el cráneo.

El golpe, el grito ahogado del hombre y la tardanza de Paco, ya habían movilizado a Nancy, quien acudió al salón casi de inmediato. Él estaba delante del intruso que yacía en el suelo, y su figura se recortaba en claroscuro sobre el fondo iluminado de la calle. Entonces encendió la luz…

…E intentó gritar. Intentó gritar y chillar, pero el aullido se perdió en su garganta antes de salir siquiera al exterior. Un inmenso miedo se apoderó de ella, y mucho más al ver el rostro de la persona que yacía en el suelo de aquella casa. Eso la asustó sobremanera, y comenzó a temblar como una hoja, casi cayéndose al suelo.

—¡Nancy! ¡No pasa nada! ¡No temas! ¡Ya pasó!

Pero ella se arrastró como pudo al dormitorio, y se vistió con toda la rapidez que fue capaz. Solo se puso las mallas y la blusa que había llevado aquel día y que estaba sobre una cómoda, y dejó allí la ropa interior, que no se entretuvo a ponerse. Tan solo se calzó los zapatos, e inmediatamente agarró el bolso y se apresuró hacia la puerta.

—¡Nancy, amor mío! ¿Dónde vas? ¡Ya pasó todo…! Este hombre no nos hará ningún daño…

Pero ella no oía ni veía nada, y solo quería salir de allí. Con la respiración agitada, su pecho subía y bajaba en forma de convulsiones, y por fin pudo gritar. Gritó, pero Paco le puso la mano en la boca.

—¡No chilles, cielo! ¡Despertarás a los vecinos! ¡No chilles, por favor!

Ella obedeció y se le quedó mirando fijamente con los ojos como platos, mientras él intentaba quitarle la mano de la boca. Pero Solo con ese gesto, ella se soltó y profirió un nuevo grito que fue rápidamente ahogado por él. Entonces se dio cuenta de que no iba a poder contenerla, y la dejó marchar. No debió hacerlo, y se arrepintió enseguida, pero también él estaba confuso y no hizo ningún amago para detenerla cuando ella empujó el tirador de la puerta y salió como un rayo hacia la escalera. Mientras bajaba, comenzó a chillar desaforadamente, y Paco salió, más que nada para detener aquel escándalo y tranquilizar a la chica. Pero era demasiado tarde. Nancy ya estaba en la calle, y atravesó la calzada, donde un coche estuvo a punto de atropellarla.

El conductor salió del vehículo y se interesó por la chica, mientras que Paco se quedaba en el portal sin que lo vieran. Estuvo a punto de marchar a recogerla, pero se detuvo en el último momento. Era más que probable que ella siguiera gritando y también era muy factible que hubiera matado a aquel hombre. El conductor podría pensar que él la acosaba, y lo menos que le apetecía era tener testigos de nada, por lo que pudiera acontecer.

En ese momento, y para su sorpresa, Nancy se serenó, y la oyó decir muy claramente:

—Perdóneme. Es que tengo mucha prisa, y no me había dado cuenta.

—Ha salido usted como una bala, señorita. No la he atropellado de milagro. ¿Dónde iba?

—Pues… pues... tengo mucha prisa… ¡tengo mucha prisa! ¿Podría usted llevarme a la estación?

—¿A qué estación?

Viendo que estaba más tranquila, Paco salió del portal y se acercó a recogerla. Pero ya era demasiado tarde. Nancy ya se estaba metiendo en el coche antes de que el conductor le diera permiso para entrar, y el hombre comentó algo con ella. Después, arrancó el vehículo, y se marcharon de allí, mientras él se quedaba como un pasma-

rote sin saber qué hacer. El mismo coraje que había tenido para deshacerse del intruso le faltó ahora para retener a la chica, y se lamentó profundamente por no haberlo hecho. Mientras se giraba hacia el portal vio que un par de vecinos se asomaban a las ventanas, pues habían oído los gritos. En ese momento agradeció no haber intervenido. Si Nancy se hubiera revuelto, hubiera sido mucho peor.

—¿Qué ha pasado, Paco? —preguntó el del primero, mientras que la señora del cuarto no perdía detalle.

El antropólogo fingió una sonrisa de oreja a oreja, suspiró, y luego se encogió de hombros.

—Estas mujeres… ¡No hay quien las entienda!

Se metió en el portal y desapareció, mientras los vecinos eran un nido de cuchicheos. A los dos que estaban ya mirando se sumó otra vecina en el tercero, que comenzó a hablar con la del cuarto.

—¿Qué ha pasado?

—Este Paco… ¡con lo formalito que era de pequeño! ¡Hay que ver cómo se ha vuelto!

—Pero, ¿qué eran esos gritos?

—Una fulana que se ha traído… ¡el muy cerdo!

—¿Una fulana?

—Sí. Ya lleva dos días con ella.

—¿Quién? ¿El pordiosero que vive en el segundo? —preguntaba una mujer rumana que llevaba poco tiempo en aquel edificio.

—¡Pues claro! Mucho pedir a Cáritas, pero luego… ¡se gasta el dinero en putas!

—Pero, ¿usted lo conoció?

—Sí. Sus padres eran buenas personas. ¡Gente de bien! Y él también lo era. Muy formal y muy estudioso. Pero ahora… ¡Quién lo ha visto y quién lo ve!

—Y, ¿qué pasó?

—La mujer lo abandonó. Le puso los cuernos, según parece.

—¿Ah sí?

—Eso me han dicho. Así pasa. Los hombres no pueden estar solos… ¡Se vuelven locos sin una mujer!

El entierro

El hombre seguía allí, sin moverse, tal cual lo había dejado. La herida de la cabeza había dejado un enorme charco de sangre en la alfombra, y entonces tuvo la certeza de que lo había matado. No había visto nunca a un muerto, pero era más que obvio. Se acercó a poner su oído en el pecho, y allí no había ningún latido. Tampoco salía aire alguno por su nariz o por su boca. Pero lo más sorprendente de todo, es que Paco no estaba excesivamente nervioso. Algo sí, lógicamente, pero conservaba una calma que lo maravilló.

Todo lo contrario a la chica, pensó, que se había asustado demasiado, sin saber aquel desenlace, ni ver lo que ocurrió. Ya volvería, se dijo. No tenía otro sitio a donde ir…

Pero ahora lo urgente era saber qué hacer con aquel muerto, y se contempló a sí mismo pensando con total lucidez.

Lo suyo sería llamar a la policía y contar lo que había sucedido. Pero enseguida desechó la idea. España no es como Estados Unidos, donde si matas a un asaltante que entra en tu casa no te ocurre nada. En Europa, por el contrario, por mucho que alegues defensa propia, no te libras de la cárcel, aunque sea por poco tiempo.

Inspeccionó los bolsillos del hombre, y allí no había pistola alguna. Tan solo una navaja automática y un cuchillo algo más corto, que lógicamente no habían sido usados.

«Lo mejor sería deshacerse del cadáver, y aquí no ha pasado nada», pensó. Pero, ¿cómo? Todos los vecinos, las cotillas de todo el portal estarían más que pendientes y se darían cuenta. Si no era una, sería la otra. U otro. Eran cinco plantas y cuatro vecinos por planta, y después de lo que había pasado, no le quitarían el ojo de encima.

Y Nancy… bueno, por Nancy no tendría que preocuparse. La chica le guardaría el secreto con toda seguridad.

Se sentó en una de las sillas del salón y lo terminó de registrar. Ninguna documentación. Solo algo de dinero en un bolsillo del pantalón, y el teléfono móvil. Un aparato protegido por patrón que no pudo identificar, por mucho que miró al trasluz para averiguar el recorrido de los dedos. Era impenetrable excepto para los ajustes de pantalla, es decir, el brillo y el volumen.

Entonces se le ocurrió una idea. Descabellada, pero no tenía otra alternativa: dejaría allí el cadáver. Construiría un doble muro en el salón, en el hueco que quedaba entre el recodo que iba para la cocina y la pared donde estaba el mueble. Era un espacio de cerca de dos metros, y allí lo podría "sepultar".

Pero nada más pensarlo, empezó a ver los inconvenientes. ¿Cómo lo haría? Desde luego, tendría que darse prisa, pues en uno o dos días comenzaría a oler. Y claro, si los vecinos le veían con materiales de construcción… podrían pensar cualquier cosa.

Aunque, ¿qué iban a pensar? A buen seguro que nadie había visto ni oído entrar en su casa a aquel intruso. Salvo Nancy, nadie sabía que estaba allí, y en su casa no entraba nadie más. Lo malo es que tuviera un cómplice. Sí, ese era el problema. Un cómplice que lo estuviera esperando.

Salió a la terraza y miró hacia la calle. No había nadie. Eran ya las cinco de la mañana y el tráfico comenzaba a incrementarse, pero no se veía a nadie caminando por la

calle, ni escondido entre los coches… Nadie. Absolutamente nadie. «Este *mangurrián* ha venido solo», se dijo. «Algún delincuente de la zona, sin lugar a dudas… Claro, con la gentuza que hay aquí… me han visto con el traje, y se pensarían que tengo dinero, en este barrio de mierda…».

Al final llegó a la misma conclusión que antes. Debía dejarlo allí. No estaba dispuesto a descuartizarlo y sacarlo poco a poco, como se ve en las películas. Al final siempre encuentran los restos en cualquier vertedero. Pero, aunque no fuera así, no iba a hacer aquella asquerosidad, partirlo en pedacitos. Aparte de que tardaría una barbaridad en hacerlo y en sacarlo, era algo verdaderamente repugnante.

«No», se dijo. Lo mejor era enterrarlo, y pronto. Si le veían acarrear ladrillos o materiales, ¿qué? Paco no se hablaba con nadie, con lo cual no tendría por qué dar explicación alguna. Podía hacer lo que quisiera, pues estaba en su casa. Es más, no tendrían por qué ver que introducía nada, pues lo podía hacer en cajas. Oirían ruido, golpes, eso sí. Pero, ¿y qué? Los pisos eran viejos y todo el mundo hace obras de reforma de vez en cuando.

El problema era Nancy. Cuando volviera, muy probablemente no iba a querer quedarse con él en aquella casa, sabiendo que había un muerto dentro. ¿Cómo lo resolvería?

Deambuló por la casa, y al cabo de un rato encontró una solución. «¡Ya está!», se dijo. La habitación que en su día fue la suya tenía un armario relativamente grande, y Nancy no había entrado allí. La puerta estaba cerrada y rozaba con el marco, y de haber intentado entrar no habría podido hacerlo sin forzarla. Pero es que no se habían separado ni un solo instante desde que habían llegado, y era poco probable que ella hubiera inspeccionado aquella estancia. Incluso se habían duchado juntos, para aprovechar el agua caliente de aquel pequeño termo eléctrico que había conseguido llenar al quitar la calefacción.

Sin pensárselo dos veces, desarmó el armario, quitó los cajones de la parte de abajo, y junto con los módulos laterales hizo un pequeño cofre acomodando las tablas que habían sobrado. Después, envolvió el cadáver con bolsas de basura y lo precintó totalmente para después introducirlo en el espacio inferior del armario que había habilitado. Las tablas lo cubrían totalmente, bien atornilladas, y ya solo faltaba sellarlas con silicona para evitar olores. Un producto que no tenía, pero que compraría en cuanto que abriese el bazar chino de la calle de abajo.

Cuando volviese Nancy, le diría que el intruso se despertó tras la conmoción y que huyó por donde había venido. Fin de la historia. Si alguna vez quería entrar en esa habitación o incluso usar el armario, no habría problema. El «módulo» de abajo era simplemente decorativo y era una especie de… zócalo. Conociéndola como la conocía, la chica no se plantearía nada más.

Ya solo faltaba deshacerse de la alfombra, cosa que hizo en cuanto salió a la calle a la mañana siguiente. Recortó la parte de la sangre, que estaba en un lateral, la separó y la troceó en cachitos, mezclándola con su propia basura del día anterior. La parte «sana», la dejó en el contenedor sin más, mientras que la bolsa con los desperdicios la selló bien y la sacó a la terraza para deshacerse de ella al día siguiente.

Y respecto al teléfono móvil…. su primera intención fue destruirlo o apagarlo. Pero lo pensó mejor. Sabía que se puede rastrear dónde ha estado una persona por las antenas de telefonía a las que su celular se ha conectado. Es más, si tuviera activado

el GPS, cosa que suele venir de serie, Google lo tendría geolocalizado y de haberlo destrozado, habría señalado su casa como último sitio donde estuvo. Entonces se le ocurrió una idea mejor. Limpió bien sus huellas e hizo que el fallecido tocase por última vez su teléfono, y a la vez que bajaba al bazar, se detuvo en una oficina de mensajería y pidió enviar «un paquetito» a la República Dominicana. No sabía la nacionalidad del muerto, pero por la raza podría ser de por ahí. Desactivó el sonido y la vibración y consignó el envío como «urgente», asegurándose de que saliera esa misma mañana de aquella oficina. El aparato tenía la batería casi al cien por cien, con lo que la última antena a la que se conectaría desde su caja de cartón estaría como mínimo en el aeropuerto. Cuando llegase a su destino, se quedaría allí, sin duda, pues la dirección que había escogido mirando en Google Maps era un humilde barrio en las afueras de Santo Domingo. Nadie le devolvería el teléfono, pues no especificó quién era el remitente. De igual manera, en caso de que la policía indagase, se creerían que el tipo se largó de España hacia la isla caribeña.

En definitiva, nadie sospecharía nada, y Paco se felicitó de lo bien que le estaban saliendo las cosas.

Cuando hubo hecho todo, se congratuló por haber conseguido acabar antes de que volviera Nancy. Ya haría el asunto de la pared, más adelante. De momento, había salvado la papeleta, y se sentó, impaciente, esperando a que regresase su mujercita y reanudar su amor.

La ausencia

Habían pasado ya tres días, y Nancy no aparecía. ¿Dónde habría ido?, se preguntó. ¿Le habría hecho algo aquel tipo con el que se fue? No parecía peligroso, desde luego, pero nunca se sabe. Una chica tan mona, ligera de ropa, que se mete en un coche a altas horas de la madrugada… Si el hombre no tenía escrúpulos, a buen seguro que no hubiera quedado bien parada.

Se lamentó de no haberle tomado la matrícula. Ahora podría ir a la policía y denunciar la desaparición. Aunque eso, con lo que tenía en su casa… era mejor no menearlo. Por otra parte, si aparecía muerta en cualquier cuneta… En su bolso llevaba cosas que le pertenecían y estaban allí sus huellas. Seguramente la policía daría con él y acudirían a interrogarle. No como sospechoso de nada, lógicamente, pero a la hora de esclarecer un asesinato, había que seguir todas las pistas, incluyendo la declaración de la última persona con la que estuvo.

Lo volvió a pensar mejor, y volvió a desistir de la idea. Contarles cómo la conoció sería reconocer que él era un *putero*, y, si el agente era una mujer podría estar sensible con el tema. Si indagaba un poco más podría descubrir el tipo de antro que era el Vesubio, esto es, un lugar de explotación sexual no consentida.

Aunque, por otra parte… podría decir simplemente que era su novia. No tendría por qué decir nada más, ni él tendría por qué saber el pasado de la chica. Encima de que la había sacado de allí… Encima de que la había liberado…

Sea como fuere, algo tenía que hacer, pues estaba francamente preocupado. Sin lugar a dudas, se había enamorado de ella, y sentía su ausencia terriblemente.

Si no le había pasado nada a la chica, ¿por qué no volvía? ¿Tendría miedo de que el asaltante volviera a la casa, o quizás otro ladrón? Desde luego, Nancy no tenía nada que temer estando junto a él. No consentiría que nadie le tocase siquiera un pelo, y estaba dispuesto a defenderla incluso con su vida. Por otra parte, ¿habría supuesto —con razón—, que el hombre estaba muerto, y no quería estar involucrada en un crimen?

Tenía que haberle comprado un teléfono móvil, se lamentó, y de hecho, era algo que pensaba hacer ese mismo día, antes de lo que ocurrió.

Pero ya era demasiado tarde. Nancy ya se había ido, y no volvía. ¿Dónde estaría? ¿Se habría marchado con su amiga a Alicante? Eso era improbable, pues no lo hubiera hecho sin despedirse de él. Solo quedaban dos alternativas, se dijo. O bien el tipo del coche la mató, o bien… habría vuelto al burdel.

Pero eso último era casi imposible, después de todo lo que había pasado allí, y de las ganas que tenía de salir. Pero, entonces, ¿dónde estaría?

Así las cosas, decidió dejar pasar un día más, y si no aparecía, volvería al Vesubio. Ya la había sacado de allí una vez, y si allí seguía, la sacaría una segunda vez. Ya no le importaba nada, salvo estar con ella. Había sido capaz de matar a un hombre a sangre fría, y si era necesario volvería a hacerlo. Lo único que le importaba en este mundo era Nancy.

Y por fin llegó el día siguiente y se puso de nuevo su traje gris para ir al burdel. Se armó con la navaja y el cuchillo del muerto, y salió de su casa tomar el tren. Pero

antes, se detuvo a abrir el buzón. Al pasar por delante vio un sobre que ese día o el anterior le habían dejado allí. Era una carta… ¡una carta de Nancy!

Nervioso como un colegial, se introdujo de nuevo en su casa, rasgó el sobre con las uñas, sacó la carta, la leyó… y se le cayó el alma al suelo.

Lo que vio escrito en aquel trozo de papel no podía ser más desolador, y se tiró hacia atrás en la cama, comenzando a llorar como un niño:

Maldito mamarracho, no quiero volver a saber nada de ti en toda mi vida. Yo pensaba que eras alguien, y me encontré a un pordiosero. ¡Eres un pobre de mierda! No tienes dinero, no tienes nada, tu casa huele mal… y además eres viejo. ¿Pensabas que una chica como yo iba a aguantar en tu cueva mucho tiempo? ¡No quiero volver a verte jamás! Ya lo he dicho por aquí, y me he asegurado de que, si te ven aparecer, te saquen del hotel a patadas.

No me escribas, no me busques… olvídate de mí para siempre.

En la terraza

El antropólogo intentó sobreponerse como pudo, y mucho tuvo que ver el verano, que llegó por fin, y alegró la vida de aquellos dos fracasados que eran Paco y Juanjo. Este último estuvo mucho tiempo sin aparecer por Vicálvaro, pues el destino de Arganda duró más de lo previsto. Pero por fin lo hizo, y comenzaron de nuevo a verse y a charlar como antes.

El conductor de autobuses por fin se decidió y se mudó a vivir a la casa del amigo. Aquel piso no era cálido, ya lo sabía bien, entre otras cosas porque la fachada principal miraba al norte; pero eso en verano era una ventaja. Siempre era mejor vivir allí que en el coche, que era un hervidero cuando le daba el sol.

—¿No sería mejor que yo me quedara en esta habitación? Tiene un armario más grande… Así podría traerme mis cosas del trastero de mi compañero. Vamos, si no te importa.

—Es que en ese armario guardo yo las mías.

—Pero, si está vacío… —dijo, mirando hacia el interior. Una puerta lateral estaba ligeramente abierta y se veía el contenido, es decir, la ausencia del mismo.

—Ya, pero las voy a traer… desde la terraza —contestó el antropólogo—. Será mejor que tú uses la otra habitación. El armario es algo más pequeño, pero seguro que también caben tus cosas.

Paco se hacía el remolón, pues el caso es que allí se había quedado el muerto, tal cual lo dejó tras el "entierro". Finalmente rehusó construir la doble pared que había proyectado, pues le repugnaba volver a abrir aquel cofre y manipular otra vez "el paquete". Total, lo había sellado tan bien, que no producía ningún olor.

Juanjo hubiera preferido la otra —la del muerto—, pues estaba más separada que la estancia en la que su amigo dormía. Sus ronquidos eran tan fuertes que se oían a través de la pared contigua. Pero se resignó. De todas maneras, ya estaba acostumbrado a los ruidos, al llevar tanto tiempo durmiendo prácticamente en la calle.

Aquel era el primer día de su estancia allí, y Juanjo invitó a su anfitrión a comer. Ese día libraba y pidieron comida a domicilio —comida barata—, y este preparó café en una vieja cafetera que fue de su madre. Después se sentaron al fresco en unas butacas que este tenía en la terraza, y lo saborearon animadamente. Después comenzaron a charlar de forma distendida.

—¿Por qué estudiaste antropología?

—Porque era lo que estudiaba mi novia.

—¿Sandra?

—No, una que tuve antes. Begoña. Me enamoré de ella y la seguí como las moscas siguen a la miel.

—Y, ¿qué pasó?

—Me dejó, poco antes de terminar la carrera.

—¿Y eso?

—Me dejó por tóxico, tronco. Pero aprendí la lección y cuando conocí a Sandra me comporté. Me comporté durante muchos años, hasta que al final no pude dejar de ser yo mismo.

—Y ahora que te han dejado las dos, ¿con cuál volverías?

—Con Sandra. Sin dudarlo. Las dos eran parecidas. Ojos azules, piel clara... guapísimas.

—Vaya, pues Nancy no responde precisamente a ese prototipo.

—Es cierto. Pero era mujer, tenía tetas… y era muy cariñosa. Sobre todo, eso. Más que las otras dos juntas —suspiró, recordando a la mulata. Aún no se había sobrepuesto del todo, y no pudo evitar un escalofrío, con todo lo que pasó. Entonces intentó cambiar de tema, y dijo:

—Una pena lo de Begoña.

—¿Por qué?

—Se puso como una foca cuando nació su primer hijo.

—¿Seguiste tratando con ella?

—¿Con quién? —a pesar de todo, no se le iba de la cabeza.

—Con Begoña. Como dices que se puso como una foca…

—No, pero teníamos amigos comunes. Por eso lo sé.

—¿Y Sandra? ¿No engordó con los hijos?

—Sandra no está igual de delgada que antes, claro, pero sigue teniendo buena figura.

—¿Volverías con Sandra solo porque está más buena?

—No, claro que no. También es mejor persona que la otra —dijo con nostalgia.

—Veo que la echas de menos…

—No sabes tú cuánto —suspiró.

—¿Volverías con ella si te perdonará?

Paco calló y luego dijo:

—Te iba a decir «¡claro!», pero yo creo que no volvería. No se lo merece.

—¿No se lo merece?

—Me refiero, desde el punto de vista positivo. No se merece estar con un gilipollas como yo.

—Bueno, eso dependería ya de ti…

—No. Me conozco y sé que volvería a *cagarla*, a hacerla infeliz. Es como la fábula de la rana y el escorpión. Ya sabes, la rana cruza nadando el río llevando sobre sí al escorpión. Y cuando están por la mitad, el escorpión le pica. Entonces ella dice, «¿no te das cuenta de que moriremos ahogados los dos?». Y él responde; «ya, pero es mi instinto…».

—Y tu instinto es hacer infeliz a las tías…

—Puede ser. A ver… —reconsideró—. Tampoco he estado con tantas. Básicamente, solo he estado en plan serio con Begoña y con Sandra. Con esas dos no encajé, pero…

—Ya. Y, ¿qué pasó aquel día? El día que te marchaste de su lado, me refiero. Ese fue el día que conociste a Nancy, ¿verdad?

—No. A Nancy la conocí un poco antes. Un mes antes de separarnos tuvimos una fuerte discusión, cuando decidíamos a quién le vendíamos el piso. Ese día pasé cerca del Vesubio… y la conocí.

—Ya, pero me hablaste de otra discusión…

—Sí, la última. Fue una buena bronca. Me había encontrado a un vecino y me dijo que vendió su piso más caro que el mío. Un piso mucho peor, tronco. Y entonces, perdí los estribos.

—Pero, ¿la pegaste?

—No. La agarré con fuerza del brazo, la grité, la zarandeé… y la empujé un poco. Eso fue todo. Estaba fuera de mí, Juanjo; estaba fuera de mí, pero no la hice nada. ¡No la hice nada!

—Entonces, ¿qué pasó?

—Se puso a llorar, y mi hijo me echó de casa. Me arrepentí casi al momento, pero ya era demasiado tarde.

—¿Te echó de casa tu hijo?

—Sí. Yo soy alto, pero él lo es más. Casi nos pegamos.

—Menuda escenita debió ser.

—Imagínate…

—¿Y no intentaste volver?

—Sí, pero Miguel nunca me dejó entrar.

—Claro, tu mujer estaría acojonada.

—Resentida, más bien.

—Entonces, ¿os separasteis solo por eso? ¿Por lo que pasó aquel día?

—Esa fue la gota que colmó el vaso. No nos llevábamos bien en general, y ella no me perdonaba que yo no trabajase. No me lo decía, pero estoy seguro de que le fastidiaba. Pero bueno —siguió—, no fue tan traumático como lo tuyo. De hecho, no hemos movido nada de abogados ni esas cosas. Lo hicimos todo en plan amistoso; solo estamos separados.

—Joder, pues qué suerte… No veas lo traumático que es todo eso.

—Sí, supongo.

—Y ahora, ¿no está con otro?

—No, que yo sepa. Las mujeres a partir de cierta edad ya no necesitan a un hombre, y más si tienen un trabajo. Lo único que puede motivarles a buscar algo es la soledad, pero ya vive con Miguel.

—¿Y cuando se vaya?

—Tiene muchas amigas.

—Entonces, claro, no le pasas pensión, ni nada…

—No, ya te lo dije. Además, estoy yo como para pasar pensión a alguien.

—Quiero decir, que no tienes hipoteca ni esas cosas, claro.

—No. El chalet se pagó cuando vendimos el piso. De hecho, está a nombre de los dos.

—¿A nombre tuyo y de Sandra?

—Sí.

—Joder, Paco, ella y el chico viviendo en un chalet, y tú aquí…

—Es la vida, tronco. Supongo que ahora ella es feliz, y yo…

—Y tú no.

—Ya, pero no voy a ser yo feliz a costa de su infelicidad, ¿no? Eso sería ser un cabrón, y yo, a pesar de mis defectos, creo que no llego a tanto.

—Ya, pero si el chalet está a nombre de los dos, y tus hijos ya son mayores de edad, podrías pedirle tu parte.

—¡Ja! ¿Y cómo me lo iba a pagar? ¿Con qué dinero?

—Bueno, siempre se puede vender, y… repartir lo que se saque. Luego, que ella con su parte se compre un piso más modesto.

—Sí, podría ser —sopesó—. Es lo que hacen los divorciados, supongo. Pero yo no le iba a hacer esa faena a Sandra. Ya la "maltraté" bastante cuando estaba conmigo, y es lo que te digo: ella no se merece eso. Ni ella ni Miguel se merecen que venga yo ahora con esas pretensiones. Obligarles a vender el chalet, buscarse otro piso… Ya lo pasamos mal cuando hicimos esa misma operación… que fue la que hizo que nos separásemos, ya te digo.

—Sí, ya lo sé, pero…

—¡Que no, tronco! Además, ¿qué iba yo a hacer con el dinero? ¿Gastármelo en putas más caras?

El otro le miró con cierta envidia. Desde luego, su situación era mucho mejor que la suya. Entonces añadió:

—Eso que dices de las mujeres de cierta edad… No ha sido mi caso. Ya podía haber aparecido *el chorbo* cuando Toñi tuviera la menopausia… Así quizás no me hubiera puesto los cuernos.

—No te creas. Que no les interese el sexo no quiere decir que no se vuelvan ariscas. Casi que es peor.

—Ya… Si no hubiera aparecido Carlos, los problemas de fondo seguirían ahí. Y si encima su carácter se vuelve más agrio…

—Se vuelven como si siempre estuvieran con la regla, Juanjo. Malhumoradas, irascibles… Y respecto al sexo, ya olvídate. Si antes les interesaba poco, a partir de los cincuenta, ya nada de nada.

—Eso es cierto. No es algo que les interese demasiado. En estos tiempos quizás un poco más, desde que les han informado de que tienen clítoris…

Paco sonrió, mirándole de reojo. Luego añadió:

—Sí. Ellas buscan otras cosas en una relación. El sexo es lo de menos. Les puede llegar a gustar, sí, como a ti o a mí nos gusta, yo qué sé… el chocolate. Pero nada más. Salvo excepciones, claro está, que de todo hay en la vida.

—Pues si a partir de los cincuenta ya no puedes hacer nada con ellas, y encima se vuelven unas histéricas… ¡menudo panorama! Aunque yo creo que histéricas lo son siempre, tanto de jóvenes como de viejas.

Paco volvió a sonreír y dijo:

—El histerismo de la mujer era una de las razones que alegaban los políticos de no hace mucho tiempo para justificar que las mujeres no anduvieran en política. Y que no mandaran sobre nadie, claro.

—Y tenían razón, joder, son todas unas locas histéricas.

—Ahora la psiquiatría ha descartado la histeria por tener *sesgo de género*, pero…

—Me da igual lo que digan los psiquiatras. Lo del *sesgo de género* es el típico argumento feminista para…

—Te iba a decir que sí, que es relativamente cierto lo de ese sesgo, pero que, aun así, existe un trastorno de la personalidad que se llama "trastorno histriónico", y que padecen cuatro veces más las mujeres que los hombres.

—¿Lo ves?

—Sí, si no lo discuto, pero tanto como no dejarlas entrar en política… yo creo que si la mitad de la humanidad está compuesta por mujeres, algo tendrán que decir, ¿no?

—Ya, si yo tampoco discuto eso, pero lo que no veo normal es el empeño que tienen en querer ser iguales que nosotros. No me refiero a iguales en derechos o en oportunidades, porque ahí sí que estoy de acuerdo. Me refiero a iguales en formas de actuar y de pensar… vamos, que solo les falta mear de pie para así poder ser más iguales. Estoy seguro de que alguna hasta lo hace.

—No, porque salpica y luego lo tienen que limpiar.

Los dos se rieron.

—Si tanto quieren ser iguales que los hombres, ¿por qué no empiezan sabiendo de futbol, o de coches, o de motos?

—Porque de eso no tienen ni idea, ni quieren saber.

—Bueno, eso pasa igual que con ciertas carreras. Con la informática o las ingenierías. Pocas tías verás estudiando eso, y las que encuentres, sospecha de sus inclinaciones sexuales.

—Bueno, no todas.

—Ya, no todas, pero…

—Eso es lo que pasa con las máquinas. No les gustan. No se puede hablar con esos cacharros, y las mujeres, más que nosotros, son seres sociales. Por eso estudian carreras sociales, estudios que tratan de cosas que impliquen interactuar con la gente, y sobre todo con otras mujeres. Ahí están en su salsa y son felices. Sácalas de ahí, del parloteo, y se deprimen o se vuelven histéricas. Más de lo que ya son de por sí.

—Eso es verdad. Yo conozco a un pasajero que suele coincidir con mi turno. Toma el bus de vuelta a Arganda, donde vive, cuando sale de trabajar. Me cuenta que procura ponerse en asientos que están lejos de mujeres, pues si no, no puede dormir.

—¿Por qué? ¿Porque hablan?

—Exactamente. Se tiran todo el camino hablando por teléfono, y el hombre no puede echar su cabezadita. Me cuenta que los tíos no suelen hablar, y si lo hacen, las conversaciones duran poco.

—Así es. Nosotros decimos lo que haya que decir, y colgamos. Pero las mujeres se pueden tirar horas y horas divagando sin decir nada.

—Eso es exasperante.

—¡Y que lo digas! Pero así de extraños son esos seres.

—¡Y tanto que lo son! Pero no te creas que si consiguen hacer todo lo que hacen los hombres dejarían de ser tan extrañas.

—Bueno, conseguir, conseguir… ya lo pueden hacer todo, si quieren. Nadie les prohíbe nada.

—Ya, pero ellas mismas son las que en el fondo no quieren hacerlo.

—Claro. Y las que lo intentan, a la larga vuelven a hacer lo de antes, pues es mejor para ellas.

—Y más cómodo.

—Desde luego. Les han hecho creer que lo ideal es ser y hacer todo lo que hacen los hombres, y es lo que está de moda hoy por hoy. Como si lo que hacen los hombres fuera mejor o superior…

—¿Y qué es lo que hacen los hombres? —preguntó Juanjo de forma sarcástica.

—Pues básicamente trabajar fuera de casa. Ya me dirás tú, qué placer es ese.

—Ninguno. El mayor de los suplicios.

—Alguna dirá que lo hace para tener independencia económica, para no depender del salario del marido, pero…

—¡Ja! —interrumpió Juanjo—. Me río yo de eso. En mi caso, yo tengo que trabajar para ella, me guste o no me guste. Y el día que no le pague, voy al *trullo*, tronco. Y por supuesto, Toñi puede también trabajar, si le da la gana. Eso sí, yo no vería un céntimo de ese dinero. Quien no tiene independencia económica soy yo, joder.

—Tu mujer sí que es lista, colega —sonrió Paco—. Pero a las otras, las tienen engañadas.

—O son más tontas.

—Lo mismo me da. Solo se dejan engañar los tontos —hizo una pausa—. Antes sí que vivían bien, y no —recalcó—, no estaban encerradas todo el santo día en casa con los niños. Mi madre, por ejemplo. Madrugaba lo justo para llevarnos a mi hermano y a mí al colegio. Luego se tiraba un buen rato hablando con las amigas en la puerta del cole, hasta que llegaba la hora de ir a la compra. Allí seguía cotorreando con la frutera, con el carnicero, con el pescadero, con la panadera… Después de comer, se tumbaba a ver la novela hasta que llegaba la hora de ir a buscarnos al cole, y

luego se pasaba la tarde en casa de su madre, de mi abuela, para seguir cotorreando sin parar. Joder —ironizó—, vaya vida más dura, eh.

—Bueno, también tendría que limpiar, lavar, cocinar...

—Mi casa tiene 50 metros, poco había que limpiar. Lavar, ya lo hacía la lavadora. Y cocinar, pues tampoco éramos familia numerosa que digamos.

—Claro, solo erais tres.

—Cuatro. También estaba mi hermano Antonio.

—¡Ah, es verdad! No me acordaba. El que murió en un accidente de moto, ¿no?

—Sí, ese.

—Ya —constató—. Pues no. No parece que fuera una vida durísima, que digamos.

—¡Claro que no! Y luego por la noche venía mi padre, muerto de trabajar, y estoy seguro de que no le daba ni los cinco minutos que el hombre le pedía. Ya me dirás tú cuál es la vida envidiable, si la del hombre o la de la mujer.

—Sí, está claro. Puede que no fuera una vida muy dura… Pero el caso es que tu madre no pudo elegir otra.

—¿Cómo que no? Podía haberse quedado soltera y buscarse un trabajo —constató— Además, elegir, elegir… Pocos son los afortunados en esta vida que pueden hacer aquello que les gusta. Yo mismamente, con todas "las ventajas" que se supone que tiene el hecho de "ser hombre", tampoco me siento "realizado", precisamente.

—Bueno, ya, pero…

—¡Que no, tronco! —se exasperó—. Vamos a ver, Juanjo —le miró—. Si tú volvieras a nacer, ¿acaso elegirías casarte con Toñi y ser conductor de autobuses?

—Pues, no.

—¡Claro que no! Seguramente elegirías, si tuvieras la opción y te dejaran, pues tener un harén y estar todos los días copulando con una tía distinta cada vez. ¿O no? Y por las mañanas irte a cazar con tus amigos. ¿A que sí?

—Hombre, visto así…

—Joder, es que es así como hay que verlo. Elegirías eso porque es lo que te piden tus instintos, lógicamente. Pues con las mujeres pasa lo mismo. Sus instintos les piden a gritos tener hijos y relacionarse con otras mujeres, como siempre ha sido, y siempre han sido felices. Aunque ahora algunos grupos interesados les vendan otra cosa.

—Bueno, ellas no viven tan mal sin los niños, creo yo. No están todo el día llorando por las esquinas por no tenerlos, me parece a mí.

—A ver, la especia humana se adapta a cualquier situación. También los hombres podemos vivir sin tener un harén y sin salir a cazar. Aun así, nosotros lo tenemos más difícil para tener todo eso, pero ellas lo tienen muy fácil.

—Está claro —se convenció—. Lo que pasa es que les han hecho creer que la mujer era esclava del hombre, y que si este era un sátiro, ellas no podían hacer nada sino aguantarse.

—Eso es. La demonización del macho. Como si todos fuéramos unas bestias sin sentimientos. No digo que alguno no las pegara, pero…

—Como ahora —intercaló Juanjo.

—Claro, como ahora. Pero eran excepciones, joder. Gilipollas ha habido siempre.

—Y seguirá habiéndolos.

—Es que, vamos a ver —siguió el antropólogo—, si ese mismo ideal —hacer todo lo que hacen los hombres— se lo hubieran propuesto hace cien años a toda las que lo reivindican ahora, la mayoría se hubieran reído. A las mujeres de hoy les han dicho que antes vivían oprimidas por el "yugo machista", y que todas suspiraban por no sé qué libertad, y se lo han creído a pies juntillas. Habría algunas que sí, lógicamente, algunas que hacían mucho ruido. Sobre todo, las lesbianas —que aún estaban dentro del armario—, y alguna de las otras también. Pero eran una minoría. Todas estaban conformes como estaban, y lo único que pedían era encontrar un buen marido. Uno que fuera trabajador y que las respetara. Con eso se daban por más que satisfechas.

—Eran otros tiempos, Paco.

—Sí, eran otros tiempos. Pero parece que ahora nos quieren hacer creer que las mujeres antes vivían fatal y que los hombres vivían muy bien. Y no era así.

—Es que no eran buenos tiempos para nadie.

—Exactamente. Pero no por los roles sociales. Hace cien años, los únicos que vivían bien eran una minoría.

—Desde luego. Pero esos roles no eran necesariamente malos. Estoy convencido de que muchas mujeres, las madres o las abuelas de las que ahora tanto vociferan, no eran infelices por el hecho de ser mujer y no hombre.

—¡Claro que no! Y no porque se conformaran, como dicen algunas.

—Totalmente de acuerdo. Porque, ¿de qué les vale ahora trabajar? Viven esclavas de los jefes, y cuando llegan a casa también esclavas de los hijos. Y además tienen que seguir haciendo las cosas de la casa. No les da tiempo a nada… Como tú bien dices, nuestras madres y nuestras abuelas vivían mejor.

—No te quepa duda. Y las que lo saben, las que se dan cuenta de que es así, dicen que no les queda más remedio que trabajar para poder pagar la hipoteca, porque con un solo sueldo no se llega a fin de mes. Pero, ¿sabes qué? Es justo al revés. El querer ser igual que los hombres llevó a todas las mujeres a trabajar, y como las familias tenían más dinero, pues resulta que los constructores y los bancos se dieron cuenta, y subieron los precios de las casas.

—Claro. Porque podían pagarlo.

—Eso es. La ley de la oferta y la demanda. Mira nuestros padres. Ellos pudieron comprar estos pisos trabajando solo el marido. Y no ganaban mucho, precisamente.

—¡Ganaban poquísimo! Eran simples obreros… Mi padre era albañil… ¿y el tuyo …?

—Soldador.

—Eso. No me acordaba.

—Pues así con todo, Juanjo. Porque como realmente se realiza una mujer no es trabajando fuera de casa, o haciendo lo que hacen los hombres —como quieren hacerlas creer—, sino con la maternidad —sentenció—. Sí, sí, no me mires así. Es un hecho constatado desde el punto de vista antropológico.

—Ya saltó el experto.

—¡Es que es verdad! La mujer ha sido diseñada específicamente por la Evolución para realizarse con la maternidad, y cualquier desviación de ese propósito no origina sino frustración. Primero es con los hijos, y cuando ya son mayores con los nietos.

—¿Con los nietos también?

—¡Pues claro! El histerismo propio de esas edades se atempera un poco con los pequeños, pues reviven de alguna manera el instinto maternal. No es que con el marido se vuelvan dulces y cariñosas, pero al menos no están todo el día de mal humor.

—¡Ja! Ahora que casi no se tienen hijos, pues como para tener nietos.

—Ya. Porque ahora a las mujeres las entretienen con fruslerías. Les han hecho creer que se realizan cuando trabajan, cuando hacen las cosas que hacen los hombres... Pero no es así.

—Las cosas han cambiado, Paco.

—No puedes cambiar la genética, Juanjo.

—¿Qué genética?

—La genética de la raza humana es la misma que era en el Paleolítico. Los instintos, los gustos, las preferencias… todo está incrustado en los genes y aún no ha dado tiempo a que eso cambie.

—Vale, pero las mujeres pueden hacer las dos cosas. Es decir, pueden trabajar y también tener hijos.

—Eso es complicado. La exigencia que supone criar a un niño es casi incompatible con un trabajo medianamente normal. Al final no disfrutan de una cosa ni de la otra, y se frustran igual.

—No sé yo qué decirte…

—A ver, el niño, sobre todo cuando es un bebé, demanda atención las veinticuatro horas del día y de la noche, y la mujer está en vilo si le deja en una guardería. Y no puede confiar esa «vigilancia» en el marido, porque los hombres no tenemos esa predisposición genética.

—Oye, los hombres sufrimos igual si los críos están malos y si…

—Sí, si yo no me refiero a eso. Pero es una labor que se ha confiado tradicionalmente a la mujer. Pero no porque sea un tema «cultural», sino genético. Puramente biológico, vaya.

—No estoy de acuerdo. Los hombres, si queremos, podemos cuidar a un niño igual que lo hace la madre. Vamos, salvo darle el pecho, por lo demás…

—Ya. Me sigues sin entender. Yo me refiero a que el hombre no puede estar con la cabeza pensando en el niño que ha dejado solo, al cuidado de unos extraños. No puede hacerlo porque eso le distraería de la caza y las fieras se echarían sobre él.

—¿La caza?

—Sí, la caza. Nuestros cuerpos y mentes fueron diseñados por la Evolución en el Paleolítico, ya te lo he dicho, y seguimos siendo los mismos. Todos los humanos,

hombres y mujeres, somos como somos porque esa fue la forma que se ingenió la Evolución para hacer que sobreviviera la especie, en esa época.

—Ya. Y aún no ha pasado el tiempo suficiente para evolucionar atendiendo a las circunstancias de la vida moderna. ¿No es así?

—Así es. Ahora la Evolución se ha detenido, porque los que no se adaptan al medio siguen teniendo hijos a pesar de todo.

—Vale —Juanjo suspiró—. A la mujer se le da mejor cuidar de los críos. Pero no estoy yo muy seguro de que les guste. Una cosa es que valgan para ello, y otra que les agrade.

—A ver, ¿has leído *Yerma*, de Federico García Lorca?

—No.

—A la protagonista le llaman "la seca", porque no puede tener hijos. Se siente una mujer frustrada, vacía, como si toda su vida se hubiera estado preparando para ello, y cuando llega la hora de la verdad, resulta que no puede quedarse embarazada. La maternidad es lo que completa a una mujer desde el punto de vista biológico, sociológico y vital, en todos los sentidos. Siempre ha sido así, desde el principio de los tiempos, desde que el mundo es mundo, y no porque los hombres les hubieran relegado a ese papel, como quieren hacer creer, sino porque ellas mismas lo deseaban.

—¿En serio?

—Pues claro. Es un deseo que viene marcado por la genética, es decir, por una necesidad evolutiva que está impresa en los genes. Ir en contra de eso solo origina, en la mayoría de los casos, que las mujeres que no han querido tener hijos se arrepientan, ¡y de qué manera! Y ya es tarde, porque la biología tiene sus tiempos.

—La naturaleza es sabia.

—La naturaleza sabe lo que hace y por qué lo hace. Es peligroso ir en su contra, y quien lo hace acaba pagando las consecuencias. Ahí están los traumas y la infelicidad de la sociedad de hoy. La gente necesita ansiolíticos y antidepresivos para poder vivir, porque les han hecho vivir una vida que no es la lógica ni la natural… —hizo una pausa—. Joder, y luego se quejan de que no se podrán pagar las pensiones porque no hay natalidad. ¿Cómo quieren que la haya, si han distraído a las mujeres de su papel principal?

—Dicen que defender la maternidad es ser machista… —Juanjo estaba apabullado y se dejaba llevar.

—Pues que echen la culpa a la naturaleza, tronco. La naturaleza es sabia, como dices tú.

—Pues sí. A las tías les han *vendido la moto* con estas ideas. Son tan fáciles de manipular…

—Los hombres no lo somos menos. A ellas se les manipula con eso, y a nosotros con otras cosas. No hay diferencia entre los géneros en casi nada, salvo en algunos matices que grupos interesados quieren explotar.

—¿Cómo quién?

—Pues, los políticos. O mejor dicho, las políticas. Se han buscado un cargo en el Gobierno a base de crear un problema que no existía, proponiéndose ellas como la solución. Así justifican su puesto y siguen cobrando. Es lo de siempre, Juanjo.

—Ya. Pues según ellas, dicen que en cuestiones de igualdad *queda mucho por hacer*.

—Eso dicen, pero, ¿qué más quieren? Ya tienen reconocido por ley los mismos derechos que los hombres. En la mismísima Constitución así se dice, y quien lo incumple comete un delito.

—¿Qué más quieren? Pues tener más derechos todavía. En lo que a mí me toca, en el tema de los hijos, ya los han conseguido. En el tema de los maltratos, también. Ya existe en el código penal un agravante en los delitos, si la víctima es mujer.

—Joder, pues eso va totalmente en contra de la Constitución, ¿no? ¿No se dice ahí que los hombres y las mujeres tienen los mismos derechos?

—No. Por ser mujer, se tienen más. El hecho de que exista un agravante si la víctima es mujer, es porque la mujer es superior al hombre. Y no solo eso. Su palabra vale más que la nuestra, y son creídas sin pestañear en los casos de familia.

—Ya. Y dentro de poco, se irá extendiendo eso a todos los casos. Por ahí se empieza. Están manteniendo el mito de que somos unas bestias salvajes poco inteligentes, y claro, hay que atarnos en corto. Es como lo que ocurría en Sudáfrica, en la época del Apartheid. Si un negro mataba a otro negro, cometía un delito. Pero se agravaba si la víctima era un blanco.

—Exactamente. Y con los negros en USA pasaba lo mismo. En un juicio, hasta hace poco, la palabra de uno de ellos valía menos que la de un blanco.

—Claro, porque eran inferiores. Ahí tienes la prueba.

—Es que hay que joderse, tronco. Que nos dejemos pisotear de esa manera…

—Pues, no te lo pierdas, porque en los trabajos, las mujeres también tienen más derechos. El empresario paga menos a la Seguridad Social si contrata a una mujer.

—Joder, ¿ahí también?

—Pues sí. Y si es mayor de 45 o cincuenta años, ni te cuento las ayudas que les dan. Es un colectivo "que hay que proteger", dicen.

—Ya, y luego les jode que les llamen el "sexo débil". ¿En qué quedamos?

—La culpa es de los políticos, Juanjo. De los políticos de izquierdas, me refiero. Ahora que la lucha de clases ya no tiene sentido, hay que buscarse otras luchas, esta vez de "género", y se inventan o se exageran los "problemas" que dicen que hay. Primero empezaron con los homosexuales, diciendo que estaban de su parte, y…

—Ya. Ahí la derecha estuvo corta de reflejos. Los comunistas nunca fueron amigos de los gais, ni fueron feministas, ni nada que se le parezca.

—Ni ecologistas tampoco. En la Unión Soviética hicieron unas barbaridades medioambientales que ni te cuento. Pero es lo que te digo, es puro oportunismo electoral, tronco, que les rinde buenos resultados cuando toca votar. Y sino, ¿te imaginas algún gay o lesbiana que vote a la derecha?

—Alguno habrá, como hay de todo, pero yo creo que la mayoría vota a la izquierda.

—Pues, claro. Se los han ganado de forma muy astuta, diciéndoles que están de su parte, como si los de derechas quisieran encarcelarlos, o algo así.

—Ya veo por donde vas, Paco. Se dice que una de cada diez personas es homosexual, y entonces, de un plumazo se han ganado al diez por ciento del electorado, que les votará siempre, hagan lo que hagan.

—Exactamente. Pero el bocado mayor son las mujeres, Juanjo, que son el 50% de la población, nada menos. Y así han creado una maquinaria propagandística cojonuda que se llama Ministerio de Igualdad, cuyo único objetivo es ganar votos del electorado femenino.

—No hay derecho, tronco —suspiró—. Joder, y nadie se da cuenta. El Ministerio de Igualdad debería llamarse Ministerio de Superioridad. Luchan por ser superiores a los hombres, esa es la verdad —el otro asintió—. Poco a poco ellas tendrán todo el poder, y el día menos pensado, así, sin darnos cuenta, nos veremos recluidos en granjas por si a alguna chalada se le ocurre procrear. Y lo peor de todo es que nos parecerá hasta normal y justo, Paco.

—¡Ya te digo! A este paso es lo que ocurrirá. Las feministas son cada vez más radicales, y las feminazis serán el sector predominante.

—Ya lo son, yo creo. Si no eres *feminazi*, es que no eres de verdad feminista. Vamos, que eres machista.

—Sí, y como nos consideran unos brutos salidos y sin inteligencia, nos deshumanizan, y ahí comenzará todo. Deshumanizar a una persona es el primer paso para, primero, quitarle sus derechos, y luego matarlo. Es lo que pasó en Alemania con los judíos, en USA con los negros… y lo que pasa cada vez que una mujer aborta a un niño. Si no es una persona, lo puedes matar sin remordimientos.

—Ya te digo —hizo una pausa—. Mira, Paco, hace poco fue el famoso ocho de marzo, ya sabes, el día de la mujer. Bueno, pues en las manifestaciones, ¿tú sabes las barbaridades que decían? Las mismas palabras dichas por un hombre, le hubieran supuesto la cárcel, tronco.

—Eso es delito de odio.

—Exactamente. Pero aquí mucho *jijí,* mucho *jajá,* y luego no pasa nada. Lo que te digo. El día menos pensado acabamos en granjas, o en un zoo.

—A este paso, no me extrañaría nada.

—Eso es. Todo el día dando la matraca con lo mismo, y al final hasta nosotros mismos nos lo creeremos. Que se lo crean ellas es natural. Todo el rollo ese de que están discriminadas, de que no tienen los mismos derechos, de que la sociedad es machista…

—Claro. Todo eso hoy por hoy no es verdad. Quizás lo fuera en el pasado, pero ya no. Aun así, para ellas es fácil creérselo, porque al final se supone que sacarán algo de ello.

—Todos los beneficios que están sacando, y los que les quedan por sacar.

—Y no te olvides de la manipulación política, que está por encima de todo.

—Sí, desde luego, pero ellas siguen *p'alante*, porque les beneficia, y mucho.

—Lo que sacarán será su propia infidelidad, como hemos hablado. Todo lo que sea desviar a una mujer de su rol natural, es decir, de la familia, de las relaciones sociales, de los hijos, luego los nietos… todo eso es perjudicial a largo plazo, para la mayoría. Habrá quien diga que no, que "*yo estoy muy bien así*", y bla, bla, bla. Pero en general es como te digo, Juanjo. A largo plazo, toda mujer echa en falta haber tenido más hijos o tener nietos. Así están programadas genéticamente.

—No te lo admitirán en la vida, Paco.

—Ya lo sé, pero es pura ciencia. Yo no me estoy inventando nada.

—Es que las mujeres hoy en día están, que no saben lo que quieren… cómo lo diría…

—Están desnortadas. Eso es lo que les pasa. Como ya no pueden ser madres porque la sociedad no lo promueve…

—Porque eso es de ser "antigua" o incluso machista…

—Como no se pueden realizar de esa forma, ni tampoco les mueve el poder o el sexo como a nosotros, pues entonces no saben qué hacer con su vida, y acaban drogándose con ansiolíticos y antidepresivos. El engaño… —suspiró—. Yo no soy religioso, pero recuerdo que un amigo me decía que, todo perjuicio que se deriva de un engaño, está detrás el diablo.

—Como en el jardín del Edén, ¿verdad?

—Sí, creo que se refería a eso —corroboró.

—Adán y Eva vivían *de puta madre* en el paraíso, y les dijeron que no, que eran infelices, y que, si comían la manzana, entonces serían felices de verdad.

—Eso es.

—Y la cagaron. ¡Vaya que si la cagaron! Por culpa de una tía nos jodieron a todos.

—Bueno, eso es una fábula…

—Sí, sí, una fábula… Pero yo estoy como estoy, por culpa de una tía. Y tú también. Aquí estamos los dos, muertos de asco —suspiró—. El otro día conté, tronco, solo por curiosidad, cómo podría haber sido mi vida si no hubiera tenido una familia. Si mi sueldo hubiera sido por entero para mí, y no para alimentar a una mujer que no curra, y a tres críos que no veas lo que gastan.

—Mejor no calcularlo.

—¡Sería rico, tronco! ¡Rico!

—¿Y por qué los tuviste?

—Toñi quería tenerlos. Ella es andaluza, más tradicional, y viene de familia numerosa. Vamos, más tradicional para algunas cosas, porque para poner los cuernos es bien moderna. Pero bueno. En fin, que quería tener tres hijos, y tres que tuvo. A mí me daba un poco igual, la verdad, pero una vez que son tuyos, pues los quieres un montón.

—Pero, no entiendo… ¿no decías que usabais condones?

—Es que cuando tuvimos a Nora, nos dio tanta guerra de pequeña, que Toñi dijo que "se acabó". Nos dio guerra Héctor, y también Nora. No comían bien, no dormían dos

horas seguidas, se despertaban berreando… Entonces dijo que con dos era suficiente, y me obligó a usar *globos* el resto de nuestra vida, porque ella no quería tomarse la píldora. Decía que la engordaba, o no sé qué.

—¿Y qué pasó? ¿Se os rompió un *globo*?

—Exactamente. Siete años después, llegó Marquitos de rebote. Y mira, el mejor de los tres.

Paco sonrió y se quedó pensativo. Tras unos instantes, añadió:

—Sí, yo también lo sería, creo.

—¿El qué?

—Rico. Si todo lo que he ganado me lo hubiera quedado, ahora podría vivir sin estrecheces.

—Pero… ¿tú no vivías a costa de Sandra?

El hombre lo miró con suspicacia. Después de unos instantes giró la cabeza y dijo:

—Yo gané mucho dinero trabajando como antropólogo. Dando clases en la Fundación, como te hablé. Gracias a eso nos pudimos comprar los dos pisos, y luego el chalet. Si hubiéramos vivido solo con el sueldo de Sandra… Nunca hubiéramos salido de San Blas.

—Ya, pero al final… solo trabajaba ella, ¿no? ¿Cuánto tiempo estuvisteis así?

—No lo sé. Muchos años. Ya perdí la cuenta.

—Y, ¿no echabas de menos trabajar? ¿No lo echas ahora?

—No.

—¿Y tus hijos?

—Mis hijos, ¿qué?

—Que cómo lo veían ellos.

—Ni se lo planteaban, supongo.

—¿Y ahora?

—Ahora, ¿qué?

—Que cómo te llevas ahora con ellos.

—Me llevo. Sin más.

—¿No te hablas con…?

—¿Con Miguel? No. Con la mayor hablo a menudo. Vamos, casi todos los días.

—¿La que vive en Canadá?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza: —Me conecto por la tarde a través del Wifi de la biblioteca.

—Pero, ¿puedes hablar? ¿No está prohibido?

—Ya, pero me conecto desde la calle. Al lado de una ventana hay la misma cobertura casi que dentro. Además, depende de la hora. Cuando ella llama no suele haber nadie, y no hay problema —se detuvo un momento—. Es acojonante, tronco.

—¿El qué?

—El resentimiento que tienen hacia mí. Verás, cuando me tienen que decir algo, por ejemplo, una carta que ha llegado, o lo que sea, Sandra le dice a Miguel: dile a tu padre esto o lo otro. Entonces Miguel llama a Canadá y se lo cuenta a su hermana. Y luego mi hija me llama a mí y me lo refiere. ¿Qué te parece?

—Joder, pues sí que recorre el mundo la noticia. Pero tú al menos tienes a alguien que te quiere. En mi caso, ninguno de mis hijos.

—¿El pequeño tampoco?

—Ese es mi última esperanza. La lactancia tiene que estar al terminar, y entonces me lo tiene que dejar ver, sí o sí.

—A ver si tienes suerte…

—Ojalá. Aunque ella va a hacer todo lo posible para evitarlo.

—¿Por qué?

—Me odia con todas sus fuerzas, Paco. Daría lo que fuera por verme muerto.

—Hombre, entonces perdería la pensión que le pasas, ¿no?

—Sí, pero le darían otra por viudedad. Y esa es de más dinero, por cierto.

—Pues entonces, ten cuidado.

—Ya lo tengo. Pero yo no puedo ni quiero renunciar a mis hijos. Si ellos renuncian a mí, como han hecho ya los dos mayores, poco puedo hacer. Pero eso no me va a pasar con el pequeño. Es la única familia que me queda, y voy a luchar por él con todas mis fuerzas.

—Pronto podrás verle, ya lo verás.

—Eso espero. Pero es lo que te digo, esa mujer es capaz de hacer cualquier cosa para impedirlo.

—Pero, ¿qué puede hacer ya? ¿Qué argumentos puede dar al juez para seguir reteniéndolo?

—Querrás decir a la jueza.

—Bueno, es igual. Por mucho que esté de su parte, tendrá que justificar la sentencia…

Juanjo suspiró, y se quedó unos segundos callado, mirando hacia la calle. A continuación, dijo:

—La última vez que estuve con Nora, en el pueblo, me dijo una cosa que se me pusieron los pelos de punta —miró para otro lado y puso un gesto de dolor. Tras una pausa, siguió—: Fue algo que se le escapó, desde luego, y Solo me lo contó a medias. Pero yo me sentí tan asqueado, que renuncié a indagar más, y cambié de tema.

De nuevo se calló, y tuvo que ser Paco quien le animara a seguir: —Bueno, ¿qué fue?

—Pues me vino a decir, que Toñi le había insinuado… joder, es que es muy fuerte… —tras una nueva pausa, por fin dijo: —: quería que la niña le dijera a la jueza que yo abusé de ella.

—¿Que abusaste de tu hija?

—Eso pretendía — asintió.

—¡Qué hija de puta!

—Pues ya ves de lo que es capaz.

—Pero, ¿la chica no se escandalizó cuando le propuso eso? Ya tiene doce años, ¿no? Es lo suficientemente mayor como para comprender...

—¡Claro que sí! Se debió de quedar pasmada al escuchar lo que le proponía. Y como la cría no entró al trapo, Toñi le debió decir algo así como: *«no, hija, no. No me has entendido, yo quería decir...»* …lo que sea que se inventara la muy puta para salir del paso.

—Joder, Juanjo. No sé qué decirte… Si la llega a hacer caso...

—Pues yo ya estaría en el *trullo*, colega.

Paco asintió y luego dijo:

—Lo que no entiendo es a qué viene ese odio… Sí, ya sé que un divorcio es traumático y os dijisteis de todo, pero…

—Esa tía es así. Es muy rencorosa. O estás conmigo, o estás contra mí. O eres un ángel o eres un diablo. Y quien se la hace, se la paga.

—Ya, pero…

—Siempre ha sido así. Ya desde el principio, se enfadaba por cualquier chorrada. Por dejar subida la tapa del retrete, por mirar a otra mujer en un centro comercial… por cualquier cosa. Y estaba días o semanas sin hablarme. No se habla con media familia, no te digo más.

—Pues vaya… Bueno, al menos no la tiene tan abducida como tú te crees.

—¿A quién?

—A tu hija. A Nora. No entró al trapo, como has dicho.

—Sí, claro que la tiene comida el coco. La ha aleccionado bien; le habrá dicho barbaridades sobre mí que la niña no puede comprobar y se las ha creído todas. Pero a diferencia de la madre, la hija tiene decencia, y no va a ir por ahí diciendo cosas que son mentira.

—Bueno, pues entonces no te preocupes. Verás como pronto podrás tener a Marquitos.

—Dios te oiga, Paco. Dios te oiga.

—Ya verás como sí, hombre.

Juanjo miró hacia abajo y puso un gesto de dolor. Después suspiró y giró la cabeza hacia los lados, como para desechar una angustia que lo sobrecogía. Después intentó retomar la conversación, más que nada para no atormentarse.

—Y, ¿qué le parece a tu hija la vida que llevas de «precario»?

—¿A Ana?

—Sí, a la que vive en Canadá. Se llama así, ¿no?

—Pues… —suspiró—, le tengo dicho que trabajo para un proyecto solidario. Se cree que tengo una oficina, y todo eso. Cuando ponemos la videocámara, en la biblioteca, parece un despacho de verdad. Si no estoy allí, le digo que a veces no hay cobertura, y entonces solo usamos el audio.

—¿Y se lo cree?

—Yo creo que no, y simplemente me sigue el juego. No es nada tonta, y me conoce bien. Por eso insiste tanto en que me vaya con ella.

—¿Ah sí? Y, ¿por qué no lo haces?

—¿Para qué? ¿Para amargarle la vida? Ya me cargué una familia una vez, y no quiero que mi yerno me eche de allí a patadas.

—Ya, pero…

—Paso ya bastante frío aquí, como para irme a Canadá… Yo estoy hecho para vivir solo, Juanjo. Es mi destino. Y si no, fíjate en lo de Nancy. Yo que había puesto en ella mis esperanzas… una chica que Solo me tenía a mí... y va, y me deja.

—Se creía que tenías pasta, Paco. Muchas sudamericanas solo miran ese tema, y cuando vio el percal, se largó.

—Yo nunca la mentí. Nancy supuso cosas que no eran. Ella también me engañó. Siempre me dijo que quería ser solo para mí, y ya ves, lo que le importaba de verdad era el dinero.

—¿Dónde está ahora?

—Ha vuelto al Vesubio. La habrán pegado una paliza sin dejar demasiadas marcas y después la habrán puesto a funcionar. Yo por allí no he vuelto a aparecer.

—Y, ahora, ¿qué haces?

—Nada.

—¿Nada? ¿Cómo llevas estar sin una mujer? ¿Te has buscado otro *puti-club*?

—No. Además, no puedo. Los de Cáritas ya no me dan de comer y me tengo que gastar el sueldo en comida.

—¿Ah sí?

El otro asintió.

—¿Y te llega?

—Comiendo mierda, sí.

—Pero mierda… de la mala, ¿no?

—Ya me dirás. Hace tiempo que no sé lo que es un buen filete o un pescado. Me mantengo a base de latas de conservas, comida caducada… fruta medio podrida…

—Joder, tronco… y, ¿no te pones malo?

—Vaya que sí. Hace poco agarré unas diarreas… estuve tres días sin salir del cuarto de baño.

—Yo flipo, colega. Pero, ¿por qué te han cortado el suministro los de Cáritas?

Paco suspiró, y luego dijo:

—Me ofrecieron un curro. De jardinero, o algo así. Una puta mierda, como te puedes imaginar.

—Hombre…

—Una puta mierda, Juanjo. ¡Una porquería, joder! —se irritó—. ¿Cómo quieres que yo me ponga a trabajar en una cosa así?

—Ya, pero…

—¿Solo por follar? Pues no me da la gana. Así de claro. Uno tiene su dignidad, tronco.

Lecciones de antropología

—¿No echas de menos a Nancy?

—¿Que si la echo de menos? Todas las noches me acuerdo de ella, Juanjo. Estoy intentando olvidarla, pero no puedo. ¡Qué decepción, tronco!

Ese día hacía bastante calor, y ni siquiera en la terraza se notaba frescor. Los dos amigos habían salido a un parque cercano, y se sentaron en uno de los bancos a la sombra, cerca de una fuente.

—Si te sirve de consuelo, a mí me pasó algo parecido.

—¿Ah sí?

—Una chica ecuatoriana. Limpiaba las cocheras de aquí, de Vicálvaro. Y como yo me pasaba todo el día ahí, comenzamos a hablar.

—¡Qué tío! Eso no me lo habías contado...

—Porque salió mal —Juanjo se detuvo un momento y luego siguió—. Yo noté que ella me hacía *ojitos*, y le tiré los tejos. Pero resulta que alguien le dijo que yo no tenía donde caerme muerto, y un día, de repente, me dejó de hablar. La muy puta... Es que ya ni me miraba, tronco. Al final la trasladaron a limpiar a otra empresa. Es que hay que joderse, como son de interesadas…

—Esa, lo que quería era dejar de limpiar y que tú la mantuvieses.

—Sí, claro, otra carga más. Lo que me faltaba. Yo que pensaba que, como era inmigrante, se conformaría con menos… la verdad, me había hecho ilusiones. Pero ni con esas, Paco.

—Pues imagínate si lo intentas con una española de tu edad.

—Joder, pues en el programa ese de las citas que echan en la tele…

—¿Cuál? ¿Te refieres a "Cita a Ciegas"?

—Sí, ese. Pues a ese programa van tías menopaúsicas, e incluso mayores.

—Ya tronco, porque están muy solas. Fíjate si estarán solas que no les importa pasar "el peaje" de tener que acostarse con un tío, con lo poco que les apetece ya a esas edades, con tal de tener compañía.

—Joder, pues entonces no son tan mal partido, Paco. Además, como ya no se pueden quedar embarazadas, lo puedes hacer sin condón.

—Ni de coña, Juanjo. El famoso "peaje" lo pasarán a regañadientes y pocas veces. Y por cinco minutos de vez en cuando, no te merece la pena soportar a una histérica malhumorada e inestable, que es lo que son las tías con esas edades.

—No serán todas así, joder.

—Lo son, créeme. Cada cinco o diez minutos les dan los famosos sofocos, y eso es como para exasperar a cualquiera. Se les agria el carácter con tanto sube y baja hormonal, y lo pagan con quien tienen más a mano.

—A unas más que a otras, Paco. Mi hermana ya está en esa fase, y no me parece que sea eso que tú dices.

—Hombre, “de visita” son todas muy majas. Pero luego, cuando te toca convivir en el día a día… la cosa cambia.

—No creo que todas les afecte de la misma forma.

—No, claro, no a todas les da igual de fuerte. Pero sí a la mayoría. Además, ¿tendrías tú la suerte de encontrar a una de las buenas?

—Pues… —sopesó—, con la suerte que yo tengo… como tú dices, *ni de coña* —miró hacia el suelo, con las manos en el regazo—. Estoy por gastarme las cuatro perras que gano en lotería.

—¿Y eso?

—Bueno, ya sabes el dicho. Afortunado en el juego, desafortunado en amores. O al revés.

—¡Qué tío! ¿De verdad que te fue tan mal con Toñi? No me refiero al final, claro.

—Casi te diría que sí.

—¿No la echas nada de menos?

—Ni una pizca.

—¿No deseas acostarte con ella?

—Ni por asomo.

—Decías que estaba muy buena…

—Y lo está. Una cosa no quita la otra. Pero ya no la considero mía, de ninguna manera. Que se acueste con quien quiera, o como si lo quiere hacer con un burro. Me da exactamente igual. Solo quiero que me devuelva lo que es mío. De verdad, Paco, casarse uno para esto... Se desloma uno currando de sol a sol y luego no te quieren dar ni los cinco minutos que yo le pedía. Qué le costaría, por cinco minutos…

—Entiendo que eso ya era al final…

—No te creas. Al final, desde luego, nada de nada. Pero en el medio, pues tampoco teníamos muchas noches de pasión que digamos. Yo creo que era por pura maldad. Las tías son malas por naturaleza.

—Hombre, por naturaleza lo que son es otra cosa.

—¿El qué?

—Interesadas. Eso es lo que yo creo que son por naturaleza.

—Como la limpiadora ecuatoriana, ¿verdad?

—Sí. Pero eso viene de un instinto profundo, de origen ancestral. Me refiero a que ellas están “programadas”, para responder a ciertos estímulos, y así asegurar la continuidad de la especie.

—O sea, que son robots.

—Nosotros también lo somos, Juanjo. Estamos programados para querer copular con toda hembra que se pase por delante.

—Jajá —se rio—. Eso es cierto.

—Todos los animales, incluidos los humanos, funcionamos por instintos. Y estos están gobernados por sustancias químicas. En el hombre es la testosterona la que nos gobierna, y por eso somos agresivos y queremos copular a todas horas. Y en la mujer, la clave está en los estrógenos. Cuando tienen la ovulación es cuando están en su nivel más alto, y las hacen mostrarse dulces, receptivas, cariñosas… y cuando tienen la regla o la menopausia están en su nivel más bajo y son ariscas y antipáticas.

—Ellas te dirán que eso es un tópico.

—Sí, claro, lo es hasta cierto punto. Los humanos tenemos a la razón, que está por encima de todo eso, pero en las situaciones límite la razón desaparece y solo quedan los instintos.

—Y, ¿por qué es así?

—Es una estrategia evolutiva. De la evolución de las especies, para que me entiendas.

—Sí, lo de Darwin.

—Exacto. Nuestros cuerpos fueron diseñados en el Paleolítico, donde la población humana era escasa y la supervivencia de la especie, difícil. La mitad de las mujeres morían en los partos, y la única manera de fecundar a las que quedaban era que los hombres y las mujeres estuvieran en celo todo el año, especialmente los hombres para no desaprovechar ninguna oportunidad.

—Habló el antropólogo —dijo Juanjo.

—Es que es así.

—Vale, pero entonces, ¿por qué las mujeres no están igual de salidas?

—Es algo biológico. Las mujeres están más receptivas en la ovulación, que es cuando se pueden quedar embarazadas. Por el contrario, cuando tienen la regla o las mujeres de cierta edad que ya tienen la menopausia, experimentan molestias las unas y sofocos y desarreglos las otras que las hacen ponerse de mal humor. Es decir, se muestran ariscas para que el macho opte por otra hembra del clan que sí se pueda quedar embarazada. O sea, para no verter ese semen donde no dé frutos. ¿Me entiendes?

—Hablas como si estuviéramos viendo un documental de animales salvajes.

—La biología es la que es, y en eso seguimos igual que hace 100.000 años. Hemos evolucionado culturalmente, pero nuestros cuerpos siguen siendo lo que antes eran.

—¿Por eso las mujeres de más de 50 años no quieren saber nada de sexo?

—Exactamente. Las hormonas las gobiernan, igual que a nosotros.

—Y, ¿por qué a nosotros no nos pasa? Quiero decir, a los mayores de cincuenta.

—Pues seguro que en el devenir de la evolución esta se topó con hombres que eran así. Pero esa tribu no prosperó y se extinguió.

—¿Por qué?

—Los hombres siempre han sido inferiores en número. Bien por las guerras, bien por los ataques de las fieras durante la caza… Si solo quedaban los ancianos y estos no se hacían cargo de las viudas, ya sabes tú como, la especie se hubiera extinguido.

—Vale, pero si de lo que se traba es de maximizar la descendencia, ¿no hubiera sido mejor que las tías también tuvieran ganas y siguieran siendo fértiles, aunque fueran viejas?

—Bueno, ahí entra en juego la hipótesis de las abuelas.

—¿El qué?

—Sí, hay una teoría que dice que las abuelas fueron necesarias —a diferencia del resto del reino animal—, ya que se podían quedar con los niños mientras las jóvenes se iban a recolectar. O bien, en el caso de una mujer con muchos críos, la madre puede siempre echar una mano a la hija en la crianza.

—Ya veo. Difícilmente podría hacer todo eso, si ella también estuviera embarazada.

—Exactamente. Quien mucho abarca, poco aprieta; no sé si me entiendes.

—Sí, sí, te entiendo. Pero estas cosas que me cuentas se las dices a una tía, y te diría que no. Que todo eso son tópicos.

—Claro, es lo que te digo, la razón está por encima, y eso nos diferencia de los animales. Pero ese substrato siempre está ahí, y a unas les cuesta más contenerlo que a otras. Igual que a nosotros con lo nuestro. Por eso digo que las mujeres son interesadas, porque siempre les atraen aquellos hombres que garantizan una mejor supervivencia de la prole. Pura programación genética.

—Les atrae *el macho alfa*.

—Eso es. Lo mismo que ocurre en el reino animal. ¿No viste esta tarde el documental ese en el que los ciervos pelean entre sí, mientras la hembra espera pacientemente al vencedor? Pues con nosotros pasa lo mismo. A ellas les atraen ese tipo de hombres.

—Bueno, no a todas.

—Claro, porque la cultura y la razón lima algunas asperezas. Pero cuando son jóvenes, en el instituto, por ejemplo. ¿Recuerdas quién era el ligón de la clase?

—El tío más chungo. El *malote*.

—Claro. El *pringao* no se comía ni una rosca.

—Incluso aunque sus padres fueran ricos, y el chaval estudioso, ¿verdad?

—Eso es. Pero luego las chicas maduran y ya no piensan lo mismo.

—Ya, pero cuando son más crías, les dominan los instintos.

—Vale. Y, eso que dices de que se iban con otra hembra del clan, eso sería, si no era de otro. ¿No?

—¿A qué te refieres?

—Antes dijiste que, cuando la favorita estaba con la regla, el macho alfa se iba con otra hembra del clan —Juanjo no se había olvidado "de lo suyo"—. Pero eso sería si la otra no era de otro macho, ¿no?

—Todas eran del macho alfa, Juanjo. Los machos beta sí que tenían una o dos, las que le sobraban al otro. Y se las daba si se habían distinguido en la guerra, claro.

—¿Qué guerra?

—La guerra contra otros clanes. Para disputarles sus territorios de caza, o sus mujeres.

—¿Hacían la guerra para quitarles las mujeres a otros?

—¡Hombre, claro! Siempre ha sido así.

—¿Sin verlas?

—No, si verlas ya las habían visto, y por eso las codiciaban.

—¿Otro mecanismo evolutivo?

—Pues sí, como todo. Para evitar la endogamia. Ya sabes, es peor tener hijos entre parientes. Por eso el hombre es polígamo por naturaleza. No se puede meter todos los huevos en la misma cesta.

—Jajá, ¡nunca mejor dicho! Además, si la cesta se rompe te quedas sin huevos, y si los tienes dispersos, alguno se salvará.

—Eso es.

—¿Y las tías no decían nada? Las de la tribu perdedora, me refiero. ¿No se revolvían cuando caían en manos de otros? Con lo que son ellas...

—Oh, claro que sí. Pero al final se vuelven pragmáticas. Es como en el harén de los moros. Todas son esclavas sexuales, pero no se quejan. Es siempre mejor eso que buscarte la vida por ahí tú sola. En el clan tienes protección, comida… y si encima eres la favorita del macho alfa y además le das un hijo, ya eres la reina de los mares. Solo por mirar a las demás hembras por encima del hombro ya merece la pena. Otro mecanismo evolutivo, como todo.

Paco se había puesto el traje de antropólogo y estaba disparado. Se veía a sí mismo dando clases en la Fundación para el Desarrollo Humano, en la que trabajó.

—Sí, pero la Evolución no se ha portado nada bien con el tema de los partos. ¿Por qué morían tantas mujeres hasta hace bien poco? Con las perras o las gatas no pasa eso.

—Es el precio que hay que pagar por tener una cabeza tan grande, Juanjo. Es la más grande del reino animal, y su tamaño está en el límite de lo que una mujer puede soportar desde el punto de vista físico. Vamos, para que salga por la vagina, para que me entiendas.

—Ya, ya te entiendo.

Paco estaba disfrutando dando clases de antropología a su pupilo, y este lo escuchaba de forma indolente. Sin embargo, encontraba de alguna manera explicación a lo que a él le ocurría, aunque no se daba por satisfecho.

—Hay que ver lo diferentes que somos, Paco.

—¿Quiénes?

—Los hombres y las mujeres.

—Pues claro. Quien afirme lo contrario, es que es de otro planeta.

—Mira, te voy a poner una comparación. Una tía queda con un maromo por el *Tinder* ese, y esa misma tarde se acuesta con él. Los dos tan contentos, ¿vale? Ahora bien,

ese mismo tío aborda a esa misma mujer en un descampado y la viola, y ya son 20 años de cárcel.

—Hombre, lo hace contra su voluntad. La mujer se lleva un susto de muerte y…

—Sí, ya lo sé. Pero ahora invertimos los papeles, ¿vale? Imagínate que yo rechazo a una tía por fea en ese mismo *Tinder*. Pero ella sabe dónde localizarme y con la ayuda de alguien me sorprende en un descampado y me obliga a follármela a punta de navaja.

—Jajá, —se rio Paco—. Ese es el sueño húmedo de muchos tíos; aunque la tía sea fea. Eso es lo de menos, llegado el caso.

—Claro, pues ahí es donde quiero llegar. ¿Por qué es esto así? ¿Por qué los hombres estamos salidos y las mujeres no? ¿Por qué se venden tan caras, de forma que alguien que les robe un polvo es castigado tan duramente?

—Joder, Juanjo, parece mentira que tú tengas una hija.

—No, tronco, a ver si me entiendes. Si yo me entero de que alguien viola a Nora, si puedo me lo cargo. Aunque solo sea por el daño que le ha hecho. Supongo que tú harías lo mismo con la tuya.

—Desde luego.

—Pues eso. Yo no estoy banalizando ese hecho que para ellas es tan traumático. Pero lo que no entiendo es el origen… digamos psicológico, de ese *trauma* tan grande que les origina. Sobre todo, si lo miramos desde el lado opuesto. ¿Por qué esa diferencia entre los dos sexos? ¿Es algo evolutivo?

—En parte sí. En todas las especies de mamíferos, las hembras siempre se venden al mejor postor. Es lo que hablábamos antes acerca de los documentales de animales. Los machos tienen que competir con otros miembros de la manada mientras la hembra espera pacientemente al vencedor. Ella solo copulará con el más fuerte.

—Ya, es la razón evolutiva de aparearse con el más poderoso porque…

—Porque es el que mejor garantiza la supervivencia de la prole.

—Exacto. Y una tía no puede copular con uno que ni siquiera se lo ha currado un poquito, ¿no? Es decir, que le roba el polvo.

—Bueno, no exactamente…

—Pero es que, si fuera así, el tío del *Tinder* no se lo ha currado nada…

—Ya, pero en ese caso es ella quien lo decide. Ella tiene el poder de decir sí o no, como las hembras de los documentales. Es su prerrogativa, y por eso no hay violación en el caso de esa red social. Es como si tú le das 20 euros a un pobre como limosna. Ahí el que manda eres tú, y tú te sientes bien cuando lo haces. Imagínate que ese mismo pobre te atraca y te roba esa misma cantidad. ¿A que no es lo mismo? ¿Ves la diferencia?

—Desde luego. Pero insisto, ¿por qué el rol es tan diferente entre hombres y mujeres? ¿Por qué ese tabú del sexo, sobre todo en ellas?

Paco se quedó pensando. Parecía que su pupilo esta vez le ponía a prueba, y después de un rato, dijo:

—En el fondo hay también un componente cultural. No todas las culturas humanas tienen ese tabú, o tan exacerbado. Pero yo no le daría más vueltas. Las mujeres son así, y punto —respondió—. Mira, te voy a poner un ejemplo —siguió—. Cuando yo trabajaba, recuerdo que había una compañera que quería ir a comer al Círculo de Bellas Artes porque, según ella, era un sitio precioso. No porque la comida fuera buena, sino porque era bonito. Era carísimo, pero eso para ella era lo de menos. «Aunque sea, nos comemos unos bocadillos», recuerdo que decía.

—¡Qué gilipollez!

—Pues sí. A mí de un restaurante me puede importar la calidad de la comida, el precio, que esté limpio, y que no tarden mucho en servirme. Lo demás, *me la suda*. Es como si tú, que tienes coche, prefirieras ir a un taller en lugar de otro porque los posters de tías en pelotas que tiene son mejores. Es absurdo ¿verdad? Bueno, pues para ellas no lo es; las tías y los tíos somos diferentes y pensamos de formas diferentes.

—Ya, pero, ¿esto qué tiene que ver con el tabú del sexo? —Juanjo insistía, pues veía que Paco resbalaba esta vez.

—Tiene que ver, en el sentido en que hombres y mujeres no vemos todas las cosas del mismo modo. Somos diferentes, pero eso no quiere decir que uno de los dos sea superior, o mejor, o cualquier otra cosa que las *feminazis* se inventan cuando oyen la palabra "diferente". Somos diferentes, porque así lo ha querido la naturaleza, así hemos evolucionado. Es lo que hay, y cambiarlo no es fácil ni aconsejable, porque hay factores biológicos de por medio, y la naturaleza es sabia.

—Paco, estás sobrado. Pero todo eso que dices ya lo sé.

—Solo he querido decir que somos diferentes. Hay que asumirlo... y respetar a las mujeres en su diferencia. Nada más.

—No, si yo las respeto. ¡Qué le vamos a hacer! Pero sigo sin comprender cómo unas cosas se castigan más que otras. Hablan de «violencia contra las mujeres», pero hay otro tipo de violencia contra las mujeres de la que no se preocupan. Un tipo de violencia que les provoca un sentimiento de rabia, de indignación, de impotencia, de odio, les quita el sueño, les da ansiedad… vamos, que no desean otra cosa que matar a quien se lo ha hecho. Y no me estoy refiriendo a una violación. ¿Sabes a qué?

—No.

—Pues a una *okupación*. Ya sabes, que te quiten el piso, así por las buenas. A una vecina de mi portal le hicieron eso, y acabó con una depresión. Dos años para echar a los *okupas*, mientras el gobierno no hacía nada. Todavía le quedan secuelas, no te digo más. Las feministas insisten en la violencia de género y se manifiestan en la calle, cuando en realidad ya hay leyes para ello. Sin embargo, para las *okupaciones* nadie se manifiesta, y encima está amparada por la ley.

—Es una vergüenza, Juanjo.

—Ya. Por eso yo no lo hago, y podría hacerlo, porque a diferencia de las mafias, yo sí que no tengo casa. Pero no quiero hacerle daño a nadie, como le pasó a mi vecina. Era una señora mayor, que vivía del alquiler de ese piso. Lo tuvo vacío por un tiempo, y se lo quitaron, así por las buenas.

—Cada país tiene sus costumbres, sus leyes… En muchos sitios, eso no ocurre.

—Claro, pero ocurren cosas peores. Ayer comentaba con un compañero que detuvieron a una mujer en Irán por no llevar el velo. El velo islámico, ya sabes.

—¿Y eso te parece peor? Puede que nosotros nos llevemos las manos a la cabeza cuando ves una noticia de ese tipo, pero quizás un iraní se las lleve si supiera que en España te pueden quitar un piso con total impunidad.

—Visto así…

—Es lo que te digo. Son normas, son costumbres, temas religiosos o culturales que hay en cada sitio. Y que cambian con el tiempo, por cierto.

—Eso es verdad. Mismamente ocurre eso, con el hecho de que las tías se pongan en pelotas.

—Eso sigue sin ocurrir, que yo sepa.

—Sí, pero antes ocurría más.

—¿Antes?

—Sí. En los años 70. Veníamos de la represión y las mujeres se desnudaban como un signo de libertad. Pero ahora vienen las feministas y las vuelven a reprimir.

—Sí, como dijiste el otro día, le están haciendo el juego a los curas.

—Eso es. Pero, ¿que tendrá que ver el feminismo con que una mujer se desnude si le da la gana?

—No tiene nada que ver.

—Lo único que se me ocurre es que, como las feminazis odian a los hombres y por tanto nos quieren ver sufrir, pues entonces les fastidia que gocemos viendo a una mujer desnuda.

—Eso es verdad. Y lo peor de todo es que parece que si no eres *feminazi*, es que no eres feminista. Es como la política. Si no eres de izquierdas es que eres un fascista. Ya no hay términos medios.

—Correcto. O estás conmigo, o estás contra mí.

—Sí. Mira, Juanjo. Más costumbres sociales. Por ejemplo, se habla mucho de que a las mujeres no les dejan ser directivas, que no hay mujeres en los consejos de administración, y bla bla bla. Pero, ¿les han preguntado a las mujeres si quieren ser directivas?

—Ahora te dirían que sí. Que les han preguntado y han dicho que sí.

—No. Lo que ocurre es que les han creado la necesidad, y ahora lo desean. Eso lo saben muy bien los publicistas. Puede que tú no necesites algo o que nunca lo hayas deseado. Pero basta con que te lo ofrezcan barato, o bien, que te digan que tu vecino ya lo tiene, para que tú también lo desees. Así funciona la sociedad de consumo. Compramos cosas que no necesitamos. Pero todo es un engaño. El directivo, sobre todo, lo que tiene es poder. Y el poder es algo que no codician generalmente las mujeres, desde un punto de vista biológico o evolutivo.

—¿Ah no?

—No tanto como los hombres, excepto…

—Espera, ya lo adivino. Excepto el poder mandarse unas a otras.

—Exactamente. Ese tipo de poder lo ansían como consecuencia de la competencia natural que existe entre ellas dentro de un determinado clan o tribu para…

—Para llevarse al macho alfa.

—Correcto. Mandarse unas a otras sí, pero no para mandar a los hombres. Eso no entra, por lo general dentro de su genética; es algo que las descoloca. Pero sí mandar sobre otras mujeres. Eso sí les gusta, y mucho. Mandar o denigrar a las otras, para ponerlas en evidencia delante del macho alfa, para conseguir que las aborrezca y deje de aparearse con esas a cambio de hacerlo con ellas. Pura evolución, vaya —el antropólogo había puesto la directa y estaba embalado.

—Y ahora, aunque ya no estemos en manada ni haya machos alfa… El instinto les sigue gobernando. ¿Verdad? —Juanjo estaba aprendiendo bien la lección.

—Exactamente. Es que han sido muchos años de evolución, y eso no se cambia de la noche a la mañana. Recuerdo que Sandra me contó que en su oficina, el jefe máximo tenía tres secretarias.

—¿Tres secretarias?

—Sí. Es que además de secretarias eran administrativas. Llevaban también temas de recursos humanos, y cosas así. En fin, que estaban juntas en el gabinete del pez gordo ese. Bueno, pues ahí sí que había un macho alfa claro, y no veas cómo competían entre ellas.

—Jajá, apuesto a que unas a otras se hacían zancadillas.

—Eso es. Una de ellas se fue y entró una chiquita nueva. Más joven, más trabajadora, y también más guapa que las otras dos. Bueno, pues las compañeras estaban a muerte con ella. Incluso llegaron a destrozar un trabajo que le había encargado el jefe solo para fastidiarla y para que se pusiera en evidencia. Un nido de víboras, colega. A la chica le hacían la vida imposible, hasta que se tuvo que dar de baja por depresión.

—Para que luego digan que las tías no son malas.

—La maldad no entiende de géneros. Lo hemos hablado muchas veces.

—Si esa chica se hubiera quedado en casa con sus hijos, eso no le hubiera pasado.

—No sé cuáles serían sus circunstancias. Aunque muchas mujeres lo que quieren no es trabajar, sino relacionarse. Somos seres sociales, y las mujeres las que más. Es el primitivismo tribal, cuando los hombres salían a cazar y ellas se quedaban todas juntas cuidando a la prole. Les gusta hablar y criticarse unas a otras.

—Pues si estaban todas juntas, poco se pueden criticar…

—A ver, los hombres eran los “cazadores”, y las mujeres las “recolectoras”. Cuando encontraban un campo de higueras, o peral, o un melonar, o lo que sea, dos o tres se quedaban aquí, otras dos o tres se iban unos metros más allá… donde estaban los frutos, vaya.

—Y ahí es donde aprovechaban para despellejarse las unas a las otras.

—Exactamente. Y luego por la noche alrededor del fuego, todas muy sonrientes y muy majas. Pero en privado, bien que se critican unas a otras. Así son de falsas. Sobre todo, criticar a la favorita del “macho alfa”. A esa, todas la tenían una manía, un odio

visceral que llegaba incluso a instigar al "macho beta" a que se rebelara contra el jefe, solo para que la otra perdiera su protección y así cargársela socialmente. O incluso físicamente.

—Muchas guerras se han debido originar así. Conspirando las mujeres…

—No te quepa duda. En el imperio islámico, la mayoría de las guerras civiles tuvieron esa causa, es decir, se tramaron en el harén. Pero todo viene de lo mismo, Juanjo. De la competitividad que existe entre ellas para ver quién es la favorita del jefe, y así garantizar una mayor y mejor supervivencia de la especie. Los hijos del fuerte sobreviven mejor que los del débil. Son las reglas de la evolución, vaya. Es algo instintivo que subyacen en el subconsciente de todas las mujeres.

—¿Realmente es instintivo, o es… digamos, cultural? Quiero decir, ¿en el Paleolítico las tías se criticaban unas a otras porque eran así de malas, o más bien porque no les quedaba otro remedio para poder sobrevivir?

—No te quepa duda de que lo hacían porque se lo pedía el cuerpo. La genética es aleatoria, pero la Evolución selecciona a las criaturas que más lo han peleado. El débil se queda en la cuneta.

—¿Cómo que es aleatoria?

—Sí. Me refiero a que, al principio, nacían tantas tías, digamos, "bondadosas", como "malvadas". Pero la pazguata, la que no criticaba a las otras, la que iba "de buen rollo", esa caía rápidamente en desgracia. Caía en las garras de la "hembra alfa" y de sus secuaces, quienes la ninguneaban y la machacaban sin piedad hasta hacerla desaparecer. De esa manera solo quedaban las otras, y de esas descienden las mujeres de hoy en día.

—¿Todas?

—Casi todas. Oh, sí, alguna hereda los caracteres ancestrales de las "bondadosas", pero como entonces, ahora sus congéneres las machacan en los colegios hasta crearles un trauma, que es la forma moderna de la vejación.

—El acoso escolar, vaya.

—Exactamente. Puede haber alguna que no sea tan "pérfida", y es que la educación y la enseñanza de los valores hace mucho. También ha tenido mucho que ver el cristianismo, pues las murmuraciones y los chismes siempre han sido condenados como pecados. Pero como ahora ya nadie cree, pues volvemos un poco a lo de antes.

—No todas las mujeres son chismosas, Paco.

—No todas, claro, afortunadamente. Algunas son más "femeninas", y otras más "masculinas", por decirlo de alguna manera.

—Mira, en ese aspecto tú eres más "femenino". Nunca te ha gustado trabajar, y siempre has querido quedarte en casa.

Paco le miró con cierta desidia, y el otro añadió:

—Es que no haces de amo de casa, *jodío* —se quejó—. Desde que vivimos juntos, yo soy el que hace casi todo en el piso, tronco.

El otro no dijo nada, y pareció molestarse. Entonces Juanjo siguió, como no dando importancia a lo que había dicho:

—Pero estoy contigo en lo que dices, tío. Eso de la paridad es una solemne tontería. Ya sabes, eso que dicen que tiene que haber el mismo número de mujeres que de hombres en el Gobierno, o en la dirección de las empresas.

—¡Claro que lo es! Yo, como accionista, si lo fuese, o como gobernado, querría que los dirigentes fueran los mejores, o los más preparados, y si los mejores son todos hombres, pues todos hombres.

—¿Y si son todas mujeres?

—Pues todas mujeres. En eso consiste la igualdad, ¿no? En que no se mire al género de una persona, sino a sus cualidades. Porque de la otra manera, lo que estás haciendo es favoreciendo a uno de los dos sexos sobre el otro. Si estás dejando fuera a gente mejor preparada, solo porque tienes que cubrir un cupo, pues vaya igualdad que es esa.

—Pues así es, Paco. Hoy por hoy las mujeres, no es que quieran ser iguales, es que quieren ser superiores, y lo están consiguiendo.

—Mira, yo me presenté a unas oposiciones hace... muchos años.

—¿Para antropólogo?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Suspendí. Vamos, en realidad aprobé, pero como eran muy pocas plazas, al final entró quién más nota sacó.

—Como debe ser.

—Sí, claro. Pero vamos —siguió—, un puesto de antropólogo, tronco, en el Ministerio de Cultura. Para tocarme los huevos todo el santo día sin hacer nada, y con un buen sueldo a final de mes. ¡Para tocármelos con las dos manos, colega! No con una. ¡Con las dos! Bueno, pues me llego a enterar de que hay tías que entran sacando peor nota que yo, y es que me cargo a alguien. Vamos, es que quemo el Ministerio de Igualdad con todas las feminazis dentro, oye.

—¿Tan chollo era el curro ese?

—Ya me dirás… ¡un puesto de funcionario! ¿Tú sabes lo que trabajan los funcionarios en este país? ¡Nada!

—Bueno, algo currarán, ¿no?

—Pero, ¿tú en qué mundo vives, tronco? ¿No sabes que a los funcionarios no se les puede echar? Ni se les puede echar ni se les puede bajar el sueldo de ninguna manera. Es un chollo, colega. ¿Quién va a trabajar en esas condiciones?

—Ya, pero…

—A ver, si me aburriera demasiado… ya me plantearía hacer algún informe. Pero poco más.

Juanjo le miró con cierto asombro, aunque enseguida comprendió. Ya le conocía de sobra.

—Joder, pues ahí perdiste la oportunidad de tu vida.

—Pues sí. Porque todavía no hay cupos para las mujeres en los trabajos de oficina. Que si no…

—Claro, Paco, pero ¿sabes por qué?

—Por qué, ¿qué?

—Por qué no exigen todo el rollo ese de la paridad.

—Pues no sé. Estará al caer, supongo.

—No lo pondrán nunca, tronco, porque ellas ya son mayoría en esos sectores. Si lo pusieran, saldrían perjudicadas.

—¿En serio?

—No te quepa duda —afirmó—. Mira, yo tengo muchas veces el turno de mañana en el bus. A primera hora, es decir, a las seis o las siete, la mayoría de los pasajeros son hombres. La inmensa mayoría, diría yo.

—Claro, porque van a las obras, a los talleres… esos empiezan temprano.

—Exactamente. Y según van pasando las horas, cada vez te encuentras a más mujeres. En torno a las ocho o a las nueve, es decir, en el horario de oficina, ya son mayoría.

—¿No será porque los tíos van en su coche? A ellas no les gusta conducir, ya lo sabes.

—Bueno, sí, alguno habrá. Pero normalmente los garajes de las oficinas no tienen plazas suficientes, es decir, no dan para todos los empleados, y los que van en coche solo son los jefes. Los curritos van en transporte público. Los curritos y las curritas, vaya, que como te digo, son mayoría. Eso sí, si creen que en un determinado sector están pobremente representadas, no te quepa duda que darán "puntos", o lo que sea para incentivar a que entren.

—Ya, como pasa en la Policía o en los bomberos. En las pruebas físicas para entrar, a las mujeres les exigen menos que a los hombres.

—Ya, porque dicen que, si no, sería discriminatorio.

—¡Qué barbaridad! ¡Es justo lo contrario! Yo puedo aceptar que intelectualmente seamos iguales. Pero físicamente, no hay ninguna duda. Somos claramente superiores, y eso lo admiten hasta ellas. Es discriminatorio para los hombres, pues los hay más fuertes, mejor preparados para el oficio, que se quedan sin entrar. Se quedan sin entrar porque hay tías que entran antes que ellos por culpa de los dichosos cupos, aun sacando peores notas en las pruebas físicas.

—No hay derecho.

—Es que en esas cosas no deberían entrometerse, joder. Me gustaría ver a la ministra de Igualdad en un incendio, con las llamas a punto de quemarla. Y que le pregunten en ese momento si prefiere que le manden a un bombero o a una bombera, trepando por una cuerda.

—Eso. A ver si es tan feminista como dice.

—Joder, es que, si somos todos iguales, pues igualdad de oportunidades, ¿no? ¿Por qué tienen que dar puntos o hacer cupos? El que más vale, entra, sea hombre o sea mujer, ¿no?

—Claro. Pero lo más curioso es que no lo hacen al revés, Paco. Hay muchos sectores en los que los hombres están "pobremente representados", como en la limpieza, en los cuidados de ancianos o bebés… ¿Por qué no dan puntos a los hombres para que entren ahí?

—¡Ja! ¡Porque les quitarían a ellas su trabajo!

—Desde luego. Además, las mujeres se quieren meter donde les gusta, aun a costa de expulsar a los hombres. Te aseguro que jamás se les ocurrirá incentivar que haya más mujeres albañiles o *fontaneras*.

—Bueno, yo no estaría tan seguro, Juanjo. Les han metido en la cabeza de que tienen que hacer lo mismo que hacen los hombres, cuando en realidad nunca han querido hacerlo. Pero claro, les han dicho que es *cool*, que es "lo moderno", y ahí las tienes, totalmente abducidas.

—Pues sí. Por ejemplo, en las sociedades musulmanas, las mujeres no quieren hacer las cosas que hacen los hombres.

—Eso es. Salvo unas pocas, que son las que salen en las televisiones occidentales, quejándose de lo machistas que son en sus países. Y aquí pensamos que es un pensamiento generalizado, cuando no lo es, ni remotamente.

—¿Ah no?

—Pues no. A esas mujeres se les ha inculcado que cada sexo tiene su rol, y son felices. No se plantean ni añoran nada que, por otra parte, les es completamente ajeno. El problema viene cuando les contaminan con ideas que vienen de fuera.

—Eso puede ser.

—No te quepa duda. Vivían felices hasta que les dijeron que en otros países hacen "otras cosas", y se lo envuelven en papel de regalo. Mira —siguió—, el otro día vi un reportaje donde decían que quienes construyeron las pirámides no eran esclavos. La propia población era quien lo hacía, como un servicio a la sociedad en la que creía. Por el bien de todos. Es como la guerra. Es algo que *no mola*, pero hay que hacerlo. Son las tendencias, y uno, o una, es feliz, si es como la mayoría.

—Correcto. Tú no eres infeliz por no tener algo, sino por tener menos que tu vecino.

—Eso es. La cuestión no es tener esto o no tener aquello, sino tener o no tener lo que otros u otras tienen o no tienen. Hay que ser como los demás, y si no lo eres, estás a disgusto. Por ejemplo, hasta hace no mucho tiempo, la mayoría de las mujeres se casaban a los veinte años. Era todo un drama ver pasar el tiempo y que tus amigas se casaran y tú no. Normalmente era algo que todas conseguían si eran medianamente guapas, o si no lo eran, que al menos tuvieran dinero. Pero las feas, sobre todo si eran pobres, pues lo tenían bastante crudo. No les quedaba más remedio que rezar a San Antonio a ver si les salía novio, y lo antes posible. La mujer que no se casaba, era llamada "solterona", —por las propias mujeres—, y era un drama social de primera categoría. Por no hablar del trauma psicológico que se le creaba a la pobre chica.

—Claro, porque no tenían quien las mantuviera, si no se casaban.

—Eso no es cierto.

—¿Cómo que no?

—Las mujeres siempre tuvieron su “nicho de mercado”. Había cantidad de oficios disponibles. El problema no venía por eso, sino por quedarse “descolgadas”, por no ser como las demás.

—Ya te entiendo.

—Pues lo mismo pasa ahora. Ahora lo que no quieren es casarse ni tener hijos, porque “no se lleva”. Somos seres sociales y hay que ir a la moda, es decir, hacer lo que hace el resto de la gente, pues si no, serás aislado, y eso sería peor.

—Hombre, no creo que las que se casan o tienen hijos vayan contra corriente. No se aísla a nadie por eso, que yo sepa. Ser “single” es una tendencia, pero no está tan generalizado, todavía.

—No, claro, pero, piensa en una mujer que te diga que ella no piensa trabajar, que quiere dedicar su vida a casarse y a tener hijos, y que su marido va a ser el único que traiga un sueldo a casa. ¿Cómo la miraría la sociedad de hoy?

—No muy bien, desde luego.

—Pues eso es. Los comportamientos generalizados del pasado, ahora son excepcionales, y la sociedad te obliga a ciertas actitudes, aunque tú no creas en ellas.

—Vale, pero eso no explica que ahora la mujer rehúya la maternidad, si como dices, es algo que desean de forma «innata».

—A ver, esto ya lo hemos hablado; es lo que te dije una vez. Criar a un hijo es una labor muy extenuante que ocupa las veinticuatro horas del día. Y encima es algo que la mujer tiene que hacer sola.

—Claro, al menos uno de los dos tiene que trabajar, y suele ser el hombre.

—Suele ser el hombre porque la mujer es muy celosa con ese tema. El tema de la crianza, me refiero. Lo comentamos el otro día.

—¿Celosa?

—Sí, quiero decir que ella, por pura biología, se involucra directamente en el asunto y quiere ser quien lleva las riendas. No se fía del marido. Vamos, que no es un rol que se lo haya impuesto “la sociedad patriarcal”.

—Ya. Que lo hace, “porque se lo pide el cuerpo”.

—Exactamente. Antes, en el gineceo, las labores eran compartidas, pero ahora…

—¿Qué coño es el *gineceo*?

—Es una palabra griega. Se refiere al lugar de la casa donde habitaban las mujeres. En antropología se define como la reunión de las hembras cuidando a la prole mientras los machos salían a cazar.

—Vamos, un conjunto de tías con sus bebés.

—Eso es. Pues allí, las labores eran compartidas, y entre todas cuidaban a todos los críos. Si una estaba mala, o indispuesta, la dejaban aparte para que pudiera descansar. Pero ahora, en la sociedad actual, la esposa se debe hacer cargo en solitario y solo cuenta con su madre, si es que la tiene.

—O si es que vive cerca.

—Claro. Porque los bebés requieren y demandan atención constante, y la madre solo es un poco libre cuando ya son algo mayores, y los hermanos pueden jugar entre ellos.

—Cosa que ahora no ocurre, pues los hermanos escasean.

—Eso es. Ya solo se tienen hijos únicos.

—Y los padres tienen que jugar con los niños… siempre. Porque no solo no tienen hermanos, sino incluso amigos. Ya no verás a los niños jugando en la calle durante toda la tarde, o durante todo el día, en verano.

—Como ocurría con nuestra generación. ¿Te acuerdas?

—Los buenos tiempos, Paco. Nos pasábamos el tiempo en el descampado, sin parar de jugar y de correr…

—Eso ya no volverá, Juanjo. Los niños ahora tienen hasta depresiones…

—Algo inaudito en nuestra época, que un niño fuera al psicólogo.

—Pues ahora es algo frecuente. Porque lo que necesita un niño es jugar con otros críos, no con los padres. Pero claro, ya son casi una especie en extinción.

—Ya te digo. Hace poco oí a algún político decir que querían establecer la familia numerosa en dos hijos. Sobre todo, si es madre soltera. Por el tema de las ayudas que les dan, ya sabes.

—No me extraña. Y todo por culpa de lo mismo, Juanjo. Si ya es difícil para una mujer criar ella sola a un hijo, ahora que las han puesto a trabajar… ya ni te cuento. Y como lo prioritario es el trabajo, pues la maternidad es aparcada.

—O rechazada, directamente.

—Eso es. Salvo la población inmigrante, que esos sí que tienen hijos.

—Por el momento. Ya se volverán como los demás.

—No estaría yo tan seguro. Ahora mismo no representan más del diez por ciento de la población, creo. Pero parece ser que tienen un tercio de los hijos.

—¿Tanto?

—Eso parece.

—Joder… al final se van a quedar con el país.

—Pues mira, Juanjo, me alegraría.

—¿En serio?

—En serio. Si son capaces de imponer algo “normal” en esta sociedad decadente, habrá merecido la pena.

El otro lo miró sin mucho convencimiento, y luego dijo:

—Y todo esto, según tú, es porque las mujeres desobedecen a sus instintos primarios y hacen lo que les impone la sociedad. ¿No es así?

—Son las tendencias, tronco —replicó—. Tendencias fomentadas por la clase política, entre otros factores. Ideas disparatadas que se venden como que son "el progreso", pero que esclavizan y alienan a la población, sobre todo a las mujeres que se lo creen.

—Los putos *rojos*… —masculló.

—Es que la izquierda perdió su sentido en el momento en que el bloque del Este se derrumbó, y ahora tienen que buscarse otros "nichos de mercado".

—Ya se derrumbó antes, Paco. A todos los *rojos* se les cayó el mito cuando se descubrió que el fascismo y el comunismo eran esencialmente lo mismo. Es decir, dictaduras que oprimen al obrero y al campesino.

—Bueno, sí, eso por descontado. Pero en el momento en el que las democracias triunfaron en todo el mundo, ¿qué iba a reivindicar ahora la izquierda, más allá de la lucha sindical?

—Pues eso, como tú dices, tuvieron que "reinventarse" para seguir *chupando del bote*.

—Claro, con nuevos engaños. Cuando se descubrió la farsa del comunismo, ahora se han volcado con el feminismo, los homosexuales, la ecología, los derechos de los animales… Su "causa" principal, es decir, la lucha de clases, ya no tiene sentido porque…

—Porque ya se ha conseguido. Y precisamente no lo han conseguido ellos, sino las democracias capitalistas. Aquellas que tanto daño decían que hacían.

—Efectivamente. Pues como su "causa" principal ha muerto, ahora se han buscado pequeñas "causitas" y han hecho de ellas su bandera.

—Desde luego. Nadie renuncia así como así a los privilegios que ha tenido. El caso es luchar por algo, y si no hay nada por lo que luchar, pues se lo inventan.

—Eso es.

—Mira, en el fondo a mí no me parecería mal, si es que tienen algo que defender en todos esos colectivos. Lo que no me vale es que se inventen problemas que no existen. Que digan que la sociedad discrimina a las mujeres o a los *gais*, cuando no es así. Cuando la mismísima Constitución establece la no discriminación por razones de género o tendencia sexual, mismamente.

—Claro, no hace falta inventar nuevas leyes, sino aplicar las que hay.

—Que siempre se han aplicado.

—Desde luego. Pero hay que hacer propaganda, al fin y al cabo.

—No solo eso, Paco. Es que inventan leyes que sí discriminan. Que discriminan a los hombres, joder.

—Hay que captar votos como sea, Juanjo. Y con la cantinela de que "apoyan a las mujeres y a los homosexuales", ya se ganan el voto de una buena parte de la población.

—Y no es *moco de pavo,* tronco. Si una de cada diez personas es homosexual o lesbiana, ten por seguro que toda esa gente vota a los *rojos*.

—Ah, sí, claro. En propaganda no les gana nadie. No les darán trabajo, pero les han hecho creer que están de su parte.

—Así nos va a los demás. Solo se legisla para ellos, o para las mujeres, pues son quienes les dan de comer a toda esa panda de inútiles que son los políticos. Que no valen para otra cosa más que para vender humo. Y si hace falta, a esos "vulnerables" se les da una limosnita, una pequeña subvención, para así comprar su voto de por vida.

—Lo que se llama una *paguita*, vaya —agregó Paco, quien sonrió de forma sarcástica.

—Eso es. Y mientras, yo aquí currando. Currando como un negro para sostener a toda esa tropa de aprovechados y aprovechadas que viven a nuestra costa. A costa de los que todavía trabajamos, que cada vez seremos menos.

—Pues así nos engañan, colega. Bueno, a mí no me engañan. Yo también tengo una *paguita,* como tú sabes, pero yo no les voto. A mí no me compran con un plato de lentejas; a mí no me engañan, ni esos, ni nadie. Nunca conseguirán que yo haga las cosas porque las hace el resto de la gente.

Juanjo se rio y luego dijo:

—De eso doy fe, Paco. Tú no cumples la norma.

—Tú lo has dicho. A mí, lo que hagan los demás me da igual. Yo no soy uno más con la masa, ni sigo al rebaño.

—Estamos como para seguir a nadie, con este calor. Mejor nos quedamos a la sombra, tronco —los dos se rieron.

Efectivamente, ellos estaban en un banco bajo un árbol frondoso, pero el calor apretaba. En el parque había una mezcolanza de gentes y de razas, donde predominaba la sudamericana, aunque también había personas procedentes del este de Europa y también del Magreb.

—Mira, Paco. Hablando del velo. ¿No se asará esa tía con el pañuelo ese que lleva?

—No es muy grueso ni muy oscuro. Peor sería llevar un burka. Por cierto, ¿tú sabes por qué las tías se tapan en esos países, ¿verdad?

—Les obliga el Corán, ¿no?

—No exactamente. La razón de fondo es para no provocar a los hombres.

—¿En serio?

—¡Claro! ¿Por qué si no? No sea que a los tíos se les cruce un "mal pensamiento", un pensamiento obsceno, ya me entiendes, y queden en pecado. Por eso es.

—No lo sabía. Pero claro, es que si no… los moros las iban a violar a todas.

—Bueno, no creo que fuera el caso. Aquí las tías van por la calle medio desnudas, y no hay violaciones todos los días.

—Pues según la prensa, hay una epidemia de violaciones. Bastante pocas hay, creo yo… con todo lo que se exponen.

—¿Con todo lo que se exponen?

—¡Claro! Joder, es que van medio desnudas por la calle, tronco. Sobre todo ahora, en verano. La inmensa mayoría de los hombres no les vamos a hacer nada, aunque fueran desnudas del todo, porque lógicamente no estamos desquiciados. Pero siempre se pueden cruzar con algún gilipollas al que se le vaya la pinza. ¿No te parece?

—Me parece.

—Es como si yo… tengo miedo de que entren a robar en mi casa. Si la tuviera, claro. Bueno, pues si tanto miedo tengo, lo que no puedo hacer es dejarme la puerta abierta, ¿no?

—Claro, lo que pasa es que les puede el ansia de compararse con las demás. La que está medio bien no puede dejar pasar la oportunidad de demostrárselo a las otras, aunque con eso corran sus riesgos, claro está.

—Yo creo que no, Paco. Lo hacen para calentarnos, y luego nada, como siempre.

—De todo habrá. Pero yo creo que es más bien por lo otro. Es lo que te he dicho, Juanjo. Compiten entre ellas por una razón evolutiva. Recuerdo que una vez me dijo una compañera que no deseaba estar en un departamento solo con mujeres. Se sacan los ojos las unas a las otras. ¿Te acuerdas el caso que te conté de las secretarias? Pues es lo mismo. La chica esta de la que te hablo, prefería estar en un departamento mixto, o incluso en uno en el que solo hubiera hombres. Y te aseguro que no era nada machista. Yo creo que los hombres somos más nobles en ese sentido.

—Ahí estoy contigo. Las tías no es que sean más buenas que los hombres, como quieren hacernos ver las feminazis. Parece que ellas no han roto un plato en su vida, y nosotros somos unos seres malvados y depravados.

—La maldad no entiende de géneros, Juanjo. Son menos violentas, eso es verdad, porque no tienen testosterona, pero la violencia no es la única manifestación de la maldad. Hay actitudes que son más perversas y hacen más daño que una bofetada, por ejemplo.

—Desde luego. Pero resalta más eso, una bofetada aislada, que toda una vida de reproches, de humillaciones, de desprecios, de recriminaciones… Eso sí que es duro, y más difícil de llevar. Eso es violencia feminista, para lo que por cierto, no hay condenas.

—Ya, lo que pasa es que una bofetada no suele estar aislada. Suele ser solo la punta del iceberg. Hay mucho hijo de puta por ahí suelto, Juanjo.

—No lo dudo. Pero no tantos como dice la prensa... Joder, que parece que cada hombre es un maltratador en potencia… Es que la palabra de las mujeres siempre es cierta, y tienen presunción de inocencia; mientras que los hombres tienen presunción de culpabilidad… Es que no es justo, tronco.

—No, no lo es, y tienes razón. Hoy por hoy las mujeres tienen más derechos que los hombres. Igual que en el pasado quizás fuera al revés.

—Sí, pero yo no tengo la culpa de lo que hicieran en el pasado. Que parece que por ser hombre tenemos que estar pidiendo perdón por lo que hicieron nuestros padres o nuestros abuelos. Yo nunca he puesto una mano encima a mi mujer ni a ninguna otra. Joder, basta ya de hacernos pagar los pecados de nuestros padres, ¿no te parece?

—Está claro. Una sociedad igualitaria debería ser eso, igualitaria, y no poner más penas a la violencia contra las mujeres que a las que se hace contra los hombres. La violencia es violencia, independientemente de quién sea la víctima y de quién sea el agresor.

—Ahí la has clavado, tronco. Ya podrían tomar buena nota esos políticos que dicen luchar “por la igualdad”.

Paco asintió, y se quedaron un rato callados. La tarde avanzaba, aunque no por eso el calor aminoraba. Al cabo de un rato, Juanjo dijo:

—Joder, tronco, mira cómo van esas chavalitas.

—¿Quién?

—Esas cuatro —miró hacia unas adolescentes que cruzaban el parque—. Es lo que hablábamos antes. ¡Van medio desnudas! Se visten como si fueran putas, tronco. Si las vieran sus abuelas, fliparían.

—Sus abuelas ya están curadas de espanto, con todo lo que han visto. Yo creo que no ha habido en la historia un cambio más brusco que ese.

—¿Qué cuál?

—Pues el que ha tenido que presenciar esa generación. De pasar del novio al que como mucho le dabas un beso y a escondidas, al *despiporre* actual.

—Bueno, ya volverán las cosas a su cauce. Ya se encargarán las rojas de prohibirlo todo. Otra cosa más para flipar, ¿no te parece? Si hubieran sido los de derechas, nadie se extrañaría.

—Pues así va el mundo, tronco. Todo al revés, todo anti-lógico. Así estamos todos, medio zumbados. Algún día va a aparecer un pirómano, va a agarrar una cerilla y lo va a quemar todo.

—Y ese loco vas a ser tú —aseveró Juanjo.

—¿Yo?

—Sí, tú. No me extrañaría nada. Vamos, que me apuesto el cuello, y no lo pierdo.

Una pizza de cuatro quesos

Solemos pensar en las personas cultas como gente serena, pacífica, limpia, aseada… Y nos pudiera parecer que entre Paco y Juanjo había un abismo. Pero en realidad, no era así. Los dos provenían de la misma clase social y tenían gustos e inclinaciones parecidas. El mayor de los dos había ido a la universidad, eso sí, mientras que el otro no había pasado de las enseñanzas medias. Pero eso era todo.

A pesar de que, en su día, la diferencia de edad no les hizo socializar demasiado, ahora las cosas se habían igualado. Paco encontró en Juanjo a un verdadero amigo, más afín a él que la gente que conoció cuando se casó con Sandra. Esta, su mujer, ciertamente era de una clase social superior a la suya, y las personas de su entorno nunca le cayeron demasiado bien al antropólogo. Se aprovechó de todos ellos, cómo no, y por eso consiguió el que fue su único empleo, en aquella fundación. Pero ahora había vuelto a sus orígenes, y se encontraba la mar de cómodo, siendo lo que siempre había sido: un miembro de la clase media-baja.

De su barrio, fue el único que estuvo en la universidad, y solo por el influjo de su novia, Begoña, a quien conoció en el instituto. La chica no era nada parecida a él, pero le cautivó aquel joven tan alto y apuesto. Y cómo no, su descaro y su impulsiva manera de ser.

A él la carrera no le entusiasmó demasiado y estuvo a punto de dejarla varias veces. Pero la competitividad con su novia, por no ser menos que ella, le animó a seguir, y venció su natural inclinación a la pereza para terminar completándola. Hasta que la chica se hartó de Paco y lo dejó, dejándoselo en bandeja a su amiga Sandra. La pobre mujer lo recibió con los brazos abiertos, y se casaron antes de que se diera cuenta de cómo era en realidad.

En definitiva, aunque Juanjo y Paco coincidían en muchas cosas, cada uno tenía su carácter, y tenían convicciones y puntos de vista diferentes respecto a muchas otras.

Por aquella época, los intereses de las hipotecas bajaron, y Juanjo pudo disponer de algo de dinero. Con eso pudieron dar de alta la electricidad de nuevo, a nombre de Juanjo, pues de la otra manera hubieran tenido que pagar todos los recibos atrasados. Así las cosas, comenzaron a llevar una vida medianamente normal como compañeros de piso. Pero las fricciones entre los dos, que ya comenzaron a aparecer desde el primer día, se hicieron mucho más patentes.

—Joder, Paco, vengo *hasta los huevos* de trabajar, y no has comprado ni siquiera la comida. ¿Qué tenemos hoy de cena?

—No lo sé. Vete a la nevera y mira a ver qué hay. Yo ya he cenado.

—Anda que me esperas…

—¿Qué querías? ¿Una cena romántica con velitas y flores rojas?

—No, joder, pero…

—¿Qué querías que hiciera? Tenía hambre y me comí una pizza que había ahí.

—¿La de cuatro quesos?

—Sí, esa.

—Esa la compré para mí, tronco.

—Pues haberle puesto una etiqueta. Yo pensaba que lo que hay en la nevera es de los dos.

Paco estaba tumbado en el sofá, viendo un partido de futbol con un botellín de cerveza en la mano y apenas le miraba. Juanjo se fue hacia la cocina, y cuando abrió el frigorífico no encontró apenas nada. Tan solo un par de huevos y un paquete de salchichas ya empezado. Entonces volvió hacia el salón.

—Huele mal aquí, Paco. Podrías abrir la puerta de la terraza.

—¿Estás loco? ¡Entrará todo el calor!

—Bueno, pero al menos correrá el aire.

—¿Es que no lo comprendes? Es el primer principio de la termodinámica, tronco. Si afuera hay 40 grados, y dentro 35, si abrimos, las temperaturas tenderán a igualarse. ¿Lo entiendes?

—No —contestó—. Si abrimos es mejor.

—¿Cómo que es mejor? ¿Acaso crees que los 35 de dentro bajarán los 40 de fuera? ¿Se va a quedar la calle más fresquita, si abrimos?

—Mira, tronco, mañana voy a comprar un ventilador.

—¿Con qué dinero?

—Con el tuyo.

—¿Con el mío?

—Sí, porque tú tienes que tener, joder. Yo soy quien compra casi toda la comida y paga la electricidad, y tú ya no te vas de putas que yo sepa. ¿O sí?

El compañero sonrió y dijo:

—Mira, mañana voy a ir al punto limpio, a ver si encuentro algo. Con el calor que hace, la gente pone los ventiladores a tope y acaban quemados.

—¿Y para qué queremos un ventilador roto?

—Bueno, quizás yo consiga arreglarlo.

—Ya, haciendo una derivación, como hiciste con la luz de la escalera, ¿verdad?

—Pues mira, sí, algo parecido. Lo que tú no sabes hacer, por cierto.

—Ya. Lo que ocurre es que tú eres un puto tacaño, tronco. Un roñoso, joder. Por eso te dejó tu mujer, y lo sabes. ¿A qué sí? Por la que liaste con lo del piso. Por la racanería con las cuatro perras de diferencia entre lo que...

—Lo que yo soy es un bocazas —le interrumpió—. No tenía que haberte contado nada de eso. He hablado de más, y ahora lo utilizas en mi contra.

Juanjo lo miró con desdén, y se marchó a abrir la puerta de la terraza, sin que el otro hiciera nada por impedirlo. Tras unos segundos, preguntó:

—¿Ha sobrado algo?

—¿De qué?

—De la pizza.

—No. Me la he comido entera.

—Joder, tronco… ¿hay pan?

—Hoy no he comprado. Lo que sobró de ayer lo gasté en la comida. Como no quieras pan de molde…

—¿Hay?

—Sí, claro. En el armario de la cocina. El que está encima de la nevera.

Juanjo fue para allá y miró el paquete. La bolsa estaba abierta, y en su interior el pan reseco. Eso, el superficial. Más abajo, las rebanadas presentaban un color verdoso, signo inequívoco de que les había salido moho. Miró la fecha de caducidad, y hacía semanas que había caducado.

—Paco, esto no puede seguir así —le avisó, saliendo hacia el salón.

—¿El qué no puede seguir así?

—Que no haces nada, joder. Yo soy el que curra y el que más pone, y además hago casi todas las cosas de la casa.

—Pues no las hagas —dijo con indiferencia, sin dejar de mirar al televisor.

Paco estaba desnudo, con solo un calzoncillo puesto, con la mano izquierda metida dentro del mismo, mientras que con la derecha sostenía el botellín que apoyaba sobre la barriga.

—Claro, pero si no las hago yo, entonces vivimos como cerdos en una pocilga. Como estás tú, todo el día tocándote los huevos.

—¿Qué pasa? ¿Me los quieres tocar tú? —le miró.

—Podrías buscarte un curro, y así tendríamos más dinero. Podríamos incluso contratar a una chica.

—¿Una chica? ¿Para compartirla entre los dos?

—No, joder, ya sabes a qué me refiero. Para que adecente un poco todo esto, coño.

—No hay trabajo de lo mío, ya te lo he dicho.

—Bueno, pero podrías buscarte trabajo de otra cosa, aunque no fuera de lo tuyo.

—Yo trabajo de lo mío, o no trabajo.

—¿Pero no dices que de lo tuyo no hay trabajo?

—Claro, por eso no trabajo.

—Mira, tronco —Juanjo se desesperaba—. Estoy comenzando a estar un poco *hasta las pelotas*. ¿Me entiendes?

—Es que no sé de qué te quejas, tío —se levantó—. Protestas porque eres tú quien sostiene esta casa, ¿verdad? Bueno, pues eso mismo es lo que hacías con tu mujer, ¿no? Sostener una casa. Es lo que siempre me estás diciendo…

—Sí, pero ella me daba otras compensaciones, cabrón.

—¿Ah sí? ¿Pero no decías que no te las daba? ¿En qué quedamos? ¿O es que quieres que te las dé yo?

—Pues mira, ya solo nos faltaba eso, colega. Vivimos juntos, paseamos juntos, comemos juntos… se van a pensar que somos maricones, joder.

—A mí *me la suda*, tronco. No sabes cuánto *me la suda* lo que piensen o digan de mí los vecinos.

—¿Sabes lo que te digo? —Juanjo ya no se pudo contener.

—¿El qué?

—Que me voy a pirar de aquí, y te voy a dejar solo, para que te mueras de asco. Para que te mueras nadando en la mierda, cabrón.

—Oye, sin faltar, eh.

—No, si yo no falto. El que faltas eres tú. Faltas en hacer las cosas, y faltas en todo.

—Eres un puto chinche, jodío —se irritó—. No me extraña que tu mujer *te diera boleto*. Que si huele mal, que si hace calor, que si no haces nada, que si eres un rácano, que si no hay comida... ¿Me quejo yo de algo? ¿Me quejo yo de que no paras de quejarte? Joder, que pareces una piba, tronco. No dejas de dar la brasa.

—Mira, ya no aguanto más… *Me piro*.

Juanjo se marchó a su habitación y se puso a recoger sus cosas del armario, mientras el otro se quedaba en el salón viendo el partido. Al cabo de un rato salió con la maleta.

—Me llevo solo una, porque si voy a dormir en el coche no me cabe nada más. Mañana vendré a por lo que falta.

—Pero, ¿te vas de verdad?

—Sí.

—¿En serio?

—¿Qué te crees? ¿Qué es un farol?

Paco se dio cuenta de que no bromeaba y le espetó:

—¡Eres un puto ingrato, tronco! —se levantó otra vez—. Yo te abro mi casa, te dejo vivir aquí, no te cobro alquiler, ¿y así me lo pagas? ¿Con una bronca?

—¿Un alquiler? ¡Ja! —exclamó—. Date por pagado con lo que has comido, a mi costa, y con el sueldo que no me has dado por haber sido tu criado.

—Venga, tronco… no te pongas así… —se amilanó.

—Me pongo, como me sale de los huevos.

—No hace falta que te vayas, joder…

—¿Sabes lo qué te digo? —repitió—. Que-te-den-por-cu-lo. ¿Me oyes? ¡Qué te den por culo! —y se marchó, con un portazo.

Carta del Juzgado

El “divorcio” entre Juanjo y Paco fue “amistoso”, y este último convenció a su amigo para que dejara sus cosas en el piso, y que al menos le visitara de vez en cuando. Él accedió a ello, entre otras razones, porque tenía ciertos planes para los cuales debía contar con su amigo. De momento no pudo visitarle nada, porque enseguida lo trasladaron a Arganda otra vez, y ya no se pudo pasar por Vicálvaro.

La vuelta a la soledad les pasó factura a ambos, pero especialmente a Juanjo, quien profundizó en el resentimiento que tenía hacia su mujer. Sobre todo, al recibir una carta totalmente inesperada. Le habían llamado desde las oficinas de la empresa, en Conde de Casal, el que era su domicilio oficial en ausencia de otro.

—Llegó ayer, Juanjo. Un agente del Juzgado la trajo en persona —le informó el coordinador de turnos—. Insistió en que tenías que recogerla tú mismo, pero como estabas en un trayecto, al final le convencí para que me la dejara a mí. Eso sí, tuve que firmar una declaración de responsabilidad.

—Pero, no entiendo... ¿Estás seguro de que es del Juzgado?

—Eso parece. ¿En qué lío te has metido?

Juanjo abrió la carta, la leyó... Y un ataque de cólera se apoderó de él.

—¡Hija de puta!

El coordinador se lo quedó mirando esperando una explicación, y este añadió:

—¡Me ha denunciado! ¿Me oyes? ¡Me ha denunciado, la muy zorra…!

—¿Tu mujer?

—¡Me ha denunciado porque no le he pagado la pensión!

—¡Ja! Ni tú ni nadie ha pagado nada. Hasta que no cobremos, aquí nadie tiene un céntimo.

—Joder, Pepe, que han sido solo tres días... ¿Se oye algo por ahí sobre cuándo nos pagarán?

—Tengo un amigo en Personal que dice que es posible que sea la semana que viene. Dichosa crisis...

Juanjo se sentó en una silla de la oficina, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre la misma. A continuación, se puso las dos manos sobre la cara, y comenzó a llorar. Comenzó a llorar de una forma muy sentida, y su compañero intentó consolarlo:

—Vamos, hombre, no es para tanto. No creo que vayas a la cárcel solo por eso. En cuanto cobremos...

—Es que ya no voy a poder tener a Marquitos, Pepe. ¡Esa es la cuestión!

—¿Por qué?

—Ya te lo conté —se intentó secar las lágrimas—. Ahora que por fin terminó la lactancia, Toñi ya no tiene excusas para no entregármelo, pero está peleando con uñas y dientes para que yo no lo vea.

—Vale, y ¿esto que tiene que ver?

—¿Es que no lo entiendes, Pepe? Esto es un incumplimiento del pacto de divorcio, y ahora se podrá agarrar a que soy insolvente, o que mis ingresos no son regulares, o cualquier otra cosa que se invente... ¡y se quedará con el crío!

—Ya, entiendo. Pero, ¿dónde pensabas llevártelo? ¿No me decías que, al no tener domicilio, eso también era un problema?

—Ya está solucionado. Me empadroné en casa de un amigo, y pensaba pasar allí los fines de semana con el chico.

—¿El amigo ese de Vicálvaro?

El otro asintió.

—¿Y tú crees que ahora con esto...?

—No se saldrá con la suya, Pepe. ¡No se saldrá con la suya! Me va a devolver todo lo que es mío. ¡Esa zorra me va a devolver lo que es mío!

—Juanjo, ¿dónde vas? ¡No puedes marcharte en medio de un turno!

Pero Juanjo ya no oía ni veía nada, y salió de la oficina como una exhalación.

Sin control

Como suponía, esta vez su mujer no le abrió la puerta. Insistió repetidas veces con el botón del portero automático, pero no hubo manera. Ni siquiera le contestó.

Pero justo en ese momento salió un vecino del portal, un señor mayor que le conocía, y entró rápidamente tras intercambiar algunas breves cordialidades.

Subió las escaleras de dos en dos y cuando llegó al segundo piso pulsó el timbre y mantuvo la mano en el pulsador hasta que este dejó de sonar por puro agotamiento de la resistencia interna.

—¡Toñiiiiii! —comenzó a gritar, mientras golpeaba la puerta con las dos manos—. ¡Toñiiiii!

Tras varios minutos de tenaz insistencia, por fin desistió. No tenía sentido continuar aporreando la entrada indefinidamente. Su mujer jamás le abriría. De hecho, el día que le regaló el camión de juguete a Marquitos, fue la última vez que lo hizo. Todas las demás veces que intentó ver a sus hijos fueron en vano, rechazado con el desprecio y la desidia más absoluta, y siempre se había tenido que marchar ante las amenazas reiteradas de llamar a la Policía. Además, probablemente eso mismo sería lo que estaría haciendo Toñi en ese momento: llamar a la Policía.

Y nada sería peor para sus pretensiones de estar con su hijo que eso: un atestado policial.

Entonces se sentó sobre un peldaño de la escalera y comenzó a llorar otra vez. La profunda tristeza se juntaba con la rabia y la impotencia, hasta que por fin se levantó y se dispuso a bajar. De haber avisado a las fuerzas del orden, ya estarían al llegar.

Pero cuando iba por el primer piso, oyó el ascensor que se abría en el segundo, y la voz inconfundible de Marquitos. Miró la hora, y se dio cuenta de que Toñi debía de venir de recogerlo del colegio, mientras los dos mayores estarían todavía en el instituto. Entonces volvió a subir rápidamente, y abordó a su mujer justo cuando acaba de abrir la puerta.

—¿Qué me has hecho, Toñi? ¡Qué me has hecho!

La mujer intentó rechazarlo y lo empujó hacia afuera, pero él se resistió. De hecho, ya estaba dentro del piso.

—¡Lárgate de mi casa, cabrón! —le gritó.

—¿Tu casa? ¡Querrás decir la mía!

—¡Lárgate!

—¡No tienes derecho a hacerme esto, Toñi! ¡No tienes derecho! ¡No tienes ningún derecho!

La empujó con fuerza y la mujer retrocedió hasta entrar en el salón, mientras el niño, asustado por los gritos, huyó hacia su habitación buscando a su hermana mayor. Y como no la encontró, se metió debajo de la cama. Mientras tanto, la mujer comenzó a gritar:

—¡Socorro¡, ¡Socorro! ¡Me quiere matar! ¡Socorro!

—¡Cállate, puta! —Juanjo estaba totalmente fuera de sí, y entró al trapo, comenzando otra vez con los insultos. Pero eso era justamente lo que ella pretendía, es decir, tener más argumentos para quedarse con el chico, y sobre todo, que lo oyeran los vecinos.

—¡Yo solo quiero que me devuelvas a mis hijos! —se defendió.

Pero ella seguía chillando, y entonces él le puso una mano sobre la boca para hacerla callar, algo que consiguió en parte.

—¿Por qué tenías que denunciarme? ¿Eh? ¡Es solo un retraso! ¿Cuándo te he dejado yo de pagar? ¿Eh? ¿Cuándo te he dejado yo de pagar, a pesar de que no te merecías ni un céntimo?

Entonces fue cuando le mordió, y el dolor le hizo retirar la mano. Toñi se zafó de él, y se marchó hacia la salida, sin dejar de gritar. —¡Socorro! ¡Socorro! ¡No me pegues más! ¡No me pegues más!

Haciendo caso omiso del dolor, consiguió interceptarla antes de que saliera del salón, abalanzándose sobre ella con la intención de hacerla callar. La mujer perdió el equilibrio y cayó sobre el sofá, sin dejar de repetir lo mismo: *«¡No me pegues, no me pegues! ¡No pegues al niño! ¡Al niño no…!».*

Al mencionar al chico, Juanjo perdió el poco control que le quedaba, y le dio un fuerte manotazo que la tumbó en el sofá sin que por ello dejara de gritar de forma desaforada, incluso más fuerte.

Entonces, puesto que con la mano era imposible hacerla callar, se echó encima de ella, agarrando uno de los cojines que había sobre el sillón, el cual lo puso sobre su cara, apretando con todas sus fuerzas.

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Eres una puta! ¡Una puta mentirosa! —se desgañitó, a su vez.

Pero ella seguía gritando, a pesar de todo, mientras luchaba para quitarse a Juanjo de encima, quien seguía apretando fuertemente para hacer que se callara.

La ira, la rabia, el rencor, el resentimiento… toda la aversión y el odio contenido durante tanto tiempo explotó aquel día, y el hombre perdió el control de sus fuerzas, igual que perdió también la noción del tiempo que mantuvo aquel cojín sobre la cara de su mujer.

Toñi por fin se calló… y se calló para siempre. Su exmarido, la había asfixiado.

Un cuchillo afilado

No solo mucho después, incluso ese mismo día, aquellos instantes terribles los recordaba como si hubieran sido un sueño. Como algo que le habían contado. Como las imágenes fugaces que se tienen recordando lo que se ha hecho durante una borrachera.

Cuando por fin volvió en sí tras aquella enajenación, intentó reanimarla, pero ya era imposible. Se dio cuenta de que estaba muerta cuando levantó sus párpados y se quedaron subidos, mostrando aquellos ojos totalmente vidriosos que miraban al infinito.

Los volvió a bajar y entonces fue plenamente consciente de lo que había hecho.

Se quedó ensimismado mirando el cuerpo inerte de Toñi, tumbada en el sofá, con la pierna y el brazo derecho colgando por un lateral… y ahora ya no albergaba ningún odio, ningún resentimiento, ninguna inquina. Todo lo que tenía era una suma tristeza, y, algo totalmente inesperado, volvió a recordar a quien había sido la mujer de su vida, la madre de sus hijos, en sus mejores momentos.

Así, en aquella postura o parecida, solía echarse la siesta los domingos, de recién casados, después de hacer el amor, o después de comer, mientras veían la televisión.

Recordó la luna de miel en Tenerife, las risas en la playa, la ilusión de la boda… los momentos felices de su vida en pareja… y entonces sintió un enorme sentimiento de culpa, una desazón interna que, como si fuera un cuchillo que lo atravesara, le partió el corazón.

Pero entonces apareció el chico, quien acudió tras haber cesado los gritos.

—¿Qué le ha pasado a mamá? ¿Está dormida? —Marquitos le miraba desde el quicio de la puerta, y entonces ya no pudo más. Se marchó hacia la cocina y sacó un cuchillo afilado de uno de los cajones, con la intención de suicidarse. La luz de la estancia incidió en su filo y emitió un destello que lo cegó momentáneamente. Entonces se llevó la mano hacia el pecho y colocó la punta en el espacio intercostal, justo a la altura del corazón.

Con el gesto torcido y la mano temblorosa comenzó a apretar y a apretar, mientras el filo se iba introduciendo lentamente en la carne… hasta que se detuvo. Su hijo se le había agarrado por detrás a una de las piernas y le decía:

—Papá, ¿has venido a quedarte conmigo?

El cuchillo se le cayó al suelo y las lágrimas ya no pudieron seguir contenidas dentro de sus ojos. Después de tanto tiempo sin verlo, probablemente el chiquillo solo le recordaba de la época en la que él no era Juanjo, sino simplemente, «papá».

Entonces lo abrazó y lo llenó de besos. Unos besos tristes, dolorosos, compungidos… Besos atormentados y llenos de amargura, que se sucedían uno tras otro mientras en la lejanía se oían las sirenas de la policía. Los vecinos les habían avisado nada más comenzar los gritos.

Especial informativo

ESPCIAL INFORMATIVO. Lamentablemente, tenemos que informar del asesinato de otra mujer, en el que es ya el enésimo crimen machista en lo que llevamos de año.

El presunto asesino, con las iniciales J.J., fue reducido por las fuerzas del orden y detenido en el domicilio conyugal, lugar donde perpetró el crimen. El homicida había intentado quitarse la vida tras el terrible suceso, y tuvo que ser atendido en un centro sanitario, donde presentaba heridas leves en el pecho y en una mano. A continuación, y tras tomarle declaración, la jueza instructora ha dado orden de proceder a su ingreso inmediato en prisión, siendo conducido al centro penitenciario de Alcalá-Meco, donde permanecerá encarcelado hasta que se celebre el correspondiente juicio.

Concentraciones de repulsa a la barbarie machista se están sucediendo por todo el país, y las organizaciones feministas han movilizado a todas las asociaciones en defensa de las mujeres. Los grupos de activistas están llenando las principales plazas en todas partes, y al grito de *«¡Basta ya!»*, miles de manifestantes se han concentrado exigiendo al Gobierno mayores penas para detener la violencia de género. A este respecto, la ministra de Igualdad ha manifestado que están trabajando para endurecer las mismas. Según sus palabras, «para erradicar de una vez por todas esta lacra, este sinsentido de matar a una mujer solo por el hecho de ser mujer».

Desde la dirección de esta cadena, nos unimos a estas reivindicaciones, y esperamos y deseamos que este sea el último caso de violencia de género, el último crimen machista del que tengamos que informar. Buenas noches.

Visita a la cárcel

—Te has pasado tres pueblos, tronco.

—Me pudo la testosterona, Paco.

Se había puesto otra vez el traje de Armani que aún conservaba tras la última vez que se lo puso, el día de la fuga de Nancy. Como no pagaba el billete, siempre era mejor parecer una persona "respetable" cuando aparecía el revisor. Simplemente decía que no sabía dónde lo había guardado, tras registrarse exhaustivamente todos los bolsillos. Lo normal era que le dejaran continuar, salvo en algún caso en que le hacían bajarse y no le quedaba más remedio que tomar el siguiente tren. Y eso mismo fue lo que hizo aquel día, cuando tomó el tren hacia Alcalá.

Al llegar a la prisión tuvo que identificarse en la entrada, y luego esperar en una amplia estancia similar a las salas de espera de los aeropuertos, pero muy desvencijada. Tras cerca de media hora de aguardar a que alguien se dirigiera a él, por fin apareció un funcionario quien le preguntó su nombre y le pidió de nuevo que mostrara su documento de identidad. Este lo condujo a otro lugar en el que tuvo que despojarse de todas las cosas que tuviera en los bolsillos, las cuales depositó en una taquilla. Tras pasar por un escáner, el primer funcionario le abandonó y otro tomó el relevo. Este le pidió de nuevo el documento de identidad —lo único que le habían dejado que portase—, y le cacheó exhaustivamente, por si algo se había dejado entre la ropa.

Por fin llegaron al lugar de las cabinas, después de atravesar varias esclusas de rejas que se abrían y se cerraban a su paso. «*Cabina ocho*», le dijo el hombre, y Paco se aproximó despacio, dudando, hacia una puerta blanca con un pomo sucio que se resistía a girar. Entonces miró al funcionario, que ya estaba lejos, y este pareció decirle «*empuje, empuje fuerte».* Tras hacerlo, la puerta cedió y las desvencijadas bisagras casi se cayeron.

La puerta no era más que un “separador” entre mamparas de madera, que intentaban dar alguna intimidad a las visitas, y que delimitaban las cabinas adyacentes. Unas cabinas vacías en ese momento, donde solo había una visita más, cuatro o cinco cubículos más allá. Era una señora mayor que debía oír poco, pues estaba pegada a la mampara de metacrilato que separaba cada cubículo de la zona “caliente”, es decir, la zona donde estaban los presos, al otro lado. Allí, una serie de agujeros en la mampara permitían que los contertulios se escuchasen.

Juanjo todavía no había llegado, y Paco se preguntó qué sentido tenía aquel cacheo tan exhaustivo, cuando era imposible poder pasarle nada al preso. Las mamparas llegaban hasta el techo, y el único contacto posible tenía que ser por aquellos minúsculos agujeros que atravesaban el material transparente del que estaban hechas. Cuando por fin llegó, el preso soltó una lágrima y el antropólogo estuvo a punto de hacerlo igualmente.

Las visitas a los prisioneros en prisión preventiva estaban muy limitadas en cuanto a tiempo, pero Paco hizo todo lo posible para intentar animar a su amigo. Tenía una cara de sumo abatimiento cuando apareció, y solo su presencia le pudo reconfortar un poco. Al final del encuentro incluso llegó a bromear, cuando le dijo:

—Cuando te vi con el traje pensé que ibas a solicitar un vis a vis. Como Solo te lo pones en situaciones, digamos, especiales… —los dos se rieron.

—Sigue con ese buen humor, Juanjo. Es por tu bien. Si no, te vas a volver loco.

—Ya me da igual todo, la verdad. Antes tenía poco, pero ahora sí que no tengo nada.

—La prensa ha dicho barbaridades sobre ti.

—Eso me cuentan, pero no te creas nada. Yo solo quería que Toñi se callara. ¡Solo quería eso…! Pero se me fue de las manos.

—Y todo por una carta del Juzgado…

—La Pereira paga mal y tarde, Paco. Y Toñi lo sabía. Alguien le debió decir que quizás con la denuncia podría retener mejor al crío. Pues mira, al final se quedó también sin él.

—Pues sí. Buena la has liado. Tienes a todas las feministas en contra tuya.

—¿Siguen hablando de mí en la tele?

—Ya no. Otro tipo en Asturias ha matado también a su mujer y ahora ya solo hablan de él.

—Menos mal. No quiero ni pensar lo que me harían en el juicio, si siguen dando la matraca.

—Este se ha cargado también a los hijos, así que lo tuyo ya se ha olvidado.

—Cargarse a los hijos… ¡Menudo cabrón!

—Pues sí. Qué le habrán hecho los críos…

—Como no sea ponerse del lado de la madre...

—Lo dudo. Eran pequeños. Uno de ellos poco más que un bebé.

—¡Qué desgraciado!

—Y aunque se hubieran aliado con ella, tampoco eso sería era razón para matarlos. Lo ha debido hacer para fastidiarla, supongo.

—Seguramente. Pero, joder, que la clave alfileres en los ojos si tanto la odia, pero que no toque a los críos…

—Pues sí. Bueno, y, ¿qué tal por aquí?

—Fatal. Ya te puedes imaginar. Aquí hay una gentuza… te quejabas tú de nuestro barrio… Aquí está la flor y nata de la chusma, tronco.

—Ya me imagino. Y, ¿no te arrepientes?

—¡Claro que me arrepiento! No tanto por ella, sino por los chicos. Se han quedado sin su madre. Mala madre, pero madre al fin y al cabo.

—¿Qué será de ellos ahora?

—No tengo ni idea. Las hermanas de Toñi se los quieren quedar, pero también la mía. Ya sabes que Pilar no puede tener hijos. El otro día estuvo por aquí y me dijo que había iniciado el proceso de adopción.

—¿Les cae bien tu hermana a los dos mayores?

—Cuando eran pequeños los quería mucho, y yo creo que ellos también a ella. Pero a Toñi le caía fatal, y no sé si también los habrá puesto en su contra. Mi cuñado es militar, ya te lo dije, y está en mejor posición económica. Las hermanas de Toñi, no tanto. En Andalucía tienen empleos precarios. Entran y salen del paro... No sé lo que pasará.

—Lo más probable es que se queden en un centro de acogida. El juez no querrá mojarse cuando vea que hay disputas entre las dos familias.

—Seguramente. Qué pena, Paco. De verdad, ¡qué pena! —se echó a llorar.

—Si hay algo que yo pueda hacer por ti…

—Ven a verme de vez en cuando.

—Descuida, dalo por hecho.

Simón

Nancy le había reconocido en cuanto que encendió la luz. Aquel hombre tendido en el suelo era Simón, el hermano de Gabriel. Era un asesino a sueldo que normalmente trabajaba solo, y que ella había visto en contadas ocasiones. Pero el hecho de haberle encontrado allí, en el piso de Vicálvaro, significaba que habían ido a por ella, y se asustó. Por eso aquel día salió despavorida de casa de Paco. Un miedo atroz se apoderó de la muchacha, y salió a la calle sin reparar siquiera en terminar de recoger sus cosas.

Podría haber seguido sus planes y marcharse con su amiga a Alicante, pero eso también era un riesgo. Y lo peor de todo, su hijo corría un grave peligro. Si habían sido capaces de localizarla en Madrid, mucho más hábiles serían para averiguar el paradero de su retoño, por mucho que estuviera en los confines de la isla, en Nagua. Quizás estuviera a tiempo de impedir que lo mataran, y por eso se apresuró hacia Villablanca, hacia el Vesubio. Era necesario contener a su jefe antes de que fuera demasiado tarde.

Afortunadamente, el hombre que la recogió en la calle se portó como un caballero. Lejos de dejarla en la estación, la llevó en su coche hacia la localidad serrana, ante los sollozos incontenidos de la chica. Cuando llegó estaba amaneciendo, y se encaminó hacia la habitación de Gabriel. Ojalá estuviera allí y no se hubiera ido a hacer "negocios…"

Tuvo suerte. Al cabo de un rato abrió la puerta, y el hombre se la encontró llorando con cara de no haber roto un plato en su vida. Pero no coló. El mafioso le dio un bofetón que reventó su labio, mientras la arrastraba al interior de la habitación y la empujaba sobre la cama.

—¡Zorra! ¿A dónde *canchas* te habías ido?

—¡Perdóname Gabriel! ¡Perdóname! Ese hombre me secuestró, y yo… —no terminó la frase, pues un fuerte puñetazo le rompió su pómulo izquierdo.

Pero ella no gritó. Solo repetía una y otra vez: "¡Perdóname!"

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Eh? —exclamó—. ¡Zorra! —otra bofetada—. ¿Dónde está mi hermano? ¿Eh? ¡Contesta!

—Recién se peleó con Paco… ¡Se pegaron y yo me marché!

—¡Puta! —exclamó iracundo, mientras intentaba darle otro bofetón, que por suerte esquivó.

—¡Perdóname! —le abrazó con fuerza, sin parar de llorar, y entonces el hombre se detuvo. Ella siguió llorando mientras repetía esa palabra sin parar, «¡perdóname, perdóname…!», al tiempo que doblaba las rodillas para desplazarse hacia abajo sin desengancharse en ningún momento de él. Se arrodilló, colocó su cabeza a la altura de su pubis, le bajó la cremallera… y Gabriel se apaciguó totalmente.

—Tú sí que sabes convencer a los hombres, zorra... —se aplacó, mientras con su mano derecha comenzaba a juguetear con los rizos del cabello de la chica.

Mentiras piadosas

En realidad, Nancy no hubiera querido nunca escribir aquella carta. De hecho, se sintió muy mal llamándolo «mamarracho», «pordiosero», o «viejo». Pero el aprecio, el cariño y la estima que le tenía, y sobre todo la gratitud, le empujó a hacerlo. Si ella había estado en peligro, él también lo estaba, y si Paco hubiera vuelto por el Vesubio, a buen seguro que se hubieran ensañado con él.

Ella lo conocía bien, y sabía que la única manera de mantenerlo lejos y por lo tanto a salvo, era precisamente eso, hacerle ver que no quería saber nada más de él. De lo contrario, Gabriel y Alfredo lo sacarían de allí con una pierna rota, o con un hierro entre las costillas. Eso lo sabía muy bien Nancy, y por eso quería mantenerlo alejado.

Y respecto a ella… Ya no podía salir, ni siquiera a la puerta a captar clientes, como en su día hizo con Paco. Ahora vivía encerrada en el burdel sin ver la luz del sol más que por la ventana. Pero pudo escribir la carta y se la dio a un cliente al día siguiente de la paliza. Sí, estaba desfigurada, pero eso sería temporal, y mientras tanto la ofrecerían más barata. Redactó la misiva en el reverso de una octavilla de propaganda, construyó un sobre casero con papel de envolver, y se lo dio a un adolescente que la visitó aquella tarde, con el encargo de que comprara un sello y lo echara al primer buzón de correos que viera. Al menos el chico cumplió su palabra.

De no haber hecho nada o haber escrito otra cosa, Paco hubiera vuelto sin dudarlo. No era tan tonta cómo parecía, y sabía que eso sería lo que él hubiera hecho. Y la verdad es que acertó. La pobre chica, visto lo visto, renunció a hacer más aventuras y siguió intentando saldar una deuda que, con los intereses y la multa que le cayó por su intento de huida, ya era imposible de pagar.

Pero ya habían pasado muchos meses desde la desaparición de Simón, y Gabriel comenzaba a preocuparse. Otra chica se había fugado, y lo necesitaba para darla un escarmiento.

Ernesto y Nelita

Ernesto estaba encantado con su nuevo celular. Un teléfono móvil de última generación que había obtenido, así, como caído del cielo, y que costaba más de 1.000 dólares. Estaba claro que quien se lo envió se había equivocado de destinatario, pues aquello no era normal.

Su natural honradez le conminaba a devolverlo, pero no encontró remitente alguno a quien poder hacerlo. Sopesó la idea de quedárselo y fardar con sus amigos, pero lo pensó mejor y optó por venderlo. Acababa de casarse y todavía no le había hecho un regalo en condiciones a su mujer, Nelita.

No consiguió sacar más de 400 dólares, pero con eso tuvo más que suficiente para comprarle un estupendo vestido, el vestido que ella siempre había deseado tener. Lo que no imaginaba era que aquel regalo del cielo venía más bien del infierno, pues trajo la desgracia a aquella casa.

—Buen día tenga usted, *doña*. Preguntaba por don Ernesto. ¿Está por acá?

Gabriel había tenido que viajar a la República Dominicana por "negocios", y había aprovechado para intentar dilucidar qué le había pasado a su hermano. Ya eran muchos meses los que habían transcurrido sin que supiera nada de él, y aquello no era normal.

Su último paradero conocido había sido en aquella casa de Santo Domingo, lugar en el que el servicio de localización de Google le informó de que había estado por última vez.

En un principio no se preocupó por su ausencia. Simón había cumplido con su misión, y Nancy había vuelto al Vesubio sumisa como un corderito. Le llamó para preguntarle cómo le había ido, pero no le respondió a la llamada. Tres días después seguía sin responderle, y fue cuando supo que estaba en su país natal gracias a los itinerarios que consultó.

A partir de ahí se despreocupó. Aquel sicario aparecía y desaparecía, pues se vendía al mejor postor, y ahora podría estar en cualquier sitio ejecutando a alguien. No era de extrañar que estuviera en la isla, pues allí tenía sus orígenes y muchos otros “clientes”.

Pero ya habían pasado muchos meses, y Gabriel necesitaba a Simón. El mafioso no debía ausentarse demasiado del Vesubio si no quería perder el control de sus chicas, y lo precisaba para hacer los "trámites" más escabrosos. Trámites como el que tenía ahora mismo entre manos, es decir, escarmentar a la chica fugada, que al parecer se encontraba en Colombia.

Porque el hecho de que la pista se perdiera en esa casa, la casa de Ernesto, solo podía significar que algo malo le había ocurrido allí a Simón. Si hubiera extraviado el celular en ese sitio, era tan fácil como comprarse otro e iniciar sesión en el nuevo con la misma cuenta de Google, y a partir de ahí se le podría localizar otra vez. Si alguien se lo robó y luego lo vendió, al no poder acceder al teléfono por estar protegido por contraseña, lo normal era “resetear” el aparato para que después el nuevo usuario pueda introducir su propia cuenta una vez que el aparato vuelva al estado “de fábrica”.

Pero, en cualquier caso, tanto si fue extraviado como si fue robado, Simón tendría que "dar señales de vida", es decir, incluso en el caso incluso de que se hubiera abierto una nueva cuenta de Google, o de que hubiera cambiado de número de teléfono, ¿por qué no iba a llamar a su hermano, aunque solo fuera para saludar? Muchos meses habían transcurrido ya, y aquello no presagiaba nada bueno.

Y ahora, con su visita a la República Dominicana, Gabriel se disponía a intentar dilucidad qué había ocurrido en esa casa, en el lugar donde se registró la señal de su hermano por última vez.

Aquella era una barriada humilde en las afueras de Santo Domingo, y no le fue difícil averiguar quién vivía en aquella casa. Una cochambrosa vivienda, aislada de las demás, donde vivía Ernesto, un joven vendedor ambulante de objetos de segunda mano y su flamante esposa, Nelita.

La mujer contempló a aquel hombre que preguntaba por su marido con cierta curiosidad. Su impecable traje negro brillante que parecía encerado, su estrecha corbata del mismo material, su bigotito fino, el pelo engominado hacia atrás y recogido en una coleta... Aquel tipo, desde luego, no era de por allí, aunque por su acento parecía un vecino de la barriada. Él, por su parte, contempló a una muchacha muy joven, una bella adolescente que estaba embarazada, y que lo recibía con cara risueña.

—Mi marido está con la venta —le respondió—. En la ciudad.

—Ah, vaya... Yo vine acá para ofrecerle un trabajo, no más.

La chica abrió los ojos con interés. El matrimonio malvivía con los escasos dólares que les proporcionaba la venta ambulante de abanicos y suvenires a los turistas en el atestado distrito del centro, y aquellas palabras le sonaron a gloria bendita.

—¿Puedo pasar?

—Oh, desde luego. Pase, pase, está usted en su casa.

En hombre entró y se encontró un modesto cubículo con dos estancias separadas por una cortina que no llegaba al suelo. Las paredes eran de ladrillo visto, mal construidas y sin enlucir, y el suelo de cemento bruto. Sin embargo, todo estaba limpio, y los pocos enseres, ordenados. Gabriel miró detenidamente todo, y tras unos instantes dijo:

—¿No puede usted comunicarse con su marido?

—No tenemos celular, *don*, pero no creo que Ernesto tarde mucho en llegar. ¿De qué trata el empleo?

—Nada, es para vender máquinas de coser. Tengo informes de que a su marido se le da bien la venta, y...

En ese momento se oyeron pasos en el exterior, como de alguien que se aproximaba, y sin pensarlo dos veces, Gabriel propinó un fuerte puñetazo en la cabeza a la mujer. Nelita emitió un quejido sordo, y automáticamente se cayó al suelo, quedándose inconsciente. Rápidamente la arrastró hacia la estancia contigua, la que estaba separada por la cortina, y se puso tras la puerta dispuesto a recibir al visitante.

—¡Nelita! ¡Ayá! ¡Ya arribé! —el marido acababa de llegar, y abría la puerta introduciéndose en el interior de la vivienda. Aparentemente, no había oído el gemido de la chica.

—¿Nelita? —preguntó, tras cerrar, avanzando hacia el centro de la estancia. Una vez allí, alzó la cabeza para intentar mirar en la cocina. Llevaba una mano escondida en la espalda, pues portaba una cajita de cartón que contenía unos pendientes de bisutería con los que iba a agasajar a su esposa. Pero el estuche se le cayó al suelo cuando alguien le sorprendió por detrás y le retorció el brazo.

—¿Qué hiciste con mi hermano, *boyuco*? —Gabriel le puso con una navaja en el cuello.

—Pero… ¿quién? —intentó volverse, pero el otro lo retuvo agarrándolo fuertemente. Ernesto era un muchacho de baja estatura, de no más de dieciocho años, y estaba totalmente confuso.

—Mi hermano estuvo en esta casa en marzo, y no volvió ¿Por qué te buscaba? ¿Qué le hiciste? ¿Dónde está? ¡Escúpelo!

—*Te guayate*, compadre, ¡yo no sé quién es su hermano!

—Hazme coro, *pichuagán*, ¡dime qué hiciste con él!

—¡Abra gas, *don*! ¡Abra gas! ¡Usted se confunde, *don*! ¿*Ande* está Nelita? —exclamó, intentando volverse para ver quien era el tipo que lo atenazaba.

En ese momento Gabriel golpeó con fuerza al chico en el costado, y este cayó de rodillas sobre el suelo presa de un fuerte dolor.

—¡Dime dónde está mi hermano! —le dio un puntapié en la misma zona, que le hizo tumbarse definitivamente en el cemento con la cara retorcida de dolor.

—Tu *grillo* está ahí —señaló hacia la cortina—, y todavía con vida. O me colaboras, o ella lo pagará.

—¡Nelita! —gritó—. ¡Ah! ¡Qué le ha hecho!

—¡Habla, *bagre*! ¡Respóndeme! —otra patada.

—¡Qué quiere que le diga! —articuló a decir.

—Vamos a ver, la última vez que el GPS del celular de mi hermano emitió señal fue en esta casa. Por eso sé que estuvo aquí. ¡Dime por qué te buscaba! —otro puntapié.

Después de unos momentos de agonía, el pobre Ernesto ató cabos y consiguió decir:

—Aquí no estuvo su hermano, *don*. Yo recibí un celular por correo… creo que fue en marzo… sí… lo recibí por correo, y luego lo vendí… ¡ay! —Se quejó—. ¡Nelita! ¡Que le ha usted hecho a Nelita!

—¿Que recibiste un celular por correo? ¿Qué cuento es ese?

—¡Se lo juro, *don*! ¡Se lo juro, no más! Lo recibí por correo y lo vendí en Capotillo. Se lo vendí al patrón de la Chaminera. ¡Pregúntele a él!

—El patrón de la Chaminera… ¿Se lo vendiste después de matar a Simón? ¡Dímelo!

A continuación, golpeó al chico en la cara cuando se intentaba levantar, y este se volvió a caer, siendo incapaz de articular palabra por el dolor tan fuerte que tenía en la boca.

—Está bien. Voy a hacerle unas cositas a tu *grillo*, a ver si ella me dice la verdad. Ya veo que contigo no hay manera.

En ese momento fue cuando Ernesto vio los pies de Nelita, tumba en el suelo de la cocina. Antes no pudo hacerlo porque la posición en la que se encontraba no se lo permitía, pero ahora, desde el suelo, se dio cuenta de que estaba allí. Antes de que Gabriel entrase en la estancia, y, lleno de coraje, sacó fuerzas de flaqueza y se abalanzó sobre él, cayendo los dos al suelo encima de la mujer. La cortina se descolgó y envolvió a los dos, que comenzaron a pelarse, pero Ernesto no era rival para el mafioso, y enseguida se hizo con él. Lo puso boca abajo y comenzó a retorcerle el brazo.

—Es tu última oportunidad, *boyuco*. Cuéntamelo todo, o moriréis los dos. ¿Me copiaste?

—¡Es la verdad, *don*! —pareció decir, con la boca llena de sangre—. ¡Hable con *el luciérnaga*! ¡Él arribó con el paquete!

—No me estarás *haciendo un bulto*, ¿eh, *bagre*? ¡No te creo!

—¡Es la verdad!

En ese momento, la fuerza de Gabriel pareció aflojar, y el chico consiguió zafarse momentáneamente, empujándolo hacia un lado. El hombre se resbaló y no pudo impedir que el joven abriera el cajón de los cubiertos e intentara extraer un cuchillo del mismo. Pero ya era demasiado tarde. El mafioso le clavó la navaja en un costado, antes siquiera de que el muchacho pudiera hacerse con aquel cuchillo.

Ernesto se desplomó con un grito de dolor y allí se quedó, totalmente inmóvil.

Gabriel contempló la cara del muchacho, y la verdad es que no tenía pinta de ser una de las presas de Simón. Su hermano tenía fama de venderse para cobrar deudas o ejecutar venganzas, y ese chico no tenía pinta de deberle nada a nadie. La única razón plausible podría ser la envidia, por haberse llevado una chica tan bonita. Pero en aquel barrio nadie parecía tener dinero para contratar los caros servicios de su hermano.

La chica… ciertamente que era guapa. Nelita permanecía inconsciente, y entonces se inclinó sobre ella, comenzando a desnudarla. Después se quitó la chaqueta, comenzó a desabrocharse la camisa… y cuando iba a bajarse los pantalones se detuvo y desistió de lo que iba a hacer. La pobre muchacha estaba expulsando sangre por la vagina.

Quizás fue por culpa del puñetazo inicial, cuando se cayó, o a causa del golpe que recibió cuando se le cayeron los dos hombres encima… Lo que estaba claro es que había perdido al bebé.

Ya no tenía nada más que hacer allí y se vistió dispuesto a marcharse. Pero antes de salir se fijó en un detalle que no había visto al entrar. Sobre una repisa había una pequeña caja de cartón que contenía frijoles, y que se mezclaba con otros recipientes de frutas desecadas. Era un paquete que todavía mostraba los precintos de DHL, la conocida empresa de mensajería internacional. Lo dio la vuelta y allí pudo leer el matasellos, la obliteración empleada por Correos para franquear un envío. Estaba muy desgastada y apenas se distinguían las letras, pero una palabra parecía meridianamente clara: Vicálvaro.

Ajuste de cuentas

—Me tienes que contar más despacio que pasó con Simón.

—¿Con Simón?

Gabriel había vuelto de la República Dominicana, y nada más llegar se apresuró a hablar con la chica. No reparó ni siquiera en echarse una siesta, a pesar de estar rendido por el jet-lag. Esperó a que Nancy terminase con un cliente, y cuando este salió, se pasó por la habitación.

—¡Sí, con Simón! ¡Cuéntame lo que pasó! —la golpeó, mientras la sujetaba del cuello—. ¡Zorra! —otro bofetón.

La chica gritó, como no podía ser de otra manera, pero su jefe le puso la mano en la boca con fuerza.

—¡Cállate maldita puta! En la habitación de al lado está Candy, con un cliente caro. Como vuelvas a chillar… —levantó la mano totalmente abierta, y la chica hizo un gesto con la cabeza hacia abajo.

—Está bien. Ahora cuéntamelo. Y sin armar alboroto. ¿Me oyes?

—Es lo que te dije, Gabriel —comenzó a hablar, con lágrimas en los ojos.

—No me vengas otra vez con esa vaina… —susurró entre dientes.

—¡Es la verdad!

—¡No grites!

—Perdona —se disculpó—. Simón entró por la terraza, creo.

—¿Crees?

—Sí, yo estaba acostada, y Paco…

—¿Qué?

—Él oyó un ruido y recién se levantó.

—Y, ¿qué pasó?

—No lo sé… Yo oí golpes, y me levanté también…

—¿Qué viste?

Nancy se detuvo. En su momento solo le dijo que se pelearon y que ella se marchó durante la refriega. Pero estaba claro que él quería saber más, aunque la mujer poco podía decir. En ese momento pensó decirle que vio a Simón tumbado en el suelo, pero eso no se lo había dicho antes, y temió represalias.

—¡Qué es lo que viste, maldita zorra! —a él parecía no importarle que le oyera el cliente de la habitación de al lado.

—Pues… pues…

—¡Habla de una vez! —otro bofetón.

—¡Le vi tumbado en el suelo!

—¿A quién?

—A Simón.

—Eso no me lo habías dicho antes, puta… —alzó la mano para dar otro golpe, pero ella se puso de pie y le encaró:

—¡Sí te lo dije! ¡Te conté que se pelearon!

—No me hablaste de que estaba en el suelo.

—¡No me lo preguntaste! ¿Qué quieres que te diga?

—Lo que viste, no más.

—Solo vi eso… recién me asusté y no quise mirar más… y hui…

—¿Qué estaba haciendo mi hermano en el suelo?

—No lo sé.

—¡Dímelo! —amenazó, con la mano en alto.

—¡No lo sé! Supongo que él le daría un golpe… ¿Cómo iba a saberlo?

—¿No viste lo que le hizo?

—No. Llegué después.

El hombre se la quedó mirando, decidiendo cuál iba a ser su siguiente acción. Mientras tanto, ella se volvió a sentar en la cama y comenzó a llorar profusamente, con las manos en la cara.

—Está bien. Ya hablaremos tú y yo, cuando le ajuste las cuentas a ese blanquito.

Pandemia

Mientras estuvo con Juanjo, Paco guardó cierta cordura mental. Tenía a alguien con quien hablar, limpiaba algo la casa, se duchaba con cierta frecuencia… Pero en cuanto este se fue, le volvieron a cortar la electricidad y volvió a ser el de antes. El invierno entró de nuevo y se dejó de duchar. Para colmo, los vecinos descubrieron lo que hacía con la luz y lo denunciaron, con lo que tuvo que recurrir a una estufa de butano averiada que olía a gas en cuanto la encendía, y tenía que abrir la ventana regularmente para ventilar.

Para colmo, llegó la Pandemia y con ella los confinamientos y el cierre de todos los establecimientos que no fueran de alimentación. Ya no se podía ir a pasar el día a la biblioteca, aunque solo fuera para estar caliente, y se tenía que contentar con ir a calentarse al sol, cuando no estaba nublado.

La Pandemia… ¡cuánta gente perdió los estribos a causa de aquel dichoso coronavirus! Nuestro protagonista no fue una excepción, y aquella circunstancia lo terminó de rematar.

Él siempre había sido un inconformista, y se había rebelado contra muchas normas sociales y costumbres comúnmente aceptadas, pero las toleraba porque pensaba que era mejor que existieran, aunque en la práctica, en muchas ocasiones pagaran justos por pecadores. Pero cuando eso no se cumplía, es decir, cuando las leyes atentaban contra lo justo, lo correcto, o el bienestar de la mayoría, ahí es donde se rebelaba.

Paco no entendía por qué ahora al mundo le había dado por tener tanto mimo con los muertos por virus, cuando los muertos por contaminación era muchísimos más. Porque según la OMS, nada menos que 8 millones era los que se cobraba la combustión de combustibles fósiles en todo en el mundo, y además cada año. Al lado de eso, las cifras del coronavirus eran claramente insignificantes, y sin embargo, ningún Gobierno prohibía esos carburantes a pesar de que ya existían alternativas más ecológicas. Mismamente, los muertos por la tan denostada energía nuclear no se aproximaban ni de lejos a esa cifra tan grande, y ningún Gobierno apostaba por ella a pesar de que los adelantos en seguridad hacían casi imposible que volviera a ocurrir lo que pasó en Chernobyl.

Siendo el Covid-19 una enfermedad que se cebaba especialmente con la población anciana, Paco no entendía por qué no se confinaba solamente a ese segmento de la sociedad y se dejaba al resto seguir produciendo bienes y servicios, en lugar de detener la economía. Porque de todos es sabido que lo que más mata no son los virus, sino la miseria y la pobreza. Y esta, a buen seguro llegaría —y de hecho llegó después—, cebándose con la población más joven. Por su puesto que es lícito y loable intentar alargar la vida de las personas —decía—, pero no a costa de acortar la de otras.

Toda esta reflexión se hacía, en su casa, solo, muerto de frío, en aquellos interminables días y noches de marzo y abril de 2020. Días lluviosos y húmedos donde apenas salió el sol.

Entró en una espiral descendente de desidia y apatía, de dejadez, de indolencia y de abandono, recordando a las mujeres que habían pasado por su vida, sumido en la

tristeza. De esa manera, inmerso en sus pensamientos, lloraba con frecuencia y discutía en voz alta consigo mismo, reprochándose los errores cósmicos que había cometido a lo largo de su vida. En más de una ocasión pensó en no abrir las ventanas y morir asfixiado por el gas, ante la alternativa de seguir llevando esa vida tan miserable.

Recordaba a sus mujeres, pero sobre todo recordaba a Nancy. La mulata había significado para él mucho más de lo que parecía, y ahora, en la soledad, no podía quitársela de la cabeza. Su amplia sonrisa, su figura de avispa, sus grandes pechos, las cosas que le hacía… La añoraba todos los días y a todas horas, hasta que al final no pudo más y salió de casa. Se marchó al Vesubio para intentar verla, aunque solo fuera asomada a la ventana.

Pero la fortuna le fue esquiva. Casi todas las tardes se pasaba por allí y probaba suerte a ver si la veía, sin éxito. Se había dejado barba, se había rasurado el pelo, y con el gorro de lana y las gafas de sol era difícil de reconocer. Hasta que por fin, una tarde, la vio. Ella lo reconoció inmediatamente, a pesar del disfraz, por haber visto aquel abrigo marrón en su casa cuando estuvo allí. Su forma de andar, su porte... no dejaba lugar a dudas. Nancy se acordó de él y las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos negros. Él la miraba desde abajo, totalmente absorto, como esperando una señal por su parte para subir a verla. Pero ella solo fue capaz de hacer un gesto negativo con la cabeza, mientras más lágrimas se escapaban y comenzaban a correr mejilla abajo. Finalmente, abandonó la ventana y se introdujo dentro, sin volver a aparecer.

Él se marchó también, pero no dejaba de recordar aquella cara triste, aquella expresión de melancolía. Volvió también al día siguiente, y al siguiente, y al otro, pero ella no volvió a asomarse más. Totalmente hundido y desmoralizado, se metió en su casa con el objetivo de no volver a salir más y suicidarse con el gas. Pero no tuvo suerte. La estufa se averió del todo y no tuvo más remedio que pasarse el día en la cama si quería estar caliente.

Lleno de tristeza, decidió dejarse morir allí, sin comer ni beber, haciendo compañía al otro muerto que todavía habitaba en aquella casa. Ni el mismo Juanjo se dio cuenta cuando estuvo por allí.

Pero al final el hambre le empujó a salir, y eso hizo un día en cuanto amaneció. Intentaría hablar con el todavía más parco en palabras Xin, el chino que regentaba la tienda de alimentación donde solía comprar, y así encontrar algún consuelo.

No lo consiguió. Xin ese día no estaba, y su mujer no sabía decir ni palabra de español.

Cuando llegó a casa se dispuso a hacer lo que hacía todos los días cuando venía de comprar, es decir, abrir el buzón de correos. Lo abrió... y allí encontró otra carta de Nancy.

El corazón le comenzó a latir con fuerza; con tanta, que parecía que se le iba a salir por la boca. Abrió el sobre, casi llorando de alegría, extrajo el papel, y allí pudo leer:

¡No vengas, amor mío! ¡No vengas! No vengas… ¡o te matarán!

La alegría se transformó en una cólera terrible contra Gabriel y su banda, pues estaba claro que la primera carta ella la había escrito contra su voluntad.

Salió de nuevo a la calle sin ni siquiera comer, y tras agarrar un palo de béisbol que tenía por allí. Iba a matar a todos esos hijos de puta e iba a liberar a Nancy, aunque fuese a costa de su propia vida.

Maquinando

Pero en la carrera que se dio hasta la estación se tropezó. Una baldosa de la acera estaba ligeramente levantada, y sin quererlo se vio en el suelo con un fuerte golpe en el pómulo derecho y una torcedura en el pie del mismo lado.

Se lamentó de su mala suerte y se levantó como pudo, intentando caminar. Pero no podía más que cojear. Aun así, intentó seguir, pero cada vez le dolía más el tobillo. Entonces se resignó, y volvió a casa. «No importa. La venganza es un plato que se sirve frío», se dijo.

Por el camino de vuelta se compró una pomada en la farmacia y cuando llegó a casa se la aplicó con unas dosis y frecuencias mayores que lo que ponía en el prospecto. Con un poco de suerte, en dos o tres días estaría otra vez en forma, y podría ir al Vesubio. Mientras tanto, se entretenía afilando la espada con la que partió la tarta de su boda, y con la que también partió la cabeza de Simón, el hermano de Gabriel.

Totalmente ofuscado y con un único pensamiento en la cabeza, a cada pasada de la piedra de afilar pensaba en los tajos que les iba a dar a aquellos desgraciados: *«Este para Gabriel… ¡Zas, Zas!»,* se decía. *«Este para Alfredo»*. La espada cortaba el aire y sonaba de esa manera. *«Este para Sheila… ¡Zas, Zas!».* Sí, también la encargada de cobrar se merecía morir. No era una chica como las demás, sino que era tan cruel o más que Gabriel. Decían que era su favorita, y por eso no entraba en el lote de las mercancías… «La muy asquerosa… ¡la voy a degollar igual que a los demás!», se decía, apretando los dientes.

Por la noche apenas pudo dormir, y se entretuvo maquinando cómo iba a hacer todo aquello. Recordó la película "Taxi Driver", donde Robert de Niro realizó una hazaña similar. En el film, el protagonista intenta liberar a una chica menor de edad, Iris, que residía en un burdel de Nueva York. Pero Paco, a diferencia de Travis, no tenía pistolas y las únicas armas de las que disponían era su espada, el bate de béisbol, y, eso sí, la navaja y el cuchillo de Simón.

Iría cargado con todo ello, desde luego, y lo primero que haría sería matar a Alfredo. El esbirro de Gabriel estaría en la puerta, como siempre, y antes de que Sheila pudiera siquiera chillar, le clavaría la navaja en el cuello y después haría lo propio con ella. O bien, ese segundo crimen sería con la espada, pues seguramente intentaría huir. Después subiría a la primera planta. Probablemente los gritos de Sheila habrían hecho salir a Gabriel de su habitación, y él le esperaría en el descansillo de la escalera. Sí, allí recordaba que había un recodo, y en ese lugar le esperaría. En cuanto saliera hacia la planta de abajo le asestaría un golpe en la cabeza con el bate de béisbol y luego le remataría con la espada. Y si no, si no salía de la habitación, entonces echaría la puerta abajo y le degollaría allí mismo. «Nada podía salir mal», se dijo, y al final de la noche se quedó dormido.

Cuando se despertó, el pie le dolía mucho menos y ya casi no estaba hinchado. Intentó caminar algo por la casa, pero todavía se vio débil. Un día más, se dijo. *«Un día más, y mañana Nancy será libre».*

Deudas pendientes

La impaciencia no le dejaba dormir, y sabía que tenía que hacerlo si quería tener la garantía de tener el pie totalmente restablecido.

La idea era ir sobre las 10 de la noche, la hora en la que, según Nancy, el burdel estaba más concurrido. De esa manera se aseguraría de que Alfredo estaría en la puerta y el otro en su habitación. Antes o después, podrían estar en cualquier otro sitio, y podrían verse frustrados sus planes. Además, aquel día era jueves, y si no iba esa noche tendría que esperar al lunes o al martes para conseguir los mismos resultados. Es curioso, pensó, que no fueran los fines de semana los momentos de mayor recaudación en negocios como ese. Pero así era. Los fines de semana los hombres están con sus familias y no tienen excusa para alejarse de sus mujeres. Porque la mayoría de los que usan la prostitución lo hacen a escondidas, claro está, tanto, que una vez que él pagó con tarjeta, en el estado de cuentas no aparecía "Hotel Vesubio" ni nada parecido, si no el poco sospechoso nombre de «Taller de reparaciones Sánchez». Los fines de semana, por tanto, eran muchos menos los clientes. Algún adolescente friki que no tenía otra forma de acceder al sexo… y poco más. Gente menos conflictiva, en definitiva, y por tanto, la vigilancia era más laxa. Y él necesitaba que estuvieran allí los tres. Es decir, Gabriel, Alfredo, y Sheila.

El pie todavía le hacía cojear, pero no se podía permitir esperar más tiempo y se decidió a marchar. Sin embargo, nada más salir de su casa, se encontró una sorpresa.

El caso es que, siempre que un cliente se encaprichaba de una chica, Alfredo tenía la orden de seguirlo y averiguar quién era y dónde vivía. No eran malos profesionales en lo suyo, al fin y al cabo. Por eso sabían dónde vivía Paco, y Gabriel se fue a por él tras oír la confesión de Nancy. En el momento en que el antropólogo salía de su casa, allí estaba el jefe del burdel esperándolo, en el rellano de la escalera del piso superior.

Sin esperar siquiera a que cerrara la puerta, bajó los cinco escalones como un vendaval y lo agarró del cuello para ponerle una navaja directamente en la yugular:

—¿Dónde está mi hermano, *boyuco*? ¡Qué has hecho con él!

Pero Paco no se amilanó. A diferencia del pobre Ernesto, lejos de achantarse o de quedarse inmóvil por el miedo, con un fuerte codazo le desvió la mano lo suficiente para evitar un corte que lo hubiera matado, y este se produjo más abajo, en la zona de los tendones.

También ayudó su alta estatura, que Gabriel no recordaba. De hecho, se tuvo que poner de puntillas para sujetarlo. Y además, las propias solapas del abrigo que llevaba subidas para evitar el frío. Gracias a eso, el corte no fue lo suficientemente profundo para seccionar el tendón. Nada más dar el codazo se giró, como para deshacerse de la persona que lo agarraba, pero tropezó con las piernas de Gabriel y perdió el equilibrio cayendo hacia él, quien no pudo evitar que todo el peso de Paco le cayera encima. Se produjo un tremendo impacto contra el suelo y contra la propia puerta de la vivienda que aún no se había cerrado, y esta se abrió del todo golpeando fuertemente la pared.

Paco no sufrió ningún daño como consecuencia de la caída, pero no así el mafioso quien recibió todo el peso, y fruto de ello se llevó una fuerte conmoción que lo dejó

inconsciente. El antropólogo se dio cuenta de quién era su agresor, pero también de que tenía una herida en el cuello que sangraba con profusión. Así pues, acudió a la cocina y agarró un trapo para contener la sangre y se miró en el espejo del baño que estaba junto a la puerta de entrada. Después volvió al pasillo, y fue entonces cuando se dio cuenta de la identidad del muerto que tenía en el armario. «*¿Dónde está mi hermano*?», le había preguntado Gabriel hacía solo un instante. De hecho, ahora que lo veía inconsciente sobre el suelo —o quizás muerto—, pudo apreciar la similitud de las facciones.

Entonces lo tuvo todo claro, y comenzó a asumir que aquel no fue un ladrón corriente, sino que fue enviado por el dueño del prostíbulo para ajustar cuentas.

Sin dejar de sujetar el trapo sobre la herida, se volvió al baño a mirarla de nuevo y esta parecía sangrar algo menos. Se colocó un apósito adherido con esparadrapo y volvió hacia el lugar donde estaba el hombre.

La rabia que albergaba antes de salir se incrementó al conocer que ya habían ido a por él y a por Nancy con anterioridad, y entonces sacó la espada de la bolsa que la contenía. La alzó en el aire y pensó en matarlo inmediatamente si es que no lo estaba ya, y antes de que se despertara.

Pero en ese momento se encendió la luz de la escalera, indicativo de que algún vecino iba a pasar por allí de un momento a otro. Entonces introdujo al asaltante en su casa, pues la mitad de su cuerpo permanecía aún en el rellano.

Una vez dentro, el hombre se movió ligeramente y por tanto supo que no estaba muerto. En ese momento cambió de idea. Dentro de su plan —el asalto al Vesubio— Gabriel era el hueso más duro de roer, y ahora lo tenía en su casa, a su disposición. Podría matarlo inmediatamente, pero eso sería demasiado bueno para aquel desgraciado.

No. Antes tenía que hacerle pagar todo lo que le había hecho a Nancy.

Sonrió maliciosamente y lo primero que hizo fue desnudarlo completamente. Después le ató los pies y las manos por detrás con bridas y lo dejó allí, encima de las baldosas, para que se despertara con el frío. Nada menos que el frío que hacía en aquella casa.

A continuación, ató las bridas de las manos y de los pies con una tercera, y lo colocó boca abajo. Allí lo dejó, en esa postura incómoda, y después le echó agua por encima para que se despertara, cosa que ocurrió inmediatamente por el shock térmico.

El hombre abrió los ojos e intentó levantarse, sin conseguirlo. Se revolvió en el suelo, desplazándose hacia la alfombra que había en el extremo del salón y se puso a tiritar ostensiblemente.

—¡Tienes frío, eh! No te preocupes, que vas a entrar en calor enseguida.

Entonces recibió una fuerte patada en las costillas que le hizo gritar de dolor.

—No te he querido pegar antes por si no sentías los golpes, ¡cerdo! —le escupió—. Pero ahora que veo que los sientes, me voy a ensañar contigo —le dio dos patadas más que fueron acompañadas de otros dos gritos por parte de quien las recibía

—¡Cállate cabrón! Otro grito más y te meteré este palo de béisbol por el culo. ¿Me oyes? —le avisó, empuñando el bate. Gabriel obedeció y se calló, aunque seguía lamentándose de forma sorda.

Pero rápidamente el lamento se transformó en convulsiones. El súbito despertar tras la conmoción que sufrió al caer al suelo, sumado al temblor por el frío y las patadas, le terminaron de revolver el estómago y a continuación vomitó. Pero eso enfureció todavía más a Paco, quien le gritó:

—Joder, la que has liado… ¡puerco! ¡Me has arruinado la alfombra! ¡Otra alfombra estropeada!

Entonces lo agarró del pelo, tirando de aquella pequeña coleta que llevaba en forma de moño, y lo estampó con fuerza contra el suelo, poniéndole la cara encima del vómito.

—¡Chúpalo, cabrón! ¡Cómetelo!

El hombre comenzó a gruñir y se revolvió, diciendo algunas palabras ininteligibles. Pero Paco siguió restregándole la cara contra aquellos restos agrios.

—Podías haber vomitado encima de las baldosas, joder, donde yo te había dejado… ¿Por qué tuviste que hacerlo en la puñetera alfombra? ¡Límpialo cerdo! —restregó de nuevo— ¡Te lo vas a comer otra vez!

Lógicamente el mafioso no probó bocado alguno de aquel suculento manjar, y el otro desistió, pues lo que estaba haciendo era esparcir más la gran mancha que ya había.

—Así que era tu hermano ese hijo de puta que nos visitó hace unos meses, ¿eh?

Gabriel no contestó, pero le miró con un profundo odio.

—Ah, ¿querías saber dónde está? No te preocupes, yo te lo diré: —¡muerto! —siguió—. ¡Tu hermano está muerto! ¡Cabrón! —le dio otro golpe—. ¿Quieres verlo? ¡Yo te lo enseñaré!

Lo arrastró hasta la habitación donde estaba el armario, abrió las puertas y con un golpe del bate rompió la tabla superior del famoso cofre mostrando las bolsas de basura con las que lo precintó.

—Le maté con esta espada —se la mostró—. ¡La misma que te voy a meter a ti por el culo, hijo de puta! ¡Hasta la empuñadura te la meteré! —le dio un puntapié, mientras el otro mostraba una cara de terror—. ¡Te la voy a meter hasta que te salga por la boca! ¡Cabrón!

El mafioso se estremeció, pues no era para menos. Paco siguió:

—Huele mal, ¡eh! Así olerás tú dentro de poco, ¡cerdo! —le propinó otro puntapié.

Gabriel siguió gimiendo y quejándose por el dolor, y tras unos instantes se rehízo, y le dijo:

—No me matarás, *bagre*. ¡No puedes matarme! —consiguió decir, con la boca torcida.

—¿Ah no? ¿Quién me lo va a impedir? ¿Tú? —soltó una carcajada.

—Si me matas, tu chica morirá. ¡Ella y todas las demás! ¡Mis compadres la matarán!

—Jajá, no les dará tiempo. Antes de que la toquen, les mataré yo a ellos.

—¡No! —gritó Gabriel—. ¡Aflójame las bridas! ¡No me siento las manos...!

—¡Te jodes, cabrón! No vas a volver a tocar nada en tu puñetera vida. Así se te pudran antes de morir.

Entonces se acercó a él con la espada en la mano, con una sonrisa sádica y un brillo en sus ojos que denotaba claramente que lo iba a hacer. Pero en el último momento se detuvo, porque una idea se le pasó por la cabeza.

—Vas a hacer compañía a tu hermano… si antes no haces una cosa.

—¡Que quieres que haga! —se intentó levantar de nuevo, pero Paco lo tumbó de un puñetazo. Después lo saco de allí arrastrándolo, y cerró la puerta para dirigirse otra vez al salón.

—Una declaración. Quiero que hagas una declaración de culpabilidad. No te quiero destrozar la cara para que aparezcas guapo en el video —le limpió algunos grumos del vómito que todavía permanecían sobre el rostro—. Después, ya veremos.

—¡No pienso hacer nada! —gritó.

—Oh, sí, claro que lo harás. Lo harás para evitar el dolor.

—¿Qué dolor? —preguntó, con miedo.

—¡Este!

Gabriel emitió un agudo grito, pues Paco le acababa de meter la embocadura de una botella de cerveza por el ano, así a bocajarro. El antropólogo estaba fuera de sí, en parte por el corte en el cuello, y había perdido el control absolutamente.

Le desató la brida que mantenía sus pies y manos juntas y le hizo sentarse de cuclillas apoyado en la pared, sin sacarle la botella. El hombre se revolvió para intentar que esta se desprendiera, pero Solo consiguió que se le introdujera más. Se había hecho el vacío dentro de la misma, y la única manera de sacársela sería rompiéndola.

El hombre estaba profundamente incómodo en esa posición y se tiró al suelo en busca de otra más cómoda. Pero entonces recibió una patada en las espinillas que le hizo gritar de nuevo, a lo que Paco le golpeo en el estómago, esta vez con la punta del bate.

—¡Te he dicho que no grites! ¡De cuclillas! Cuanto antes declares antes te la sacaré.

—¡No pienso decir nada! —exclamó.

—¿Ah no? Parece que te gusta tenerla ahí, ¿verdad? Eso no es lo que me había dicho Nancy de ti... ¿O es que eres *de carne y de pescado*? Quizás si te corto los huevos… ¿cambiarías de idea? —le agarro con fuerza de los testículos y le mostró el cuchillo que fuera del hermano, mientras le apretaba con todas sus fuerzas.

—¡Está bien! ¡Está bien! —exclamó, con el gesto torcido, y torturado por el daño. ¡Diré lo que tú quieras! —masculló, con un grito ahogado. El hombre no podía más de dolor, y Paco le dejó que se recuperara un poco mientras recogía su teléfono móvil. El mismo que había encontrado en sus pantalones cuando lo desnudó. Apretó el botón de encendido, pero no pudo acceder. El aparato no tenía patrón de seguir con los dedos, sino clave numérica.

—¡Dime la contraseña!

Gabriel no parecía haber oído.

—¡Dime la contraseña, maldito cabrón! —le dio un puntapié. ¡Dímela!

—Uno, uno, uno, uno —consiguió articular.

—No eres muy imaginativo que digamos, ¡eh! Debería haberlo supuesto, un individualista como tú no podía tener otra.

Mientras accedía a la cámara, le dijo:

—Ahora vamos a grabar. Por tu bien te aconsejo que lo digas todo, y rápido. Tengo mucha prisa, pues tengo que tomar un tren.

—¡No! ¡No diré nada!

—¡Serás cabrón! ¿Es que ya se te ha pasado el dolor en los huevos? Si no los aprecias tanto, supongo que no te importará que te los corte, ¿verdad? —le mostró de nuevo el cuchillo—. ¡Te los cortaré y te los haré tragar, hijo de puta! —bramó, mirándolo con fiereza. Entonces Gabriel asumió que el otro cumpliría su palabra si no accedía:

—¡Qué quieres que diga!

—Ahora lo sabrás —siguió amenazando, con cara de loco.

—Y, ¿cuando lo diga?

—Te dejaré escapar.

—¡Ayooooó! —chilló, asintiendo—. ¡Dime qué tengo que decir, *boyuco*!

—Sin insultar, eh, aquí solo insulto yo —le dio un fuerte bofetón—. Quiero que digas que te dedicas a la explotación sexual de mujeres. Que las traes engañadas prometiéndoles un empleo, y que el Vesubio de Villablanca es el antro donde las mantienes prisioneras, junto con tus compinches, a quienes nombrarás. Que en ese negocio de esclavitud...

—Del que tú participabas, *¡bagre!* —dijo entre dientes y con un profundo odio.

—Serás hijo de puta... —se molestó—. ¡Yo le daba amor a Nancy! ¿Entiendes? ¡Yo le daba amor, mientras tú le dabas golpes! ¡Cabrón! —le golpeó de nuevo, esta vez dejándole una señal en el pómulo.

—¿Ves lo que has conseguido? Ahora tendré que filmarte por el lado derecho.

—¡Está bien! ¡Acabemos de una vez! No te servirá de nada…

El dolor por los golpes y la succión de la botella le estaba destrozando por dentro, y en pocos minutos realizaron la grabación.

—Has quedado muy guapo, Gabriel. A ver qué piensa la Policía cuando vea esto.

—¡No te servirá de nada, *boyuco!*

—Ya veremos. Lo utilizaré como último recurso, si me falla todo lo demás.

—Ahora… ¡sácame la botella! ¡Me estoy muriendo de dolor! —efectivamente, la succión por el efecto del vacío era insoportable, y eso facilitó la confesión. A continuación, golpeo con el bate el recipiente, y se rompió con un fuerte estruendo de cristales que le hizo sangrar por el recto mientras el hombre se retorcía de dolor en el suelo.

—Te he hecho este favor porque necesito tu culo para otros menesteres.

—¿Me vas a violar? —dijo, entre dientes.

—No te daré ese gusto… ¡cabrón! Ahora te voy a meter algo que te va a gustar más todavía. Esto —le enseñó el bate—. Porque ahora... Ahora morirás. Te mataré, metiéndote esto por el culo, y luego te enterraré ahí, en el panteón familiar.

Destrozado todavía por el dolor y con un profundo miedo y pavor, Gabriel emitió un grito y luego dijo, entre dientes, casi llorando:

—¡Me dijiste que me dejarías marchar!

—Te mentí. Te mentí igual que tú mentías a las chicas diciéndolas que venían a planchar, cuando en realidad venían a plancharte a ti la polla, ¡cabrón! —le golpeó con la punta del bate en la nariz, la cual se rompió y comenzó sangrar profusamente.

—Te voy a matar y luego voy a ir al Vesubio a cargarme a tu amigo Alfredo y a Sheila, tu putita particular. ¿Qué te parece? Como te dije, te voy a meter el bate por el culo… venga, no pongas esa cara… ¿O prefieres la espada? Jajá —se rio, con una cara de loco que aterrorizaría a cualquiera. Paco estaba fuera de sí, y ya no parecía tener límites.

—Ahora recuerdo que te dije que te la iba a meter hasta la empuñadura. ¿O prefieres el palo de béisbol? No corta tanto, pero es más gordo y tardarás más en morir. ¿De cuál de las dos formas prefieres hacerlo?

La misma cara de terror que mostraban las chicas delante de Gabriel cuando las golpeaba, ahora mismo la tenía él delante de Paco. Este tenía en una mano la espada y el bate en la otra, y Gabriel los miraba alternativamente sin dejar de temblar.

—Yo por mí usaría el bate —siguió—. Aunque no me gusta mucho la idea porque tardarás más en morir, y ya te he dicho que tengo prisa. Pero es que con la espada vas a dejar todo esto lleno de sangre, y ya tu hermano me arruinó otra alfombra muy bonita por esa razón.

Gabriel estaba literalmente muerto de miedo, y no paraba de tiritar, ya casi con convulsiones.

—El bate sería más limpio, pues haría de tapón y no mancharías nada. ¿Qué prefieres? —preguntó, totalmente en serio—. ¿No dices nada? ¿Quieres que lo decida yo? —le miró, pero no obtuvo contestación. Tras unos segundos, dijo:

—Está bien.

Paco soltó la espada, miró al bate... y en ese momento se oyó:

—¡Policía! ¡Abran la puerta! ¡Policía!

A continuación, los guardias echaron la puerta abajo e irrumpieron en el salón de la vivienda, apuntando al antropólogo con una pistola. Los vecinos les habían avisado, en cuanto habían comenzado los gritos.

Interrogatorio

La escena que se encontraron era en cierto modo dantesca. Gabriel tenía contusiones por todo el cuerpo y varias heridas abiertas, y Paco llevaba toda la camisa ensangrentada. El apósito del cuello se le había despegado y el corte en el cuello no había dejado de sangrar durante la refriega.

Así las cosas, a los dos los tomaron declaración, aunque el mafioso fue llevado al hospital para curar sus contusiones. Un ATS le dio a Paco unos puntos de sutura, y a continuación lo llevaron a comisaría, donde comenzó el interrogatorio.

Estaban en una sala que contaba con una mesa y una silla, y dos agentes de la Policía interrogaban al detenido esposado.

—¿Por qué se peleó con ese hombre?

—Ya se lo he dicho. Iba a salir de mi casa cuando me asaltó, y tuve que defenderme.

—Y, ¿el muerto que tenía usted en el armario?

—Otro asaltante. Fue hace unos meses, cuando quiso entrar en mi casa, e igualmente me defendí como pude.

—¿Es cierto que eran hermanos? ¿Por qué le perseguían? ¿Por qué ocultó el cadáver en su casa?

—Nos perseguían a mí y a mi novia, por haberla ayudado a escapar de aquel burdel.

—El club "Vesubio" de Villablanca, ¿no es así? Según el otro detenido, se trata de un establecimiento hostelero…

—Sí, claro, un hotel. Un lugar donde explotan sexualmente a las chicas y sus dueños las golpean y las violan.

—Esas acusaciones son muy graves, caballero. ¿Tiene usted pruebas de ello?

—Sí. Están grabadas en el teléfono móvil de ese puerco. El que tiene la chica —se refería a la mujer policía que estaba junto a su compañero masculino haciendo el interrogatorio.

—Gabriel Balboa… Ese video está siendo inspeccionado por nuestros compañeros.

—¿Por qué no denunciaron ustedes esa actividad ilegal? Y, repito, ¿por qué ocultó aquel cadáver?

—Por miedo.

—¿Por miedo?

—Sí, agente. El hijo de Nancy estaba amenazado de muerte si ella escapaba. Además, si yo denunciaba la muerte de ese esbirro, lo pagarían con las chicas y con sus familiares cautivos. Era mejor guardar el secreto —miró a la mujer, quien pareció asentir.

—Y, ¿por qué volvió su novia al burdel, si ya había conseguido escapar? ¿Fue por miedo?

—Sí, agente.

—Según el otro detenido, era usted quien le perseguía a él y a su hermano. Usted los apresó ilegalmente y los trajo a su casa para torturarlos y después matarlos. ¿Qué me puede decir de eso?

—¡Eso es una puta mentira! —exclamó—. ¡Yo solo actué en defensa propia! ¡Se lo juro! ¡Iban a por mí! ¡Iban a por mí, por quitarles a Nancy! Yo no traje a nadie a mi casa. ¡Ellos vinieron allí para matarme! Nancy estaba conmigo. ¡Pregúntenselo a ella! Pregúntenselo y se lo confirmará.

Los dos policías se miraron. El hombre siguió:

—También dijo el señor Balboa que usted pensaba ir después al Vesubio y matar a los otros compinches.

—¿Yo? ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a hacer eso? —se ofuscó.

—Está bien, está bien. Pero entonces, en todos esos meses, desde que su novia volvió al burdel, ¿usted no hizo nada?

—¿Qué quiere que hiciera? Su hijo seguía corriendo peligro. Además, yo no sabía nada de ella, la tenían recluida allí… En mi casa tengo una carta que ella consiguió enviarme… está en mi piso. Si han registrado bien, la encontrarán. Ahí fue cuando me dijo que iban a matarme y entonces yo decidí rescatarla.

—¿Cómo iba a hacerlo?

—Pues… no lo sé… cuando ese hombre llegó a mi casa pensé lo de la grabación, para luego enseñarle ese video a ustedes. Al final me decidí a hacer lo que tenía que haber hecho desde el principio.

—O sea, denunciar.

—Eso es —Paco estaba representando el mejor papel de su vida.

—¿Por qué lo tenía atado? —preguntó la mujer.

—¿A quién?

—A Gabriel Balboa. Lo tenía usted atado de pies y manos. Y desnudo.

—Pues… cuando conseguí reducirle, mi intención era denunciarle y que vinieran ustedes a por él. Por eso lo até.

—Y, ¿lo de desnudarlo?

—Lo hice para que se despertara. Cuando me clavó la navaja en el cuello yo me revolví, pero perdí el equilibrio y caí sobre él. Se quedó inconsciente… y pensé que esa sería una buena manera de que recobrase el conocimiento.

—¿Solo por desnudarlo, iba a despertarse? —preguntó la mujer.

—Bueno… lo puse sobre las baldosas. En mi casa hace mucho frío.

—¿Por qué no llamó entonces a la Policía?

—Iba a hacerlo cuando llegaron ustedes. La pelea duró un buen rato, y solo conseguí reducirlo, al final.

—Está bien. Ahora dígame, ¿de qué conoce usted a Nancy Louredo? Ese es su nombre, ¿verdad?

—Ya se lo he dicho. Es mi novia.

—¿Cómo la conoció? ¿Era usted cliente del local?

—¿Yo? ¡Claro que no! A Nancy la conocí en la calle —técnicamente no mentía, pues efectivamente, la chica estaba *cazando* clientes en la acera próxima al Vesubio, el día que la conoció.

—¿De verdad que no frecuentaba usted ese establecimiento?

—Solo para verla a ella. ¡Es mi novia! ¿Es que no lo entiende? ¡Nancy es mi novia! ¡Pregúntenselo! ¡Se lo juro por lo más sagrado! Yo solo estaba allí con ella… intentando que se escapara… ¡Y una vez lo conseguimos…!

—Cálmese, por favor.

—¡Es mi novia…! ¡Y ahora la van a matar…! —gritó, con lágrimas en los ojos— ¡Déjenme salir! —se levantó, dirigiéndose hacia la puerta, totalmente fuera de sí.

—¡Cálmese! No puede ir a ninguna parte. Está detenido.

—¡Déjenme salir! —se revolvió—. ¡Déjenme ir allí! ¡Tengo que matar a todos esos hijos de puta!

—¡Cálmese le digo! —el policía le amenazó con la porra, pero él se abalanzó encima de él e impidió que le golpeara con ella, mientras la mujer llamaba a otros compañeros.

—¡Tengo que ir allí! ¡Si no hubieran venido, a estas horas ya estarían muertos todos esos cabrones! —el cuidado que había tenido para no confesar sus planes desapareció.

Enseguida entraron más policías y lo redujeron, poniéndole esposas también en los pies. Paco pareció tranquilizarse un poco y comenzó a llorar profusamente. La mujer policía le preguntó:

—¿Por qué dice que van a matar a Nancy?

El detenido levantó la cabeza, se secó las lágrimas, miró fijamente a los ojos de la mujer, y con total serenidad contestó:

—Pues porque así lo ha ordenado ese hijo de puta. Ha dicho que las maten, si a él le pasara algo. ¡Tienen que sacar a Nancy de allí! —exclamó—. Bueno, a ella, y a todas las demás chicas, claro.

En ese momento entró otro policía en la sala y le dijo algo al oído al oficial que conducía el interrogatorio. Acababan de ver el famoso vídeo, y las declaraciones de Gabriel iban en ese sentido.

—Creo que deberíamos enviar a alguien a ese local —susurró—. El vídeo es una declaración de culpabilidad de ese sujeto, forzada seguramente, pero dice eso que acaba de decir el detenido. Que van a matar a las chicas.

—Está bien. Manden a una patrulla.

Especial informativo

ESPECIAL INFORMATIVO. La policía ha desarticulado una peligrosa organización criminal que se dedicaba a traer mujeres engañadas procedentes de Centroamérica y a quienes prometían un empleo en el servicio doméstico. En realidad, acababan ejerciendo la prostitución en un local de la madrileña localidad de Villablanca, donde vivían recluidas prestando sus servicios las 24 horas del día. Las chicas eran golpeadas y violadas sistemáticamente, y regularmente se les imponían multas que incrementaban la deuda contraída con la organización por haberlas traído a España. Unas deudas, cuyos intereses y sanciones recurrentes las hacían imposibles de pagar, ni siquiera en muchas vidas.

Fuentes policiales nos informan que, en el asalto al local se produjo un tiroteo en el que resultó alcanzado un hombre, que falleció camino del hospital, y una mujer que está ingresada con pronóstico grave. Eran las dos personas que en ese momento regentaban el establecimiento, con las iniciales A. y S., respectivamente.

La organización estaba compuesta también por otros dos hombres, que eran el cabecilla y el hermano de este. Ambas personas fueron encontradas en el domicilio de un individuo de 56 años, que al parecer llevaba tiempo persiguiendo a estos malhechores ante la inacción policial. El hombre había conseguido apresar y matar a uno de ellos, mientras se disponía a hacer lo propio con el cabecilla, hecho que no llegó a consumar gracias a la intervención de la Policía.

El individuo informó a los miembros de las fuerzas del orden acerca de la existencia de una confesión realizada por el jefe de la banda criminal que acababa de obtener del mismo, así como el aviso de que acudieran inmediatamente al prostíbulo para liberar a las mujeres. Al parecer, los otros miembros de la organización tenían órdenes estrictas de acabar con las chicas en caso de que su líder fuera detenido o resultase muerto.

Los dos se encuentran detenidos a la espera de pasar a disposición judicial, mientras las víctimas disfrutan ya de libertad y se encuentran en un centro de acogida de la comunidad de Madrid.

Nos informan igualmente, que organizaciones feministas se están ahora mismo manifestando en diversos puntos de la región y de todo el país, exigiendo la liberación inmediata del hombre de 56 años, a quien ya comienzan a denominar "el justiciero". Al parecer, se han encontrado en su domicilio un cuchillo de caza, una navaja automática, un bate de béisbol y una espada de grandes dimensiones con las que pretendía acabar con todos los miembros de la organización. Estaremos pendientes del devenir de este suceso. Buenas noches.

Un plato de albóndigas

Paco se había quedado algo retrasado y había terminado de servirse la bandeja con la comida del bufet. Pasó por los bancos donde estaban sentados los otros presos, y algunos le miraban con indiferencia, mientras que otros parecían asentir cuando pasaba a su lado. Algunos incluso llegaron a pedirle que se sentara con ellos. «*No puedo, tronco. Me está esperando allí, mi colega»,* dijo, señalando con la cabeza hacia la mesa del fondo, donde estaba Juanjo.

Cuando llegó a su altura, se sentó enfrente de él y comenzó a comer.

—Oye, no está tan mal la comida de la cárcel.

—¿Que no está mal esta bazofia?

—En serio, la esperaba mucho peor.

—Claro, comparada con la mierda que comías tú, esto es un restaurante de tres tenedores… no te jode…

Paco siguió comiendo, incluso mojando pan en la salsa de aquellas insulsas albóndigas. Mientras, el otro había dejado el plato a medio terminar. Entretanto, le preguntó:

—¿Has estado al corriente de las noticias sobre lo tuyo?

Paco se terminó de chupar los dedos y dijo:

—He oído algo aquí y allá. Vamos, lo que me han contado los policías.

—Pues al parecer, todas las chicas han declarado contra Gabriel, y han relatado las barbaridades que les hacía.

—¿Todas? ¿No temían lo que les podían hacer a sus familiares?

—Por lo visto, el tal Simón era el ejecutor de todas las sentencias. Iba y venía de acá para allá, y cuando tú te lo cargaste se acabó el problema.

—Joder, si lo llego a saber… ¡me lo cargo antes! —se rio.

—Eres un héroe nacional, colega. Aquí mismamente, a mí me trataban regular; más bien mal. Pero ahora… casi me rinden honores, tronco —los dos se rieron. Juanjo siguió:

—No, en serio. Las redes sociales están que arden. Las feminazis te van a sacar de aquí por la puerta grande.

—Jajá, como a los toreros cuando hacen una buena faena.

—Pues sí. A ti solo te ha faltado la estocada final. Yo creo que debes de ser el único hombre que les cae bien.

—Es alucinante, tronco —observó el antropólogo, echándose para atrás y limpiándose las manos en los faldones de la camisa.

—¿El qué es alucinante?

—La condición humana. Es para hacérnoslo mirar, colega. Las mismas tías que a ti te condenaron y se manifestaron en tu contra, ahora piden mi liberación. A mí me tratan como a un héroe y a ti como un villano.

—Las mismas, Paco. Las mismas.

—Si supieran que somos amigos…

Los lunes al sol… en la cárcel

Los dos se encontraban sentados en una de las escalinatas del patio de la cárcel, en Alcalá-Meco. Habían estado contando chistes verdes junto a otro grupo de presos, en lo que parecía el resurgir de la pandilla que habían tenido en los años ochenta en Vicálvaro. Alguno incluso era de un barrio colindante al suyo.

Poco a poco el grupo se fue disgregando, pues se acercaba la hora en la que tenían que retornar a sus celdas.

—Yo alucino contigo, tronco. ¿De verdad que tenías al muerto en el armario de la habitación del fondo?

Paco asintió, mirando hacia un lado. El otro siguió:

—Es flipante lo tuyo, colega. Y pensar que yo quería quedarme con aquella habitación…

—Yo he dormido allí más de una vez, y no me pasó nada.

—¿Allí?

—Sí. A veces las sábanas de mi cama estaban tan sucias… que mientras se lavaban tenía que dormir allí. Ya sabes que no tenía más que un juego.

—Joder, pero, ¿no hubiera sido mejor moverlas de cama?

—Pues no, tronco. Mi cama es de 120, y la de ese cuarto es de 90.

—Ya, es verdad —constató—. Aun así, yo no me hubiera quedado una noche en esa habitación… ni muerto —se rio, y el otro también.

—Pues no sé por qué. ¿Qué esperabas? ¿Qué se te apareciera el difunto en sueños?

—No, joder, pero… no sé… da un poco de *yuyu…*

—A mí no me da ningún *yuyu*. Hay que tener miedo a los vivos, no a los muertos. Yo he dormido allí como un lirón, sin ningún tipo de *yuyu.*

Juanjo se calló, sopesando lo que acababa de oír. Ciertamente su amigo estaba un poco loco, y no solo por lo que pasó durante la Pandemia. Ya lo estaba desde antes, sin lugar a dudas.

—Por aquí se rumorea que te van a soltar pronto, Paco.

—¿Quién dice eso?

—El *charly,* el *indio*… y también el *chino*.

—¡Qué sabrán esos *pringaos*!

—El *indio* es un mafioso de primera categoría, ya lo sabes. Tiene contactos en las altas esferas. Ese sabe cuándo van a soltar a alguien, antes incluso de que el juez dicte la orden.

—Ya. Pero primero tiene que venir el juicio. Y eso… va lento.

—Lo pueden acelerar, si quieren.

—Eso es verdad.

El viento comenzaba a levantarse, mientras el sol se ponía por encima de los muros de la cárcel. Las montañas de la sierra se distinguían al norte, mientras que por encima de las nubes estratificadas del crepúsculo brillaba una pálida estrella, en una gran franja violácea. Al otro lado, en el vago horizonte, animado por la última palpitación del día, se divisaban inciertos, montes lejanos.

—¿Sabías que mi mujer se había separado de su chorbo?

—¡No jodas!

—Pues sí. Al parecer, *la corneó* con otra tía más joven, y Toñi *le dio boleto*.

—Y tú, ¿cómo sabes eso?

—Nora se lo contó a mi hermana. Pilar se ha hecho cargo de los niños mientras el juzgado resuelve lo de la adopción.

—Bueno, menos mal que no se los han quedado tus cuñadas…

—Hicieron por ello, no te creas. Pero la jueza de menores favoreció a Pili porque estaba dispuesta a cambiar de domicilio con tal de quedarse con ellos. Ya sabes, para que los chicos no tuvieran que marcharse a Cuenca. Ellas querían llevárselos de inmediato a Andalucía.

—¿Han trasladado a tu cuñado a Móstoles, o a Madrid?

—No, sigue en Cuenca. Pero ella vive entre semana en mi casa, y así los críos siguen en sus colegios. Los viernes, eso sí, se los lleva a su casa para pasar el fin de semana.

—Bueno, no todo es malo, Juanjo. Seguro que ahora estarán mucho mejor.

—Pues sí. Yo temía que el chorbo se los quisiera quedar, tan buen padre que era —dijo con ironía—, pero no. Ahora que tiene chica nueva, pasa de ellos.

—Qué típico.

—Ya lo ves. Quien a hierro mata, a hierro muere. Lo digo por Toñi, por lo de los cuernos.

—No nombres la soga en casa del ahorcado…

—Ya, tienes razón —comprendió.

—Y lo de la adopción… —siguió Juanjo—, ya en el fondo es lo de menos. El caso es que están con mi hermana, que es lo que ella quería. Si algún día se resuelve, se los darán a ella, *por arraigo*. De todas formas, espero que no suponga una pega el hecho de que estén llevando a Marquitos a un colegio de educación diferenciada.

—¿Qué es eso?

—Pues un colegio de los de antes. Ya sabes. Donde separan a los niños y a las niñas.

—Ah, sí. Se supone que es porque unos y otras tienen ritmos diferentes de aprendizaje, y no puedes mezclarlos.

—Sí. Pero eso es una excusa, Paco. En el fondo…

—Ya, ya sé lo que pasa en el fondo. Pero dime, ¿cómo es eso? ¿Por qué le están llevando allí?

—Bueno, ellos son muy de derechas, ya lo sabes. Como él es militar…

—Ya, entiendo. Vamos, como me pasó a mí. Yo fui a un colegio de esos.

—Bueno, en tu época era lo normal, ¿no?

—Claro. A ti ya no te pilló, pero los que nacimos en los años sesenta, casi todos tuvimos clases separadas. Hasta llegar al instituto, no nos juntaron. De todas maneras, yo pensaba que ese tipo de colegios ya no existían. No sé dónde oí que los *rojos* los habían prohibido.

—No. Lo que han hecho es que les han quitado la subvención y ahora son todos privados.

—Será entonces muy caro…

—Sí que lo es. Pero ellos piensan que es lo mejor para el chico, y a mí no me parece mal. Dichosos *rojos*… No quieren segregación por géneros, pero en la cárcel sí que la hay. ¿No es una contradicción?

—Hombre, no es lo mismo… Imagínate que mezclan a los violadores con las mujeres…

—Bueno, pues que a esos les pongan en módulos separados. Pero al resto, ¿por qué no?

—Porque no, tronco —se levantó—. Ya lo que me faltaba. Bastantes problemas me han causado ya las mujeres, como para tenerlas aquí también. No quiero saber más de ellas en toda mi vida. Lo bueno que tiene la cárcel es que aquí no hay ninguna —sentenció—. Anda, vamos *p'adentro*. Van a venir *los monos* y nos van a *meter un puro.* —Paco se había adaptado a la vida carcelaria mucho mejor que Juanjo. Al fin y al cabo, hacía lo mismo que antes, es decir, nada, y además tenía compañía.

Los dos amigos se marcharon al interior del pabellón para entrar en las celdas, mientras los últimos rayos de sol iluminaban la parte alta de los muros.

Sin embargo, los deseos de Paco de no querer saber nada más de las mujeres no se vieron cumplidos. A los pocos días, recibía una visita de Nancy…

Los ministros

Un mes después de la detención de Paco, la ministra de Igualdad se reunía con su homólogo de Justicia e Interior. El rugir de la calle por la liberación de Paco seguía en su apogeo, espoleado por la prensa.

En su despacho del Congreso de los Diputados, la jefa de las mujeres, la gran *influencer* del feminismo, abordaba a su colega y le decía:

—Oye, ¿qué podemos hacer para sacar a ese hombre de la cárcel? Las televisiones no dejan de hablar del tema, las manifestaciones van *in crescendo*, y ya hay muchas voces que piden nuestras cabezas. La tuya y la mía.

—¿Qué hombre?

—El del caso "Vesubio".

El ministro la miró circunspecto. Estaba abrumado de ocupaciones, y no le apetecía lidiar con más problemas. Finalmente dijo:

—No se puede hacer nada. Eso ya depende de los jueces.

—No me vengas con tonterías. ¡Claro que se puede hacer algo!

—Bueno, por nuestra parte, el fiscal ha retirado todas las acusaciones.

—¿Podrá entonces salir?

—A ver, la chica ha declarado que estaba con él cuando asesinó al tal Simón.

—Entonces es cómplice...

—Al parecer, no. Ese tipo iba a por ella por haberse fugado del burdel, y el detenido solo actuó en defensa propia. Temió que el sicario les matase a ambos.

—¿Solo tenemos su declaración?

—La Policía cree que es cierto, contrastando con la información que les han dado los vecinos. Eso sí, tendrá una pena menor por ocultación de cadáver.

—Pero entonces, ¿todo eso que dice la prensa sobre *el justiciero*?

El ministro se encogió de hombros. —No lo sé. Los hechos son los que te he contado. Supongo que los periodistas se lo habrán oído a los vecinos. Al parecer no se perdían detalle de la vida de ese hombre. Estaba medio loco y hablaba solo.

La mujer le miró y pareció sopesar algo. Finalmente, preguntó:

—Pero, el detenido… ¿no era un putero?

—No parece que sea el caso. Según las chicas, nunca estuvo con ninguna, salvo con Nancy Louredo. Vamos, la que dice que era su novia.

—¿Es cierto? O, ¿es que tenía chica fija?

—No lo sabemos. Pero esa mujer le visita regularmente en la cárcel.

—Ya... —replicó la ministra—. Algo raro, si fuera un cliente más.

—Desde luego.

—Y… —volvió a sopesar la manera de sacarlo de allí—. ¿Respecto al intento de asesinato del cabecilla? ¿Se puede hacer algo?

—Defensa propia, también. El acusado tenía un profundo corte en el cuello, y la mujer que logró sobrevivir, la tal Sheila, ha declarado que Gabriel iba a por él. Tendría penas reducidas, en cualquier caso.

—Que sean lo más reducidas posible —dijo la ministra.

—Lo serán. El acusado no tiene antecedentes.

Vis a vis

Habían terminado de hacer el amor, y como siempre, se habían quedado abrazados el uno al otro. Pareciera que el tiempo, congelado en aquella postura, no transcurriese.

Pero era pura apariencia, pues ella al poco tiempo, dijo:

—Venga, amor mío. Debes comenzar a vestirte. El tiempo pasa deprisa…

La voz de Nancy sonaba en sus oídos como si fuera música celestial, a pesar de que aquella frase no era sino una despedida. Sin embargo, permaneció unos segundos más sintiendo el calor de la muchacha y la voluptuosidad de su cuerpo.

—Paco… van a venir los guardias y te vas a enfadar… En unos días estaré contigo de nuevo.

El hombre se levantó, despegándose de la chica con un esfuerzo sobrehumano. Mientras se vestía, contempló el pequeño habitáculo donde se encontraba. Un lugar gris y aséptico donde solo había, además de la cama, un mueble bajo y pequeño, igual de aséptico, y una silla metálica. Nada que ver, desde luego, con la cama donde yacía con Nancy en el Vesubio, con sus luces de colores, su rica decoración y sus tapizados de terciopelo.

Pero, aun así, a pesar de que aquella estancia era tan desagradable, a pesar de tener el tiempo tasado, a pesar de aquella luz mortecina, blanca y fría, la excitación que sentía al hacerlo con Nancy no tenía parangón con lo que había sentido antes.

—Siempre apremiándome con el tiempo, mi vida —se quejó el preso—. Antes y ahora…

—Somos esclavos del reloj, amor mío.

—¡Cómo me gustaría disfrutarte sin límites, Nancy!

La muchacha también se había incorporado y estaba comenzando a vestirse. Al oír aquello sonrió, y bajó ligeramente la mirada. Seguidamente, dijo:

—Nunca seremos del todo libres, Paco. Ahí afuera también hay amos y esclavos.

—¿Quién te esclaviza a ti, amor mío? —la agarró de la cintura, la estrechó contra sí, y se besaron.

—La gobernanta…

—¿Quién es esa?

—Es mi jefa —respondió—. Ya sabes. Quién manda sobre todas las chicas del servicio de habitaciones.

—Pero, ¿de qué me estás hablando? ¿Qué servicio de habitaciones?

—Ya te lo dije antes, mi vida. Estoy trabajando en un hotel, haciendo camas y limpiando habitaciones. Las señoras de Reinserción me proporcionaron el empleo, y…

—¡Ah, sí! Claro… —ahora lo recordaba. Se lo dijo nada más verlo, pero él solo prestaba atención a sus labios, a sus ojos, a sus pechos…

—Acabo muerta, Paco. ¡Muerta! Ya pierdo la cuenta de todas las habitaciones que tengo que hacer todos los días, sin descanso, una tras otra… y esa mujer, la gobernanta… ¡es una déspota! Solo le falta golpearnos con un látigo… —la muchacha soltó una lágrima—. Mis pobres manos… Tengo ya callos de estar todo el día con el *mocho*. ¡Mira!

—A ver... —Paco miró las palmas y las acarició, besando las heridas con delicadeza. Luego le dijo a la chica:

—No te preocupes, mi vida. El día que yo salga de aquí, no te faltará de nada. Ya nadie mandará sobre ti… ¡Vas a vivir como una reina!

Nancy sonrió y suspiró, y después preguntó:

—¿Cuándo será eso, amor mío?

—Pronto. Las chicas del Ministerio de Igualdad me han proporcionado una abogada que es más lista que el hambre. Según ella, en menos de un mes estoy en la calle.

La salida

Fue un día de intensas emociones. Paco no deseaba saber nada más de las mujeres, pero cuando salió de la cárcel allí le esperaban cuatro. Cuatro mujeres, y a las cuatro las besó.

Primero vio a su abogada, quien lo recibió con una sonrisa de oreja a oreja. Era una mujer joven, con el pelo corto —*feminazi*, con toda seguridad, o *bollera*, pensó él—. Se abrazaron, se dieron dos besos y Paco le dijo:

—De aquí al estrellato, Keltse. Con todo lo que has salido estos días en la prensa… seguro que te van a llover las ofertas. ¡Muchas gracias por todo!

—Muchas gracias a ti, por todo lo que has hecho por nosotras. Aunque yo sé que tus intenciones eran otras… ¡Que a mí no me la das! —sonrió, y él hizo lo propio.

Después se encontró a su hija Ana, quien había venido desde Canadá para estar con Sandra, y ya de paso se quedó a ver a su padre. Era una mujer alta, rubia, parecida a la madre, aunque había heredado los ojos castaños de Paco. La tercera chica era Helena, su retoño recién nacido. Paco abrazó a las dos y las llenó de besos, aunque la nieta se echó a llorar.

—La pinchas con la barba, papi.

—Tienes razón. Cuando me dieron la libertad me emocioné tanto, que no me ha dado tiempo ni a afeitarme.

—Ya, claro —no se lo creyó—. Oye, he hablado con mamá. No le importa compartir el vuelo contigo.

—¿Qué vuelo?

—El mes que viene es el bautizo, y tienes que venir. Eso sí, dice que una cosa es compartir el avión, y otra la habitación del hotel.

—Lógicamente —replicó, mirando por encima de las dos. Allí, un poco más atrás, estaba Nancy. El antropólogo se marchó hacia ella, se abrazaron y se besaron con pasión. Luego le presentó a Ana y al bebé.

—¡Qué niña más mona, Paco! ¿La puedo tomar en mis brazos? —miró hacia la madre.

—Sí, claro —contestó esta—. Aunque quizás extrañe un poco —se la pasó.

Pero nada de eso ocurrió. La niña y la chica congeniaron la mar de bien, y solo fue al final cuando puso un gesto, como de querer comenzar a llorar.

—Ya le toca el pecho —dijo Ana—. Esta niña es una glotona. Se parece al abuelo…

—¿A mí? No. Más bien se parece a la abuela. Tiene sus mismos ojos azules…

—No, papi. Los ojos son de su padre. ¡Lo siento! —los tres se rieron—. Bueno, yo me voy a marchar, que se hace tarde y la niña tiene sus horarios. Mañana sale el avión para Montreal, aunque antes de salir me pasaré a despedirme.

—¿Por mi casa? —preguntó el abuelo, con horror.

—Sí, claro. Ya no tienes allí ningún muerto, ¿no?

—No, pero…

—Vámonos, Paco —dijo Nancy—. Tenemos que preparar la casa para que Helena no se espante nada más entrar.

—Ni que empiece a llorar —añadió la madre, con una carcajada.

Finalmente se despidieron, y el liberado y su novia se marcharon a Vicálvaro… en un taxi. Al hombre le pareció un dispendio innecesario, pues él prefería el tren, pero la chica le obligó.

Al llegar allí y abrir la puerta, después de tanto tiempo la casa cerrada, un tufo acre y agrio invadió sus fosas nasales. Pero Paco enseguida abrazó a Nancy y la comenzó a besar con pasión, llevándola en brazos hacia su cama. Ella al principio se dejó hacer, pero cuando él comenzó a desvestirla, le dijo:

—El deber primero, amor mío. Ahorita tenemos que limpiar esta casa y hacerla "habitable".

—Bueno, eso luego —hizo ademán de seguir desnudándola.

—No, mi cielo. Eso, ahora —recalcó la última palabra, «ahora»—. Otra cosa. Ese reloj —señaló a la antigualla que había sobre la pared, el famoso reloj del tic-tac—. Lo quiero fuera. Si quieres acostarte conmigo acá, eso tiene que salir.

—Como tú mandes, cariño. Mañana mismo va a la basura.

Regreso a la cárcel

—¿Qué tal por aquí, Juanjo?

El antropólogo no se olvidaba de su amigo, y a pesar de haber salido de allí y tener una nueva vida, hacía lo posible por visitarle cuando sus muchos quehaceres se lo permitían. A pesar de todo, llevaba ya tiempo sin ir a verlo.

—Hola, Paco. Gracias por la visita. Pues, como siempre. En la cárcel hay pocas novedades —informó—. Bueno, sí. Por aquí se han tenido noticias de Gabriel.

—¿De Gabriel?

Juanjo asintió, y añadió:

—Un compañero nos lo ha contado. El *Karpov.* No sé si te acuerdas de él.

—No me suena.

—Sí, hombre, un tipo alto y rubio. Creo que es rumano o búlgaro, o algo así.

—Pues no caigo…

—Bueno, es igual. El caso es que se marchó un mes al Penal de Burgos para una reeducación, y allí se topó con él.

—¿Ah sí?

—Eso parece. Nos ha contado que en esa cárcel hay varios reclusos que han tenido hermanas secuestradas en sitios similares al Vesubio, y no le han recibido con los brazos abiertos precisamente. Vamos, que le están haciendo pasar un infierno. Le están poniendo el culo como un colador, vaya.

—Que se joda ese cabrón.

—Sí, sí. Si joderle, le están jodiendo, pero bien —sonrió—. Además, por lo que me han contado, se ha recibido una orden de extradición desde Santo Domingo. Al parecer hizo recientemente por allí unas fechorías a una pareja de recién casados. Se cargó al marido y a un niño que estaba por nacer.

—¡Menudo hijo de puta!

—Pues sí. Allí le trasladarán, cuando termine aquí.

—Ese no vuelve a ver el sol en su vida… si no lo matan antes.

—Desde luego. Bueno, cuéntame. ¿Qué tal te va la vida?

—Bien —dijo, sin mucho entusiasmo. El antropólogo vestía un sencillo pantalón vaquero y una camisa a cuadros, y se diría que había adelgazado.

—¿Ya no te pones tu traje de Armani?

—No. A Nancy le trae malos recuerdos y lo hemos vendido. Ahora pago el billete en el tren, ya ves.

—Estás con ella, entonces.

—Sí. Creo que nos vamos a casar.

—¡Anda!

—Es que Sandra me ha pedido el divorcio, y a la chica le hace ilusión.

—¿Sandra te ha pedido el divorcio?

—Sí. Resulta que ahora tiene *un chorbo*. Cuando fuimos al bautizo de Helena se llevó a un *maromo*, y el tipo quiere matrimonio. Si lo llego a saber me llevo también a Nancy, joder. Vaya encerrona...

—¿Y quién es?

—Un pintor de brocha fina. Un burgués bohemio… vamos, un gilipollas, tronco. Según parece, *el menda* tiene mucha "sensibilidad".

—A ver si va a ser maricón…

—No me extrañaría nada. Como ahora está de moda lo *no binario*…

—¿Y eso qué coño es?

—Pues según parece, los *no binarios* son los que no se identifican ni como hombre ni como mujer. Vamos, que ya no existe lo masculino ni lo femenino, sino "las personas", y la gente se enamora de "una persona", independientemente de su sexo.

—Mariconadas.

—Sí, claro. Aunque ellos dicen que no es lo mismo un homosexual, que un bisexual, que un transexual, que un…

—Maricones todos —le cortó—. Todos pierden aceite. La única diferencia es que unos pierden más y otros menos. Vamos, que unos son más de «dar», y otros de «recibir».

—Desde luego. Es que ya no saben cómo llamarlo. El término "homosexual", la palabra "fina" de toda la vida, ya es también un insulto, y ahora se han inventado eso.

—Bueno… —Juanjo movió la cabeza—. No me empieces a soltar charlas de lo tuyo a estas alturas. ¿Vale? A ver, cuéntame, ¿qué tal te va con Nancy?

Paco suspiró y al cabo de unos instantes, dijo:

—Bueno, más o menos —miró hacia abajo.

—No te veo muy entusiasmado, tronco.

—Soy esclavo de ella, colega. Se pasa el día en la peluquería, en la manicura, en el salón de belleza… y yo currando como un negro.

—¡Ah! ¿Estás trabajando?

—Sí.

—¿De lo tuyo?

—No. Ya sabes que de lo mío no hay trabajo. Además, no puedo. Tengo antecedentes penales y estoy incapacitado para la docencia.

—Entonces, ¿en qué estás currando?

—Estoy en un restaurante de comida rápida. Haciendo pizzas todo el santo día, tronco.

—¡No jodas! ¿En serio?

—En serio. Mis compañeros son dominicanos. De la edad de ella, o más jóvenes.

—Pero Nancy… ¿no trabaja?

—No, ya te lo he dicho. Encima tengo que hacer horas extras, pues si no, no llegamos. Solo en calefacción me gasto una buena parte del sueldo.

—¿Tanto?

—Ya me dirás… tenemos la casa a 25 grados…

—Joder, colega… ¡Me dejas de piedra! Pero, ¿te han dejado enganchar de nuevo la luz? Como eres un moroso recalcitrante…

—No, claro. El contrato lo hemos hecho a nombre de Nancy. Como ella es virgen… —el otro enarcó las cejas—. Me refiero, en ese sentido.

—Ya, ya. Pues vaya panorama que tienes. Y… ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? Pues tirar *p'alante*, tronco. Tengo tres bocas que alimentar…

—¿Tres bocas?

—Sí, se ha traído al chico de América, a Reynaldo, y ahora vive con nosotros.

—¿Y qué tal es?

—Un chaval muy majete. Yo pensaba que, al venir de la selva, iba a ser, pues eso, un salvaje. Pero no. Es muy educado. Hasta me llama papá…

Juanjo puso cara de nostalgia y Paco se lo notó. Este añadió:

—Yo le digo que no me llame así, que no soy su padre. Pero no hay manera. Yo creo que es la madre quien le insiste en que lo diga.

—¡Qué típico!

—A ver, esto no es como tu caso. Yo, en justicia, podría reivindicarme como el padre de ese chaval, porque en realidad, es que no tiene otro.

—Sí, ya me contaste que ese tipo abandonó a Nancy y al bebé nada más nacer.

—No solo eso. El sujeto era un mangante de mucho cuidado, y nunca más se volvió a saber de él. De hecho, creemos que murió hace años en una reyerta.

—Joder, pues como el crío salga al padre…

—No parece que sea el caso. Según mi suegra, Reynaldo ha heredado el carácter de la madre.

—Tu suegra… ¿También vive con vosotros?

—No —replicó—. Nancy se la quiso traer, pero la mujer finalmente se ha quedado en Santo Domingo. Allí tiene su vida, sus amigas, su puesto en el mercado… Es feliz en ese sitio y no quiso venir a estorbar.

El antropólogo mostraba con una expresión seria, mientras sopesaba cómo había cambiado su vida en los últimos meses.

La verdad es que, entre otras razones, la chica había vuelto con él porque recelaba de la laxitud de las normas penales españolas. Aunque Gabriel se enfrentaba a una

larga condena, tarde o temprano podría salir de la cárcel, aunque fuese con un permiso penitenciario. Y si ese fuera el caso, tanto ella como su hijo podrían darse por muertos. En ese sentido, en ningún sitio iba a estar más segura que con Paco.

El caso es que Juanjo miraba a su amigo con la cara estupefacta después de todo lo que le había contado. Entonces se rascó la cabeza y contó con los dedos: una, dos, tres…

—No me cuadra… si tu suegra no vive con vosotros, ¿de quién es la tercera boca? Has dicho que tienes tres bocas que alimentar...

—Es que… —Paco miró hacia un lado y tardó algo en contestar —. La he dejado embarazada, tronco.

El preso enarcó las cejas, se echó hacia atrás en la silla y comenzó a reírse a carcajadas.

—Ja jajá. Me parece que esa negrita te ha cazado —consiguió decir, entre las risas— Te ha cazado… ¡pero bien cazado, colega! A tus años, Paco... ¿Sigue siendo tan cariñosa?

—¡Uy sí! ¡No sabes cuánto!

—Jajá, ya me imagino. Yo creo que pueden más dos tetas que dos carretas, y esa dominicana te ha tomado la medida. Algo que no supo hacer Sandra, por cierto.

—Puede ser…

—Te lo digo yo, Paco, y eso que no soy antropólogo ni entiendo a la condición humana, jajá.

Juanjo continuó riéndose durante un buen rato, mientras su interlocutor no sabía si también reírse o quizá llorar. Al final acabó sumándose a aquellas risas, mientras ponderaba si él, al igual que su amigo, no era otra cosa que un preso, aunque ya no estuviese dentro de aquellos muros.